

Nicolás Estévez

Fragmentos de mis memorias

N. Estévez

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

12

FRAGMENTOS DE MIS MEMORIAS

Edición de Nicolás Reyes González



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Nicolás Estévez y Murphy

FRAGMENTOS DE MIS MEMORIAS

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Nicolás Reyes González**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-09-1

Depósito Legal: M. 16.330-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN	11
Bibliografía	23
Nota a la presente edición	24
FRAGMENTOS DE MIS MEMORIAS	
EXPLICACIÓN	27
I. De la primera instancia (1838-1852).	31
El republicano José A. Pérez Carrión...	34
V. De Llanes a Ceuta (1859)	39
En África: Anécdotas	45
VI. Un hospital improvisado (1860)	49
Los Castillejos: Prim	50
De capitán	52
Aversión a la guerra	56
Llegada a Tetuán	57
Operaciones militares: Tetuán y Wad-Ras.	59
Fantasías y aventuras	64
Se renueva la lucha	67
Repatriación	70
De nuevo en Zaragoza	72
De defensor militar	76
Navidades	77
XII. Destinado a Cuba (1866)	79
Llegada a Santiago de Cuba	82
Un restaurant en Cuba	85
Fidelidad a Isabel II	86
Aburrimiento y estudio	87
Cuba, virtualmente perdida	89
Licencia para Tenerife	92

	Págs.
XIV	Agitación política (1868) 95
	Vísperas revolucionarias 98
	La Revolución, en marcha 101
	Los republicanos y Prim 105
	Visita a Prim en Londres 108
	La Revolución del 68 114
	El 29 de septiembre 116
	¡Viva la Libertad! 118
	Incapacidad de las Juntas 124
	Los federales. Pi y Margall 130
	Los grandes propagandistas 133
	Evolución de los demócratas 134
	Confusión revolucionaria 136
	Vuelta a Madrid, asalto al tren 138
XV	El Republicanismo, derrotado (1869)... 141
	Asesinato en la catedral de Burgos 143
	Elecciones generales. Sagasta 144
	Federales y progresistas 145
	Se imponen los progresistas monárquicos. 146
	Patriotismo republicano 149
	División en el campo republicano 153
	Insurrección republicana 156
	A la cárcel 158
	A la cárcel de Salamanca 160
	Los republicanos, sin posibilidades 162
XVI.	Periodismo en la prisión (1870) 167
	Intento de fuga 168
	Evasión de la cárcel 169
	Buenos tratos 171
	París proclama la República 172
	Prim decreta la amnistía 174
	Entrevista con Orense 175
	Amadeo de Saboya, manzana de discordia. 176
	El asesinato de Prim 178
	Paúl Angulo, inocente 180

	Págs.
XVII. Amadeo, en Madrid (1871)	183
Novaliches pierde su carrera. Villamartín.	184
La Comuna de París	186
Piensa en cambiar la carrera	187
En La Habana de reemplazo	189
Fusilamientos de estudiantes	191
Abandono La Habana. Patriotismo	193
Abandono la isla. Perípecias	195
Solicito la licencia absoluta	198
XVIII. De Santomas a La Bretaña (1872)	201
La República pudo haberse consolidado.	203
Errores políticos en Ultramar	204
Redactor de "El Combate"	205
Triunfo electoral republicano	206
Se debilita el Partido	207
Ruiz Zorrilla y los republicanos	208
Castelar y el general Contreras	209
Escapa de la policía	211
La emoción de las Artes	214
En Despeñaperros. A Linares	214
Escaramuzas. Sobre las guerras civiles	216
Perros escuchas	219
XIX. Se acerca la República (1873)	221
Gobernador Civil	223
Docilidad del soldado español	225
Madrid, ciudad monárquica	227
El extravagante Orihuela	228
Informaciones de la Prensa extranjera.	230
Elogia a la República	232
Un motín	233
Un pastor protestante	234
Los anarquistas no son imbéciles	235
A El Escorial para combatir a unos car- listas	236
República unitaria	237
El general Pavía conspira	239

	Págs.
El general Hidalgo. Generosidad	242
Los conspiradores contra la República .	243
Elecciones. Neutralidad del Gobierno ..	244
La Asamblea constituyente	245
Los Estados Unidos en escena	246
Figuerras, renuncia la presidencia de la República	247
Intrigas	248
Frente al general Socías	250
Desafía al general Socías	251
De Ministro de la Guerra	252
Sale del Ministerio	256
Dificultades de Pi y Margall para formar un Ministerio	256
Elogios de Pi y Margall	258
Juicio sobre los Cantonales. Salmerón.	259
Castelar, reaccionario	261
El brigadier Mogrovejo	261
Hidalgo se apodera del parque federal.	262
XXIV. La Exposición Universal (1878)	265
España en la Exposición de París	267
Don José Segundo Flórez	268
Boda de un español en París	270
Hay que reformar las conciencias como las calles	272
La paz de Zanjón. Elogio de Martínez Campos	274
El cementerio de Père Lachaise	276
Villergas en París y de paso para Cuba.	278
A Madrid y Andalucía, y vuelta a París.	279

INTRODUCCIÓN

El principal interés de las *Memorias* de Estévanez es que constituyen, por sí solas, un acercamiento al pensamiento político de un protagonista y testigo de excepción de nuestra reciente historia. Nicolás Estévanez y Murphy nace en Canarias en 1838 y muere en París el 21 de agosto de 1914. Sus *Memorias* sólo llegan hasta 1878, y aunque promete una segunda parte, no llegó nunca a escribirla, por razones que ya veremos más adelante. Es nuestro propósito informar en esta introducción de los principales acontecimientos de su vida, a partir de 1878.

No resulta sencillo realizar una síntesis de su extensa y apasionada biografía; creemos que es suficiente, para que se valore la importancia de sus *Memorias*, que digamos que Nicolás Estévanez fue un militar comprometido en la lucha por la democracia y la justicia social, permaneció en las filas del ejército español, mientras sus ideas políticas no se lo impidieron, como él mismo explica en sus *Memorias*. En su actividad política, destaca su importante labor como diputado en varias ocasiones, y como Gobernador Civil de Madrid y Ministro de la Guerra, en cortos períodos de la República de 1873.

Pero Estévanez fue más allá en su práctica política; podemos considerarlo integrado en el sector más revolucionario del Partido Republicano Federal. Participó en los preparativos de la llamada «Revolución de Septiembre de 1868»; en los levantamientos federales de 1869 y 1872, comenzando

a brillar con luz propia en la Primera República Española de 1873. Sus actividades no son exclusivamente políticas, sino también literarias. Destaca Estévanez en sus facetas de poeta, traductor, periodista e historiador.

Podemos dejar intacto el período de sus *Memorias*, pero creemos necesario llenar el vacío que nos deja hasta 1914. Aunque por razones de espacio, lo haremos de una forma concisa y breve. Respecto a las *Memorias*, resulta preciso advertir que como suele suceder en este género literario, no siempre brilla la objetividad y la verdad, que se manifiesta, a veces, en la forma de «silencios» u «omisiones», que pueden resultar significativos.

Tras el fracaso de la I República, a causa del golpe del General Pavía, Estévanez se exilia voluntariamente, en compañía de su familia, con una primera etapa en Lisboa, de donde es expulsado por sus actividades conspiradoras contra la Monarquía de la Restauración, como nos narra en sus *Memorias*. De Lisboa marcha a Londres, para finalizar su periplo de exiliado en el París cosmopolita y cultural de la III República Francesa, que será también el lugar de refugio de otros republicanos españoles y de revolucionarios de diferentes países.

Estévanez encuentra trabajo como traductor en la Editorial de los hermanos Garnier, siendo éste su principal medio de subsistencia; al mismo tiempo seguirá escribiendo poemas y colaborando en la prensa, hasta su muerte en 1914. Hasta 1880, permanecerá a su lado Patricio, su hermano que compartía pensamiento e ideales con él. Trabajan juntos con los hermanos Garnier, realizando tareas menos importantes de asesoramiento o corrección de pruebas de imprenta, hasta que se fueron ganando la amistad de sus patronos. No se conoce con exactitud la fecha en la que comenzaron a trabajar con ellos, lo que sí podemos asegurar es que la primera traducción la publica Patricio en 1880, el mismo año de su regreso a Canarias, por motivos de salud.

La primera traducción que realiza Nicolás, o al menos la primera conocida, es de 1881.

Sus preocupaciones en estos años de exilio voluntario van a centrarse en permanecer siempre dispuesto para participar en todo intento de derribar la Monarquía, llegando incluso a colaborar con Ruiz Zorrilla, que no era precisamente «santo de su devoción». Se mantendrá fiel a Pi y Margall, pero será siempre partidario de la acción insurreccional, frente a la vía parlamentaria que defenderá el político catalán.

Otro tema que preocupa a Estévanez, el de Cuba y su lucha por la libertad. En las *Memorias* se puede percibir su postura durante el sexenio; en los años que siguen, defenderá como Pi y Margall, la autonomía como un mal menor, si se quiere conservar a Cuba bajo el dominio español; pero lentamente va a ir evolucionando hacia posturas más cercanas a la independencia, siempre que ésta fuera decidida por un plebiscito en el que votaran libremente todos los cubanos. Su deseo de que siguiera siendo española hay que relacionarlo con su concepción federalista del Estado; no queriendo que su querida Cuba siguiera siendo una colonia de una Monarquía centralista, como la española.

Estévanez sufre, como todos sus contemporáneos, el impacto de la derrota de 1898, que pudo evitarse y ve peligrar a su tierra natal, a sus Islas Canarias, que van a ser un objetivo apetecido por su situación estratégica y pide que pongan remedio al abandono que sufren, porque no se pueden conseguir siempre victorias, como la alcanzada ante el Almirante inglés Sir Horace Nelson el 25 de julio de 1797. Si se dejaba indefensos a los canarios podía ocurrir lo mismo que con Puerto Rico, que no se opusieron a los norteamericanos. En este sentido, Estévanez había manifestado en una carta escrita el 11 de abril de 1898, con motivo de la guerra hispano-norteamericana:

«Salvo impedimento, me iré a la Tierra en cuanto la guerra se declare. A los 60 años, estoy relevado de pelear en Cuba y aun en la Península; pero en defensa de la patria chica pelearé hasta los 100 años, si los vivo (como temo).»

En el transcurso de su vida, la estancia más larga de Estévanez en Canarias corresponde a su infancia y adolescencia (1838-1852); después se traslada a Toledo a estudiar su carrera militar y hasta la Revolución de 1868, no vendrá a las islas sino en tres ocasiones: 1857, 1862 y 1866, durante cortas estancias. Desde el sexenio Revolucionario hasta su muerte en 1914, Estévanez no hará sino un viaje, que se sepa, a su tierra natal, de paso para La Habana en 1906. No debemos sacar la conclusión precipitada de que Canarias no ocupó un lugar importante en el pensamiento y en la obra de Estévanez. En sus *Memorias* nos deja muestras de su amor por Canarias. Y también en múltiples poemas de su producción poética. Como en el célebre poema en el que define al Archipiélago, simbolizado en la dulce, fresca e inolvidable sombra del almendro de su infancia, Canarias es también una roca y una fuente y hasta una peña; pero añade que es su patria. Su patria es además de lo mencionado, una senda y una choza y hasta el espíritu; pero este espíritu lo adjetiva como «isleño», así pues su patria es una isla.

Pero hemos de destacar por su indudable interés, por lo que tiene de superador del llamado «Pleito Insular», que su patria no es ninguna isla en particular; este poema puede ser leído y sentido por todos los canarios, puede ser asumido como un canto a la región, al Archipiélago, a la nacionalidad canaria, si se prefiere así. Estévanez no es «insularista» y escribe para todas ellas, porque su voluntario exilio ha hecho que sienta las islas como suyas, aunque tenga su familia y amigos en Tenerife. Quizá influye el hecho de haber nacido en Las Palmas de Gran Canaria, aunque fuera de forma accidental. No vamos a extendernos más en la configuración de Canarias en el pensamiento de Estévanez, que se va a presentar profundamente mezclado con el afri-

canismo y americanismo, que también se encuentran en su ideología. Una Canarias autónoma, integrada en una República Federal Ibérica, constituye su ideal político inmediato. Hemos dedicado estas líneas a defender la «canariedad» de Estévanez, porque se ha intentado manipular su pensamiento y convertirlo en una víctima más del «Pleito Insular». Estévanez lo confiesa a su amigo Maffiotte el 25 de marzo de 1908: «Veo que los chicharreros andan medio pronunciados. ¡Y dice V. que me vaya a tal país! No, amigo mío, hay que alejarse de las turbulencias; es lo más sano».

Desde el 23 de agosto de 1898, Estévanez va a residir en Getafe, cerca de Madrid, en una «quinta» que le compró su amigo Miguel Pérez de la Vega, que le puso la única condición de que fuera ésta su residencia cuando estuviera en España. Las razones de este retorno voluntario no las manifiesta, pero los acontecimientos posteriores parecen aclarar que Estévanez pretende volver a la vida política activa, siguiendo los consejos de sus correligionarios y el deseo expreso de Pi y Margall, que quiere contar con su ayuda. En este período de su vida (1898-1909), Estévanez seguirá residiendo temporadas en París que alternará con estancias más o menos prolongadas en la mencionada «quinta» de Getafe, con constantes viajes a Madrid, residiendo entonces en diversas pensiones de la zona de la Puerta del Sol.

Y para terminar con este resumen que de su biografía, estamos realizando; podemos decir que después de la muerte de Pi y Margall en 1901, intentará unificar a todos los defensores de la República, para intentar el asalto al poder por la vía parlamentaria. El fracaso de estos intentos le hará colaborar con Lerroux, Ferrer y otros revolucionarios en la vía insurreccional. Ya viejo y cansado, en 1909 se retira a París, para no volver a España. Se encuentra decepcionado, pero a pesar de todo, anima a sus correligionarios más jóvenes a seguir luchando, porque la II República llegará de forma inevitable a España, aunque él no la viera. Resulta lamentable que Estévanez no haya escrito el resto

de sus *Memorias*; pero de esto, ya hablaremos más adelante.

Aunque Estévanez había estado en su exilio voluntario parisino, no había sido olvidado en la capital ni en el resto del Estado. Su regreso a la vida política activa podemos decir que comienza con la publicación, el 13 de marzo de 1899 en *El Imparcial* de Madrid, de «Fragmentos de mis *Memorias*». Estos artículos salen en un suplemento del periódico madrileño, que se titula «Los lunes de El Imparcial». La primera serie la publica desde la fecha ya indicada hasta el 28 de agosto de 1899, no siendo la publicación regular todos los lunes. Se suspende la publicación y vuelven a aparecer al año siguiente, desde el 9 de julio de 1900 hasta el 23 de octubre de ese mismo año. Esta segunda serie no llega en su narración autobiográfica, sino hasta 1869; en cambio, las *Memorias* publicadas en 1903 terminan en 1878. Quizá la censura de la época no vería con agrado que se hablara del sexenio y sobre todo de la República de 1873. En 1903, la censura no era tan férrea, o quizá el tratamiento que recibían los libros era diferente, por su menor difusión. También es posible que Estévanez quisiera utilizar la publicación de sus *Memorias* para lavar un poco su propia imagen, si pensaba presentarse en convocatorias electorales, acompañando a Pi y Margall y a los federales.

Si estudiáramos la evolución ideológica de Nicolás Estévanez, veríamos una radicalización creciente de sus posturas teóricas, en lo social y en lo político, según avanzaba su vida. Estévanez no se convertía en conservador en su madurez, como solía suceder con otros personajes. Tampoco fue nunca un político oportunista que quisiera aprovecharse de las circunstancias y sacar beneficios para sí mismo y para los suyos. Sin embargo, su evolución ideológica, cuando escribe sus *Memorias*, era lo suficientemente avanzada, como para esperar juicios e interpretaciones más revolucionarias, que los que realiza. Una posible justificación puede ser, de nuevo, la censura; pero en esta ocasión no

nos vale porque por estas fechas Nicolás Estévanez escribe artículos y poesía, de una mayor rotundidad ideológica. Sobre todo cuando muere Pi y Margall en 1901, y Estévanez se siente liberado parcialmente del compromiso que le unía con el federalismo pactista. Su liberación no es total, porque se deja convencer por Eduardo Benot, para colaborar en mantener los restos del partido federal, mientras esto fuera posible.

En 1903, Nicolás Estévanez publica sus *Memorias* en forma de libro, y es elegido diputado republicano por Madrid en las elecciones del 26 de abril, con un gabinete Silvela-Maura. Veamos lo que dice la prensa de Madrid sobre la publicación de sus *Memorias*, que coincide con la campaña electoral porque la candidatura republicana para diputados a Cortes por Madrid, se presenta el 12 de abril y en esta fecha ya se habían publicado y la prensa expresaba los siguientes juicios sobre su obra y persona.

Un conocido republicano valenciano, Luis Morote, comienza un artículo que publica el *Pueblo* de Valencia el 5 de febrero de 1903, con una explicación de las causas de la interrupción de la publicación de las *Memorias* en *El Imparcial*. Dice Morote: «Fue Rodrigo Soriano quien puso a Don Nicolás en relación con Ortega Munilla, proporcionando así al diario de la mañana un éxito seguro, al bravo radical de la República pasada y de la futura, un ingreso en su siempre desnivelado presupuesto, a las letras españolas un motivo de regocijo y a la política, en fin un ejemplo vivo, digno de imitación, sobre todo pensando en las nuevas generaciones que no han tenido ocasión de conocer de cerca lo que se llama un *carácter*». Y añade el periodista valenciano: «Pero los apremios constantes de espacio de los periódicos madrileños, donde de continuo falta terreno para las cosas interesantes y de superior mérito y suelen sobrar columnas para los crímenes, sesiones de Cortes y toros, dificultaron desde el primer día la inserción regular de las *Memorias*. Los folletones que las contenían, quedá-

banse a menudo compuestos, sin posibilidad de darles salida, defraudando al lector su legítima curiosidad, más aguzada que en una novela. El ex ministro de la Guerra se cansó de tanta demora, y hoy, al cabo de tres o cuatro años, ha dado a la estampa el primer tomo de un diario que el público esperaba con impaciencia y devoraba con deleite extraordinario».

Después de la lectura de las *Memorias* de Estévez, Luis Morote se siente impresionado y emite el siguiente juicio sobre esta obra: «Yo he gozado mucho, mucho, leyendo la autobiografía de este hombre único, registrando las páginas de su vida ejemplar. Produce la impresión, al menos a mí me la ha causado y creo que a todos les pasará lo mismo, de contemplar la verdad sobre cosas y personas, desnuda de todo afeite y aun de toda vestidura, con la belleza resplandeciente de esa diosa tan a menudo oculta a los ojos de los humanos». Estas palabras escritas por Morote en 1903, con motivo de la primera edición, conservan vigencia plena en nuestros días; sobre todo si comparamos a Estévez con los políticos actuales.

Un paisano suyo, Luis Maffiotte, escribió en 1899, cuando aún no se habían publicado sino doce artículos en *El Imparcial*, lo que sigue: «...y, desde el primero el lector se ha visto atraído, subyugado por aquella manera especial de contar las cosas, por aquella sinceridad en que se inspira todo el relato. Las *Memorias* llegarán a ser un libro de los que quedan, de los que se repetirán en ediciones numerosas, porque, llenas sus páginas de tanto interés como las de cuantos personajes ilustres han escrito los hechos de su vida, enlazados, naturalmente, con los de la vida nacional, carecen, por otra parte, de esa monotonía inaguantable que parece ser la condición primera de esta clase de obras».

En 1903, Maffiotte escribe en *El Nacional* de Madrid: «No me arrepiento de lo escrito, antes bien me ratifico en ello, y hasta me doy la enhorabuena a mí mismo por haber

acertado. Los capítulos XIII al XXV (que también publicó *El Imparcial*) y los restantes del libro, que acaba en el L (1878), me han dado la razón por completo. Y por si alguna consagración le faltaba a mi vaticinio, el juicio lisonjero que a buena parte de la prensa han merecido las *Memorias*, se ha encargado de otorgársela.» Luis Maffiotte termina su artículo, animando a Estévanez a publicar la segunda parte de las *Memorias*, que como ya hemos señalado, no se publicaron, por razones que trataremos de aclarar más adelante. Mariano de Cavia en *El Imparcial*, le dedicó a la obra de Estévanez los siguientes adjetivos, que no resistimos la tentación de reproducir a continuación:

«*Donaire, ingenuidad y ligereza,
verdad, desenvoltura, claridad,
sinceridad y sencillez, franqueza,
desparpajo, llaneza, amenidad,
ingenio y alborozo y agudeza,
desenfado, humorismo, agilidad,
gracia, garbo, salero e ironía,
jovialidad y gusto y alegría.*»

No resulta extraño que el periodista salmantino Ismael Sánchez Estevan, en un artículo que publica *El Adelanto* de Salamanca, nos diga que: «Las *Memorias* vieron la luz pública en los últimos días del pasado enero; pero, tan rápido ha sido su éxito que, al ir a ocuparme hoy de ellas, me encuentro con que ya están agotados los epítetos castellanos, propios para el caso, de *la olla de los sinónimos*». Por ello recurre a un epíteto francés y concluye su artículo así: «El libro resulta *charmant* (encantador, delicioso, seductivo, seductor, arrogante, galano, retrechero...). Acerté con la palabra que necesitaba. A pesar del monopolio de Cavia y Maffiotte, puedo, sin repetirles, calificar el libro con ese vocablo francés que, en todo su valor lingüístico, expresa maravillosamente en mi opinión».

Otro joven paisano suyo, José Betancort («Ángel Guerra») manifiesta su documentada opinión sobre la obra de Estévanez: «A través de las *Memorias* de Chateaubriand descubre Saint Beuve una gran vanidad, así como en las sencillas de Bonaparte una voluntad rectilínea. Después de leer las de Estévanez me parece encontrar latente en ellas una gran convicción. Su vida entera, por él contada, es la labor continua y sucesiva de un creyente. A la fe de una idea, la patria libre, lo subordina todo: el valor, la ambición, la riqueza, la gloria, hasta el más personal sacrificio».

Betancort añade esta interesante apreciación sobre la ideología de Nicolás Estévanez, apoyándose en las lecturas de sus *Memorias*: «Es un convencido de cuerpo entero. No ama las personas ni las cosas, ni en su virtualidad cree. Comulga nada más en una idea. Siendo revolucionario, no por temperamento como algunos creen, sino por convicción, como él mismo indirectamente se señala y sus actos públicos lo acreditan, parecía que el movimiento revolucionario del 68 le había de entusiasmar sobremanera, declarándolo libre de mancha y de resellamiento. No es así. Y es que no mira en él una expansión nacida en la entraña misma del pueblo, sino la conjura de las ambiciones de unos cuantos; no ve masa, sino caudillos; no encuentra ideas, sino personalismos». Y concluye su interesante crítica, con el siguiente párrafo: «Hay un aspecto que me encanta en las *Memorias* de Estévanez. Como en cinta cinematográfica, de rápida, pero precisa visión, desfila una variedad de Tipos de *après nature*, vivos, que revelan una verdadera patología nacional. Ni la historia, ni la novela nos lo podían señalar tan reales».

De cuidar la edición de la obra se ocupó Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo, paisano de Nicolás Estévanez. La obra con el título *Fragmentos de mis Memorias*, apareció en 1903, impresa por Hijos de R. Álvarez de Madrid. En la *Explicación*, que encabeza el libro, anunció que el segundo volumen llegaría «hasta el último día del siglo XIX». Pero por razones desconocidas, Estévanez se arrepiente y en

carta a Maffiotte el 9 de febrero de 1903, le dice: «¿Que cuánto llevo escrito del 2.^o tomo...? Ni una línea ni intenciones de escribirlo, siguiendo el consejo de Ruiz Benítez de Lugo, que ha visto claro». Resulta extraño que tras los elogios que ha recibido la primera parte, Estévez se deje convencer por su paisano Benítez de Lugo y decida no escribir la segunda parte. El 24 de abril de 1903 vuelve a tratar del tema en una carta a su paisano y amigo Maffiotte: «La 2.^a parte que esperan V., su hermano y otros, me parece a mí que la escribiré en Caracas; lo que es a mí no me coge por estas latitudes otra cochina primavera».

Si Nicolás Estévez hubiera escrito la segunda parte de sus *Memorias*, como era su inicial propósito, hubiera tenido que narrar acontecimientos muy recientes de la política española, que afectaban a personajes aún vivos y sobre todo estas páginas iban a suponer una crítica demoledora de la España de la Restauración, que posiblemente la censura no hubiese permitido publicar, ni difundir en España, y que incluso, le hubiera costado el destierro obligado. Estévez optó por el silencio, porque se hubiera visto obligado a mentir o a modificar los hechos, no contándonos las actividades realizadas por él mismo, en este período.

En una correspondencia que mantienen Benito Pérez Galdós y Nicolás Estévez, el primero le escribe al segundo, sobre sus *Episodios Nacionales*: «Al fin este año tendré el gusto de enviarle otro Episodio que se titula *La Primera República*, en la cual, como comprenderá fácilmente, figura V. mucho. He reproducido, extractándola de sus *Memorias*, la campaña revolucionaria de V. en Despeñaperros a fines del 72 y después los actos de V. como Gobernador y como Ministro». A esta carta Estévez contesta lo siguiente: «Le anticipo las gracias por el envío que me ofrece de *La Primera República*; y siento que la segunda tarde tanto. Leeré ese episodio con tanto gusto como he tenido leyendo los demás. Pero eso de que V. me haga personaje novelesco (era lo que me faltaba), excita mi curiosidad y redobra mi

impaciencia por recibir el tomo». Las *Memorias* sirvieron también como fuente a Galdós para otros episodios. La Historiografía española contemporánea ha valorado la importancia de las *Memorias* como fuente histórica, siendo utilizadas con frecuencia por diversos historiadores, de todas las tendencias e ideologías. Para terminar esta introducción, sólo nos resta desear al lector que perciba a través de las páginas que va a leer, el gran hombre que las escribió.

NICOLÁS REYES GONZÁLEZ

BIBLIOGRAFÍA SOBRE NICOLÁS ESTÉVANEZ

Donézar Díez de Ulzurrun, Javier M.: «Nicolás Estévez y Murphy. Ministro de la Primera República», *Anuario de Estudios Atlánticos*, tomo 20 (1974), Madrid-Las Palmas.

Guimerá Peraza, Marcos: *Nicolás Estévez o la Rebeldía*, Aula de Cultura de Tenerife, 1970.

—: «Nicolás Estévez, revolucionario», *El Museo Canario*, XXXIII-XXXIV, 1972-1973, Las Palmas de Gran Canaria.

Reyes González, Nicolás y Sánchez Jiménez, Carmen: «El Sexenio Revolucionario visto por Nicolás Estévez: Historia de un fracaso», *Revista de Historia Canaria*, Tomo XXXVIII, 1984-1986, Homenaje al Profesor José Peraza de Ayala, Vol. I, La Laguna-Tenerife, Islas Canarias.

Reyes González, Nicolás: *Nicolás Estévez y Murphy (1838-1914)*, Tesis Doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 19 de diciembre de 1988.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

No presentamos a los lectores de la Biblioteca Básica, una edición completa más de la obra de Estévez. Hemos procedido a seleccionar aquellos capítulos que nos han parecido más relevantes y significativos para un mejor conocimiento de Nicolás Estévez. Para lograr una mayor fidelidad, se han consultado casi todas las ediciones de la obra, desde una primera versión aparecida en *El Imparcial* de Madrid, hasta la primera edición de 1903 y las que se han realizado después de la muerte de Estévez.

**FRAGMENTOS DE MIS
MEMORIAS**

EXPLICACIÓN

En 1899 empezó a publicar *El Imparcial*, de Madrid, unos que titulé *Fragmentos de mis Memorias*. Interrumpida su publicación por diferentes causas, y principalmente por mi regreso a París, he continuado aquí reuniendo mis recuerdos para formar un libro.

Tuve la suerte de que el público diera buena acogida a mi trabajo, sin duda por referirse lo que se publicó a los primeros tiempos de mi vida, a cosas de muchacho y a lejanas épocas. Es fácil que no conceda igual aprobación a mi época política; pero tampoco exijo ni pretendo que nadie acepte mis juicios como propios. Discútalos o rechácelos quien acertados no los considere; protesto, empero, de mi sinceridad. Podrá haber algún error de fecha, algún olvido, involuntario o no, y alguna interpretación equivocada; pero téngase en cuenta que no escribo historia, sino que me limito a presentar sucesos y personas según la impresión que a mí me hicieron.

Los radios de un círculo son infinitos; matemáticamente son iguales; pero a un punto dado sólo va uno. Asimismo, en el círculo de un hecho, los juicios son como radios, de los cuales uno sólo apunta a la justicia, indica la verdad. ¿Quién puede vanagloriarse de haber juzgado con exactitud, sin apartarse un grado de la estricta verdad y de la eterna justicia? Todo lo que se puede exigir de la máxima probidad humana es que se diga sin distingos y sin subterfugios lo

que se sabe, lo que se piensa, lo que se cree; pero a nadie se le pida la infalibilidad.

Constarán mis MEMORIAS de dos partes, en dos volúmenes. Éste, que es el primero, comprende cuarenta años (1838-1878); toda mi vida militar y mi modesta participación en las contiendas políticas de la época revolucionaria.

El segundo, que se publicará si el primero tiene aceptación, llegará hasta el último día del siglo XIX. Trataré en él de mi existencia en París, de mis impresiones políticas y artísticas, del ejército de la República, de algunos personajes y de las evoluciones de mi pensamiento. Ni faltarán capítulos en que cuente algunos de mis viajes a los Estados Unidos, a Méjico, al Río de la Plata, al Brasil, al Senegal, con otros hechos y juicios que verá quien leyere.

* * *

El primer capítulo de estas MEMORIAS lo encabezó *El Imparcial* con el breve artículo siguiente:

La mayoría de los hombres notables del extranjero en política, literatura y arte tienen por casi obligada costumbre la de escribir los recuerdos o memorias de su vida. Ningún género tan ameno, sugestivo, instructivo como el de recuerdos íntimos cuando los dicta la sinceridad y la modestia. Cabe luego al historiador estudiar el conjunto de esa obra histórica fragmentaria, de valor inestimable para juzgar una época.

Por desgracia no existe tal costumbre en España. La mayoría de nuestras notabilidades dejan este mundo sin explicarnos qué móviles les impulsaron en la mayoría de los actos de su vida, sin pintarnos con el pincel de las cosas vistas, tan rico en color, tan fresco, tan espontáneo, los sucesos a que asistieron y en que tomaron parte. ¡Gran

lástima que tantas páginas hermosas se pierdan en la tumba!

Creyéndolo así, vamos a publicar desde hoy las *Memorias o recuerdos de don Nicolás Estévanez*, quien nos ha honrado escribiendo para *El Imparcial* las páginas más atractivas de su vida política y literaria. Hombre Estévanez de gran popularidad, gobernador de Madrid y ministro de la Guerra durante la época de la República española, conocidísimo por sus rasgos de carácter, sus genialidades, su honradez, su gracejo, asistió a la mayoría de los sucesos políticos que se desarrollaron en nuestro país desde la revolución de septiembre hasta la restauración.

Por épocas tan fecundas como aquélla en algaradas, revoluciones, motines, cambios y trastornos políticos, sangrientas revueltas, actos de valor, magníficos rasgos, empresas locas, ardores revolucionarios, espectáculos de guerra y lucha civil, rápidos encumbramientos y vertiginosas caídas. Revolución francesa en pequeño fue aquélla, si bien más noble y mansa en sus marejadas y tempestades. ¡Qué cerca están aquellos sucesos y qué lejos para los hombres de la nueva generación! A ellos se dirige principalmente Estévanez, a contarles sus aventuras de conspirador, de militar, de político, de literato; y así podrán conocer sucesos de los cuales quizá se tienen más vagas noticias hoy que otros muy lejanos y manidos.

Para los jóvenes de hoy han de guardar estas MEMORIAS gratos secretos; pero también han de leerlas con gozo, quizá con la emoción nostálgica del pasado, los actores y espectadores de aquel período. Sinceridad, modestia, sencillez, encanto literario, relato de inesperadas anécdotas, gracejo, ardiente fe por sus ideales, confesiones íntimas, todo esto y mucho más tienen las *Memorias de Estévanez*, a quien, según su costumbre, ha dejado *El Imparcial* en plena libertad de exponer sus opiniones tal como se las dicte su conciencia.

PRIMERA PARTE

I. DE LA PRIMERA INSTANCIA (1838-1852)

Ya sé, ya sé que las Memorias constituyen un género anticuado y cursi; por eso las mías son fragmentarias. De lo malo, poco.

Y ni aun fragmentos publicaría de mis Memorias si fueran exclusivamente personales. ¿Qué le importan a nadie los viajes que uno haya hecho, ni las novias que tuvo en la mocedad, ni los cuentos que le contaba su venerable abuela?

A estos pormenores íntimos se reducen a veces las Memorias de los que cultivan este género de literatura. Por mi parte, omitiré cuanto sea personalísimo; guardaré para mí solo todo lo concerniente a mi familia, a mi infancia, a mis amores, que profanaría mis más augustos recuerdos haciéndolos pasar por una rotativa. Impresos en el alma, ¿qué impresión más indeleble?

Tanto o más que de mí, hablaré de los demás. Y no solamente de aquellos personajes que han tenido celebridad más o menos fugitiva, sino de muchos que si no la tienen la merecen. No en vano he tratado familiar u oficialmente a innumerables personas conocidas y desconocidas, lo que me permitirá hacer que desfilen por estas oscuras páginas desde Prim al cabo Echarri, desde Horodinsky hasta Luisa

Michel, desde Bismarck hasta el Quito. Y no cito a los dos últimos por buscar vano efecto en el contraste, pues yo me acuerdo del desdichado Quito con más cariño y respeto que de todos los Bismarck del mundo.

Una de las razones para que hable poco de mí mismo es que todavía no me ha sucedido nada de particular. Y eso que ando por aquí, por el planeta, desde 1838.

En las Memorias de Chateaubriand, y en otras, hay capítulos enteros dedicados a los progenitores. Si no hablo de los míos, no será porque los menosprecie, que yo los respeto y los envidio. Tengo para mí que hubo entre ellos quien asistiera a los estrenos de Tirso y de Calderón, quien conociera a Cervantes y quien dejara los huesos en las batallas de la Reconquista.

Entre los recuerdos vagos de mi remota niñez, el más lejano y confuso es el de la *Macacoa*, goleta isleña que me condujo desde Gran Canaria a Tenerife. Porque nací en la ciudad de Las Palmas y en el edificio en que estuvo la Inquisición provincial. A un hombre que vino al mundo nada menos que en la Inquisición, nadie le tachará de demagogo porque sienta deseos de arrasar hasta la casa paterna. Desde que nací tengo instintos destructores, aunque poco o nada he destruido, y los atribuyo al negro azar de haber tenido por cuna aquel antro infernal que había devorado tantas víctimas.

Mi familia tenía su residencia habitual en Tenerife; allí pasé la infancia, y Santa Cruz de Tenerife es mi verdadera patria, mi patria chica; de Las Palmas ni me acuerdo, pero me sucede algo parecido a lo que cuenta el ilustre historiador Luis Blanc: no se acordaba de Madrid, donde nació, de donde salió muy niño, pero lo amaba con verdadera pasión, aunque era el más francés de los franceses.

No es mi pasión un delirio por Las Palmas, pero lo es por Canarias. Englobo en mi cariño aquellas siete islas tan hermosas y tan españolas, y me quita el sueño el abandono en que las tiene España. En estos tiempos difíciles, en estas horas críticas, no están fortificadas ni artilladas. Pueden surgir de pronto nuevos conflictos nacionales o internacionales, y después dirán que no se han defendido si de ellas se adueña un invasor. No lo hará sin resistencia de los insulares, pero la época de los milagros ya hace tiempo que pasó. Ojalá no se reproduzca lo de Puerto Rico... ¿Se ha pensado bien en lo de Puerto Rico? La prensa acusa a los puertorriqueños que no opusieron sus pechos a los yanquis... ¿Era por ventura lógico ni natural que lo hicieran? Donde no se defendían las autoridades ni las tropas, seguramente por habérseles ordenado así, ¿qué habían de hacer los paisanos? Ellos dirían, pensando con acierto, que los peninsulares volverían a la Península después de la catástrofe y que ellos se quedarían a merced del vencedor. Para exigir bravura, para pedir virtudes, para enseñar patriotismo es indispensable dar ejemplo.

Séame disculpada la intempestiva digresión, que no será la única del mismo género, y vamos otra vez a mis Memorias.

La goleta *Macacoa*, después de habernos dejado en Tenerife, salió para la costa de África, y jamás se supo lo que fue de ella. La misma suerte de casi todos los barcos en que he navegado en el curso de mi vida; no bien salto en tierra, barco al fondo. Pero esto no me cura de mi afición a la mar, de mi apego a los viajes y a las navegaciones; al contrario, pues creo, como dice Topffer, que «el mar ha sido calumniado, pero en el fondo es bueno».

Mi familia pasaba los veranos en San Diego del Monte, una de las posesiones de mi abuela, que ya no pertenece a mi familia ni acaso exista como finca de recreo. En el centro de la posesión, entre pinos y laureles, había una

ermita ruinosa, cuyas paredes estaban llenas de nombres, fechas, letreros de todas clases. Uno de ellos, escrito con carbón y descubierto por mí allá por el año 46, decía:

El republicano
JOSÉ ANTONIO PÉREZ CARRIÓN

Todos los años, al llegar a San Diego, mi primera visita era el letrero, que yo retocaba cuidadosamente para que no se borrara. Supe que el tal Carrión, joven en aquella fecha, se había marchado a Cuba. Cuando mucho después fui yo a La Habana, pregunté por Carrión a todos los isleños. Todos le conocían, todos me informaron hablándome de él en forma que aumentó mis simpatías:

—Buena persona, pero no tiene dinero.

—Excelente sujeto, pero está *arrancado*.

—Lleva aquí muchos años, pero como no hace más que estudiar y perorar y escribir, no tiene un céntimo.

—Aquí le llaman el «cónsul de los isleños», porque los protege a todos; está chiflado.

—Es periodista, pero está loco; figúrese usted que se ha declarado abolicionista de la esclavitud... ¡Qué bárbaro!

Con tales antecedentes será inútil añadir que me apresuré a buscarle, que fuimos grandes amigos y que todavía lo somos.

Mi padre, capitán retirado, era un entusiasta progresista, pero no de aquellos que peleaban con los moderados por quién era más monárquico, sino de los que aceptaban la institución monárquica por necesidad (a su juicio) de la época. Me dijo muchas veces cuando yo era niño: «Tú

verás la república en España». Y por eso, cuando Topete combatiendo la república dijo en las Cortes: «Educo a mis hijos para demócratas, a fin de que mis nietos sean republicanos», yo me acordé con gratitud de mi padre, más previsor, sin duda, que los padres de Topete.

Hacía poco tiempo que en mi casa nos habíamos quitado el luto de uno de mis tíos, cuando mi padre nos hizo vestir de negro por el fusilamiento de Zurbano... ¡a quien ni siquiera conocía! Eran así los progresistas de antaño.

En el despacho de mi padre no había más adornos que los retratos de Voltaire, Quintana, Zurbano, Espartero, Mazzini y Garibaldi. En la antesala, dos malas estampas, representando batallas de la guerra de Polonia. En 1848, el año más glorioso de este siglo, era yo un parvulillo republicano; si no tengo otros títulos a la ajena consideración, permítanme vanagloriarme de haber sido consecuente. No digo inmutable, porque entonces me daba por lo romántico y ya estoy en las fronteras de los más extremados radicalismos políticos, sociales y filosóficos.

Todos los chicos de entonces, a lo menos los de mi amistad, eran republicanos en aquella fecha; pocos, muy pocos lo han sido en edad madura. Auguro el mismo cambio a los niños monárquicos de hoy.

¿Y cómo no habíamos de ser republicanos en aquel año 48, con sus levantamientos de Sevilla y de Madrid, sus revoluciones de Berlín y de Milán, sus barricadas de Viena y de París y su gloriosa república romana?

Por aquel tiempo me llevaba algunas veces mi padre a casa de un clérigo llamado Calzadilla, persona muy ilustrada que hacía primores tocando la Marsellesa. La Marsellesa y el himno de Riego estaban prohibidos, pero como si tal cosa: todo el mundo los tarareaba.

En aquellos años, como antes y después, los gobiernos deportaban a Canarias personajes de todas categorías. No sería para castigarlos, pues les daban un paraíso en lugar de un purgatorio. En concepto de desterrados políticos tuve ocasión de conocer a don Víctor Pruneda, jefe de los republicanos de Aragón, que mucho más tarde fue en alguna parte compañero mío; al conde de San Juan, al brigadier Moreno de las Peñas, al general Ramírez (el mismo de las matanzas del Cuzco), al general Orive, que todavía en 1873 me recordaba su deportación a Tenerife, y a otros muchos que me sería difícil recordar. Pero no echo en olvido al capitán Solans, progresista impenitente, para quien fue repatriación el destierro por ser hijo de Canarias. Su nombre está hoy olvidado, pero no sus décimas, que eran medianas, pero son todavía populares entre los soldados del Ejército. En la primera guerra civil las recitaban desde el general hasta el soldado, cuando el autor servía en el regimiento de Zaragoza, del cual dijo:

*Desgraciado regimiento
que lleva el número doce,
cuándo querrá Dios que goce
de un mediano alojamiento...*

Suya era también la décima famosa que periódicamente parece de actualidad, por no decir que es de actualidad perpetua:

*Loor a los generales
que a la victoria nos guían;
sólo en España podrían
llevar el nombre de tales.*

... ..

No he de cerrar esta página, consagrada a mis memorias infantiles, sin tributar un recuerdo a mis maestros de entonces. Aprendí a escribir con don Manuel Villavicencio,

cabo de gastadores de la milicia nacional; fui discípulo mucho más tarde del ilustre don Juan Puerta Canseco; tuve por profesor de náutica y de francés al venerable don Miguel Maffiotte. Y aún recuerdo las polémicas sostenidas en mi casa cuando mi abuela recomendaba que me enseñaran latín, a lo que mi padre se oponía, por considerarlo inútil y hasta pernicioso. Al fin cedió mi padre, y recibí lecciones de un señor Benítez; pero los esfuerzos de este último no dieron resultado. Mi pobre abuela no consiguió que su nieto llegara a saber latín... si bien aprendí lo suficiente para comprender que mi maestro tampoco lo sabía.

Era tan grande mi afición a la carrera de las armas, que no obstante la oposición de mi cariñosa madre, me mandó mi padre al Colegio de Infantería de Toledo. En noviembre de 1852 salí de Santa Cruz en el vapor *Riánzares*, que me dejó en Cádiz, y prosiguió su viaje con dirección a Inglaterra, adonde aún no ha llegado: naufragó. De Cádiz pasé a Sevilla, donde tomé la diligencia que en cuatro días y tres noches me trajo hasta Madrid. Y el 2 de enero de 1853 senté plaza en Toledo y me puse los cordones.

Pero mis impresiones cadetiles merecen un capítulo por separado, bien que muy sucinto, pues he de hablar en los siguientes de sucesos y personas más interesantes, de campañas militares y políticas, de amigos y de enemigos, de ejércitos y de pueblos, de viejas conspiraciones y de recientes catástrofes.

V. DE LLANES A CEUTA (1859)

Empecé el año en la costa de Cantabria para acabarlo en el estrecho de Hércules; desde los húmedos valles de la verde Asturias al pestífero hospital de Ceuta; contrastes de la vida.

Me destinaron al regimiento de Zamora, que estaba de guarnición en Zaragoza, y cubrí una vacante de teniente en la cuarta compañía del segundo batallón.

Salí de Llanes sin realizar dos deseos que tenía: era el uno penetrar en el corazón de Asturias, pues sólo conocía la parte más oriental, y el otro subir a las nevadas cumbres de los Picos de Europa. Esto último era difícil que lo efectuara yo solo, y desgraciadamente no encontré quien quisiera acompañarme: ni el mismo Coterón, a quien se lo propuse. Me hubiera gustado tomar parte en alguna cacería de osos y me quedé con las ganas; mi escopeta en Asturias no siempre estuvo ociosa; pero apenas si maté unos cuantos pajarillos.

Salí de Asturias por donde mismo entré: por Colombres y Comillas, para embarcar en Santander, desembarcar en Bilbao y tomar la diligencia.

En una de mis visitas a Santander había visto yo en el puerto, y no sin cierta nostálgica emoción, un barco desarbolado, en cuya popa se leía este nombre: *Guanarteme*. La impresión que me produjo la comprenderá cualquiera si

digo que no había vuelto a leer ni a oír tal nombre desde que saboreaba siendo niño la historia de Canarias; eran el nombre y el barco recordaciones de la patria chica y los busqué al llegar el año 59. El barco estaba allí, pero pintado, renovado, con arboladura de brikbarca y otro nombre: ya no se llamaba *Guanarteme*, sino *San Mamés*. La transformación no me fue grata, pues era sustitución de un nombre histórico por otro desconocido, a lo menos para mí, que no conocía ni conozco aún la historia de San Mamés, y cuenta que he leído hasta vidas de santos para regocijarme en las guardias aburridas.

La breve navegación de Santander a Bilbao, aunque feliz, faltó bien poco para que no lo fuera, pues delante de Santoña estuvimos expuestos a encallar.

Después de pasar la barra de Portugalete, y al remontar la ría, vi de cerca la famosa fuente de Luchana. Hoy pasan por allí viajeros y más viajeros sin acordarse de la épica noche en que llegó Espartero a la cumbre de su fama; pero entonces todavía se extasiaban todos oyendo referir a los testigos del combate las peripecias del mismo. De esos testigos y actores no queda casi ninguno; van desapareciendo los entusiastas liberales de aquella generación que tuvo tantos vítores para Espartero y que sabía de memoria el célebre discurso de don Joaquín María López, glorificación de los héroes de Luchana.

En Bilbao tomé la diligencia, ocupando un sitio en el pescante junto al mayoral. Sobre ser más barato, era más agradable que meterse dentro; aspiraba más polvo, pero gozaba de los hermosos paisajes y de los recuerdos de la guerra. Por todas partes me iba señalando el mayoral los campos de batalla y las huellas de la lucha, y a cada instante acudían a mi memoria los versos de Ventura de la Vega:

*Los campos corre de la madre España
y cada monte te dirá una hazaña.*

¡A fuerza de hazañas estamos en los huesos!

Subimos a pie la interminable cuesta de Urquiola, y aun andando despacio nos dejamos atrás la diligencia. Como los viajeros eran vizcaínos y hablaban en su lengua yo no podía tomar parte en las conversaciones, pero las escuchaba. Las personas que han leído algo y han viajado mucho entienden alguna cosa de lo que se dice en una lengua cualquiera, que todas tienen algo de común, de todas se interpreta alguna frase, algún término, sea por las vocales o por las consonantes; pero de aquellos diálogos entre los vizcaínos, que yo escuchaba con singular atención, no pude entender absolutamente nada. Y pensé en Voltaire, que escribió con su habitual donaire: «Dicen que los vascos se entienden unos a otros... No lo creo.»

De Vitoria a Logroño también hice el viaje en diligencia; en otra diligencia de Logroño a Zaragoza. Al pasar por Cenicero saludé mentalmente a los heroicos defensores de tan liberal, de tan ilustre pueblo, que supo escribir una de las más hermosas páginas en la historia de nuestras guerras civiles.

* * *

En Zaragoza, como en todas partes, la vida de guarnición es de una monotonía que abruma, singularmente para los que tienen escasas relaciones en la sociedad civil; yo tuve muchas después de la guerra de África, pero en la primera temporada no tenía más distracción que el estudio. En aquella época tuve el gusto de conocer a Ruiz Pons, catedrático de Historia Natural y una de las primeras figuras de la democracia. Era hijo de un oficial benemérito del Cuerpo de Artillería, defensor de Coruña el año 23, que murió manteniendo su fidelidad a la idea republicana. Sabido es que en el primer cuarto del siglo no había partido repu-

blicano, pero rendían culto al ideal los artilleros, los ingenieros, los marinos, los hombres de ciencia en su totalidad, que eran francmasones cuando el pueblo era realista. ¿Por qué se habrán hecho reaccionarios los cuerpos de tradición liberal, las clases más ilustradas y pudientes? Sin duda porque el pueblo se ha liberalizado. Todos los progresos de la democracia han venido a estrellarse en las preocupaciones de origen y de fortuna; la lucha de clases la mantienen con torpeza inconcebible precisamente los mismos que sucumbirán en ella.

Dejando impertinencias, volvamos a mi regimiento de Zamora, que siempre he considerado *el mío*; no en balde estuve en él cuatro años, hice con él una campaña tan brillante como la de Marruecos y contraí en él afectos perdurables. De él saqué, en su mayor parte, los *tipos* del libro *La Milicia*, bien conocido de los militares de mi tiempo.

Mandaba el regimiento el brigadier Mogrovejo, de quien repetidas veces he de hablar, y recuerdo su nombre con cariño no sólo por sus prendas, sino porque en la guerra y en la paz me distinguió mucho más de lo que yo merecía.

Destinado el regimiento al ejército expedicionario de África, salimos de Zaragoza el día 15 de octubre, camino de Valencia. En aquella marcha...

Pero antes de proseguir he de consignar aquí una observación que hice en junio del 59.

Yo sabía nadar antes de saber andar; pero una tarde quise bañarme en el Ebro y estuve a pique de ahogarme. Perdí entonces la confianza en mí mismo como nadador, pero después nadé sin dificultad, unas veces guardando y otras sin guardar la ropa, en mares encrespados y en caudalosos ríos. Más adelante volví a bañarme en el Ebro, y la

corriente me arrolló como si fuera una paja. Deducción: los zaragozanos son muy francos, pero su río muy falso; puede fiarse en los aragoneses, pero no en el Ebro.

Ir a pie de Zaragoza a Valencia es un paseíto regular, tardamos bastantes días; pero amenizábamos las noches cuando nos tocaba un buen alojamiento y en los pueblos que contaban con algún casino.

En Cartagena vi una cosa que parece inverosímil: un regimiento borracho sin haber bebido ni una gota. El alcalde, previa autorización del coronel-brigadier, permitió que las doce compañías entraran en las viñas y comieran uvas. No sé las que comieron, sólo sé que aquellas uvas negras causaron un efecto desastroso. Y tras de aquella *razia* las viñas quedaron tan florecientes y cargadas de racimos como si allí no hubiera pasado nada.

En Daroca me alojé en casa de un señor cura, el cual me dijo: «En este mismo cuarto se alojó más de una vez el famoso general Serrano cuando era capitán o comandante de caballería; por cierto que nunca utilizó la puerta ni la escalera: entraba y salía por el balcón, a veces a caballo.» El cura se refería al general que fue más adelante duque de la Torre.

No he de hablar de Belchite, donde no faltó quien se acordara de *El pelo de la dehesa*; ni de Torremocha, donde nadie se acordó de nada; ni de Teruel, la ciudad de los amantes, donde todos hablábamos de Hartzenbusch. Estuvimos en Viver del Agua, en Jérica, en Segorbe, en Murviedro (hoy Sagunto) y por fin llegamos a la ciudad del Cid, alojándose mi batallón en el delicioso Campanar.

La guerra con Marruecos, todavía problemática a nuestra salida de Zaragoza, era ya inevitable cuando entramos en Valencia. La opinión pública la recibía con marcadas muestras de entusiasmo, y las tropas eran acogidas en los pueblos

con demostraciones inequívocas. Nada más popular en España que la guerra con *el moro*, tal vez porque nosotros mismos somos medio moros, y nunca más popular que entonces, quizá porque su fundamento era una gran injusticia. De todas suertes, los militares no cabíamos en el pellejo de gusto, especialmente los jóvenes, y sólo temíamos que por cualquier motivo se arreglara todo antes de habernos descrismado.

Yo creo que ese afán de conquistar Marruecos es una especie de atavismo, no solamente por ser «el moro» enemigo secular, sino porque el instinto nacional conoce que Marruecos sería parte de España si ésta hubiera seguido el rumbo de su historia, del que la desvió la casa de Austria. Desde Covadonga y San Juan de la Peña iba España en derechura al Atlas; surgió el déspota imperial, y se torció la Historia. España fue arrastrada a las contiendas de Europa, y sacrificó sus intereses propios a los dinásticos de Carlos V y de Felipe II.

Conquistamos laureles en Flandes, en Alemania, en Francia y en Italia; pero aquellas glorias fugitivas resultaron desastrosas, y perdimos por ellas la ocasión precisa de conquistar Marruecos. Hoy es demasiado tarde: la poderosa Francia tardó diecisiete años en conquistar Argelia, que sólo tenía cuatro millones de habitantes; no olvidemos que los marroquíes son diez millones, por cierto más fanáticos, más bárbaros, más belicosos y tan bravos como los argelinos.

Pero dejémonos de digresiones.

Doce días pasamos en Valencia, que al salir nosotros para Málaga nos inundó de flores, acompañándonos al Grao la ciudad entera.

De nuestra estancia en Málaga, donde estuvimos un mes, no tengo espacio para hablar aquí. La recuerdo, la recordamos

todos con encanto, y para hablar de ella no puede bastarme un párrafo, ni siquiera un capítulo; sería necesario escribir un libro... o dos.

La despedida que nos hizo Málaga fue un verdadero delirio; ya navegábamos con rumbo a Ceuta, envueltos en las brumas de la noche; apenas se divisaban las luces de la ciudad y del puerto, y aún llegaba hasta nosotros el amortiguado eco de las frenéticas aclamaciones.

Desembarcamos en Ceuta el 12 de diciembre y salimos el 13 para el Tarajar, donde establecimos nuestro campamento.

EN ÁFRICA: ANÉCDOTAS

No voy a hacer un diario de operaciones, que las de aquella campaña son bastante conocidas; yo mismo hice una breve reseña al final de mi libro *Episodios africanos*. Me limitaré a contar lo pintoresco, lo episódico, lo personal y lo que no conste oficialmente.

Cuando acampamos en el Tarajar, en el llamado «campamento de la Concepción», trabajaban ya los ingenieros en la construcción de la ruta militar. Al retirarse las fuerzas destinadas al trabajo, casi todas las tardes eran hostilizadas por los moros y había que salir a protegerlas. Zamora lo hizo, como los demás, y entramos en fuego por primera vez el día 15 por la tarde.

No tuvimos bajas, ni ese día, ni en los tiroteos del 17, 20 y 22. Pero no olvidaré nunca la acción del 17; nos retirábamos por escalones, y al hacerlo al frente de mi sección, abandonando una altura que ocuparon los moros inmediatamente, me preocupaba la idea de que en la oscuridad crepuscular se me quedara algún hombre, herido o no, en la intrincada espesura de los agrestes jarales. Al llegar al fondo de la

cañada aquella, cruzándose ya por encima de nosotros el fuego del enemigo y el de los escalones protectores, mandé hacer alto, alinearse y numerarse: no faltaba nadie ni nadie estaba herido. En aquel momento surgió entre las jaras un hombre solo, sin caballo, ni ayudantes, en quien distinguí confusamente las doradas insignias de teniente general.

—¿Qué regimiento? —preguntó.

—Zamora —le respondí.

—¡El mío!... ¡Y siempre el mismo! —exclamó con cierto orgullo.

Si él reconoció su antiguo regimiento, yo también en él reconocí, y no le había visto nunca, al héroe futuro de los Castillejos: era Prim.

Ocho años después, haciéndole una visita en Páddington, cuando él preparaba la revolución, le pregunté si recordaba aquel mínimo episodio. Lo recordaba muy bien.

—No fui capitán más que tres meses —me dijo—, y lo fui en el valiente Zamora, terror de los carlistas; por eso me complació la retirada aquella...

El 25 de diciembre, antes del amanecer, atacaron los moros el campamento de la Concepción, con fuerzas numerosas y con verdadera furia. Zamora cubría las avanzadas y cumplió con su deber: hasta los quintos pelearon como leones. Diez minutos sostuvimos solos el choque de un enjambre de fanatizados enemigos, hasta que acudieron tres brigadas y la lucha se generalizó. Duró el fuego hasta las tres de la tarde, jugó la artillería, pero Zamora no estuvo en fuego más de diez minutos. En aquellos minutos perdió mi compañía la tercera parte de su fuerza y todos sus oficiales. De los oficiales fui yo el único herido leve; el

otro teniente, mi compañero Juvani, murió a los siete días; el capitán Ruiz Mateos estuvo cinco meses padeciendo para quedar casi inútil; el alférez Juan Ibarra también recibió tan grave herida que no se reincorporó hasta después de Wad-Ras. El pobrecillo murió de su segunda herida cinco años después, en la acción de Paso del Muerto (isla de Santo Domingo).

En los primeros momentos del ataque gritó una voz, que me pareció del cabo Luque:

—¡Ánimo, chicos! ¡No se muere más que una vez!

—¿Y te parece poco? —le replicó el cabo Echarri.

¡Pobre Echarri! Un momento después caía con la cabeza destrozada salpicando su sangre la esclavina de mi poncho.

Mi compañía fue felicitada por el general O'Donnell; yo también oí de labios de Mogrovejo cumplimientos que le agradecí.

Por la tarde me llevaron al hospital de Ceuta; mejor dicho, a uno de los 26 hospitales de aquella triste ciudad, llamada por Alarcón en su *Diario de un testigo* «cárcel, hospital y tumba».

VI. UN HOSPITAL IMPROVISADO (1860)

De los hospitales improvisados en Ceuta me tocó el del Casino, que no tenía condiciones de hospital. Allí no entraban coléricos, todos éramos heridos. Estuve en él desde el 25 de diciembre hasta el 4 de enero, atormentado por el espectáculo de tanta miseria y tanta víctima. Cerca de mí yacía Juvani, el otro teniente de mi compañía, herido entonces por primera vez, aunque contaba más de cien acciones de la guerra civil y de la campaña de los *matinés* de Cataluña. Diariamente le visitaban el coronel graduado Periquet, jefe de no recuerdo qué batallón de cazadores, y el Noy de la Barraqueta, que se hallaba en Ceuta no sé con cuál motivo. La figura de Noy era arrogante y simpática; yo le tomé gran cariño al ver sus desvelos por Juvani, que murió en sus brazos la noche del 31.

Entre amputaciones y gemidos, estertores y blasfemias no me era posible descansar; pero nada me hacía tanta impresión como el delirio de un oficial de no sé qué regimiento, cuya agonía me desgarraba el alma. Joven, robusto y habiendo caído con honor al pie de la bandera de la patria, no pensaba en la patria, ni en la bandera, ni en sí mismo; en su delirio, no le oía distintamente más que una frase, repetida hasta la saciedad y hasta que, balbuciéndola, expiró: «¡Ochenta reales!..., ¡ochenta reales!...», decía. ¡Y quién sabe si en tan prosaico delirio se encerraría algún poema de amor!

El día primero del año, impresionado aún por la muerte de Juvani, cuyo cadáver sacaron todavía caliente, solicité que se me diera de alta; no me lo concedieron hasta el 4, después de mucho insistir.

LOS CASTILLEJOS: PRIM

El mismo día 1.º, desde muy temprano, se oía desde el hospital nutrido fuego de fusil y de cañón; se luchaba en Castillejos y no cesaban de llegar heridos. Pronto ocupó la cama ensangrentada y vacía del infeliz Juvani otro oficial que feneció al día siguiente; no llegué a saber su nombre.

Al fin me dieron el alta, y aquel mismo día, 4 de enero, yendo por mar en un lanchón, me incorporé a Zamora en la playa de los Castillejos.

En el momento de desembarcar estaba formando el regimiento para emprender la marcha; tuve entonces una de las impresiones más vivas y duraderas de mi vida militar: los soldados de mi compañía rompieron la formación al verme, se abrazaron a mí y algunos me aclamaron. Yo les correspondía de veras y lo demostré bien pronto: después de la toma de Tetuán, y más tarde en Zaragoza, quiso Mogrovejo destinarme a una compañía de preferencia y yo me resistí; mi preferencia era la cuarta del segundo; con aquellos soldados tan sufridos, tan dóciles, tan bravos, no había nada que pedir ni contrariedades que temer. En la misma relatada acción del 25 de diciembre quizá los moros nos hubieran sorprendido por la oscuridad de aquel amanecer desapacible y lluvioso, tal vez nos hubieran arrollado por la fuerza y el ímpetu con que nos acometieron sin la perspicacia de un soldado que previó el ataque desde la medianoche.

Estábamos de trinchera en lo más avanzado, en un ángulo saliente, sin el menor indicio de un ataque próximo, sin que se oyera el menor ruido, empapados de la lluvia de aquella inolvidable Nochebuena, cuando el soldado se me acercó y me dijo:

—Mi teniente, los moros...

Escuché, miré, reconocí... No había nada.

Media hora después me repitió:

—Ahí están, mi teniente; nos atacarán antes del día...

Vista la insistencia del soldado, previne al capitán, y éste le interrogó:

—¿Por qué dice usted que están ahí?

—Por las ranas, oígalas usted mi capitán; a ratos cantan en las charcas y se callan de repente; es que pasan moros.

En efecto, iban llegando grupos, que se concentraban para la embestida.

Un bachiller de los del servicio obligatorio tal vez se hubiera batido como aquel campesino malagueño, de apellido Truquillán, que murió peleando antes que saliera el sol; pero no habría advertido como él la presencia de los moros, que para eso es preciso estar familiarizado con los rumores nocturnos. Los oficiales éramos inferiores a las exigencias efectivas de una guerra campal, que ni Jacquinot ni Jomini en sus sendos libros nos habían enseñado cosa alguna del canto de las ranas. Más tarde, en otras guerras, aprendí también de los soldados cien cosas que no sabía.

Zamora no se batió en Castillejos, acción reñida y gloriosa que produjo en España una explosión de entusiasmo delirante. Fue don Juan Prim el héroe de la jornada, pero compartieron su popularidad otros héroes más modestos, como Pedro Mur. ¿Qué español de entonces no deseaba conocer al valiente cabo de húsares que tomó una bandera al enemigo en el campo de batalla? Pero cuán poco duran las glorias de la guerra! Hoy no se acuerda nadie del cabo aragonés, y yo me entristezco al verlo pasar todas las tardes por la plazuela del Ángel, encorvado, encanecido y cojo, sin que nadie lo conozca ni nadie le salude. Hasta cierto punto, lo comprendo: ¡son tantos en la actual generación los que han tomado banderas en el campo de batalla!

DE CAPITÁN

Al presentarme al brigadier Mogrovejo, éste me dio la enhorabuena por mi ascenso a capitán; resultó luego que sólo me concedían el grado. El brigadier me aconsejó que reclamara, por haberlo oído él mismo al general en jefe que se nos propusiera a todos los oficiales de mi compañía para el empleo inmediato. Reclamé, pero el señor Jovellar, coronel secretario del general O'Donnell, declaró por sí mismo que yo era muy joven para capitán; no lo era por cierto para recibir balazos. De todas maneras, ni he de quejarme ahora ni me quejaba entonces. Yo me creí muy bien recompensado con llevar dos charreteras a los veintinueve años de edad.

Emprendimos la marcha con dirección al Cerro de la Condesa, donde acampamos. Desde aquel campo vi por vez primera un gran campamento marroquí; sus tiendas cónicas, muy blancas al parecer, aunque vistas de cerca no lo eran tanto, su perfecta alineación y el declive del terreno le daban un aspecto primoroso.

El paso del Monte Negrón en la mañana del 6, esquivando el encuentro con el enemigo que nos esperaba en otra parte, fue calificado de maniobra habilísima.

Desde el 6 hasta el 14 de enero estuvimos acampados en la orilla izquierda del Azmir; allí tuvimos fuego con el enemigo el 8, el 10 y el 12, fuego que ni nos secó, porque llovía sin parar. El viento huracanado, la lluvia torrencial, la incomunicación con la Península por haberse ido la escuadra, nos pusieron en una situación algo difícil, pero no tan comprometida como se ha supuesto.

Se careció de azúcar, pero no faltó el café; el vino escaseaba, y el agua del Azmir estaba turbia; pero nunca faltaron el arroz ni la galleta; el nombre de *Campamento del Hambre* sólo estaba justificado para los fumadores, pues el tabaco se concluyó en absoluto. Como yo no fumaba, me importaba poco.

Pero el vendaval nos arrancaba las tiendas, la lluvia encharcaba el suelo, pasábamos las noches y los días en un terreno fangoso y con las ropas mojadas, lo cual no impedía que cultiváramos la nota alegre. Mi buen amigo Nogueira, teniente de Toledo, que había sido compañero mío en el provincial de Covadonga, construyó un paraguas africano, que mereció privilegio de invención; aunque estaba hecho con pencas de chumbera y con latas vacías, era una obra de arte, digno de figurar en un museo. Otro teniente hizo un barómetro que nos consolaba mucho, pues marcaba buen tiempo cuando más llovía. Un tercero nos leyó una carta de su madre, en la que le decía candorosamente:

«No te mojes los pies, que eres propenso a resfriarte», recomendación que en aquellas circunstancias parecía una burla y arrancó sonoras carcajadas.

Alguno hizo la parodia de una celebrada arenga del general Ros de Olano; el general, en altisonante prosa, habíamos

dicho: «¡Soldados!... tenéis la vista y la agilidad del árabe, la fuerza y la robustez del godo, la inteligencia y el corazón del romano», y el otro nos decía: «¡Húmedos!... tenéis la vista del topo, la agilidad del cerdo, la robustez del grillo, la inteligencia del burro y el corazón del pavo.» Ni faltó quien imitara a Napoleón I, diciéndonos con excelsa gravedad: «Desde las pirámides de Egipto, cuarenta siglos y sesenta años os contemplan.» Unos con disentería, otros con fiebre, todos mojados, allí estábamos en continua broma López Carrafa, Tuser, Altarriba, Osorno, Colomer, Allúe, Rodríguez-Mangas, Muñiz, Dulong, Peralejo, Asbert y los demás.

Tampoco faltaban, como no faltan en ninguna guerra, los imitadores más o menos felices del *capitán coplero*, el celeberrimo Gerardo Lobo, imitadores que distraían el hambre cantando seguidillas. A falta de mejor literatura, todos recitábamos las de autor anónimo que circularon por el campamento; aún recuerdo las que siguen:

*Dichoso el que descansa
con muelle holgura
sobre blanda alcatifa
de arcilla pura,
donde a deshora
le agasajan insectos
de estirpe mora.
Y dichoso el que escribe
estos cantares
en el campo del hambre,
lloviendo a mares,
a diez de enero,
a la luz de una vela
sin candelero.
... ..*

Levantamos el campo al amanecer del día 14, y emprendimos la marcha sobre Cabo Negro, donde se resistieron los moros todo el día. Eran posiciones fáciles de defender, y las defendieron con tenacidad; pero nuestros batallones las tomaron sucesivamente, bien que la victoria costó setecientas bajas. La artillería también trabajó mucho, particularmente la batería que mandaba el joven capitán López Domínguez.

Los dos batallones de Zamora cubrían la retaguardia; aquel día no quemamos un cartucho, pero lo recuerdo como uno de los memorables de la penosa campaña del Mogreb.

Cuando ya la vanguardia coronaba las crestas del promontorio y nosotros a la desfilada trepábamos por senderos escabrosos, más o menos torcidos, cruzábase con nosotros un reguero de heridos y moribundos, entre los cuales conté no pocos amigos. En una camilla que pasó a mi lado se incorporó un alférez, pálido como la muerte, y me gritó:

—¡Avísale a Juan que estoy herido!

Era Santiago Madan.

A los pocos pasos encontré a su hermano Juan, también herido, que bajaba por su pie, y le di el recado.

El desgraciado Pardell, mi camarada de colegio, pasó en otra camilla agonizando.

Al llegar Zamora a las alturas y desplegar en batalla, no quedaban más enemigos enfrente que los vistosos escuadrones de la guardia imperial, llamada *Guardia Negra*. Aquella tropa disciplinada y marcial emprendió la retirada con orden, y no la hostilizamos. El aspecto original y fantástico de aquella gente nos entusiasmó, haciéndonos pensar en los zenetes, en los zegríes, en los abencerrajes.

AVERSIÓN A LA GUERRA

En la jornada del 14 vimos, y por la noche enterramos, los primeros cadáveres que en el campo de batalla dejaba el enemigo. Acostumbrados los moros a retirar sus muertos, el hecho de abandonarlos era una prueba de que se habían sostenido con tesón. Mejor dirigidos nos hubieran impuesto una segunda jornada para desalojarlos del promontorio defendido tan valerosamente. Su general en jefe, Muley-Abbas, era un príncipe caballeroso y valiente, pero que no brillaba por sus dotes de caudillo.

Entre sus muertos vimos ancianos de blanca barba, mozos imberbes, soldados en la plenitud de su vigor. Sembrados en desorden por el campo y en las grietas de los riscos, empuñando aún las gumías o las espingardas, con los pechos atravesados o con los cráneos rotos, no inspiraban solamente la compasión debida a los difuntos, sino el respeto que merecen los que luchan y se sacrifican por la independencia de su patria.

Físicamente, aquellos muertos hacían pensar en los moros de nuestra leyenda medieval; y eran idénticos a nuestros mismos soldados, morenos y enjutos como éstos, altivos aún en la muerte, quizá más vigorosos por menos civilizados.

Aquellas víctimas de nuestras balas me interesaban tanto o más que nuestros muertos, no sé si por ser africanos como yo o porque es más sensible el sacrificio de los que no tienen culpa en el desastre.

Actuando de enterrador, aquella noche sentí por primera vez aversión a la guerra y sus estragos. Y es que si hay hombres de doble naturaleza, yo la tengo triple. Siempre alientan en mí tres distintas personas, por mí mal inseparables: el hombre... humano (de alguna manera he de decirlo), el revolucionario irreductible y el soldado viejo.

Ahora mismo, al cabo de tantos años sin oler la pólvora, todavía me parece que no hay música más expresiva y arrebatadora que la de las cornetas; aún tengo resabios de campamento, y amo todavía la guerra por lo que tiene de arte. Hace pocos días, viendo en una casa un precioso paisaje que representaba un valle pintoresco, parecíame que le faltaba algo, y lo que le faltaba era... un reducto en una encrucijada y una guerrilla desplegada en la cima de una verde loma.

Alguien dirá que hablo de mí con exceso: téngase en cuenta que escribo mis Memorias, no las ajenas, y que aun para hablar de los demás —por ejemplo, de los moros— debo de hacerlo desde mi punto de vista.

LLEGADA A TETUÁN

Lástima grande que el paraguas monumental de Nogueira se quedara abandonado en el campamento del Azmir, pues en Cabo Negro no llovía menos que en la región del hambre. Lo que nos consolaba era la extensa vista del llano de Tetuán, pero la ciudad no se veía porque la ocultaba aún Sierra Bermeja, donde campaban los moros. El 16 de enero se simuló una embestida a su campo, un simple amago, no tanto para reconocer sus nuevas posiciones como para impedirles que se opusieran al desembarco operado al mismo tiempo en Río Martín por la división llamada de reserva, que la mandaba don Diego de los Ríos.

El cólera, que venía cebándose en las tropas desde el principio de la campaña, se recrudeció bastante en Cabo Negro. El 16, después de la acción, me vi convertido en *caso*. Los médicos de Zamora se enfermaron ambos aquel mismo día, y el 17 me visitó un médico extraño, que me dio por muerto. En efecto, él se murió.

Aunque nada entiendo de patología, se me figura que lo que yo tuve no era el cólera, y si lo era, no adivino por qué se le teme tanto. Fui *caso de cólera* en los partes sanitarios, en los registros oficiales y en las estadísticas; pero se me antoja que *mi caso* confirmó una vez más la poca veracidad de la *Gaceta*. Calambres de estómago los tuve, la fiebre me hizo delirar, y en mi delirio pensaba estar viendo el Niágara; salía y entraba en mi tienda con una frecuencia aterradora, y aun así no me pareció tan grave mi dolencia como supone la fama terrorífica del mal asiático; sería sencillamente africano, pues me lo curé sin otras medicinas que el arroz con tocino de mi pobre y servicial asistente y un sorbo de ginebra que me fue ofrecido por el coronel duque de Gor. Muy mal semblante debió verme este jefe amabilísimo, pues regresando yo de una de mis visitas al... Niágara me dio su brazo, me acompañó a mi tienda y me hizo tomar la salvadora ginebra susodicha.

El 18 abandonamos las alturas de Cabo Negro, bajando todo el ejército al llano de Tetuán para acampar en Río Martín o desagüe del Jelú, donde ya se hallaba establecida la división de reserva.

Al romper la marcha desde Cabo Negro hube de hacer un poderoso esfuerzo de voluntad, porque estaba aniquilado, febril, incapaz de mantenerme en pie; pero la jornada me entonó, pues al concluirla, ya de noche, me sentía muy bien y con un apetito «perpendicular», como decía el veterano teniente don Ildefonso Fernández.

Al amanecer el 19 se regocijaron nuestros ojos con la perspectiva de Tetuán, perspectiva engañosa, como las que ofrecen todas las ciudades orientales, deslumbradoras y maravillosas cuando se las mira a respetable distancia, irregulares, sucias y mezquinas cuando se las ve por dentro.

Reclinada la ciudad en las colinas bermejas que lame el Guadeljelú, y encantando la vista por la blancura de las

casas y por los sugestivos y altos minaretes, cercada por recios y artillados muros, coronada y defendida por su moruna alcazaba y precedida de fragante huerta, rica en limoneros y naranjos, no hubiéramos podido imaginar panorama tan risueño, visión tan atractiva.

Mas para llegar a la deliciosa huerta había que atravesar un llano pantanoso, dos leguas de tierra casi baldía que nos separaban del africano ejército, acampado en la huerta, bien atrincherado y protegido por los cañones de la vecina plaza.

En el campamento del Martín nos desquitamos de las privaciones anteriores; allí no se careció de nada. Banqueteábamos frecuentemente, si no como potentados, como héroes mitológicos; almorzábamos pan y huevos duros, cenábamos pan y queso, despreciábamos el arroz con tocino y la averiada galleta de munición desde que los asistentes nos servían arroz con leche de la conservada en latas.

Por tener de todo, hasta tuvimos inesperadas visitas de damas calpenses y malacitanas, que se volvieron a Gibraltar y a Málaga murmurando del general O'Donnell por no dejarlas pasar al campo marroquí. ¡Ingratas!... Si se les prohibió pasar las líneas fue por su bien, que su curiosidad era malsana.

OPERACIONES MILITARES. TETUÁN Y WAD-RAS

El día 23 se practicó un reconocimiento de las posiciones enemigas y recorrimos gran parte de la llanura. Sostuvimos algunas horas de fuego, con pocas bajas. Lo peor fue que nos batimos con agua a la cintura, tornando al campamento bien bañados.

El 31 se reprodujo la misma operación, con más graves consecuencias. Después de atravesar las lagunas donde se había peleado el 23, se adelantaron ordenadamente algunos de nuestros escuadrones, que cargaron briosamente a los desbandados jinetes marroquíes. Éstos huyeron en desorden para atraer a nuestra caballería y alejarla de la infantería, objeto que lograron. Ya estaba aquélla a mucha distancia de nosotros cuando empezaron a salir jinetes moros de las cañadas de Sierra Bermeja, de los matorrales y hasta de las nubes; un enjambre.

En un momento vimos envueltos los flacos escuadrones por triple o cuádruple número de jinetes árabes. Formados en cuadro los batallones, avanzaron cuando fue posible, Zamora a la cabeza, a lo cual debieron su salvación nuestros esforzados lanceros y coraceros, menos los que sucumbieron en aquella lucha breve y desigual. No duró el choque de las dos caballerías más de unos cuantos minutos; fue un espectáculo soberbio; pero la nuestra quedó muy mal parada. Rehiciéronse los dispersos al amparo de la infantería, siendo amagada ésta, pero no cargada, por los jinetes moros, que se contentaron con saludarnos a tiros sin acercarse mucho.

Nuestros jinetes llegaban en desorden, algunos sin caballo y bastantes caballos sin jinete. Yo estaba en el primer cuadro, y me acuerdo todavía de uno de los últimos valientes que llegaron. A pie y con lentitud, venía esgrimiendo la vaina, viuda de su perdido sable, y preguntándole qué había sido de la hoja, me respondió con ademán heroico y acento inimitable: «Se queda envainada hasta la empuñadura en el alma de uno de esos perros.» Yo no sé dónde tendrán el alma esos bárbaros de moros.

Caía la tarde; estábamos a una legua de nuestro campamento, y separados de éste por tres charcos y pantanos. El general Turón ordenó la retirada, y la hicimos por escalones con perfecta regularidad. Los enemigos, sin acercarse a nuestras bayonetas, nos persiguieron hasta nuestro campo.

Duró la retirada algunas horas, dificultándola mucho los heridos; era uno de ellos, en mi regimiento, el comandante Mazorra. Mi batallón fue el último que entró en el campamento, a las once de la noche. Turón y Mogrovejo estuvieron más que nunca serenos y acertados.

Mi antiguo regimiento, Zaragoza, fue de los que más padecieron aquel día, por lo que al siguiente les hice una visita al coronel Ulibarri y a mis compañeros. Ulibarri me dijo que estaba satisfecho del comportamiento de oficiales y soldados, y me habló del alférez Sánchez Gómez, uno de los que resultaron gravemente heridos. Joaquín Sánchez Gómez es general hace tiempo, general de división; pero estoy seguro de que, como yo, se acuerda todavía del coronel Ulibarri y de la acción del 31 de enero.

El 3 de febrero desembarcó en Río Martín un lucido batallón de voluntarios catalanes, que se portó muy bien en las batallas de Tetuán y de Wad-Ras. La primera de las dos, la de Tetuán, fue el hecho culminante de febrero; se dio el 4, durante todo el día. Tuvo Zamora, entre sus bajas, un solo oficial muerto: mi amigo Esteban Cuartero, que recibió el último tiro de la jornada, un disparo a quemarropa, después de asaltadas las trincheras y dentro ya del campamento enemigo.

La defensa de los moros fue brillante; la conducta de sus artilleros verdaderamente heroica. Sus ocho cañones lisos respondían sin descanso a los 64 nuestros, que eran rayados y perfectamente dirigidos. Nuestro fuego avanzando era certero, y ya estaban nuestras baterías a bien pocos metros de la suya cuando ésta seguía vomitando plomo con la sola pieza que le quedaba útil. Su infantería no hizo fuego hasta el momento del asalto. Con respeto y admiración vimos después sus cañones desmontados y sus artilleros muertos sobre los cañones.

Tomando el campamento, en mal hora ocupadas sus tiendas fementidas, tan vistosas de lejos y tan llenas de huéspedes incómodos, rompieron el fuego sobre nosotros los cañones de Tetuán, pero su efecto fue nulo.

Como recuerdo de la batalla obtuve la cruz de San Fernando, mísera consolación de tanta sangre vertida; pero más me la recuerdan los leones del Congreso, hechos con algunos de los cañones tomados.

La plaza de Tetuán se rindió el 6, no oponiendo resistencia alguna. Entraron en la ciudad bastantes batallones, que se alojaron en ella, pero el mío permaneció acampado en las huertas exteriores.

Visitaban el campo diariamente numerosos judíos y judías, luciendo éstas sus galas, pregonando sus mercancías aquéllos. Parecían contentos de verse libres de moros, y nos hablaban en un castellano del siglo XVI: «Los *moríos* nos lo han *grobado* todo», iban diciendo, y añadían con voz desconsolada: «¡Quién topa conmigo!... ¡Hoy no he topado con nadie!... Dátíl fino, sal bonita, *Garbanso aremojado!*...»

Cuando algún soldado se permitía dirigirles ya una chanza, ya una grosería monumental, contestaban infaliblemente: «¡Anda malogrado!».

La vida en el campamento era aburrida; para combatir el tedio no disponíamos de otro recurso que la elocuencia de «Olózaga», nombre aplicado por mis compañeros al teniente don Ildefonso Fernández, oficial encanecido, archivo de proverbios y de apólogos. Entre sus costumbres tenía la de afeitarse a las doce de la noche, pues no dejaba nada para el día siguiente. «Por la calle de Mañana se va a la plaza de Nunca», era uno de sus refranes. Pero lo más pintoresco en sus discursos era que los esmaltaba de sentencias clásicas:

*en latín salamanquino
del propio Vitigudino,*

como solía decir el capitán Parera.

Cierto día supimos por un periódico la muerte de un señor a quien nadie conocía, un tal Laserra, vecino de Barcelona, y comisionamos a don Ildefonso, apelando a su humanidad y a su experiencia, para que le llevase la fatal noticia al capitán Barace, que era un navarro de pocas etiquetas.

—Mi capitán —le dijo don Ildefonso con la mayor solemnidad que pudo—, siento infinito la pena que voy a darle, bien a pesar mío, pero...

—¿Qué pasa? ¡Hable usted!

—La vida es una miseria, y usted tiene acreditado su valor para que yo vacile..

—¡Acabe usted, que estoy en ascuas!

—Pues bien, mi capitán, no debo ocultárselo más tiempo; el señor Laserra... ¡ha fallecido!

—¿Y a mí qué cuerno me importa?... ¡Déjeme usted en paz y llévase el demonio a todos los Laserra!

Don Ildefonso volvió cariacontecido y recitándonos a su manera la conocida máxima oriental: «Si alguno me engaña, no tengo yo la culpa; si vuelve a engañarme, no tiene él la culpa.» Y agregaba:

—¡No volveréis a engañarme, solemnes majaderos!

Un día le pregunté:

—¿Es usted pariente de don Salustiano?

Y me contestó en seguida:

—Creo que no; me llaman Olózaga porque hablo como él... ¿Usted no lo ha notado?

FANTASÍAS Y AVENTURAS

Los compañeros alojados en Tetuán nos contaban cuentos más o menos verosímiles (antes menos que más), de aventuras amorosas con *sultanas* de ojos negros y con pálidas israelitas. Las habían soñado.

Como la vida es sueño, se comprende que soñaran los amigos de aventuras. Después de todo, no soñaban más que a medias, porque era verdad que se vestían de moras y recibían con amabilidad muchas damas de Cádiz o de Mahón, que atraídas por el benigno cielo de Tetuán, habían llegado a la ciudad marroquí para curarse enfermedades crónicas adquiridas en otros climas pérfidos.

Un joven oficial de artillería, espíritu investigador, es decir, amigo de meterse hasta en los charcos, descubrió en Tetuán, a fines de febrero, un secreto que le maravilló. Y voy a revelarlo.

Cierto personaje tetuaní había huido de Tetuán, como todos los magnates mahometanos, después de la batalla del 4 y antes de la rendición; pero la prisa no le permitió salvar su *harén*, pues era más importante para él la salvación de su persona y caballos. El moro fugitivo dejó una docena de viudas en su oriental morada, palacio encantado situado en un callejón que lindaba con la judería; desde algunas de las azoteas del barrio de los judíos podían verse en los patios del palacio gallardas palmeras y surtidores de agua cristalina. Un hebreo de lengua y canosa barba (sospecho que postiza) le confió al teniente con tentador misterio el secreto no menos tentador, y el osado teniente penetró

en la casa; hasta creo recordar que se instaló en ella por modo definitivo, con aires de sultán, para probar que no en vano llevaba en el cuello un par de bombas. Guardó el secreto, como era natural, pero observó con sorpresa que era un secreto a voces. Cada día y cada noche llegaban nuevos curiosos, guiados por el hebreo barbudo, que confió su secreto a quinientos oficiales. Y es que las guerras favorecen y desarrollan el espíritu industrial y el genio mercantil de los judíos... y de los demás.

Lo más sorprendente para todos era la inmensa instrucción de las *sultanas* moriscas, siendo pasmoso, en efecto, que aquellas esclavas marroquíes supieran tantas cosas y hablaran tantas lenguas. Dedicarían sus ocios al estudio, como pensaba el teniente de las bombas, pues sin maestros ni comunicación alguna con la sociedad conocían a fondo casi todas las lenguas europeas... y otras. Había una circasiana que hablaba el francés como una parisiense, una griega que hablaba muy bien el catalán, una turca (la favorita del magnate prófugo) que hablaba hasta el latín... con marcado acento sevillano.

Que el judío barbudo hubiera buscado fuera lo que en Tetuán no había, a fin de equilibrar la oferta con la demanda, no me sorprendió poco ni mucho; más raro fue lo que a mí me sucedió: entré una tarde en un café moruno, rico en telarañas y otros adornos moriscos, y mientras saboreaba una taza de exquisito moka, reparé en un moro que estaba haciendo lo mismo en el rincón más apartado y oscuro; me extrañó su presencia en aquel sitio, por ser notorio que los mahometanos se habían puesto en fuga, y aquél presentaba todos los rasgos típicos del perfecto moro, del auténtico, así en la persona como en la indumentaria. Me apresuré a saludarle y al instante me correspondió; le hablé en castellano y me respondió con un versículo del Corán, que yo no comprendí. Pero al cabo de un rato éramos ya muy amigos y le pregunté:

—¿Eres de Tetuán?

—No, *zeñó*; soy de Chiclana —me dijo.

El hombre era locuaz y pronto supe su historia. Vivía en Tetuán con numerosa familia, tenía pingüe fortuna, y la debía, según él, a su perseverancia en el trabajo y a la ciencia que adquirió en las célebres Universidades de Alhucemas y Melilla.

Acertó a pasar por delante del café el hebreo misterioso de la barba cana, y le pregunté a mi moro si le conocía.

—¡Ya lo creo! —me respondió—; es tan judío como usted... ¡Buen pájaro!

—¿Es de Tetuán?

—El dice que es de Marsella, ¡pero quién lo sabe! Ha sido zuavo en Argel, tratante en reses del Rif, intérprete en Gibraltar, banquero en Malta... Aquí fue moro una larga temporada, y cuando ustedes llegaron se hizo judío y alcahuete. Es una de las personas más respetables del país, porque acapara el trigo, y presta con usura, y habla en inglés... cuando se enfada.

Aquella tarde aprendí —no fue día perdido— a no juzgar de los hombres por la facha y a no venerar todas las barbas canas aunque barran el suelo.

Recorriendo el barrio de los judíos tuve ocasión de ver mujeres guapas; verdaderas moras, ni guapas ni feas las vi hasta después de la paz, cuando empezaron a presentarse algunas en el *zoco*, situado en las afueras. Y las que allí encontré me parecieron poco interesantes.

El general Ríos, gobernador de Tetuán, destruyó media ciudad para embellecerla y sanearla; su intención era buena,

como la de todos los que emplean contra las cosas vetustas piqueta demoledora y eficaz barreno. Desgraciadamente para él, los más favorecidos no le agradecieron la intención; así les sucede siempre a los reformadores. Tan pronto como los moros pudieron reedificaron las inmundas callejas destruidas y los caserones derribados; lo mismo que sucede en algún país de Europa, donde los conservadores, cuando mandan, no perfeccionan y regularizan las reformas civilizadoras más o menos radicales, sino que las suprimen. Y así se pasa la vida en tejer y destejer.

SE RENUEVA LA LUCHA

Desde los días finales de febrero circulan por Tetuán y campamentos próximos rumores persistentes de paz definitiva; pero a principios de marzo llegaron a los campamentos de Muley-Abbas y de Sidi-Hamet grandes refuerzos de tropas: soldados negros que venían del Sur, región la más meridional del imperio, y kabilas rifeñas ansiosas de pelear. El 11 de dicho mes atacaron a nuestras avanzadas, dándose la acción de Samsa, que fue bastante reñida; los rifeños quedaron escarmentados.

Perdida toda esperanza de paz y reforzados a nuestra vez por los cuatro tercios vascongados y por algunos cuerpos de los de Sierra Bullones, emprendimos el 23 la marcha sobre Tánger, pasando el Guadeljelú por el puente de Buceja en dirección al Fondak. Nuestro ejército se componía de cuarenta mil soldados; el enemigo, entre soldados y kabilas, reunía cincuenta mil combatientes. Se dio aquel día la sangrienta batalla de Wad-Ras.

No fue mi regimiento de los que más se batieron aquel día; tuvimos pocas bajas, pero no nos faltaron emociones.

Al principio de la jornada, los dos batallones de Zamora, cargando a la bayoneta, arrojamos a los moros al otro lado

del río; pero en aquella carga tan briosa tuvimos apenas media docena de hombres fuera de combate. Cargar en columna y en terreno relativamente despejado contra un enemigo valeroso y no quebrantado aún, nos hubiera costado en estos tiempos algunos centenares de muertos y heridos; mejor dicho, no hubiera sido posible hacerlo en masa, dado el armamento que hoy se usa. Y esto me hace pensar en el papel desairado que hacemos en el mundo los soldados de mi tiempo. Nuestros abuelos decían dándose tono: «Para batallas las nuestras, que combatimos en la Albuera y en los Arapiles, en Bailén o en San Marcial: éstas de ahora, Mendigorría, Peñacerrada, Alpuente, son juegos de niños.» Nuestros padres se desquitaban después, diciéndonos a nosotros: «Estuvimos en Luchana, en Gra y en Castellote; ¡aquéllas eran batallas!, no las bromas éstas de Tetuán y de Wad-Ras.» Ahora nos tocaba lucirnos con la gente moza, pero no podemos; la nueva generación militar, aunque poco afortunada, se ha batido contra enemigos dotados de un armamento más serio que la morisca espingarda, especie de cerbatana casi inofensiva.

Pero lo cierto es que, con cerbatana y todo, la victoria de Wad-Ras nos costó una pérdida de dos mil hombres y pelear todo el día.

Uno de mis recuerdos de la gloriosa jornada es el de mis dos encuentros con el desventurado y simpático Agulló, compañero de colegio y a la sazón teniente de Ciudad Rodrigo. Después de la carga de Zamora recordada antes, lo encontré tallando unos cuantos duros a la sombra de un árbol, cuyas ramas, tronchadas por las balas enemigas, caían sobre él y sobre los *puntos* que se agrupaban a su alrededor; pero el enemigo estaba lejos, las que llegaban eran balas perdidas, y Ciudad Rodrigo descansaba. A la tarde lo encontré por segunda vez en aquel día, pero ya muerto: había caído en una carga de su batallón, con casi todos los *puntos* de por la mañana. ¡Pobre Agulló, no volvió a ver las palmeras de Elche, que eran su encanto!

Ciudad Rodrigo fue de los batallones que más padecieron en Wad-Ras; la vieja espingarda marroquí será una cerbatana enfrente de soldados que dispongan del máuser o del ré-mington, pero nuestros fusiles de Marruecos... también eran cerbatanas.

Otro incidente de aquel día que me ha quedado en la memoria: al pasar a la cabeza de mi compañía por el puente de Buceja, vi destacarse en lo alto de una colina próxima una especie de gigante que me llamaba con voces jamás oídas, acentos guturales aprendidos de los moros. Era Tomás Duro, que me invitaba a comer. Y no pudiendo aceptar porque avanzábamos precipitadamente, me arrojó dos galletas y un chorizo envuelto en un periódico. Todavía se lo agradezco, pues fue todo mi sustento de tan glorioso día.

Con la noche cesó el fuego, dormimos en las posiciones conquistadas y en ellas permanecimos todo el día siguiente.

El 25 de marzo, al toque de diana, se recibió la orden de marchar. Reinaba en el ejército el mejor espíritu. Esperábase un combate rudo en el Fondak y llegar a Tánger en dos jornadas o tres. Recogidas ya las tiendas y formados ya los batallones, observamos que los moros tenían plantadas las suyas sin aprestarse a levantar el campo. Llega entonces un parlamentario y es recibido por el general en jefe: Muley-Abbas quería conferenciar con O'Donnell.

A la vista de los dos ejércitos se reunieron y hablaron los dos caudillos acompañados por sus brillantes escoltas. En aquella conferencia se concertó la paz. Los soldados recibieron la noticia con muestras visibles de satisfacción.

No sé de dónde salieron ni cómo llegaron en tan crecido número, pero lo cierto es que al instante invadieron nuestros campamentos centenares de moros hambrientos y mal vestidos. Nuestros soldados les regalaban galletas y abundantes provisiones, que ellos devoraban crudas. Y para mostrar su

regocijo o sus pacíficos ánimos, aquellos famélicos circulaban entre los soldados con las culatas arriba y gritando en nuestra lengua: «¡*Todos moros!... ¡Todos moros!*»

Replantadas nuestras tiendas en el propio campo, salí aquella tarde a pasearme por los alrededores. Una bandada de cuervos que se cernía en el aire a poca altura atrajo mi atención y me sirvió de guía. No tuve que andar mucho para conocer la causa de los graznidos salvajes de los cuervos. Entre zarzales y rocas encontré casi juntos dos cadáveres: el de un joven coracero sin ojos, con las órbitas negras como dos abismos, y el de un moro colosal, negro como su fortuna, que conservaba los ojos muy grandes y muy abiertos; aparté los míos con horror al ver su cuerpo desnudo y asquerosamente mutilado, que aquella mutilación era indudablemente de manos de los hombres, más implacables con él que las aves carnívoras.

Y me alejé apenado, repitiendo como los kabilas:

—¡*Todos moros!... ¡Todos moros!*

REPATRIACIÓN

Después de la paz tornamos al campamento de las huertas, donde nos aburríamos. Las frecuentes visitas a Tetuán no presentaban grandes atractivos, y a varios compañeros les salieron caras. A fin de abril recibimos con agrado la orden de repatriación, reduciéndose a pocas las fuerzas de ocupación de Tetuán. Mi regimiento fue destinado al mismo punto de su procedencia, a Zaragoza, y el 3 de mayo nos trasladamos a Ceuta.

Jornada penosísima; en un día recorrimos a la vuelta lo que nos había costado dos meses a la ida. Desde Cabo Negro seguimos por la playa, y fue verdaderamente dura la

marcha por la arena y con el sol africano. Mucho pudiera decir de aquella marcha, pero... volvamos la hoja.

Embarcamos en Ceuta, desembarcamos en Alicante, donde pueblo y sociedades nos obsequiaron mucho, y tomamos el tren para Madrid. Nos alojamos en Vicálvaro, donde permanecemos hasta que, la víspera de entrar solemne y oficialmente en Madrid, acampamos con todo el ejército de África en la cercana dehesa de Amaniel. En ella vi por primera vez a Emilio Castelar. Poco después volví a saludarle en Zaragoza, donde se le recibió con grandísimo entusiasmo cuando fue a defender a Ruiz Pons, a quien se había procesado por el que entonces no era vulgar atrevimiento de llamar en un escrito «corrompidos» a los Borbones y «vil» a la clase media. Y me complazco ahora en recordar que entre el gentío que recibió a Castelar en Zaragoza no hubo más que un uniforme, y era el mío.

De la entrada en Madrid del ejército de África sólo diré que ni en la guerra tuvimos un día más fatigoso. El pueblo madrileño nos llenó de coronas y de flores; el Gobierno y el Ayuntamiento nos concedieron por premio dos solemnidades: una visita al Real Palacio y una corrida de toros. Por mi parte renuncié; el tiempo que hubiera perdido en ambas cosas lo destiné... a divertirme.

La marcha del regimiento desde Madrid a Zaragoza fue un verdadero *tour de force* de que no son capaces todas las infanterías: no cerramos los ojos ni nos acostamos una vez —me refiero a los oficiales y a los músicos— hasta que entramos el 31 de mayo en la heroica ciudad aragonesa. En cada pueblo un baile; desde el baile, en marcha para otro pueblo, y si algo dormíamos era caminando, cogidos del brazo por parejas y dando tropezones. Todavía tuve tiempo de perder una apuesta en el camino, hacia Alcolea del Pinar, pues preciándome entonces de andarín y tragalenguas, aposté que andaría ocho kilómetros en media hora... y tardé en recorrerlos treinta y seis minutos. Hoy no perdería

la apuesta, porque ya no apuesto nada; por otra parte, ya sé que para andar legua y media necesito... un coche. Lo malo es que, aun teniendo, como tengo, bastante barriga para creermelo con derecho a poseer carruaje, sigo siendo automóvil. El que nace para infantería va por sus pies hasta la sepultura.

DE NUEVO EN ZARAGOZA

En Zaragoza, después de una entusiasta recepción, más popular que oficial, volvimos a la existencia prosaica y monótona de guardias y ejercicios.

Bien porque en Zamora había muchos oficiales, si no zaragozanos, aragoneses, o por ser el regimiento muy querido en Zaragoza, lo cierto es que se establecieron corrientes de simpatía entre la juventud zaragozana y la oficialidad del regimiento. Acuartelados en la Aljafería, concurrían a ella, particularmente cuando estábamos de guardia Carrafa, Altarriba o yo, varios jóvenes que hoy serán abuelos. Formábamos un grupo más compacto y más unido tres o cuatro oficiales y tres o cuatro estudiantes, que todos, cada cual por su camino, consiguieron luego la notoriedad; pero todos éramos desconocidos cuando llenábamos de versos las paredes del cuartel o improvisábamos a la vez sonetos medianillos y cenas disparatadas.

Los militares de aquel grupo éramos: Eduardo López Carrafa, que fue secretario general de Guerra en tiempo de la República; Ramón Altarriba (en el día barón de Sanguarrén), que ha llegado a general carlista; el que escribe estas líneas, que no faltaba nunca, y algunas veces Marianito Osorno, el más viejo de todos, que decía tener veintiséis años, aunque ya había servido diez o doce en Cuba, y que todavía de coronel retirado parece un pollo paseando por Recoletos, aunque yo creo que tiene muy cerca de cien años

Los más asiduos entre los paisanos eran:

Un jovencillo flaco, moreno, melenudo, con unos ojos muy expresivos y muy grandes, que era por cierto el más notable de todos en el género festivo y que ha concluido, ¡quién lo dijera!, en socialista cristiano. Tengo para mí que su cristianismo (como su socialismo) es para puesto en coplas, que ya en aquellos tiempos nos hablaba en octosílabos, y aun hablando en prosa nos decía: «¡Tengo fe ciega en la Virgen del Pilar; pero lo que es en Dios, ni ciega ni tuerta.» ¡Cuántas veces, en París, me ha recordado Eusebio Blasco los sonetos y las cenas del castillo de la Aljafería!

El segundo personaje también era bastante morenito; no vaya nadie a creer que viene ahora tostado por el sol de América, pues de jovenzuelo ostentaba igual color. Como Blasco, nos saludaba en verso; pero no obstante su natural llaneza, en los versos prefería lo monumental, lo épico, lo granítico. Algunas veces, hasta en prosa, nos hablaba retumbantemente: el Compromiso de Caspe y el Cristo de Magallón, la batalla de las Eras y el combate del Portillo, el inmortal Zurita y las cumbres del Moncayo.

Algo más viejo que Zapata y más que yo, era Julio Monreal, sin duda el más discreto; pero vi en América su drama *Cien leguas de mal camino*, que me hizo pensar en él y en Zaragoza.

Ramón Altarriba, aunque carlista y barón, también improvisaba. En una ocasión me dijo, y delante de todos para mayor vergüenza:

*Queridísimo rechoncho,
debes pedir una plancha
para quitar esa mancha
que te ha caído en el poncho.*

No consigno mi réplica, en endecasílabos, porque no pretendo ingresar en la Academia ni que me admire la posteridad.

De Altarriba eran también, si no recuerdo mal, unas octavillas que acababan de este modo:

*Y cuando al castillo vuelven
mis caballos arrogantes,
les doy a comer diamantes
en morrales de tisú.*

Es de advertir que Altarriba no tenía por entonces más que un caballejo, en el cual iba al cuartel, y yendo a galope siempre llega tarde. En cuanto al castillo... no podía ser otro que el de Aljafería.

Por aquel tiempo se estrenó la primera producción de Blasco; titulábase *Vidas ajenas*.

Maestro: era muy mala.

Pero el novel autor salió no sé cuántas veces al escenario en compañía del actor Parreño, que para algo llevé yo al teatro a media guarnición. El gran alabardero fue aquella noche Carrafa, que se deshizo las manos aplaudiendo a la vez que gritaba como un loco: «¡Viva Zaragoza! ¡Que salga Eusebio! ¡Que salga su familia! ¡Que se le traduzca a todos los idiomas!»

Mala y todo, más digna de traducción y de aplauso era aquella producción que el flamante programa socialista del viejo y cosmopolita Blasco.

Años después, en Madrid, asistimos juntos López-Carrafa y yo a la ovación no preparada que obtuvo Marcos Zapata en su hermosa *Capilla de Lanuza*.

El teatro de Zaragoza lo fue de un episodio que, por insignificante, no debiera referir. Si lo hago es para rectificar errores que no me favorecen. Cuentan los viejos de entonces que si di o no di unos mojicones a los representantes de la autoridad en el paraíso del teatro. Lo que yo recuerdo es que un *guindilla* (así los llamaba el pueblo) me dijo no sé qué, le respondí no sé cómo, quiso cogerme por un brazo y entonces yo, arrancándole el tricornio, se lo tiré al escenario cuando acababan de levantar el telón. El sombrero de la autoridad cruzó majestuosamente el amplio espacio y cayó en las candilejas, con algazara del público. El *guindilla* destocado se puso en fuga, llegaron otros dos y entonces fue cuando hubo trompadas, según dicen. Yo no me acuerdo; creo que es una calumnia, y si fuere cierto, a ellos les toca acordarse. De lo que me acuerdo bien es de que fui sometido a un vulgar proceso (el primero y no el último) por desacato a la autoridad y lesiones. La intervención de Mogrovejo, no solicitada, y, por lo tanto, más de agradecer, hizo que todo se quedara en nada.

Arreglado el asunto, me llamó el brigadier Mogrovejo y me dijo con acento airado:

—No me gustan escándalos, y usted reincide.

—Es verdad, mi brigadier.

—Pero usted, ¿qué se propone?

—Ya que usted me lo pregunta, me tomaré la libertad de decírselo.

—Hable usted.

—Me propongo ir a Córdoba por unos días, si usted me lo permite.

—Pero ¿qué está usted diciendo?

—Que necesito ir a Córdoba.

—Alguna novia, ¿eh? Pues vaya usted, hombre, vaya usted. ¡Pero ocho días nada más!

En efecto, pasé en Córdoba ocho días en el mes de octubre del 60.

DE DEFENSOR MILITAR

En Zaragoza tuve que hacer la primera defensa que se me ofreció. Acusados varios jóvenes de Cinco Villas de haber hecho fuego a la Guardia Civil, hiriendo a un guardia, el más comprometido de los presuntos reos me nombró defensor. Hablé con él en la prisión y me dijo:

—Los demás son inocentes: he sido yo.

—¿Tenía usted algún resentimiento con el guardia herido?

—No, señor; ni siquiera lo conocía, porque él acababa de llegar al pueblo.

—Entonces, ¿por qué le tiró usted?

—Pues... nada... porque pasábamos unos cuantos mozos por delante de la casa-cuartel y el *cevil* estaba en el balcón.

—¿Nada más que por eso?

—Es que le daba la luna en la *misma cara*...

—Pues no comprendo...

—Al verlo dije yo: ¡qué bien está ese *pa* pegarle un tiro! Y me dijo otro: ¿a que no se lo pegas?... Ya usted ve, no

tuve más remedio que *atizarle*... Quedó herido en un brazo; pero no por mi culpa, que yo le apunté a los *morros*.

Fue sentenciado a dos años de presidio. Cuando fui a decirle que sentía no haber podido lograr su absolución, me contestó que no le importaba nada. Y así sería, pues apenas salí del calabozo le oí cantar al compás de su bandurria la conocida copla aragonesa:

*Ayer le dije a tu madre
que contigo hi de casarme;
ella me dijo que nones
y yo le dije que pares.*

NAVIDADES

En diciembre me escribió un amigo que se encontraba en Pamplona, convidándome a pasar con él las Navidades. Le contesté que no podía pedirle una licencia a mi jefe por estar reciente la de Córdoba y por ser yo para eso demasiado tímido. La pediría él, pues un día me llamó el brigadier Mogrovejo para decirme que me fuera a pasar quince días en Pamplona.

La capital de Navarra tenía buenos recuerdos para mí; pero tan borrosos en la actualidad que no los detallaré.

Pasé en Pamplona las Pascuas alegre como una *ídem*, hasta el día que, entrando en un café, vi en un grupo de oficiales a mi compañero de colegio Matías Tabuenca, natural de Cascante y de condición fosfórica. Todos estaban correctos menos mi amigo; el pobre Tabuenca tenía desceñido el sable y desabrochada la levita; su semblante me pareció cadavérico.

Al preguntarle cómo estaba me respondió:

—Estoy tísico.

Y añadió, señalando a uno de sus contertulios:

—Éste es el Galeno de mi batallón; me anunció hará cuatro meses que me moría por Nochebuena, y le aposté una cena a que llego al fin del año; la gano, chico, porque no faltan veinticuatro horas.

—No llegarás al día de Reyes —de dijo el médico— si continúas en la vida que llevas, tan desordenada y tan atroz.

—¿Apuestas la cena de Reyes a que vivo quince días más?

Esta segunda apuesta la perdió.

¡Pobre Tabuena!

XII. DESTINADO A CUBA (1866)

De Puerto Rico ya hemos hablado bastante. Y a nadie le interesan mis madrugadas para hacer visitas y tomar café ni mis frecuentes escalas en el café de Turull para tomar café, ni las tazas de café con que nos obsequiaba el canónigo Llorente (más adelante arzobispo), a mí y a otros varios cafetólitos el señor don Román de la Torre de Trassierra, insigne magistrado que nos leía *Doloras* de Campoamor o nos contaba anécdotas filipinas con sus frailerías correspondientes, mientras agotábamos su caracolillo.

A mediados del 66 fui destinado al ejército de Cuba, y me llevó a mi destino un barco viejo que hizo no pocas escalas, algunas de varios días; se echaba de ver que era un vapor en el humo y el ruido con que nos mortificaba, que no era rapidez; navegaba como las tortugas.

En todas las escalas, excepto en Baracoa, desembarqué a pasearme: en Aguadilla, en Mayagüez, en Santo Domingo, en Santiago de Cuba, en Gibara y en Nuevitas.

No llegué a La Habana hasta muy entrado el mes de julio.

Como en este viaje nada hubo que merezca la pena recordarse, contaré solamente lo que me sucedió en Santo Domingo.

Un señor que me vio desembarcar me saludó con la mayor cortesía y me preguntó si era español, y al contestarle afirmativamente me dijo con acentos de sinceridad:

—Hace apenas un año que ustedes abandonaron la isla, y ya estamos peor que nunca. La miseria es grande; el movimiento comercial es nulo; estas calles que usted ve tan desanimadas y tan tristes no estaban así cuando las llenaban los soldados españoles. Han cesado casi por completo las comunicaciones con Cuba y Puerto Rico, y nos amenazan otra vez las pretensiones haitianas, la guerra civil, la bancarrota...

—De modo que se alegrarían ustedes si volviéramos...

—Tanto como eso no digo... ¡Con uno basta! Preferimos que estén ustedes lejos para recordarlos con alguna simpatía.

En la calle vi a un sujeto cuya cara no me era desconocida; él también se acordó de haberme visto, pues se acercó a saludarme:

—¿Usted —me preguntó— no ha estado antes de ahora en la isla?

—Sí, señor, pero no en esta ciudad.

—¿No era usted capitán del ejército español?

—En efecto; lo era y lo soy todavía.

—Yo también estuve con ustedes; soy uno de los pocos oficiales que renunciaron a seguirlos y me he quedado en mi tierra.

—¿Y no ha sufrido usted persecuciones?

—He tenido alguna contrariedad, pero este pueblo no es nada rencoroso.

Entramos en una botillería, donde me ofreció una copa de ginebra, y luego me preguntó:

—¿Qué se dice entre ustedes de la muerte del capitán...? He olvidado el nombre que me dijo.

—No se dice nada, que yo sepa; yo no lo he conocido.

—Era un *capitanito* que murió en acción de guerra...

—En ese caso, que es el de otros muchos, poco se podrá decir, porque eso no tiene nada de particular.

—Es que si murió en la acción no fue porque le tocara ninguna bala enemiga; yo mismo lo maté de un machetazo.

—¿Estando en nuestras filas?

—Y a su lado.

Yo me callé, y él no tardó en volver a interrogarme:

—¿Cree usted que hice mal?

—Yo no soy fiscal ni juez; usted sabrá lo que hizo.

—Demasiado sabe usted y sabían todos lo que se permitió decir de mi mujer.

—Le repito a usted que yo no le conocía; por consiguiente, no sé nada. En todo caso, hay otras maneras...

—Sí, ya sé: un desafío... ¡Pues no faltaba más!

Y poniéndose en pie y en actitud airada me dijo con semblante descompuesto:

—¡Yo me bato con usted y con cualquiera por una bobería, por una disputa sobre si es lunes o martes; por mi mujer es otra cosa: yo no me bato por ella, que lo que hago es despachar de un buen golpe al cobarde que la injuria!

—Pues cuénteselo usted al que la injurie, que yo no la conozco.

Un poco más calmado, me dio después todo un curso de filosofía matrimonial.

—El que se casa —exclamó— no puede batirse nunca por cosa relativa a su mujer: no debe ni defenderla; si va con ella y alguien la insulta al pasar, no tiene más remedio que hacerse el desentendido... Procediendo de otro modo, queda escrito para siempre que se batió por su mujer, y cuando un hombre se bate por su mujer, nadie duda que ésta lo engañaba. Conque ya lo sabe usted: el hombre que se casa tiene que aguantarlo todo o hacer lo que yo hice.

Me abstuve de darle mi parecer, pero no pude impedir que me acompañara hasta dejarme a bordo. Y al despedirse de mí con las lágrimas en las pestañas me decía:

—Yo era entusiasta de la anexión a España, pero me dio malos frutos. ¡Aquel *capitanito*! ¡Aquel *capitanito*!...

LLEGADA A SANTIAGO DE CUBA

Al desembarcar en Santiago de Cuba, primera tierra de Cuba que pisaba, entré en una casa de baños y creí que me quedaba en ella.

En aquel momento descargaba una tormenta horrorosa, cayendo varias chispas en la casa, que produjeron una confusión indescriptible. Visiblemente asustados y enteramente desnudos, corrían los bañistas por las escaleras y los patios, excepto las mujeres, a quienes el pánico no les hizo perder ni el pudor ni la serenidad.

Pensaba yo que la temperatura bajaría después de aquel desahogo de la naturaleza, pero ocurrió lo contrario: jamás había yo sentido un calor tan asfixiante como el de aquel día de junio. Posteriormente sí lo he sentido mayor: en Campeche, en Veracruz y en Getafe.

Llegué a La Habana. Al desembarcar de un salto en uno de los muelles —el de la Machina—, oí distintamente lo que le decía un español aplatanado a otro menos amarillo:

—Éste cae.

Existía la preocupación de que el vómito habanero se cebaba en los jóvenes robustos, en los fuertes, en los ágiles y en los de buen color. De mis observaciones resulta lo contrario: las víctimas, allí como en todas partes, son los débiles y descoloridos.

También se hablaba de la terrible insalubridad del clima, otra completa falsedad. El de La Habana es el más sano del mundo, pues de no ser así hubiéramos perecido cuantos hemos visitado aquella ciudad tan grande, tan hermosa, pero tan descuidada, por no decir tan sucia. No sé yo si a la fecha habrá mejorado en policía, pero entonces era un inmenso muladar. Hasta la temperatura es agradable si se la compara con la de Puerto Rico, Santo Domingo, Santiago de Cuba, etc. Conste que al hablar de la salubridad no llego al extremo de afirmar como un amigo que «la fiebre amarilla es una enfermedad imaginaria.»

Creo conocer La Habana y sus contornos algo mejor que algunos habaneros. Como quedé en situación de reemplazo, esto es, sin obligaciones, mi vida era pasear, y no en volanta, como allí es costumbre, sino a pie, como no lo hacían más que los negros y los capitanes de reemplazo.

En uno de los barrios más distantes asistí una vez, en compañía de Bremón, a una de esas veladas que tanto gustan en aquella tierra. Había muchachas preciosas y chicos poetizantes y robustos bodegueros. La cosa al principio nada tuvo de particular: algo de música, varios discursitos y unos versos que había de leer su autor y que 'no llegaron a leerse. Eran los versos el *clou* de la velada, y resultaron serlo más de lo que se creía.

Cuando el poeta apareció en la tribuna fue recibido con una salva de aplausos. Con emoción profunda leyó el título de sus endechas: *A Fulanita...* y no recuerdo qué más. En seguida, en medio de un silencio solemne como él, dio lectura al epígrafe, por cierto de Zorrilla, que encabezaba sus versos:

*Mi madre es una alondra,
mi padre un ruiseñor...*

Unánime hilaridad, porque todo el mundo conocía al ruiseñor y la alondra: un *indiano* de los de tipo más hosco y una criolla asaz y velluda. El macho especialmente, quiero decir el ruiseñor, se desarticulaba las mandíbulas al saber que su hijo lo tenía por pájaro. La algazara fue tal que no hubo modo de leer la poesía, y terminó la velada con un «guateque difuso», como decía el poeta, a quien no se le dio ni una mala *carabina* ¹.

¹ Se dice en Cuba (o se decía en mi tiempo) que "se daba una carabina", cuando en un baile se le cedía la pareja a otro.

UN RESTAURANT EN CUBA

En un restaurante que llamábamos familiarmente *El conejo problemático*, solíamos comer juntos cuatro compañeros de colegio: Manuel Cassola, Marcelino Obregón, Alejandro Lacasa algunas veces, y yo, sin faltar un día. El cocinero del establecimiento, que era chino, mereció sin obtenerla toda la fama de un Carême, de un Brillat-Savarin toda la gloria. Sus langostas eran un portento, sus macarelas una maravilla; pero jamás consiguió que probáramos un dulce, cuyo nombre chino podía traducirse al español, según el cocinero, con estas tres palabras: *almíbar de cicote*.

Hablábamos en la mesa, preferentemente, de asuntos militares, y llegaba el eco de nuestras discusiones a la *Revista Militar*, redactada por Marcelino Obregón, uno de los oficiales más inteligentes que ha tenido el ejército y de los más pundonorosos y bravos que he conocido. Pasó la vida estudiando y combatiendo; se distinguió brillantemente en África, Santo Domingo y Cuba. Era ya coronel cuando murió, al frente de su columna, por culpable exceso de confianza y de temeridad. En nuestras discusiones de La Habana le oí censurar en otros lo que él hizo más tarde y le costó la vida: pensaba que el marqués de Santa Cruz, autor de las *Reflexiones militares*, si pereció tan miserablemente fue por echar en olvido sus propias reflexiones y enseñanzas. ¡Y a él, a Marcelino, le sucedió lo propio! Con todo, hubiera sido un general de veras.

Cassola era más práctico, si menos instruido; entusiasta admirador de todo lo prusiano, aun antes de Sadowa, no comprendía que Obregón estudiara tanto a los ingleses.

Pero con todo su militarismo, el bueno de Cassola nos dejaba algunas veces engolfados en la discusión de temas militares y se marchaba a una logia donde ejercía de orador; en ella se preparaba para el Parlamento.

FIDELIDAD A ISABEL II

Un día me vi citado con todos los de reemplazo por el general segundo cabo, que lo era a la sazón el conde de Valmaseda. El general nos dijo que todos los institutos, sociedades y corporaciones de la isla, a imitación de los de la Península, firmarían exposiciones a la reina protestando de los sucesos de Madrid del 22 de junio. En efecto, la *Gaceta* llegada por el último correo contenía bastantes exposiciones serviles ofreciendo vidas y haciendas a la soberana. Los regimientos de Cuba también habían firmado sus exposiciones y quería Valmaseda que los de reemplazo firmáramos con él otra por el mismo estilo. Se nombró una comisión de tres capitanes para redactarla y el general nos citó para leerla y firmarla al día siguiente.

Y al día siguiente concurrimos todos al Gobierno militar. Antes de presentarse el general Valmaseda, uno de la comisión nos dio lectura del documento, que él mismo había redactado. En aquel escrito se llamaba a Prim «ex general infame», «traidor», «cobarde» y «vendido al oro inglés». Dije yo que no firmaría semejante documento y se promovió un vivo altercado entre su autor y yo, sostenidos uno y otro por los cooipinantes respectivos.

Al oír las voces apareció Valmaseda, preguntando qué ocurría, y yo le contesté:

—Mi general, he venido a firmar el redundante ofrecimiento de servir a la legalidad, pero tal como vine he manifestado a estos señores que no firmo. Yo no acostumbro a injuriar, y menos que a nadie a los ausentes, y nunca llamaré «cobarde» a don Juan Prim, porque me consta de ciencia cierta que no merece tan denigrante calificativo.

El general, después de leer aquel trabajo, me dio a mí la razón: dijo que aquello no podía firmarse y que se redactara en otros términos. Cuando después se ha criticado tanto a

Valmaseda por su proceder en el mando superior de Cuba, cuando yo mismo he lamentado lo que hizo por imponer a España la restauración borbónica, siempre he recordado, para atenuar mis juicios, que se portó conmigo en aquella circunstancia como cumple a un caballero. Téngase en cuenta que era *moderado*, es decir, inmoderadamente realista y conservador. Y no se olvide que en aquellos tiempos hubo oficiales expulsados de las filas por el crimen de leer *Las Novedades*, periódico progresista de Madrid y más bien azul que rojo. Y ahora viene la segunda parte. Los folletines suelen decir: «No adelantemos los sucesos», pero yo los voy a adelantar.

En octubre del 68, cuando Prim llegó a la capital de España y aclamado por la muchedumbre subía por la calle de Alcalá entre himnos y coronas, vítores y aplausos, yo presenciaba la inolvidable ovación perdido en la multitud, compartiendo su emoción patriótica y sintiendo los escalofríos de la fiebre popular. ¡Cuál no sería mi sorpresa viendo entre los jefes que a guisa de batidores precedían al caudillo revolucionario al mismo capitán que dos años antes calificaba a Prim de faccioso, de infame y de cobarde! ¡Y con qué entusiasmo saludaba al pueblo con el ros! No estampo aquí su nombre porque ya ha muerto, y si viviera también lo omitiría por consideración a algún otro militar que lleva su apellido con decoro.

ABURRIMIENTO Y ESTUDIO

El mes de septiembre, llamado *setiembre* en Cuba y Puerto Rico, es, efectivamente, para que se echen a temblar todos los europeos no aclimatados. Algunos compañeros que llevaban tres o más años de residencia en las Antillas y habían salido de Santo Domingo sanos y salvos murieron del vómito en La Habana en septiembre del 66.

Yo, entretanto, me aburría grandemente. La existencia del oficial de reemplazo, como la del que tiene su destino en reservas ilusorias, me parece absurda; perjudica al Estado, al ejército y al individuo. Creo que cuando sobran jefes y oficiales, como sucedió al terminar la guerra dominicana, y como sucede y sucederá después de todas las guerras, en lugar de dejarlos de reemplazo debe dárseles comisiones útiles, emplearlos en algo provechoso o destinarlos a exploraciones científicas, aunque sea en la Luna. La vida sedentaria, sin ocupaciones, sin objeto, es impropia de todo ser humano y peligrosa para el militar, algo más peligrosa que la guerra misma. Lo sé de ciencia propia, que yo en La Habana me fastidiaba soberanamente; no bastándome ya mis correrías habaneras, la extendí al exterior, a lo que fue en organizaciones posteriores «provincia de La Habana»; todo inútil.

Para distraerme de algún modo me decidí a continuar el estudio del inglés, varias veces interrumpido por no haber permanecido nunca bastante tiempo en ninguna guarnición. Las lecciones que recibí en la heroica Zaragoza ya las había heroicamente olvidado; el señor Mendizábal pudo enseñarme a traducir, no a pronunciar correctamente. Y por eso en La Habana tomé una institutriz. Lectores, no asustarse.

Como estuve en La Habana poco tiempo, me enseñó muy poco. Lo sentí, porque era inglesa auténtica, muy guapa, viuda de un cómico inglés y una de las mujeres, una de las personas de más ilustración que he conocido. Hasta de historia militar sabía mucho más que yo, con tener yo obligación de saberla, y así me lo demostró en una discusión acerca de Malborough y de sus campañas. Aquella institutriz me convenció de que la lengua inglesa no es tan áspera como se supone; imposible que ninguna otra tenga la suavidad y la tersura que la suya en sus labios; imposible que en ninguna otra se reúnan el encanto, la dulzura y la delicadeza con que ella me decía melodiosamente: *very nice!* Jamás he vuelto a verla; pero una vez, cuando menos lo

esperaba, recibí una tarjeta suya procedente de Cardiff (como el carbón de piedra).

No tuve apenas relaciones en la sociedad cubana, pero saqué la impresión de que nos era hostil. Los hombres, las mujeres, las familias, con toda su hospitalidad tan ponderada, con toda su cortesía tradicional, que en mi tiempo no era ya más que un mínimun de cortesía, mostraban a todas horas su afán de independencia. La juventud habanera, los *tacos de Louvre*, como se les llamaba en aquel tiempo, no perdían ocasión de hacer desaires a los españoles, fueran o no militares. Recuerdo un gran tumulto, en el que hubo no pocos bastonazos, botellas por el aire y sillas rotas en el café del Louvre y a las puertas de Tacón, todo ello por una tontería. Por cierto que yo, increpando a uno de aquellos niños, fastidioso como un erudito y elegante como un estafador —aunque él no fuera ni estafador ni erudito—, le dije estas palabras «Los que quieren ser libres hacen lo que ustedes son incapaces de hacer: un rifle y al monte...»

CUBA, VIRTUALMENTE PERDIDA

En efecto, yo creía respetable en todo hombre el amor a la independencia y a la libertad; pero no creía que se alzaran en armas los que traducían aquel noble sentimiento en groserías contra nosotros, que no habíamos hecho el mundo ni sus leyes. Poco después aquellos mismos *tacos* demostraron mi equivocación; arrastrando a los guajiros, sin los cuales nada hubieran hecho, sostuvieron una lucha de diez o doce años. Sucumbieron, sí, pero en aquella primera rebelión, y no en la última, acabaron con el prestigio y quebrantaron el poder de España. Nadie los creía capaces de tan prodigioso esfuerzo, ni yo mismo; pero, por mi parte, no tardé mucho en rectificar mi juicio —antes de la insurrección— al ver que los poetas y las mujeres tenían por único ideal la independencia de Cuba. Tanto rectifiqué

mi juicio que, de regreso en España el año 67, daba yo por perdida aquella hermosa tierra.

—Pero hombre —me decían—, ¿cómo ha de perderse Cuba, si aquello se gobierna con un violín, si los blancos no han de entenderse con los negros, si allí no se piensa más que en el juego y el danzón?

—Pues a pesar de todo Cuba se pierde; en realidad ya está perdida.

Creo que, en efecto, Cuba se hubiera perdido para España desde el 68 si no hubiera ocurrido la revolución española de septiembre. El movimiento separatista iniciado por Céspedes en Yara seguramente hubiera sido secundado por todos los cubanos, sin distinción de sexos, edades ni colores, si el triunfo de la revolución en la Península no hubiera alentado esperanzas ilusorias de los que, al verla triunfante, creyeron que España rectificaría su política ultramarina, modificaría su régimen colonial. Desgraciadamente no fue así; todo siguió en el mismo estado; la revolución de España, tímida ante los elementos perniciosos que explotaban a Cuba sin conciencia, no hizo nada en sentido progresivo, ni siquiera abolió la esclavitud.

La cuestión de razas era una dificultad para los cubanos y para los españoles; pero los primeros, anticipándose a abolir la esclavitud cuando los segundos vacilaban, no sólo fueron más humanos, sino también más políticos. Todavía nos lamentamos algunos del fracaso evidente de la revolución española, pero ésta no fracasó en la Península sino después de algunos años de luchas y debilidades y torpezas; donde fracasó vergonzosamente desde el primer día fue en las colonias. Los mismos cubanos que, confiando en los liberales españoles, se apartaron de los rebeldes del 68, han sido insurrectos el 95. Y eso que entre los cubanos abundaban los hostiles a la raza negra, por influjo del medio en que vivían. El negro, en Cuba, no sólo era esclavo, sino que,

aún siendo libre, se le hacía vivir fuera de la sociedad y en una atmósfera de vilipendio, generadora de odios y venganzas. En todo y siempre se marcaba el desprecio en que se les tenía, la injusticia con que se les trataba. Ni en el presidio se equiparaba a los hombres en la categoría común de delincuentes.

Los presidiarios blancos se distinguían de los negros en las listas en que los últimos figuraban con el nombre a secas y los primeros con el *don* que los calificaba. Todo blanco tenía derecho al don en la sociedad de Cuba; ningún negro lo tenía. Los soldados españoles eran los únicos blancos sin el don, mientras estaban en los regimientos; pero si alguno de ellos, por delito o crimen, era sentenciado a la pena de presidio, inmediatamente adquiría el derecho de llamarse *don Fulano*, con lo cual se distinguía de otros camaradas suyos, no más criminales, pero sí más feos. Contábase en mi tiempo que un soldado le había hurtado el reloj a su sargento primero, y dijo en el sumario que lo había hecho con premeditación para que lo condenaran a presidio y lo llamaran *don Pablo*, como al veterinario de su pueblo.

El capitán general de la isla, en 66, era Lersundi, que tuvo allí mala suerte. No le valió ni ser un impenitente moderado y tan adicto a doña Isabel II que todavía en octubre del 68 gobernaba en su nombre, celebraba oficialmente su cumpleaños y se negaba a cumplimentar las órdenes del gobierno de septiembre. A un hombre así lo calificaban en el 66 de peligroso por su radicalismo —¡si serían liberales!— ciertos elementos predominantes entre los españoles de la isla y bien conocidos por negreros, corruptores de empleados y defraudadores de la Hacienda Pública. Y lo singular del caso es que aquellos mismos hombres, tan inmorales como reaccionarios, que más tarde supieron convertir en instrumentos suyos a los españoles más laboriosos y honrados, abusando de su buena fe y de su mal orientado patriotismo, no fueron al calumniar a Lersundi

sino instrumentos de otros más sagaces y más intencionados. Porque la desgracia de Lersundi, las antipatías que inspiraba a ciertos elementos, las calumnias y mortificaciones que desde su mando en Cuba le acompañaron hasta el sepulcro mismo, tenían por único origen la inadvertencia de haber hecho cierta visita oficial ostentando la gran cruz de Carlos III, hecho pueril que alguien tradujo por intencionada y audaz provocación. ¡Bien se vengaron de Lersundi los enemigos de Carlos III!

LICENCIA PARA TENERIFE

Pedí una licencia de seis meses para Tenerife y la Península, y el general Lersundi me la anticipó sin esperar a que se la concedieran en Madrid. Mi petición tenía por causa una serie de desgracias que entonces me afligieron: en pocos meses habían muerto dos hermanos míos, y mis dos hermanas estaban sentenciadas a morir. Cuando llegué a Tenerife ya no me quedaba más que una, y expiró en mis brazos.

El viaje desde La Habana a Vigo fue largo, penoso y duro. El equinoccio de otoño nos hizo correr un temporal muy fuerte en aguas de las Azores, esas islas que los geógrafos consideran africanas y a mí se me antojan groenlandesas. El frío era glacial; del archipiélago no divisé más que picachos volcánicos envueltos en densa bruma; las olas eran inmensas, pero negras como mis desdichas; las espumas, semejantes a infectos cuajarones, en nada se parecían a las de otros mares. Y por eso yo no cesaba de repetir los versos de un poeta, pariente y comprovinciano mío, que exclamaba allá en los mares del Norte:

*¡No son éstas las ondas azuladas
que murmuran en torno de mis islas!*

En Vigo se nos impuso una cuarentena de diez días, y en el lazareto de San Simón tuvimos el placer de que nos fumigaran, además de someternos a una dieta rigurosa, pero no gratuita.

Después estuve en Madrid y en Cádiz, y no pude embarcarme para Tenerife hasta el 24 de diciembre.

Al llegar a casa encontré a mi hermana moribunda.

Y aquel comedor en que antes reinara la alegría, el mismo donde antaño nos reuníamos veinte, era una imagen del silencio, de la tristeza y de la soledad.

XIV. AGITACIÓN POLÍTICA (1868)

Se me acabaron la licencia que tenía y las prórrogas que me concedieron. El brigadier Planell, jefe del negociado de Ultramar en el Ministerio de la Guerra, quería que me fuera a Cuba... para pasearme por La Habana, puesto que allá no tenía colocación; y yo, contrariándole, pedí que me destinaran al ejército de la Península. Pero no habiendo cumplido los seis años de residencia en Ultramar, se oponía el citado brigadier a que yo conservara en la Península mi efectividad de capitán. Contando ya nueve años de antigüedad en este empleo, y después de haber mandado (aunque accidentalmente) un batallón en campaña, me costaba trabajo el quedarme de teniente. En aquellos días, para aligerar un poco las escalas, se dispuso que los oficiales a quienes conviniera solicitaran el pase a las carreras civiles, conservando por dos años el derecho de volver a la milicia con los mismos empleos y sin pérdida de antigüedad; pero sólo se les concedía a los que ya tuvieran un destino otorgado por otro ministerio. Sin relaciones con los moderados, no me era fácil conseguirlo; pero gracias al más joven de los diputados —Valero de Tornos— obtuve por veinticuatro horas una credencial civil de ínfima clase. Era todo lo que yo quería: en el Ministerio de la Guerra se me dio de baja por pase a la carrera de administración civil, y en ésta se me declaró cesante con la misma fecha, sin opción a sueldo, que era justamente lo que yo anhelaba.

Consideré desde entonces que estaba desligado de toda obligación para con el gobierno, y libre ya de escrúpulos

me puse a conspirar: oficio nuevo y lleno de encantos para mí, que era admirador ferviente de los carbonarios y soñaba en conspiraciones internacionales con Mazzini, Kossout, Blanqui, Félix Pyat, Víctor Hugo, Crispi, Cluseret. Bien pronto me convencí de que la esfera de acción de nuestros más temibles revolucionarios no pasaba del puente de Toledo, y hube de resignarme a oír contar las hazañas de Becerra, los planes disolventes de Sagasta y los grandiosos proyectos financieros de Madoz y Figuerola, hacendistas de la revolución que iban a dejar tamañito a Mendizábal.

Yo no trataba entonces ni apenas conocía a las grandes figuras de la democracia, a los prohombres del republicanism, que estaban emigrados, o deportados o presos. Me entendía con esparteristas como Calvo de Guaiti, con progresistas como Lías Rey, con Adolfo Pons y otros amigos de Prim, y también con algunos que no tenían compromisos personales ni aspiraciones concretas, pero sí temperamento revolucionario. Mis debates con ellos degeneraban muy fácilmente en disputas, singularmente con los progresistas: me indignaba oyéndoles decir que Castelar no pasaba de ser un poeta cursi, que fracasaría en el Parlamento y que no se atrevería ni a despegar los labios en presencia de Aguirre, de Olózaga, de Madoz o de cualquier Rodríguez.

De todos modos, yo estaba contento con mi nuevo oficio: ya era agitador, ya era demagogo, ya era algo; no habría cambiado tales títulos por ninguna gloria de la tierra. Pensaba que a lo menos transformaríamos la patria, sin acordarme de que los franceses dicen: *Plus ça change, plus c'est la même chose*. Cada vez que los periódicos ministeriales salían echando chispas contra los «pérfidos agitadores», me daba por aludido y me regocijaba, sobre todo cuando encontraba en ellos alguna catilinaria furibunda en que se nos llamara «incorregibles, malvados, inmundos instrumentos de la excomulgada y odiosa masonería, esa repugnante secta de vampiros aborrecida de las almas buenas.»

Continuaban las reuniones en el café del Siglo; pero yo iba, además al café Suizo, donde se hablaba, tanto como de política, de literatura y arte. De todas maneras, allí también se mascaba la revolución.

Era preciso estar ciego para no verla llegar. Ni el estado de sitio, ni la numerosa policía secreta, ni la confianza fingida por los diarios moderados impedían que se discutiera a voces no ya la revolución, que ésta la juzgaban todos inevitable y aun inaplazable, sino la futura forma de gobierno, la influencia de la democracia en la venidera constitución política, las reformas coloniales y la política internacional de la revolución.

En el Suizo fue precisamente donde un militar isabelino —hoy general— me decía con aire de profunda convicción: «Lo deploro, porque no sé lo que saldrá de aquí; pero la revolución es necesaria. La reclaman la honra nacional y la justicia. Gobiernos que abusan del rigor fusilando sin tasa ni medida, como después del 22 de junio, todavía pueden defender sus actos; pero cuando se ordenan asesinatos como el de Noy, se premia a los asesinos y en altas esferas se protege a los ladrones, ya no queda esperanza.»

Tan persuadidos estaban los moderados mismos, y aun los indiferentes (aunque éstos no fueran tantos ni tan escuchados como ahora), de que la revolución era la única esperanza de la patria que la opinión general favorecía francamente a los revolucionarios. Una noche entró en el Suizo un personaje de muy buen aspecto, y en el mismo instante se levantó de su silla uno de los concurrentes —un desconocido— y gritó, señalando con el dedo al que acababa de entrar: «¡Ése es de la policía!» No fue preciso más; la numerosa concurrencia, en la que había políticos, militares, artistas y escritores, se puso en pie, sin excepción alguna, gritando: «¡Fuera! ¡Fuera!» El polizón no tuvo más remedio que marcharse. Fue menos mal recibido otro funcionario del Estado cuando un compañero de tertulia tuvo la triste

ocurrencia de llevarlo al Suizo; nos lo presentó, diciéndonos con perfecta naturalidad:

—Mi amigo el verdugo, cómplice de González Brabo y futuro ejecutor de ustedes.

—Servidor de ustedes —añadió el otro, inclinándose.

El que lo presentaba era un teniente, hoy coronel retirado. El presentado era, en efecto, el verdugo de Madrid. Y no se le expulsó como al espía; fuimos nosotros los que tomamos la puerta.

VÍSPERAS REVOLUCIONARIAS

Murió Narváez el 23 de abril, sustituyéndole González Brabo en la presidencia del Gobierno. O'Donnell había muerto seis o siete meses antes; faltaban, pues, dos grandes soldados de la monarquía.

Mas no se crea que esa falta favoreciera a la revolución, que ellos todavía eran ya impotentes para contener el torrente revolucionario. Y en cuanto a O'Donnell, se cree que al morir estaba más dispuesto a dejarse llevar por la corriente que a defender a doña Isabel II.

Narváez murió diciendo que él era más liberal que nadie, que lo enterraran con la cruz del 7 de julio y que, en defensa de la Constitución había librado más batallas en el palacio real que en los campos de Cataluña y del Norte. Así sería, pues no sólo fue liberal exaltado al empezar su carrera, sino que siempre odió al clericalismo y era de índole turbulenta y demagógica. Se le tuvo por sanguinario y en realidad lo fue; las crueldades que cometió en la Mancha persiguiendo a los carlistas anunciaban la que había de emplear en el poder contra liberales y republicanos. Con los militares particularmente fue inexorable, no acordándose de que él

también había trillado la senda escabrosa de los pronunciamientos. En 1838 se pronunció en Sevilla y tuvo que emigrar; por sublevarse en 1843 lo hicieron capitán general, ministro y duque. Sin embargo, hablaba siempre de la disciplina, queriendo imponérsela a sus mismos compañeros de armas y de sediciones. Hombre de escasa cultura, debió su autoridad y su renombre a su carácter violento. Su impopularidad era la mayor que he conocido; pero fue de esos tiranos que saborean el odio de una generación, bien seguros de no haber merecido su desprecio.

A las pocas horas de haberse divulgado la noticia de su muerte, corrió por casinos y cafés un telegrama impreso que decía:

Infieros, 23

*Llegó el duque de Valencia,
se le está poniendo el rabo;
se aguarda con impaciencia
a don Luis González Brabo.*

O'DONNELL.

Esto pudo ser obra de algún revolucionario, como lo era, en parte, la prensa clandestina; pero los que cultivaban con fortuna la musa irónica, la sátira y la diatriba eran los moderados disidentes y otros monárquicos «por obligación y gratitud», que no respetaban nada, ni a su reina. ¡Valiente gratitud!

Lo que decían, lo que escribían, lo que pregonaban los cortesanos de oficio y los realistas rabiosos era bastante para justificar no una, cien revoluciones. De buena gana recordaría sonetos sangrientos, letrillas indecentes y cantares venenosos, que no eran debidos a plumas democráticas; pero me contentaré con citar lo más inofensivo, como prueba de mi aseveración.

De un diplomático:

... ..

*Isabel... segunda,
los demás... terceros.*

Anónimo:

*Lo que nació con Clarete *
debe morir con Claret,
¡y que se los lleve el diablo
por siempre jamás..., amén!*

Otro poeta monárquico, y éste sí que era poeta, despertó a su perezosa musa para que le dictara lo que sigue:

*Ya viene la corte
de San Ildefonso:
hasta el pobre santo
queda con in... sueños.*

... ..

Curiosidad, patriotismo o lo que fuera, el hecho es que yo deseaba presenciar la fiesta patriótica del Dos de Mayo; nunca había estado en Madrid en semejante fecha.

Vi la fiesta por primera vez el año 68; después la he visto repetidas veces. Claro está que no voy a describirla; era entonces, poco más o menos, como ahora. De tanto verla he llegado a explicarme lo que antes no entendía: eso de las *innumerables* víctimas de la jornada, que son innumerables, efectivamente. Bien sé que no debe llamarse

* Es bien sabido que González Brabo, en sus comienzos, usaba el seudónimo de *Ibrahim Clarete*.

innumerable a lo que tiene número, ni inmenso a lo que está medido, ni infinito a lo que es limitado; los mártires de Zaragoza no fueron innumerables; no lo fueron tampoco las víctimas de Thiers, pues se contaron las 37.000; ni las de Cabrera, porque pudieron contarse. Pero las víctimas de Murat no digo que fueron, sino que todavía son incalculables, y llegarán a infinitas si continúan las generaciones celebrando la consabida fiesta. A los muertos en las calles y a los fusilados en la aciaga noche hay que añadir los que mueren de insolación en interminable serie. Todos los años sucumben pocos o muchos soldados, víctimas del sol y de la patriótica procesión cívica, más crueles que Murat. ¡Hasta cuándo durarán los sacrificios humanos en aras de la patria desvalida!

LA REVOLUCIÓN, EN MARCHA

Las hojas clandestinas circulaban con profusión y eran leídas con encanto. La sañuda persecución del gobierno, y las duras penas impuestas a los sorprendidos con alguna, más abrían el apetito que evitaban la circulación. Las que venían del extranjero —de Lisboa, de Londres, de París— casi todas eran secuestradas, y rara vez llegaba a conocerlas el público; no así las impresas en Madrid, Sevilla, Cádiz, Barcelona. Algunas tenían sabor revolucionario y tendencia federal; pero las más eran de una inocencia primitiva. Salvo las injurias que no se escasean a diferentes personas, lo contenido en las hojas perseguidas podría publicarse hoy en cualquier periódico sin escandalizar ni conmover a nadie. Con todo, y con estar a veces mal escritas, las tales hojas gustaban a la gente. No se me olvida la emoción profunda de un liberal de entonces, más tarde prestamista, que me llevó una mañana camino de las Ventas para leerme, después de tomar cien precauciones, un programa revolucionario encabezado con una calavera y un par de tibias en cruz, y suscrito por unas cuantas parejas de iniciales. Entre otras cosas, decía:

«¡Pueblo!... Se acerca la hora. Pidamos la supresión de la guardia rural y del cuarto del cartero; exijamos la transformación del impuesto de consumos; apoyemos las reivindicaciones de los curas párrocos y la reducción de mitras. Viva el concordato, bueno, pero cúmplase. Necesitamos el fomento de las obras públicas y la reducción de gastos; así como la protección más cumplida para las artes y oficios, la industria y el comercio, el ejército y la armada. ¡Viva el libre cambio! ¡Muera González Brabo!»

Puede ser que no haya alcanzado mi memoria a retener la letra con fidelidad, pero de la música respondo: en lo transcrito se ve claro el espíritu del documento.

¡Y pensar que si encuentran al autor lo mandan a presidio, cuando lo justo era mandarle a la escuela!

Uno de los polizontes más odiados, por ser más conocido que sus cómplices, era, sin duda, el apoderado *Estanquero*, que el 29 de septiembre pagó con la vida el celo que desplegaba en el cumplimiento de su repugnante obligación. A un republicano bastante conocido, y que más tarde se sublevó conmigo en Despeñaperros, lo sorprendió una vez repartiendo con poco disimulo proclamas sediciosas. El *Estanquero* se las arrebató, y en vez de hacerlas pedazos, lo que hizo astillas fue su garrote y los huesos del republicano. Éste escapó como pudo, y no paró de correr hasta verse en Perpiñán. El prófugo perdió la posición que tenía, pues, además de repartir manifiestos revolucionarios con riesgo de su libertad o sus costillas, trabajaba en un circo, desempeñando a satisfacción del público el modesto cuanto difícil papel de *cabeza parlante*. ¡Y qué cabeza! Todas las noches, al ser presentada en una bandeja al público, parecía realmente la de un guillotinado. A las preguntas que se le dirigían desde palcos y butacas respondía generalmente con alguna chuscada inverosímil, pero nunca tan feliz, a juzgar por el éxito que obtuvo, como la noche en que su amigo Felipe Ducazcal, desde la primera fila de butacas, le apuntó con

una cerbatana y le metió el proyectil en un ojo; el proyectil era un garbanzo crudo. El apóstrofe de la cabeza herida enriqueció la lengua castellana, pues antes de aquel suceso no había figurado nunca ni en el pintoresco repertorio de Felipe Ducazcal.

A propósito: el difunto Ducazcal, reaccionario en la época de la revolución y, por último, alfonsino, era entonces revolucionario diligente, propagador de noticias alarmantes y hasta impresor de libelos contra una raza que consideraba espúrea.

En Perpiñán, en Tolosa, en Bayona, en las demás ciudades fronterizas, donde Virgilio Llanos y otros fugitivos tenían su residencia, la policía francesa no los dejaba vivir, cuando no los internaba, los vigilaba muy estrechamente. En París mismo era penosa la existencia de los emigrados, por lo que muchos se refugiaban en Suiza, Inglaterra o Bélgica.

Para que vean los que no lo vieron por sí mismos adónde llegaban el desprendimiento y el fanatismo de los agitadores, recordaré una escena que tuve ocasión de presenciar. Al retirarme una noche del café Suizo, me llamó con gran misterio un compañero, militar de reemplazo, vigilado por sospechoso de liberalismo y que vivía con la mayor estrechez.

—¿Tienes dinero? —me preguntó.

—Según lo que entiendas por dinero: si se trata de cinco duros, sí; mayor suma, no.

—Es que necesito ahora mismo dos mil reales.

—No puedo ofrecértelos, y menos a estas horas.

—Pues he de tenerlos antes de la una. Acompáñame...

Fui con él por la calle del Barquillo, y en la esquina de no recuerdo cuál calle se puso a llamar a gritos al sereno, que era de su mismo pueblo. Acudió al momento el celador nocturno, y mi amigo le dirigió el breve interrogatorio que voy a transcribir:

—¿Me conoce usted?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted la casa que tengo enfrente del molino?

—Sí, señor.

—Se la vendo a usted en 2.000 reales, pero he de tomarlos ahora mismo. La escritura la firmaremos mañana.

El sereno, dejándonos el chuzo y el farol, salió corriendo en busca de los cien duros y no tardó seis minutos en volver con ellos. Media hora después, y en mi presencia, entregaba mi amigo los cien duros, por adelantado, para el papel e impresión de no sé cuántos millares de hojas subversivas y sin pie de imprenta.

El sereno se enteró, sin duda, del empleo de sus 2.000 reales, pues otra noche, al verme pasar por aquella esquina en que tan fácilmente se hizo propietario, me dijo con humildad hipócrita: —Aún tengo disponibles otros 2.000 reales para la revolución... Si escriben más papeles, yo me encargo de distribuirlos entre los vecinos de este barrio.

—Pero yo —le respondí— ni tengo fincas en Asturias ni vendo tan barato como el señor De Aniceto.

—Pues dígame usted que también le compro su molino y que me ofrezco a repartir las *pocramas*.

De suerte que el negocio no ha sido malo para el buen astur.

Y véase cómo las revoluciones favorecen en definitiva a los que ni las hacen ni les importa de ellas, aunque arruinen casi siempre a los que las cultivan como *sport*.

LOS REPUBLICANOS Y PRIM

Conocí en aquel tiempo a muchos republicanos que todo lo esperaban de don Nicolás Rivero, jefe indiscutido de la democracia, a quien los gobiernos traían y llevaban de cárcel en cárcel y de castillo en castillo; algunos confiaban tanto como en él en Martos, Castelar, Becerra y otros que estaban expatriados y sentenciados a muerte en rebeldía. Pero todos convenían en que sólo Prim era capaz de arrastrar al ejército a la revolución, en lo que se engañaban: los generales dispuestos a sublevarse o deseosos de hacerlo no eran pocos, y donde faltaban generales sobraban coroneles. Pero no se decidían a comprometerse, precisamente por temor a la creciente popularidad de Prim, a quien detestaban, y también por el visible desarrollo de la democracia, no menos temible para ellos. La fuerza de Prim estaba en las clases inferiores del ejército, en las que siempre se carece de iniciativa, tanto como de prestigio para arrastrar a nadie; los hombres habituados a una constante obediencia no hacen nada por iniciativa propia ni aun en la guerra, donde sería tan conveniente el ejercicio de la iniciativa individual.

Si, por una parte, conspiraban progresistas y demócratas, los unionistas que habían tenido por jefe a don Leopoldo O'Donnell lo hacían, por otro lado, y con más recursos pecuniarios si no con más cautela; el duque de Montpensier les había abierto su caja. Pero los montpensieristas y sus generales debieron de sentirse impopulares o débiles cuando al fin se decidieron a concertarse con los progresistas. De

los demócratas no querían ni que se les hablara. ¡Si negaban hasta su existencia!

En cuanto se hizo el concierto de los unionistas con los progresistas, el gobierno desterró de España al duque de Montpensier y llevó a prisiones militares a los generales más comprometidos. El mismo día —7 de julio— se detuvo en provincias a otros generales. Todos fueron poco después deportados a Canarias. Entre los generales presos y luego desterrados figuraban el duque de la Torre, Zavala, Dulce, Echagüe y Caballero de Rodas.

Nouvilas y otros habían sido deportados anteriormente.

En Madrid se creyó por un momento que los generales presos iban a ser inmediatamente juzgados y fusilados, como lo habían sido en el 66 y 67 el capitán Espinosa, el coronel Lara, los sargentos, cabos y paisanos del 22 de junio, los tenientes Mas, Ventura, Copeiro... Nada; los moderados sólo se ensañaban en los más humildes. Once años antes se levantó en Andalucía una partida republicana de doscientos hombres, y a los que fueron capturados —más de ciento— se les fusiló sin perdonar a uno. Aquellos infelices del Arahal y de Utrera, ¿serían más culpables que los generales de Madrid? ¿Lo serían menos los generales unionistas que el desdichado Copeiro?

Si los moderados hubieran sido tan duros con los generales sediciosos como lo fueron con los republicanos andaluces, fusilados hasta el último el año 57, no hubieran salvado el trono de la reina, pero habrían salvado a la revolución, inevitable ya, pero destinada a perecer a manos de sus autores. Alguna vez he creído que González Brabo fue generoso con ellos, porque presentía que fusilándolos beneficiaba a la revolución. Ellos la hicieron, sí, pero también la anularon y la deshicieron. Si tales hombres no hubieran existido o si en julio del 68 los hubiesen fusilado, tal vez se habría retardado la revolución, pero ellos no hubiesen podido

traicionarla. Y acaso Prim no hubiera tenido tan desastrosa muerte.

Aun después de concertarse con los progresistas, la inquina con que honraban los unionistas a Prim no podía ser más feroz; lo nombraban a menudo, y siempre lo hacían para insultarle, llamándolo *patuleo*, *pillo*, *ambicioso*, *cáncano*, *resucitado*, *noy con espuelas*, *pesetero* y *asesino*.

Por despecho entraron los unionistas en la conjuración antidinástica, sin más fin que destronar a doña Isabel para que la sustituyera su cuñado; pero temían, con razón, que Prim fuera un obstáculo para tal empresa. No era Prim antidinástico; de buena gana hubiera mantenido la corona en las sienes de Isabel II; pero los progresistas eran ya antiborbónicos, aun siendo todavía los más perfectos monárquicos, y los demócratas contaban con grandes fuerzas que Prim no podía menospreciar. Demasiado sabía que sin los demócratas hubiera sido anulado por los montpensieristas. A los demócratas, pues, se debió el fracaso de los planes de los unionistas, como igualmente el que tanto decollara en la revolución la personalidad de don Juan Prim.

No todos los demócratas simpatizaban con Prim, de quien sabían muy bien que era monárquico; recordaban, además, su negra historia del año 43, sus servicios a los moderados y hasta el asesinato de Cuello en Barcelona, que se le atribuyó —injustamente— por algunos catalanes. Por otra parte, no se le arrancó jamás una declaración republicana, ni siquiera antidinástica.

Sin embargo, muchos demócratas —comenzando por don Nicolás Rivero— acataron la jefatura de Prim en la empresa revolucionaria; casi todos lo que tal hicieron acabaron en realistas, que quien transige con sus adversarios no tiene más remedio que ir adonde éstos lo lleven. Los intransigentes, los que no plegaron su bandera en el período

de conspiración, fueron los que más tarde pudieron levantar la bandera de la república, y así lo hicieron los Orense, los Figueras, los Pi y Margall, los Castelar, los Benot y tantos otros.

En los seis meses primeros del 68 se nos avisó más de diez veces que nos prepararíamos; fijábase el día, la hora, hasta el minuto en que había de estallar el movimiento, sin que se supiera casi nunca de dónde venía la orden ni quién daba el aviso. Los inexpertos éramos los más puntuales, y pasamos en vela repetidas noches, ocupando los puestos designados o mirando a las puertas y ventanas de los cuarteles y de los ministerios. Al amanecer, o ya bien amanecido, nos retirábamos cabizbajos, unos renegando de su suerte y creyendo perdida toda esperanza de revolución, otros más confiados que nunca y dispuestos a repetir la suerte en la siguiente noche, y veinte veces, y mil, con la fe que allana los obstáculos.

Y algunas mañanas, al retirarme a dormir, encontraba en diversos callejones a otros que se iban muy desconsolados no a dormir en sus camas, sino a trabajar a la intemperie; quien llevaba el trabuco mal escondido entre los pliegues de su vieja capa; quien la flamante escopeta, quizá comprada a costa del sustento de sus hijos. Ya que éstos no imiten a sus padres, ya que los llamen candorosos porque tenían aspiraciones menudas, respeten a lo menos su memoria, siquiera porque creían y porque a su fe se debe la mayor amplitud del horizonte humano al alborar el siglo XX.

VISITA A PRIM EN LONDRES

Mi amigo Adolfo Pons y Montels, muerto hace años en Cuba, que se había portado en Santo Domingo tan bien como los mejores, y que siendo joven era ya comandante, aunque luchaba para adelantar en la carrera con el mal antecedente —el peor posible— de haber sido siempre

liberal, me propuso que hiciéramos un viaje a Londres para visitar a Prim, de quien recibía frecuentes cartas y a quien era muy adicto. Aunque la idea me halagaba, tenía yo mis escrúpulos, y no de monja, pues siendo Prim y su partido resueltamente monárquicos, no podía ponerme a sus órdenes tan incondicionalmente como lo hacían los demás. Temía, por otra parte, que a Prim no le agradara mi concurso cuando yo le expusiera con franqueza mis ideas republicanas —y federales, por añadidura—, que no había de ocultarle ni atenuarle. Pero Pons me aseguró que al general no le importaban las ideas particulares de sus colaboradores con tal que estuvieran decididos a batirse por la libertad, y salimos de Madrid el 31 de julio.

Persuadidos Pons y yo de que la revolución era inminente y creyendo que al volver a España entraríamos a mano armada por las gargantas de los Pirineos, llevamos en las maletas nuestros respectivos uniformes. Y luego se verá por qué lo digo.

Llegamos a París, donde tuvimos el disgusto de ver a los emigrados completamente reñidos los unos con los otros, no tanto por la disparidad de caracteres, las opiniones dispares y la diversidad de apreciaciones en el juicio de los hechos, como por celos, rivalidades y chismes. Cada personaje tenía su camarilla, cada subpersonaje la tenía también. Pi y Margall y Castelar, a cual más laborioso, por su mismo exceso de labor se comunicaban rara vez uno con otro, y mucho menos con los demás emigrados; trabajaban asiduamente para la prensa hispanoamericana y para los editores de París, por lo cual no vimos a ninguno de los dos. Pero vimos a don Blas Pierrard, cuyos amigos apenas saludaban a los íntimos de Prim. Los de Sagasta y Ruiz Zorrilla decían horrores de los de García Ruiz, y éste escribía folletos contra todos los demás.

Carlos Rubio era uno de los hombres más dignos, más serios, más respetables de aquella emigración. Según él,

toda la mohína era por falta de harina, como reza el conocido refrán, y cuenta que aquella emigración nadaba en la abundancia, relativamente a otras que he conocido después. Los que no tenían recursos materiales acudían a Prim en sus apuros, y éste no los dejaba nunca sin auxilio, aunque para socorrerlos tuviera que dar algún sablazo.

Prim, a la verdad, gastaba mucho, demasiado tal vez; pero sus adictos no encontraban nunca ni atrancada su puerta ni cerrado su bolsillo. Conocía muy bien el corazón humano —léase estómago— y estaba en el secreto de los pronunciamientos nacionales.

Cuando Pons y yo pasamos por París había pocos emigrados, los más estaban en Bélgica. Prim, Zorrilla, Sagasta y Lagunero vivían en Londres. De los personajes más visibles, sólo hablamos con Pierrard, Monteverde y Carlos Rubio.

Tiempo hacía que deseaba yo conocer al último citado, de quien había leído artículos notables en *La Iberia*, como también su *Teoría del progreso*, folleto en que con hermoso estilo intentara en balde rebatir la *Fórmula del progreso*, otro folleto escrito por Castelar. Mi amigo el teniente Ayuso, igualmente emigrado, me hizo el favor de presentarme a él. Una vez, o más de una, comimos juntos en un restaurancillo italiano que todavía existe, y allí, hablando de política —único tema de conversación entre emigrados—, el bueno de Rubio me llenó de asombro; Ayuso, Guichot y Pons fueron testigos.

Cansado estaba yo de oír a los moderados y a los indiferentes que la república en España era entonces imposible, que el pueblo no la deseaba ni la merecía, que los propagandistas perdíamos el tiempo y que las gentes no nos escuchaban. Para ellos, pues, la república era una forma de gobierno como cualquiera otra, buena o mala según las circunstancias y las épocas. Por eso me quedé como quien ve visiones oyéndole a Carlos Rubio, ¡un progresista!, que

«la monarquía existirá eternamente.» Los progresistas españoles, sin exceptuar a los de efectivo mérito como Carlos Rubio, han sido siempre una calamidad. Por fin se han declarado demócratas, cuando ya lo son hasta los políticos más reaccionarios; se han hecho republicanos, cuando ya la república parlamentaria es tenida en todo el mundo por ficción pueril y quisicosa ridícula. Es verdad que progresan, pero a la zaga de los demás partidos y de la sociedad; nunca se han adelantado a ésta, ni el progreso ha recibido su impulso; al contrario, ha tenido que vencer en todos los terrenos su resistencia obstinada. Los progresistas progresan con una lentitud maravillosa.

Llegamos a Londres por la línea de Dieppe el 11 de agosto a medianoche. Iba Pons muy confiado en mi conocimiento del inglés, pues antes de aquella fecha, cuando me preguntaban si conocía la lengua de Lord Byron, contestaba yo modestamente: «un poquito». Mi pretendida modestia no era sino pura vanidad. Había tomado lecciones después del viaje a los Estados Unidos, pero en Londres no me sirvieron de nada; me convencí de mi ignorancia desde que puse los pies en la estación.

No sin motivo. En la estación de llegada me dirigí a un cochero, diciéndole que nos llevara a un hotel, si era posible español. *Spanish hotel...*, la cosa no podía ser más sencilla ni más clara; pero por más vueltas que le di a la frase, no conseguí que el bárbaro me entendiera. Él, a su vez, me dijo varias cosas y no entendí ninguna. Afortunadamente se nos acercó un *policeman* de gigantesca estatura, a quien informé el cochero de que yo había dicho *spanish* (la palabra *hotel* no la entendió, ¡qué tal se la diría!), y el gigante, mirándome con aire protector desde toda su altura de dos metros y pico sobre el nivel del mar, me dijo en buen español:

—¿Qué quieres tú?

Encantado yo con su franqueza, me expliqué a mi gusto, y poco después nos instalábamos en un buen hotel de *Leicester square*.

Al otro día fue Pons a visitar a Prim, mientras buscaba yo a mi tío Carlos Murphy, a quien no veía desde la niñez. Y al siguiente fui presentado al general, que me acogió afablemente; hablamos de la campaña de África y no menos de política. Don Juan se sonrió cuando le dije que yo era y siempre sería republicano, y que él haría un buen presidente de república.

—Eso es un sueño —me dijo—; la república sería posible si hubiera republicanos, como los hay hasta en Rusia; pero en España no los hay ni puede haberlos; son ustedes cuatro ilusos, cuatro locos... Usted mismo dejará algún día de ser republicano.

Se equivocó el general, pues lo soy actualmente más que entonces, más que nunca; ahora como antes, la monárquica me parece a mí una forma de gobierno depresiva y humillante para las naciones.

Mi tío Carlos me sirvió de mucho para conocer la gran ciudad de Londres, que no es ciudad, sino aglomeración de ciudades, villas, parques, jardines y aldeas.

Vivía Prim en Paddington, adonde se iba desde mi barrio en menos de media hora tomando el camino de hierro subterráneo; pero, amigo de la luz, no fui más que una vez por aquella tenebrosa vía, prefiriendo los ómnibus cuando no iba a pie.

Nos dijo Prim que el deseado alzamiento era ya cuestión de pocos días y nos rogó que permaneciéramos en Londres, pues podría tal vez necesitarnos. Así lo hicimos. Pons no salía de los cafés de *Regent street* sino para ir al teatro de la Alhambra; yo daba largos paseos, y cuando cruzaba *Tra-*

falgar square pensaba en la patria ausente, sobre todo en la pequeña patria, viendo elevada más alta que los techos la hermosa estatua del manco de Tenerife.

Haría una semana o más que ni Pons ni yo visitábamos a Prim, cuando éste nos citó para almorzar con él; era el 10 de septiembre. Almorzando los tres solos, nos dijo que saliéramos aquella misma noche para España si queríamos llegar a tiempo de tomar parte en la revolución, pero nos ocultó que él se embarcaba al día siguiente, reserva excusable en un maestro del arte de conspirar, en un artista de las conspiraciones. A Pons le entregó varias cartas cerradas para que las llevara a Cataluña; a mí una sola, abierta, para Amable Escalante, que se encontraba en Madrid.

Pero dentro de la carta abierta había otra bien cerrada, y muy voluminosa, para el señor Lorenzana, a quien Escalante se la entregaría.

El general nos recomendó que no nos detuviéramos poco ni mucho en París ni viéramos a ninguno de los emigrados, y me encargó que disuadiera a Escalante de todo plan revolucionario que tuviera, de toda idea de sublevarse en Madrid ni antes ni después de iniciada la revolución, por ser ésta infalible si una derrota en las calles de Madrid no la aplazaba indefinidamente.

En el paso de Calais, al volver a Francia, tuve otro desengaño como el de la lengua inglesa. Habíame jactado repetidas veces de no marearme nunca, de no explicarme siquiera por qué se marean los que se embarcan, juzgando a los demás por mí mismo y hablando de la feria como el que en ella gana; en efecto, había navegado yo en toda clase de barcos, por diferentes mares, con buenos y malos tiempos, sin sentir más novedad que un aumento de apetito. Pero llegó mi hora: el paso de Calais me hizo el efecto de un vomitivo eficaz. Alguna vez he vuelto a marearme, no en los temporales que he corrido, sino con tiempo normal,

horizonte claro y el mar como un espejo. ¡Misterios intestinales, contradicciones físicas, más inexplicables que las metafísicas! No debe el hombre alabarse de ninguna cosa ni fiarse de sí mismo por si acaso.

En París me separé de Pons, que tomó la línea del Mediterráneo; yo tomé la de Burdeos-Irún. Cerca ya de la frontera, donde sabía por experiencia cómo fiscalizaba nuestra policía, empezó a preocuparme el uniforme, *el cuerpo del delito*. En mi carruaje íbamos tres personas; las dos que me acompañaban me eran desconocidas, pero pronto nos adivinamos. Y eran don Manuel Henao, famoso esparterista, y su excelente señora; ésta me hizo el gran favor de ponerse debajo de sus ropas mi uniforme entero, ¡hasta los pantalones colorados!, y pasé la frontera sin percance alguno.

LA REVOLUCIÓN DEL 68

Al llegar a Madrid, mi primera diligencia fue visitar a Escalante; le entregué la carta, le transmití las instrucciones verbales que Prim me había dado para él y se mostró conforme con el general en que no convenía comprometer el éxito de la revolución con un prematuro movimiento popular en las calles de Madrid; pero pensaba a la vez que al saberse los primeros triunfos, y especialmente si volvía la corte, sería difícil contener al pueblo. «En tal caso —añadió— no seré yo quien trate de contenerlo, diga lo que quiera el general.»

El día 17 se sublevó la marina, siendo secundado el movimiento por una parte del pueblo y casi toda la guarnición de Cádiz. Quedaron entonces punto menos que cortadas nuestras comunicaciones con los correligionarios de provincias; la correspondencia pública era interceptada; la prensa, con la previa censura, el estado de sitio y los consejos de guerra permanentes, o no decía nada sustancioso o desmentía los rumores y los hechos. Como noticias de tercera

plana, decían algunos diarios que había ocurrido en Cádiz un motín de marineros, que era muy grande la indignación de las gentes contra los amotinados y que el orden en toda la Península era «inalterable»; decir inalterado les parecía muy poco. Mintieron tanto la prensa y el gobierno que la opinión parecía desconcertada; jamás he visto más vacilaciones, dudas, informes contradictorios e inesperados desalientos.

Uno de aquellos días, creo que el mismo 17, fue preso Escalante cuando acababa de almorzar en el café de Madrid con su inseparable Pepe Vivas, su médico Antonio Valle (que murió poco después en Roma) y el autor de estas páginas desaliñadas. Pudiera contar de aquel almuerzo en público, si tuviera más espacio, algunos detalles de esos que pintan a un hombre, y se vería, si yo acertara a reproducirlo bien, cómo era en realidad Escalante. Porque al pobre Amable se le había creado una leyenda ridícula de matón y de tramposo, contándose de él las mayores necesidades; tenía genialidades, pero más originales y mucho más meritorias que las de su leyenda. Cuando yo empezaba mi carrera, se hablaba de él en el ejército bastante más que de O'Donnell o de Prim. ¡Y qué cosas las suyas! A mí no me hicieron nunca mucha gracia ni las creí del todo; pero cuando lo conocí personalmente me pareció *buen tipo*. Así como el vulgo le atribuye al inmortal Quevedo hechos y dichos de insigne mentecato o le cuelga a todo un Espronceda los endecasílabos febriles de cualquier estúpido, a Escalante se le achacaban en su juventud calaveradas insulsas o picardías culpables. Era ya comandante cuando yo lo conocí; tal vez habría cambiado y mejorado, pero no tenía trazas de haber sido nunca un majadero. Hombre finísimo, si de instrucción escasa, tenía coraje, entendimiento y fósforo.

La agitación iba aumentando en Madrid a medida que se conocían los hechos, pues no hay medio de ocultarlos por tiempo indefinido. Súpose al fin lo ocurrido en Cádiz y en Sevilla, el pronunciamiento de la escuadra, el de Ceuta y

Santoña, la llegada de Prim y el desembarco de los generales de Canarias. Se tuvo exacta noticia del levantamiento de El Ferrol, del alzamiento de toda Andalucía, de los combates de Béjar, Alicante y Santander. En León y en la Rioja se levantaban partidas. Pierrard había entrado en Cataluña, y el Ampurdán entero estaba en armas. Había nuevo ministerio, presidido por don José de la Concha, recurso inocente, ineficaz y tardío. Cuando el general marqués de Novaliches salió de Madrid para ponerse al frente del ejército real, iba seguro de sacrificarse inútilmente; la misma seguridad llevaba su ayudante el gran Villamartín, amigo mío, de quien hablaré más adelante.

En día 28, al trabarse la lucha en Alcolea, todo Madrid lo supo. Los funcionarios del gobierno, tan reservados la víspera, tornáronse de repente expansivos y locuaces.

Llegó la noche. El resultado de la batalla era aún desconocido, reflejábanse la inquietud en los semblantes; los grupos que empezaban a reunirse en las encrucijadas no eran los de otras veces: ni una voz, ni un grito. Las calles estaban silenciosas; los polizontes brillaban por su ausencia. Nadie pensaba en cenar, y creo que nadie durmió; por mi parte, en vano lo intenté; me desvelaban misteriosos ruidos, ecos imaginarios de los cañonazos de Alcolea, crujidos de la España vieja que se desmoronaba, sepultando en sus escombros ilusiones que no volverán y realidades que por desgracia han vuelto.

EL 29 DE SEPTIEMBRE

Desde la calle de Muñoz Torrero, donde entonces vivía, me encaminé bien temprano hacia la Puerta del Sol. Noté en las calles más animación que de costumbre; en las puertas de las tiendas, que ya empezaban a abrirse, formábanse corrillos animados; las mujeres iban a los mercados públicos, más que andando, corriendo. En la calle de la Montera me

crucé con un mozo bien vestido, que subía tranquilamente con fusil en mano sin que ningún agente de la autoridad le interceptara el paso ni le preguntara adónde iba; la víspera nadie hubiera concebido un atrevimiento semejante. Llegué a la Puerta del Sol; había mucha más gente que la acostumbrada a tales horas, bien que silenciosa y contenida. No se gritaba, no se hablaba, a lo sumo se cuchicheaba, sin quitar la vista del Ministerio de la Gobernación, donde había en cada ventana dos guardias civiles con fusil en mano y cara de mala noche. En el zaguán estaba formada la guardia de costumbre.

Busqué a mis amigos entre aquellos grupos y no los encontré; allí no estaban los conspiradores conocidos, sino los curiosos y los noveleros. No faltaban esbirros, a juzgar por las caras patibularias y los gestos innobles; pero esbirros mansos, que no apaleaban a los transeúntes; indudablemente había cambiado la situación de las cosas. En efecto, por todas partes se hablaba —pero todavía sin alzar la voz— de la gran batalla de Alcolea (militarmente un simple ataque frustrado), de la muerte del general Novaliches (que no se confirmó), de las proezas de Prim (que no estuvo en el combate) y de que la reina había llamado a Espartero, con otras noticias igualmente falsas, cuando no absurdas. En esto cruza la plaza una pequeña fuerza de caballería, marchando al paso; de pronto, un mozalbete, plantándose delante del oficial que iba a la cabeza de su tropa, se quita la gorra y grita con voz frenética: «¡Viva Prim!» El oficial y su tropa siguen al paso, desentendiéndose de aquella voz y del muchacho que la profiriera. Otro chicuelo —un golfo, en el lenguaje académico de los presentes días— se sube en los hombros no muy robustos de otro personaje como él, y grita, mirando a las ventanas de Gobernación: «¡Viva la libertad!...»

¡VIVA LA LIBERTAD!

Clamor inmenso llenó entonces el espacio; un ¡viva! unánime de la muchedumbre; jamás había llegado a mis oídos una explosión igual, una aclamación más sentida ni tan honda; los edificios, al parecer, temblaron, y el viva repercutió en las calles próximas, corriéndose de una en otra hasta las más distantes. Un anciano, que estaba en aquel momento junto a mí, se abrazó a mi cuello sollozando; al tipógrafo Vicente Álvarez, por cierto nada llorón, lo vi en aquel instante llorar como una vieja. La guardia de Gobernación no hizo otra cosa que cerrar la puerta; la Guardia Civil abandonó las ventanas; era el triunfo de la revolución. Veinticuatro horas antes a los gritos de la multitud hubieran respondido las descargas y en lugar de vítores ardorosos hubiéramos escuchado gemidos de moribundos.

Se comprende la emoción, el entusiasmo, el delirio, tratándose de un pueblo moralmente esclavizado, que al fin podía dar impunemente el noble grito de ¡viva la libertad!, ese grito que había costado tantas lágrimas y tanta sangre, llevando al presidio tantos hombres y tantos mártires a los patíbulos.

¡Pueblo inocente!, exclamarán sin duda los que de la libertad bastardeada sólo han visto los abusos o las mixtificaciones. ¡Ideal mezquino!, dirán tal vez los que luchan por conseguir la equidad, pensando que sin ella es una pura ilusión de libertad política. Unos y otros se engañan; ellos son los inocentes, si de veras menosprecian lo que es vida para el pueblo y dignidad para el hombre. La libertad es fuente cristalina, fuerza redentora, diosa inmaculada, madre fecundísima de todos los progresos, y lleva en sus entrañas la trinidad futura: la igualdad, la solidaridad y la fraternidad.

¿Pero qué había sucedido?

¿Por qué no estaban allí los polizones apaleadores del pueblo?

¿Por qué la Guardia Civil toleraba impasible —y encerrada— el griterío de una multitud inerme?

Ni lo sabía ni pensé en averiguarlo; pensaba únicamente en las víctimas sacrificadas durante sesenta años, no ya por dar el grito de viva la libertad, sino por simples sospechas de sentir aspiraciones liberales, por tener amigos o parientes sospechosos de liberalismo, por haber escrito alguna página calificada de subversiva o de pecaminosa, como si todo hombre no tuviera siempre el derecho de pensar, de creer, de decir y proclamar lo que sabe o lo que sueña, lo que ama y lo que odia, lo que siente y lo que necesita, sin más respeto —ninguno más— que el que a sí mismo se debe cada uno.

De la Puerta del Sol, y a la vez de otros parajes, salieron informes grupos que corrían en todas direcciones, unos para invadir las cárceles llenas de presos políticos, otros hacia las iglesias para echar a vuelo sus campanas, muchos para ir a los cuarteles y aclamar a los soldados, hermanos de armas de los vencedores de Alcolea. Cuando yo iba con otros hacia las prisiones militares en busca de Escalante, nos encontramos en la calle de Toledo con un gentío capitaneado, si mal no recuerdo, por Gonzalo Mora, el torero liberal, gentío que acababa de libertar al preso y lo aclamaba. Ya en aquel momento sonaban los repiques y las músicas. Según me refirieron, en la plaza de Herradores fue reconocido Tambelik, y se le obligó a cantar no sé qué cosas de *Guillermo Tell* o de *Los Puritanos*, entre vítores al arte y a la revolución. Iba yo sin rumbo de una parte a otra, y por loco me tomarían en alguna al oírme vitorear a los muertos; porque yo me acordé mucho aquel día de los precursores y de cien ilustres olvidados, y a los repetidos gritos de ¡viva Topetel!, ¡viva Serrano!, ¡viva Prim!, contestaba desaforadamente, ¡viva Sixto Cámara!, ¡viva Moreno Ruiz!, ¡viva Ruiz Pons! Aquel día cambié de naturaleza: enemigo de gritar, el 29 de septiembre enronquecí; en todo el transcurso de mi vida no he gritado tanto.

Soy viejo; mis recuerdos, innumerables ya, unos se desvanecen o se borran en las lejanas penumbras del pasado, otros se mantienen vivos y perennes. El del 29 de septiembre es más indeleble que ninguno, acaso por ser la fecha en que se realizaron esperanzas de toda mi existencia y en que se abrió para mis ideales ancho y hondo porvenir.

Y a todas éstas, ¿qué hice yo aquel día?

Nada, absolutamente nada, porque sentir no es hacer. Gozaba oyendo cosas jamás en España oídas y creyendo vislumbrar una patria novísima, democrática, regenerada; una España moderna que fuese la primera de las naciones en la dignificación de la familia humana y que conquistara el mundo en lo moral, como la antigua España había sido la primera en redondear el mundo físico. No me acordaba, ¡ay de mí!, de que aún había generales vencedores, políticos endiosados, caciques en simiente y un pueblo resabiado por tres siglos de fanatismo odioso.

Pero ¿dónde estaban mis amigos?... ¡Qué me importaba a mí!... Estarían constituyendo juntas revolucionarias... o antirrevolucionarias. Constituyéronse muchas aquel día, y no hubo quien tuviera el pensamiento revolucionario de fusilarlas a todas; ni una sola de las que se formaron había sido elegida por la plebe.

No hubo aquel día barricadas, pero sí conatos de levantar algunas, yo no sé para qué ni contra quién. Lo que no podía faltar, y no faltó, fue los carteles, imitación de las revoluciones de París, con los famosos letreros que decían: *Pena de muerte al ladrón*. Vana amenaza de la que se ríen los grandes y verdaderos ladrones, pues no se dirige a ellos, sino a los raterillos de pañuelos o petacas. También se escribió aquel día el histórico letrero que duró algunos años en la Aduana histórica, y decía:

CAYÓ PARA SIEMPRE..., etc.

Estas palabras las borró la lluvia, según dicen; pero yo creo que las borrarían los mismos señores que las escribieron.

Amable Escalante llegó a la Puerta del Sol con el compacto grupo que le había sacado de su celda; el edificio de Gobernación seguía cerrado, sus puertas no cedían a los golpes de la muchedumbre, y Escalante se encaramó por las rejas hasta el balcón del piso principal. Desde allí arengó a las masas y fue aplaudido estrepitosamente, y eso que desde abajo nadie oyó lo que decía. Cuentan los que en el balcón se pusieron a su lado que dijo buenas cosas; terminó su arenga con un viva a la república. Si este último grito se hubiera oído en la plaza lo apedrean, y yo sé por qué lo digo.

Según testimonios que tengo por indudables, muchos vivas a la república se dieron aquellos días... en Cádiz, en Málaga, en Cartagena, en El Ferrol, en La Coruña, en Santander, en Alicante, en Valencia, en Tarragona, en Figueras, en Reus, en Barcelona; pero en Madrid, sólo llegaron a mi oído los que salieron de mis propios labios. Y en la calle de Postas, donde dije que sería bueno quemar ciertos símbolos y cachivaches, tuve que emprender la retirada escurriéndome por las arcadas de la plaza próxima, entre silbos inarmónicos y dicterios nacionales. De todos los derechos que acabábamos de conquistar, el primero que ejercité fue mi derecho a la fuga, y bien de prisa.

Habíanse constituido una junta nacional, varias juntas provinciales y municipales, y hasta juntitas de barrios; los *junteros* se habían nombrado ellos mismos. En la primera, compuesta de progresistas y unionistas, no fueron admitidos los demócratas; pero éstos constituyeron la suya, y de ella formaba parte Escalante, el héroe de aquel día. Mandó Escalante que se abriera el parque, poniendo las armas a disposición del pueblo, e invitó a éste por medio de bandos manuscritos a que las tomara; no fue necesario repetir la

invitación. Asustada la nacional, propuso la fusión de las dos juntas, constituyéndose la nueva (que tampoco fue definitiva), en la que ya tenía la democracia numerosa representación; pero casi todos sus representantes eran demócratas a medias y republicanos de mentirijillas.

Mi respetable amigo don Nicolás Calvo, miembro de la junta nacional despachó en mi busca hasta media docena de emisarios; por fin me encontró uno de ellos en la calle de Alcalá.

Quería don Nicolás presentarme a la junta, y yo no quise que me presentara.

—Puede usted personalmente disponer de mí —le dije—, pero no me hable de juntas ni de autoridades. ¡Me van tan bien sin ellas!

—Es que las cosas —me contestó— se van poniendo muy mal... Espartero no ha dado contestación a los telegramas de la junta ni a los míos... Se nos prepara una noche de mil diablos... ¡Esto es un desorden!

—Pero, tocayo, ¿quiere usted más orden todavía? ¡No se puede pedir más!

—Sí se puede. Han matado al *Estanquero* en pleno día. ¡Qué no sucederá esta noche!

—¿Y en qué puedo complacer a usted?

—En pasar la noche sin dormir; vaya usted a la plaza de Santo Domingo, donde encontrará buenos amigos, hombres de buena voluntad que merecen toda mi confianza. En todas partes hemos situado grupos de orden; hay que reprimir cualquier desorden, y a los bullangueros..., desarmarlos. No olvide usted el *santo y seña*: «San Miguel-Marina».

¡Qué tendrían que ver los santos con la revolución! Fue milagro que los revolucionarios no cantaran un *Te Deum*.

Pasé la noche en la plaza de Santo Domingo y calles inmediatas con un grupo de buenos progresistas y cuestionando con ellos en términos amistosos. Como todo el mundo disponía de armas, procedentes del parque, no cesaron los tiros —al airé, por supuesto— desde el anochecer hasta que amaneció. Uno de mis compañeros me decía:

—Estos desdichados se figuran que la libertad consiste en hacer cada uno lo que se le antoja...

—Y tienen razón —le respondí—, pues si no consiste en eso, ni es libertad ni vale un pito.

—Pues tarde veremos eso...

—Usted y yo no lo veremos nunca; pero laboremos por la humanidad.

Nuestras discusiones eran interrumpidas muchas veces por las voces y los tiros de los transeúntes. A los borrachos se les desarmó; algunos quedaron detenidos en los portales de las casas donde habíamos establecido retenes.

—¡Esos tiros nos deshonran! —me decía indignado uno de mis compañeros.

—¡Al contrario, amigo mío! —respondíale yo—. ¡Si son las salvas del triunfo!

Así como otros celebran sus victorias o sus alegrías a cañonazos, el pueblo madrileño hacía salvas de fusil; a no habérsele dado los fusiles hubiera hecho salvas de barrenos.

Sin embargo, yo mismo detuve a unos cuantos de los que abusaban de la pólvora y los mandé a tirar tiros a la calle de Postas, la calle de mis cuitas. Mi venganza, como se ve, no se hizo esperar mucho; pero fue bastante inofensiva.

En resumen, la noche pasó tranquilamente; fue el desorden más ordenado que yo he visto; muchos disparos y ningún herido de arma blanca ni de fuego. Tiros, coplas, contento universal; todos éramos felices: no había monarca ni ministros, gobernador ni alcalde, alguaciles ni serenos. ¡Mi ideal!

Nos separamos al salir el sol, después de habernos desayunado juntos. Yo tomé una copa de aguardiente y un buñuelo.

El buñuelo simbólico.

INCAPACIDAD DE LAS JUNTAS

Los marinos y los generales, al gritar en Cádiz ¡abajo lo existente! y ¡viva España con honra!, no tenían otra idea que la de hacer un pronunciamiento más. Seguros estaban de que el pueblo se contentaría con aclamarlos, dándose por bien servido si le dejaban tocar el himno de Riego y desgañitarse gritando ¡abajo los Borbones! Los unionistas no ponían en duda que a las pocas semanas se sentaría en el trono su duque de Montpensier, como los progresistas confiaban en coronar a don Fernando de Portugal, un buen señor, que era ajeno y aun opuesto al plan. No contaban los unos ni los otros con las juntas revolucionarias —más o menos revolucionarias— que en todas partes se constituyeron y que casi todas imitaron, cuando no copiaron, el programa democrático de las juntas de Cádiz y Sevilla.

El programa de Sevilla, inspirado, según creo, por el eminente Federico Rubio, y el de Cádiz, escrito, si no recuerdo

mal, por el insigne Benot, contenían todo el programa democrático: derechos individuales, sufragio universal, jurado, etc. Utopías, según los unionistas; absurdos, según los progresistas. Consideraban éstos una herejía los derechos personales, contrarios ciertamente a su querida «soberanía nacional». Y, sin embargo, los viejos progresistas habían luchado tenaz y gloriosamente contra Fernando VII, sin tener en cuenta que reinaba y ahorcaba por la voluntad de la nación. Jamás ha tenido España un rey más popular y querido que aquel tirano, aquel monstruo, pues sin duda es querido y popular todo poder que coexiste con el pueblo armado.

Volvamos a las juntas, que por cierto merecen acerba crítica. Tuvieron en su mano la suerte de la nación y se condujeron, al disolverse prematuramente, con una debilidad indisculpable. Pero a ninguna le cabe ante la Historia tan tremenda responsabilidad como a la junta de Madrid, principal culpable del fracaso de la revolución. El ejemplo funesto de la junta de Madrid, el consejo de Rivero y otros apóstatas y la confianza infundada que Prim inspiraba entonces a los pueblos, hicieron que las juntas se disolvieran todas sin esperar a la reunión de Cortes Constituyentes. La junta de Teruel fue la última que se disolvió, y no sin protesta, que no en vano es Teruel una de las ciudades más liberales y más republicanas de toda la Península, aunque está enclavada en una región carlista y no hay en su seno partido alguno bien organizado.

Veo que al correr de la pluma y de digresión en digresión me alejo de mi plan. No intento *hacer* historia, ni tampoco deshacerla, como es frecuente en los que de ella tratan. Mi único objeto, ya lo he dicho, es apuntar mis personales recuerdos.

El 30 de septiembre aún no había gobierno establecido; la junta no gobernaba ni daba pie con bola. Escalante no pasaba de ser un dictadorcillo, y él mismo no se tomaba en

serio como gobernante. Pero me consta que pensó un momento en preparar al pueblo de Madrid para oponerse a la entrada del duque de la Torre, empresa aventurada, pues el general Serrano, aparte el prestigio que le daba su reciente victoria de Alcolea, tenía consigo un ejército bastante numeroso: las tropas vencedoras, las vencidas y otras que se le adhirieron con posteridad.

A mi entender, no había en Escalante un pensamiento fijo; le oí decir el 30 de septiembre que se dejara a todo el mundo hacer disparos y salvas y que se estimulara la continuación del tiroteo «para que se quedara el pueblo sin cartuchos», y al día siguiente se lamentaba de que sin necesidad se hubiera quemado tanta pólvora. Lo lamentaba tanto, que hizo ir al campamento de Alcorcón a mi fraternal amigo Miguel Pérez de Vega con la orden de traerle no sé cuántos millones de cartuchos.

El mismo día, a la misma hora de aquel 1.º de octubre, en que Miguel Pérez, con cuatro guardias civiles trotaba hacia el campamento de Alcorcón, decíanos Escalante a varios amigos suyos (y por eso me consta) que era necesario resistirse por la persuasión o por la fuerza a la entrada del general Serrano, creyendo peligroso para la libertad que llegara anticipándose a Prim, y éste se hallaba en Cataluña. Discutido el punto, reconoció Escalante que no teníamos fuerza; le convencieron sus íntimos amigos y constantes consejeros el comandante Macías (que poco después era elegido diputado y siempre fue monárquico) y el médico Valles, que nunca dejó de ser republicano a su modo. Yo me limité a decir que no valía la pena de batirse por un hombre, aunque se llamara Prim, y que en el caso de que contáramos con bastante fuerza, deberíamos oponernos a la entrada de los dos: a la de Prim como a la de Serrano.

En todos los círculos se comentaban las noticias de provincias y los detalles de lo ocurrido en ellas. Las versiones eran tan contradictorias que las había de todos los colores

y para todos los gustos. Algún personaje que del relato inserto en los periódicos resultaba un héroe, de lo contado por testigos salía muy mal parado. Las operaciones de tal o cual columna, que alguien tenía por campaña homérica, eran, a juicio de otros, la torpeza más incalificable. Con razón ha dicho Campoamor:

«No creo en la Historia antigua desde que he visto cómo se escribe la moderna.» Entre las cosas de que más se hablaba aquellos días recuerdo ahora la conducta del conde de Girgenti, único Borbón que en aquellas circunstancias, críticas para su familia, supo o quiso cumplir con su deber. Al frente de un regimiento de caballería concurrió a la batalla de Alcolea: perdida la batalla, y no ciertamente por su culpa, se quedó solo, desamparado, sin saber dónde se habían metido sus cortesanos de la víspera y sus aduladores de todos los momentos. Si no tuvo que irse enteramente solo desde el campo de Alcolea hasta la frontera lusitana lo debió al republicano don Estanislao Figueras, que lo acompañó con riesgo de la vida.

En Madrid reinaba el orden más monótono y más completo, apenas amenizado por el júbilo de los vencedores. En cuanto a los vencidos, unos hacían la vida ordinaria, paseándose tranquilamente, y otros —muy pocos— se morían de miedo y no salían a la calle. Uno de los encerrados, y no por miedo, sino por cuidarse un fuerte romadizo, era el señor Diana, celoso funcionario de la situación caída y escritor bastante conocido, a quien sus amigos íntimos daban el nombre de «Plutarco moderno» —Plutarco de munición—. Pues bien, algunos de sus amigos echaron de ver su falta en los sitios de costumbre, y se dirigieron a su casa en grupo numeroso; iban «a quitarle el miedo», según me dijo don Juan Rico y Amat, el autor, bien conocido entonces, de la *Historia parlamentaria de España*, que iba capitaneando el grupo de moderados cesantes y humoristas. El ruido que hicieron al subir los escalones, los aldabonazos repetidos y la tardanza en abrir llamaron la atención a los vecinos, que

se agolparon en las escaleras y presenciaron el pasillo cómico.

—¡Abra usted! —gritaba Rico y Amat, disimulando la voz.

—¿Quién es? —preguntó por fin, tímidamente, el inquilino del cuarto.

—¡He dicho que abra usted!

—¿A quién he de abrir?

—¡A la justicia popular!

—¡Señores!... ¡Si estoy enfermo!...

—¡Abra usted o arde la casa!... El pueblo pide cabezas y más cabezas; ya sabemos que usted no tiene semejante cosa, pero es preciso que los patriotas se calmen... ¡Abra usted!

—¡Pero si yo también soy patriota!... ¡Si soy un hijo del pueblo!... ¡Si todos mis escritos son patrióticos!

Al fin se abrió la puerta, se reconocieron todos y se dieron abrazos muy cordiales. Se abrazaban los vencidos cuando ya los vencedores empezaban a tirarse los platos a la cabeza. Con botellas de Champagne celebraron su derrota, como los vencedores celebraban su victoria con peleón manchego.

Uno de aquellos días del mes de octubre estábamos en el Suizo varios compañeros oyéndole referir a nuestro amigo Arolas, que lo hacía con lujo de detalles, los sucesos en que había tomado parte activa: sublevación de Santoña y combate en Santander. Cuando ya llegaba el narrador a las peripecias

más interesantes se presentaron allí dos gallardos gastadores de su antiguo regimiento, y uno de ellos le dijo:

—Mi ayudante, venimos a darle a usted la enhorabuena.

—Gracias, y que sea para todos. ¿Quieren ustedes tomar alguna cosa?... ¿Necesitan algo?

—No, señor; nada más decirle que cuando usted se marchó del regimiento y le dieron la baja, el ayudante nuevo nos sacó a nosotros dos para buscarlo a usted y prenderlo donde lo encontráramos; nos decía que era usted correo de gabinete del general Prim. A los dos nos vistieron de paisano; teníamos entrada en todos los teatros y un duro diario para entrar en todos los cafés.

—Pues es raro que no me vieran ustedes, porque venía frecuentemente a Madrid y me ocultaba poco.

—¡Vaya si le vimos! ¡Cuarenta veces lo menos, mi ayudante!

—Bien, hombre, bien, y muchas gracias.

—La primera vez le vimos a usted en la calle de Atocha, y cuando mi compañero iba a llamar a la pareja yo le dije: «Mira que si lo cogemos se nos acaba la ganga. ¡Adiós teatros, y cafés, y todo.»

A Arolas y a todos los presentes nos hizo reír la ingenuidad del gastador.

El mes de octubre se deslizó entre festejos.

El pueblo de Madrid recibió a los hombres de septiembre y a los emigrados conocidos con demostraciones de alegría o de entusiasmo. El general Serrano entró a la cabeza de sus tropas, siendo vitoreados los combatientes de Alcolea y

el caudillo vencedor, como ocho años antes los soldados de África. La entrada de Prim no sería tan solemne, pero sí más popular y ruidosa; al decir de los viejos, aquella recepción no tenía más precedente que la entrada de Espartero después de la pacificación. Con el mismo entusiasmo, pero por menos gente, fueron recibidos Pierrard, Castelar y Carlos Rubio. Pi y Margall permaneció en París hasta que fue elegido diputado a Cortes.

Sin que hubieran transcurrido los dos años a que tenía derecho, ingresé de nuevo en el ejército. Obtuve, por la gracia general, el grado de comandante. No quise ver a Prim; no lo visité ni le vi nunca desde que se hizo cargo de la cartera de Guerra. Sé de cierto que preguntó por mí; Cipriano Carmona, Luis Padial, Adolfo Pons y Serafín Donderis, tan amigos míos como adictos a su general, quisieron con insistencia llevarme a su tertulia y me negué. Escalante me instó mucho para que pidiera colocación activa en la guarnición que más me conviniera; opuse tan terminante y rotunda negativa que Escalante, Macías, Monleón, Morales y Donderis me llamaban *Pío Nono* (por lo del *Non possumus*). Permanecí de reemplazo; no me sentía dispuesto a cooperar ni en la más modesta esfera al restablecimiento de la monarquía *.

LOS FEDERALES. PI Y MARGALL

En los últimos meses del año 68 fue sorprendente el resultado de la propaganda federal. Venían haciéndola durante medio siglo pensadores ilustres y elocuentes, sin ninguna resonancia ni eficacia alguna: pero bastó la que se hizo durante un par de meses en reuniones tumultuosas y en ambiente revolucionario, para que en noviembre de

* Los artículos que publicó Estévanez en *El Imparcial* de Madrid, terminan en este punto. Las variaciones son mínimas entre los dos textos. (Nota del Editor.)

aquel año hubiera ya un partido federal organizado, nutrido y poderoso. Es que toda propaganda, para ser útil, ha de hacerse en atmósfera adecuada. La mejor de todas es la propaganda por el hecho. No se hace caso de vanas teorías, pero todo el mundo abre las orejas a los estrépitos inusitados. Millares de hombres que jamás habían prestado atención a los propagandistas y que los tenían por insensatos o por ideólogos, acudían con entusiasmo y fe al *meeting* y al *club*. Personas que jamás habían leído periódicos se suscribían a varios, singularmente a los nuevos. Se escribía más que nunca; llovían por todas partes los programas y los manifiestos, que hacían llegar hasta las aldeas y los cortijos la vida del pensamiento y el ansia de saber.

Y puede que se abusara: también se escribían y circulaban manifiestos parodiados y programas electorales grotescos. Acúsome yo mismo de haber malversado el tiempo y el dinero en divulgar un proyecto de Constitución, el de las cincuenta aboliciones; todavía recuerdo algunas:

Abolición de la pena de muerte, manteniéndola únicamente para los santones y caciques.

Abolición de las murgas, no consintiéndolas más que en la calle de Postas.

Abolición de los sexagenarios sin excepción alguna...

Me arrepiento, me retracto, particularmente de esta última abolición.

Antes del 68 no había realmente partido republicano; a lo sumo era un partido en embrión. Los republicanos sueltos eran muchos, pero no se tenía claro concepto de la idea federal. Toda la propaganda en atmósfera pacífica de los Orense, los Pi y Margall, los Garrido y tantos otros se había perdido sin eco, sin conquistar adeptos ni en las clases directoras ni en las masas. Éstas se inclinaban ins-

tintivamente al socialismo, sin distinguir de formas de gobierno; aquéllas tenían por última palabra de la ciencia política y del liberalismo a la titulada Economía política, esa mal llamada ciencia, muerta a manos de dos hijas: la Estadística y la Sociología.

Los antiguos demócratas sentíanse vacilantes; republicanos por sentimiento, aspiraban a establecer la República; pero la actitud de don Nicolás Rivero los desconcertaba. Téngase en cuenta que éste era entonces el hombre más popular de España. Desgraciadamente para él, Castelar se declaró resueltamente no sólo republicano, sino también federal, y al hacerlo se llevó tras sí las masas democráticas.

Hasta los socialistas, precursores del socialismo actual, como el citado Garrido, su camarada Cervera, Federico Carlos Beltrán, el furierista Cala y tantos otros, eran ante todo republicanos, y por la ocasión y el miedo, todos los republicanos del 68 aceptaron el federalismo.

Inició la fructífera campaña en octubre del 68 don Francisco Pi y Margall con su carta a *La Federación*, periódico nuevo de Bilbao. Don José María Orense, no bien llegó a Madrid, consiguió que en un *meeting* popular se acordara por aclamación que «la forma de gobierno de la democracia española no puede ser otra que la República federal y democrática». Se fundaron casi al mismo tiempo *La Igualdad*, en Madrid; *El Tiro Nacional*, en Barcelona; la *Blusa*, en Valencia, y numerosos diarios en las demás provincias, que todos defendían soluciones federales. Garrido, Guisasaola y otros emigrados regresaron de la emigración acompañados por varios pensadores extranjeros, como Reclus, Naquet y algunos más, que estudiaron el país en aquella época de sana agitación. Los lisonjeros juicios que de España y de los españoles contiene en su primer tomo la Geografía de Reclus tal vez se deban a las impresiones recibidas por su sabio autor, ya en el *meeting* popular, ya en la elección agitada de algún comité político.

LOS GRANDES PROPAGANDISTAS

Los propagandistas revolucionarios fueron muchos en aquellos meses; pero el más activo, el más fecundo fue Fernando Garrido, que pronunció centenares de discursos desde los Pirineos de Cataluña hasta Jerez y Cádiz. Era Garrido un hombre infatigable, un propagandista de todos los momentos. De los incidentes más menudos sacaba partido para su propaganda; le bastaba dar un tropezón en la calle, o ver desfilar un regimiento, o acordarse de su primera novia, para hilvanar una argumentación que acababa demostrando las excelencias del federalismo. Con su amigo el mallorquín Cervera —otro tipo singular— había iniciado en España antes del 48 la predicación del socialismo; dedicó innumerables folletos, desde su juventud hasta su ancianidad, ya a las cuestiones políticas y económicas, ya a combatir al clero y con ensañamiento a los jesuitas; escribió poesías, dramas, comedias y toda clase de libros de divulgación de la idea republicana; dijo cientos de discursos en defensa de la federación. Era patriota, de un españolismo intransigente, siendo a la vez cosmopolita. Grande amigo de Reclus, de Cantagrel, de Vacquerie, de Víctor Hugo y de Mazzini, he encontrado yo la clara huella de sus pensamientos y sus frases en no pocos libros extranjeros. Orador muy desigual, escritor desaliñado, mal pintor (aunque a veces pintó para vivir), se distinguía por la originalidad, lo mismo pintando que hablando y escribiendo. Se alababa de conocer todas las lenguas de Europa; y, en efecto, las hablaba todas, pero tan mal, que hablando cualquiera de ellas lo entendíamos los españoles y nadie más lo entendía. Toda su vida procesado, preso, condenado a muerte o emigrado, volvió a España con tal brío el año 68 que él solo hizo más propaganda que nadie, más que todos juntos.

EVOLUCIÓN DE LOS DEMÓCRATAS

La explosión del sentimiento democrático, republicano y federal del país sorprendió a los estadistas de Europa y asustó al gobierno de septiembre. Tal vez por eso aventuró el ministerio sus prematuras declaraciones monárquicas. De poco le sirvieron. Las masas populares se concentraron más en torno de Orense, Pi y Margall, Figueras, Castelar, Benot, Garrido, Cala, Guillén, Clavé, Guerrero, Palanca, Federico Rubio y otros federales de todas las provincias.

El gobierno, a mi juicio, no procedió mal haciendo públicas sus intenciones monárquicas. La verdad no debe ocultarse nunca, y los hombres del gobierno eran monárquicos. Poco a poco se fueron haciendo reaccionarios, excepto Ruiz Zorrilla, único ministro consecuente del primer gabinete de la Revolución.

Serrano, Topete y los demás unionistas, como Prim, Sagasta y sus compañeros progresistas, e igualmente algunos de los antiguos demócratas, se mostraban tan indignados como sorprendidos ante la formación de un gran partido con el que no contaban. Habían pensado siempre que los demócratas se les someterían, que los *resellarían*, y así lo hicieron, efectivamente, con algunos; pero las masas populares no tenían por qué ni para qué resellarse y se decidieron por la República y la Federación, salvo en Madrid, donde siempre hubo considerable mayoría monárquica.

A pesar de la libertad completa de que gozábamos todos para celebrar manifestaciones y reuniones públicas y defender o propagar todo género de soluciones, había también conciliábulos secretos y muchos preparativos para defender las conquistas de la revolución, amenazadas ya por los mismos que la hicieron. Y si los republicanos —por suspicaces o por previsores— funcionábamos secretamente, lo propio hacían por su parte los montpensieristas, cada vez más contrariados. Algunos republicanos hubiéramos querido proclamar la República, imponerla, antes de las elecciones. Por su parte, los montpensieristas, con más medios, cons-

piraban en Madrid y Andalucía para precipitar por la violencia la solución que anhelaban. Y también empezaban a agitarse los carlistas y los isabelinos, bien que en el vacío los unos y los otros.

En un *meeting* celebrado por aquellos días se hizo grandes esfuerzos por parte de algunos oradores para convencer al auditorio de que la democracia es compatible con la monarquía; de que la República, si se la proclamaba, sería hostilizada por el imperio francés; de que nuestra incultura no nos permitiría adelantarnos a las demás naciones europeas, casi todas monárquicas. El público estaba dividido; para todos los oradores hubo aplausos, pero a los republicanos se hizo más que aplaudirlos: se les vitoreó con entusiasmo.

De pronto aparece pidiendo la palabra un joven como de treinta años, alto, flaco, moreno, de ojos saltones y expresivos. Orense, que presidía, se la concedió, pero el público empezaba a fatigarse y hubo hasta murmullos de protesta, que ya estaban todos satisfechos y aun hartos de retórica después de media docena de larguísima discursos, entre ellos uno correcto y elocuente de Cristino Martos. Empezó, pues, aquel orador desconocido en condiciones muy desfavorables; pero apenas oídas las primeras frases del exordio, el silencio se hizo general y no tardó en manifestarse la unánime admiración del público; era Salmerón. Aunque ya famoso en la Universidad, el público de entonces no lo conocía, ni yo tampoco. Lo confieso; quedé maravillado de su dicción, de su estilo, de sus actitudes, nada parecidas a las de la mayor parte de nuestros oradores. Con todo, salí disgustado de aquel *meeting*, creyendo que había de malograrse tan peregrina elocuencia por el espíritu ecléctico del orador filósofo. No hubo manera de arrancarle ninguna declaración categórica: no hizo ninguna afirmación de republicanismo, y cuenta que era entonces tan republicano como ahora. Pretendía, sin duda, atraer a los *neutros*, esa

calamidad social, o a los conservadores, enemigos irreducibles, implacables de la democracia y de la revolución.

CONFUSIÓN REVOLUCIONARIA

Mi experiencia me llevó a pensar que las conspiraciones de algunos republicanos, entre los cuales no estaban los altos personajes del partido, serían seguidas de efecto casi inmediato. Y para estar en condiciones de acudir adonde me tocara, pues de sobra sabíamos que en Madrid nada podíamos hacer, resolví llevarme la familia a Cádiz, donde vivía mi suegra.

Así lo hice; pero estuve en Cádiz pocas horas, y apenas llegué a Madrid me sorprendió la noticia de que en aquella ciudad, que yo acababa de dejar tranquila, había revolución o contrarrevolución. Contábase que en las calles se había roto el fuego, que los barcos de guerra las bombardeaban, que estaban ardiendo bastantes edificios, y todas las demás exageraciones consiguientes.

Sin quitarme siquiera el polvo del camino volví a tomar el tren, no con propósito alguno revolucionario, sino para sacar de Cádiz a mi mujer y a mi hijo, personaje este último de muy pocos meses.

Hasta Jerez llegué sin novedad, pero allí se nos dijo que el tren no continuaba. Al apearme, serían las diez de la noche, divisé las luces de una patrulla o ronda armada que se encaminaba a la estación. Me dijeron que la presidía el alcalde de Jerez, y como yo era militar y había salido de Madrid sin licencia ni pasaporte ni nada, anduve por la estación y sus contornos escondiéndome como un bandido para que el señor alcalde no me viera. Y el alcalde no era otro que Ramón de Cala, tan federal como yo, más tarde amigo mío, pero entonces no nos conocíamos, y por no conocernos pasé grandes apuros. Los pasé porque, detenido

el tren en la estación jerezana y resuelto yo a seguir sin pérdida de tiempo, tardé algunas horas en encontrar una calesa que me llevara a Cádiz. La encontré por fin, después de medianoche, la ajusté, y en marcha.

Sin obstáculo alguno pasé por el Puerto de Santa María y por Puerto Real, pero al llegar a San Fernando quedó la calesa detenida y yo fui conducido al Ayuntamiento en calidad de preso. Interrogado allí acerca del objeto de mi viaje, se me dejó en libertad al cabo de seis horas, después de haber hallado personas conocidas que respondieron de mi veracidad; pero se me advirtió que no tomara el arrecife de Cádiz porque volverían a detenerme.

No bien me vi en libertad me fui paseando hacia la playa, donde encontré un botero que se ofreció a llevarme hasta el muelle de Cádiz; pero me exigió por tan breve travesía nada menos que diez duros, fundándose en los riesgos que, según él, arrostraba haciéndose a la mar contra no sé qué bandos o disposiciones de las autoridades de marina.

En Cádiz desembarqué sin dificultad ninguna; los republicanos eran dueños de la ciudad y del muelle y descuidaban hasta las más vulgares precauciones. Para llegar a casa de mi suegra tuve que atravesar una buena sección de la ciudad, cubierta de barricadas. Los edificios de la plaza de San Juan de Dios y calles próximas estaban acribillados a balazos; todos los cristales de las ventanas y cierres estaban rotos. Era que allí se había peleado desde el 5 hasta el 8 de diciembre. El 10, a mi llegada, había cesado la lucha; las autoridades y las tropas ocupaban la Aduana y los cuarteles, manteniéndose a la defensiva. Dentro de la ciudad dominaba en absoluto el pueblo vencedor, personificado en el joven Salvochea.

Era Fermín Salvochea, pocos días antes, un gran desconocido; los sucesos de Cádiz lo hicieron en pocas horas el

hombre más popular de Andalucía y aun de toda España. Hoy mismo es uno de los pocos españoles —no llegarán a una docena— cuyos nombres han pasado la frontera pirenaica. Pero este capítulo se alarga mucho; en otro hallaré ocasión de hablar más extensamente de este gaditano singular. Sólo he de añadir, por ahora, que cuando acaudilló a sus convecinos, deliberadamente provocados por los montpensieristas, era republicano federal; después ha evolucionado, no como la mayor parte de los personajes del 68, sino en sentido progresivo y obedeciendo a la lógica revolucionaria.

El origen de la lucha que ensangrentó a Cádiz fue el afán de los montpensieristas andaluces, que menudeaban sus provocaciones a los republicanos para desarmarlos, creyendo allanar así el camino de sus soluciones. La primera tentativa les salió vana; pero fue sobre Cádiz todo un ejército y la resistencia era imposible. A Salvochea se le ofreció la fuga, pero no quiso irse cuando otros estaban presos. Conducido al castillo de Santa Catalina, allí le visité horas antes de mi regreso a Madrid.

Ocupada la ciudad por el cuerpo de ejército de Caballero de Rodas, me volví a Madrid llevándome la familia; no quise dejarla en aquel foco de conspiración monárquica, de odios salvajes y de venganzas ruines. En la cuna de la revolución imperaban después de sangrienta lucha no los vencedores, ¡los vencidos!

VUELTA A MADRID, ASALTO AL TREN

En los últimos días del 68, al volver con mi familia a Madrid, tuve por primera vez lo que no había tenido en tantos viajes, aunque lo tengan ciertos viajeros a lo Dumas cada vez que viajan por España: un tropiezo nocturno con ladrones en cuadrilla.

La noche era oscura (es claro), que en las noches claras no hay ladrones. El tren corría entre Manzanares y Alcázar de San Juan, cuando de repente oímos unas voces desusadas; sonó un tiro y paró el tren.

En el acto abrí la ventanilla y no vi a los que continuaban dando voces, pero vi que sin vacilar se arrojaban a la vía, tirándose del tren, los dos guardias civiles de servicio. El acto de los guardias, aunque se lo reduzca a vulgar cumplimiento del deber, me pareció más heroico, mucho más que otros por la fama enaltecidos. En efecto, no me parece extraordinario que dos guardias ataquen briosamente a cuatro, a diez, a veinte forajidos; pero lanzarse al campo en oscurísima noche sin ver al enemigo, sin saber de qué enemigo se trata, qué armas tiene, si está a pie o montado ni si lo componen diez hombres o diez mil; abandonar el tren, dentro del cual pudieran sostenerse con ventaja y siendo posible que de repente arrancara dejándolos en tierra, todo eso constituye, a mi juicio, una hazaña, una temeridad.

El valor de los guardias contrastaba con la cobardía de los viajeros, que en algunos coches se apresuraron a poner los almohadones en las ventanillas para resguardarse de las balas hipotéticas, y en el mío se quedaron clavados en sus asientos y más muertos que vivos. Creo haber sido el único viajero que se asomó a la ventana para animar a los guardias y ver lo que sucedía. Por fortuna, los salteadores no eran más que cinco, todos montados, y emprendieron la fuga al ser embestidos por los guardias, que, no pudiendo perseguirlos, les hicieron fuego; conté cuatro disparos, dos de los guardias y dos de los fugitivos; por los fogonazos de estos últimos vi que se alejaban precipitadamente.

Aquella rápida escena me hizo comprender cómo los trenes son asaltados y robados con tanta facilidad cuando hay salteadores que lo intentan. Y es extraño que no lo intenten más. Como los viajeros no se defienden casi nunca

ni piensan en tal cosa, los ladrones pueden ir de vagón en vagón desvalijándolos a todos sucesivamente.

La disminución constante del bandolerismo, que hasta en Méjico ha desaparecido y está de desaparecer en Grecia, en Sicilia y en Calabria, la debemos en España a la Guardia Civil principalmente, pero también a la decadencia nacional. Las razas superiores y ladronas van siendo menos ladronas a medida que pierden la superioridad. Nuestra España, tierra de conquistadores *cuando Dios quería*, produce todavía conquistadores con todas sus viejas mañas; pero cada vez son menos, y como ya no hay una América virgen, se consagran al *sport* de asaltar diligencias, robar trenes y secuestrar incautos. En presidio estará, si no se ha muerto, un manchego acaudalado que se ocupaba en organizar cuadrillas de bandoleros, con las cuales atracaba trenes, robaba a los viajeros y repartía lo robado entre sus socios, no tomando para sí ni el valor de un alfiler. Al contrario: antes de cada salida pagaba de su peculio cena copiosa y vino tinto para sus bravos colaboradores. En otro siglo hubiera sido un Pizarro.

XV. EL REPUBLICANISMO, DERROTADO (1869)

Los sucesos de Cádiz habían enardecido al pueblo malagueño; su actitud le pareció rebelde al gobierno de Madrid, que en consecuencia dispuso el desarme y disolución de su milicia. Pero Málaga se resistió; el día 1.º de enero del 69 fue atacada la ciudad por Caballero de Rodas, y se combatió en las calles todo el día. Tomaron parte en la lidia cuatro mil soldados y más de mil paisanos, resultando por una y otra parte centenares de muertos y de heridos. Pelearon los malagueños al grito de «república federal o muerte». Como era consiguiente, resultaron vencidos y desarmados.

La resistencia obstinada de los malagueños en lucha desesperada por ellos sostenida contra fuerzas mayores y mejor organizadas, sorprendió mucho a los que recordaban la que hizo Málaga en la guerra de la Independencia. Al aproximarse a la ciudad una división francesa, el pueblo salió a su encuentro vitoreando a Fernando VII y dispuesto a pelear y a morir; poco después, sin morir ni pelear, entró en la ciudad a la cabeza de los invasores y dando gritos de ¡viva Napoleón! De tal antecedente deducían algunos que Caballero de Rodas no encontraría resistencia, que lo de Málaga sería una broma, que el pueblo cedería desde el primer cañonazo; no consideraban que la libertad dignifica a los hombres y a los pueblos, y que los defensores de la Federación y la República no eran los vasallos degradados de un Carlos IV o de un Godoy. Ya en noviembre del 57, con Romualdo La

Fuente y Sixto Cámara, se había combatido en Málaga por la República; ¿y no había de hacerlo el mismo pueblo cuando las ideas republicanas iban ganando a millares las conciencias y los corazones?

La derrota material del republicanismo en Cádiz y en Málaga, lejos de calmar la agitación de los republicanos en las demás provincias, la recrudeció visiblemente. El año 69 no se dejó de conspirar ni un día, y yo fui uno de los más constantes en agitar la opinión, preparando o contribuyendo a preparar una insurrección republicana en toda la Península, incluso Portugal. Escribí en aquel tiempo más hojas clandestinas y más cartas cifradas que antes de septiembre del 68. También publiqué, sin firmarlos, numerosos artículos políticos, particularmente en los periódicos ultrarradicales, sirviéndome de satisfacción el verlos reproducidos en la prensa de provincias, muchas veces con firmas que no eran la mía y ni yo las había puesto.

En aquel período me entendía, principalmente, con el general don Blas Pierrard, con Guisasaola, con Peco, y asimismo con los coroneles Riego y Boussingault. De los hombres políticos de alguna autoridad, el único en alentarnos era el marqués de Albaida, el inolvidable Orense.

Algunos de mis amigos, conocedores de mis antiguas máximas, no acertaban a comprender que yo, siendo todavía militar, me agitara tanto y conspirara tan activamente; y les explicaba el caso diciéndoles que, en efecto, creía que el militar no debe conspirar ni sublevarse, y que no haría una cosa ni la otra cuando la nación se constituyera legalmente; pero que en los períodos constituyentes y en los dictatoriales no puede haber exclusiones, ya que todos los hombres —militares o paisanos— tienen igual interés en la suerte de su patria, y es un egoísta el que se desinteresa. Además, gobernado el país por generales, tan militares como yo, me consideraba tanto como ellos en cuanto a derechos civiles y políticos. Es evidente: donde los generales son conspira-

dores, tienen derecho a serlo hasta los cabos de carabineros y los trompetas de caballería.

ASESINATO EN LA CATEDRAL DE BURGOS

A fines de enero —no recuerdo el día— llegó a Madrid la noticia de haber sido asesinado en la catedral de Burgos el señor Gutiérrez de Castro, gobernador civil de la provincia. Cumplía con su deber intentando ejecutar una orden del gobierno de Madrid, cuando algunos fanáticos se abalanzaron a él, le dieron de navajazos y arrastraron su cadáver entre aullidos salvajes de las turbas. El primer acto salvaje y criminal que se registró por los cronistas en aquel período histórico tan turbulento fue motivado por una disposición muy acertada y justa de don Manuel Ruiz Zorrilla, y perpetrado por las *honradas masas* de la ciudad más clerical del mundo; la más clerical entonces, que hoy son todas las de España igualmente levíticas y navajeras.

La noticia del hecho causó en Madrid la más viva indignación; echóse la culpa a los manejos de Roma y se amotinó la gente al grito de ¡muera el nuncio! No murió nadie; el nuncio se refugió en la embajada de los Estados Unidos y el pueblo se contentó con gritar. Don Nicolás Rivero, alcalde de Madrid, fue disolviendo los grupos no solamente con discursos más o menos persuasivos, sino también con las culatas de los milicianos.

Aquella noche se enfadó conmigo don Nicolás Rivero porque llamé realistas a sus nacionales, y uno de éstos me amenazó en la calle de Alcalá con la punta de su bayoneta. La amenaza no tuvo ejecución o la bayoneta carecía de punta, pero lo cierto es que cuando la cosa estuvo seria me abandonaron los que gritaban a mi alrededor; sólo se puso a mi lado un joven para mí desconocido, el señor Meca; fuimos amigos desde aquella noche.

ELECCIONES GENERALES. SAGASTA

Las elecciones generales, dirigidas por el señor Sagasta, que tenía la cartera de Gobernación, llevaron a las Cortes setenta diputados republicanos; todos se decían entonces federales, pero no todos lo eran. El «gran elector» (Sagasta), con todos sus abusos y atropellos, no fue tan corruptor del cuerpo electoral como ciertos candidatos de la oposición, que para obtener votos se fingieron republicanos y federales sin serlo. De todas suertes, resultó una brillante minoría que honró a la democracia.

Temíase que el gobierno o los partidos monárquicos repitieran en todas las ciudades liberales sus provocaciones y sus villanías de Málaga y de Cádiz, para desarmar a los republicanos de toda la Península; y que si antes del desarme no imponíamos la República por la violencia, las Constituyentes nos impondrían la monarquía de Montpensier u otra. Y así fue. No reconocíamos el derecho de las Cortes a imponer la monarquía, teniendo en cuenta que nuestros setenta diputados habían reunido más votos que los trescientos monárquicos. Así lo dijo en las Cortes alguno de los nuestros, añadiendo: «Esta minoría republicana representa aquí la voluntad y el pensamiento de Barcelona, Valencia, Málaga, Cádiz, Sevilla, Santander, La Coruña, Zaragoza... Los monárquicos sois representantes de Chinchón, Tarancón, Almorchón y las ventas de Alcorcón.»

En aquel primer período de las Constituyentes pocas personas iban al Congreso con más frecuencia que yo. Los ujieres me consideraban como abonado a la tribuna pública. Siempre he sido admirador entusiasta de los buenos oradores, por lo mismo que nunca he sido orador, bueno ni malo. Presencié los debates del proyecto de Constitución, y me encantaba la superioridad inmensa de mis correligionarios. La celebrada elocuencia de Olózaga, de Ríos Rosas, de Monescillo, de Cánovas, palidecía en aquellas Cortes donde estaban Castelar, Palanca, Figueras, Pi y Margall, Moreno

Rodríguez y otros muchos. Entre los días señalados de mi existencia, cuento aquél en que le oí a Castelar su réplica a Manterola. Y también pasé mis malos ratos al ver o al escuchar las hipocresías de los incrédulos, de los volterianos, de los ateos que fingían escandalizarse por la honrada sinceridad de Díaz Quintero o Súñer y Capdevila.

FEDERALES Y PROGRESISTAS

En provincias, y señaladamente en Cataluña, los progresistas monárquicos habían perdido su fuerza: las masas estaban con nosotros, eran federales; pero en Madrid conservaba el partido progresista muchos elementos populares, y en todas partes, con el apoyo de Prim, Sagasta y Ruiz Zorrilla, nos hacían una guerra sin cuartel; criticaban con la mayor dureza nuestros actos, habían combatido a nuestros hombres. Según los progresistas, los republicanos estábamos a sueldo de Isabel II, los federales éramos jesuitas, Castelar estaba loco y Orense era un chiflado. Exactamente lo que dicen hoy los republicanos doctrinarios al hablar de otros partidos que tienen más amplitud de ideas y de horizontes, y lo que antes dijeron los moderados juzgando a los progresistas. *Nihil sub sole novum.*

En las épocas de agitación, nada separa a los hombres tanto como la política; los republicanos y los progresistas ni nos saludábamos siquiera. Y los que más nos distinguían con su odio no eran ciertamente los viejos progresistas, en los que siempre hubo algo de los patriarcas «justos y benéficos» de 1812; los que extremaban sus persecuciones y sus injurias a los republicanos eran los antiguos y arrepentidos demócratas.

De nuestras polémicas escritas o verbales, de las contiendas que hubimos los republicanos del 69 con los progresistas y con los demócratas, de las pasiones que nos animaban en aquella época, extinguidas en algunos y persistentes

en otros, de todo eso y de varias cosas más hablaré en el capítulo siguiente.

SE IMPONEN LOS PROGRESISTAS MONÁRQUICOS

Decían los progresistas en sus periódicos y en sus conversaciones que los republicanos éramos perturbadores de la revolución y de la patria, y que sólo ellos habían trabajado desde principios de siglo por liberalizar la monarquía española. «¿Dónde estaban esos republicanos durante nuestras luchas?» —tal era la pregunta que se hacían y nos hacían los progresistas, cada vez más irritados—. ¡Qué falta de memoria!

El partido progresista, es cierto, existía ya en 1810, cuando aún no había partido republicano; pero las ideas republicanas germinaban en el propio seno del partido progresista desde que éste nació. ¿Y qué culpa teníamos los republicanos de que un partido revolucionario en sus comienzos hubiera concluido por estancarse, o por petrificarse, o por convertirse en un museo de fósiles? El ideal del progreso no podía encerrarse en instituciones viejas como las veneradas y aun idolatradas por los progresistas.

Ni derecho tenían éstos el año 68 a negar la preexistencia del republicanismo, por lo mismo que desde mucho antes habían luchado con él, sacrificando a algunos de sus hombres. ¿Quién, sino los progresistas del 54, había hecho morir en el destierro al benemérito republicano ampurdanés Abdón Terradas, honor de Cataluña? ¿Quién fusiló al federal Xaudaró en 1837? ¿Quién calificaba de exaltados y de religiosos a los pocos liberales que en 1820 mostraron buen sentido y alto espíritu de conservación?

Y más que por haberlos perseguido y maltratado, los progresistas debían saber dónde estaban los republicanos

por haberlos buscado repetidas veces pidiéndoles su concurso. Los ilustres mártires con cuyos nombres tanto se envanece el partido progresista, republicanos eran en su mayor parte, ya que no todos lo fueran. El teniente don Marcelino López, fusilado en Madrid, era republicano; lo era Domínguez (el autor del famoso Diccionario), que pereció igualmente el 7 de mayo del 48. Según Rico y Amat en su *Historia política y parlamentaria*, los combatientes del 26 de marzo del 48 en las calles de Madrid fueron los republicanos; por consiguiente existían. Los veintiún diputados que votaron contra la dinastía en las Constituyentes del 54 no hay que decir lo que eran; y si hubo republicanos en el célebre bienio progresista (54-56), no faltaron tampoco en los famosos trienios liberales(40-43 y 20-23). Republicanos eran en tiempo de mis abuelos Romero Alpuente, don Bartolomé José Gallardo y otros muchos, como en tiempo de mi padre lo eran Ordax Avecilla, el conde de Las Navas, Espronceda, a quien los suspicaces progresistas llamaban «el polizonte»; Olavarría, que fundó y dirigió *El Huracán*, y Beltrán y Soler, que escribió un proyecto de Constitución federal en 1838. Y en mis propios días se dieron a conocer como republicanos, sin esperar al triunfo de Alcolea, Monturiol, inventor del Ictíneo; Clavé, el fundador de los coros catalanes; Cuello, vilmente asesinado en Barcelona, y Montaldo, que batalló en los Estados Unidos por la causa federal. ¿A qué ni para qué citar más nombres? No acabaríamos nunca.

Antes de la guerra de la Independencia y antes, por consiguiente, de que hubiera progresistas, había republicanos españoles. Marchena, Guzmán y otros menos conocidos vivían en la República francesa, donde luchaban y morían por la República. En la misma España de Carlos IV se descubrían conspiraciones republicanas, como la llamada de los artilleros y la de Picornell. No había terminado el siglo XVIII cuando las autoridades gaditanas prohibían en un bando célebre el uso del gorro frigio, seguramente por su significación.

Bien sé que todo esto parecerá impertinente en un capítulo de mis memorias; si lo consigno es solamente para reflejar las luchas de mi tiempo, las interminables discusiones con los progresistas, que nos llamaban intransigentes, siendo ellos intolerantes. Les contrariaban mucho, particularmente a los santones, las ideas republicanas y la aparición de gente nueva, como si la renovación no fuera ley de vida. Se habían figurado que la dirección de la política no iba a salir de las manos de Olózaga, de Aguirre o de Madoz, ninguno de los cuales llegó a tener después de la victoria una influencia decisiva ni aun preponderante. No ya los republicanos, sino sus mismos hombres relativamente nuevos, como Sagasta, Ruiz Zorrilla, Montero Ríos, Moret, les parecían advenedizos o intrusos a los arcaicos del año 37. No lo olviden los que esperen ver futuras revoluciones: revolución que no aporta gente nueva con nuevos ideales no puede prevalecer. Los hombres de una revolución no figuran jamás en la siguiente; ya lo hemos visto en Francia: los republicanos del 48, más republicanos y mejores que los del 70, no han figurado apenas en la tercera república.

Dicen los viejos de hoy, jóvenes del 68 y del 73, que las generaciones posteriores, por escépticas o por degeneradas, carecen de personal para las revoluciones por venir. ¡Ilusiones de la senectud! Vengan las revoluciones, y de ellas brotarán los hombres, los caudillos, las ideas. Puede ser que la próxima república —próxima o remota, pero inevitable— empiece por declarar ancianos e incapaces a los que cuenten diez lustros. Por mi parte, voto en pro, y con más gusto si salen Napoleones que rayen en la edad de la chochez.

De todas las censuras que a los republicanos se nos dirigían, no ya por los progresistas, sino por la totalidad de los monárquicos, la más mortificante era la injusta de ser malos patriotas. Se fingía creernos servidores conscientes o inconscientes de los extranjeros, tal vez por no ser amigos de la tradición torera y de otras igualmente venerandas. ¡Que injusticia!

PATRIOTISMO REPUBLICANO

Los verdaderos patriotas, los buenos españoles, eran, sin duda, los que querían acabar con todas las ranciedades de la España antigua, con todos los errores de la política añeja, con todas las infamias de un absolutismo deshonoroso, creando una España que cupiera en la civilización contemporánea. Ahora mismo, tanto como entonces, para encontrar en España verdaderos amantes del país, de su prosperidad y de su gloria, hay que buscarlos entre los que anhelan olvidar hasta esa ignominia que llaman historia patria, conjunto de invasiones y derrotas, de apostasías y crímenes, de horrores y vergüenzas. De todos modos, ni las perversidades de los reyes, ni las tiranías de los magnates, ni el servilismo insensato de los pueblos, ni todas las desdichas de la Historia bastaban a extinguir, ni aminorar siquiera, la honda fe en los destinos de España de los que ansiábamos su libertad y su regeneración.

He citado en este mismo capítulo a don Bartolomé José Gallardo, republicano de los más antiguos. Nadie combatió con tanto ingenio y rudeza como él todos los fanatismos y ridiculeces de la vieja España, y nadie la amaba tanto como él; había pasado en el extranjero, forzosamente expatriado, algunas temporadas de su vida, y era más español que nadie. Lo era tanto, que no podía soportar un galicismo ni acertaba a pronunciar un apellido extranjero. Hasta los nombres de las ciudades europeas los españolizaba, como hacían los escritores militares del siglo XVI con los nombres de los lugares holandeses o flamencos. Al bueno de Hartzenbusch, no pudiendo o no queriendo articular su nombre, llamábalo ¡Acebuche! Y no ciertamente por ponerle apodos, siempre de mal gusto, sino por disonarle toda voz que no fuera bien castiza.

¡Y cuántos republicanos, sin tener la nombradía de Gallardo, han renunciado buenas posiciones en tierras extranjeras por no perder la nacionalidad!

La animación política del año 69 se manifestaba de mil modos: un *meeting* cada día, folletos por todas partes, manifestaciones públicas de adhesión o de protesta. Fundábanse periódicos revolucionarios, de la situación y reaccionarios, y para todos había suscriptores o lectores. Concurrían verdaderas masas a los alrededores del Congreso cuando se discutía el proyecto de Constitución, y aún sin oír los discursos ni enterarse de las votaciones, todos aplaudían a los diputados populares cuando entraban o salían del palacio de las Cortes. Con los aplausos y las aclamaciones alternaban los murmullos, y a veces los silbidos, cuando pasaban ciertos diputados poco simpáticos a la muchedumbre. Por las noches era más intensa la actividad política; en la calle del Doctor Fourquet, llamada entonces calle de la Yedra, se agolpaban con verdadero fervor cientos y miles de republicanos, que llenaban el famoso club y a veces no cabían. Allí no estaba monopolizada la tribuna, como en otros círculos; cada noche se daba a conocer, haciéndose aplaudir o haciéndose expulsar, algún nuevo orador, y los hubo de todos los calibres. En la calle de la Yedra se discutía lo presente y lo pasado, lo grande y lo pequeño, lo humano y lo divino. Generalmente eran presididas aquellas discusiones por Antonio Orense, hijo del marqués de Albaida; por Toribio Castrovido, padre del periodista Roberto, o por Adolfo Joarizti, diputado a Cortes.

El club del Congreso, como se llamaba al de la calle del Lobo, no tuvo nunca la celebridad que el de la Yedra, pero tenía la especialidad de declararse cada cuatro días en sesión permanente «por la gravedad de las circunstancias». Todas las circunstancias, y hasta las noticias de *La Correspondencia*, eran consideradas gravísimas en aquel club, y una vez constituido en sesión permanente por unanimidad, los unánimes calábanse el chapeo y se marchaban tranquilamente a dormir.

No eran menos concurridas, aunque no tan pintorescas, las veladas del Casino. En el Casino republicano de la calle

Mayor no se silbaba como en el club de la calle de la Yedra; no había sesión permanente y solidaria como en la calle del Lobo; pero si alguien hablaba de transigir en materia de federalismo pedían la palabra airadamente seis docenas de oradores.

Una de las noches de velada en el Casino se sentó a mi lado un correligionario forastero. Ocupaba la tribuna cierto orador fogoso que desbarraba sin freno y sin medida; su voz era estentórea, y como acompañamiento descargaba en su púlpito ruidosos manotazos. Al acabar uno de sus períodos más vehementes, barajando con acentos broncos los hechos y los nombres más dispares —el Parlamento largo y el Pacto de familia, Topete y Calomarde, el Cid y Gregorio VII, el privilegio de la Mesta y el tratado de Westfalia—, me sacó de mi asombro el forastero preguntándome al oído: «¿Es Castelar?» Y era, en efecto, uno de sus bárbaros imitadores.

En la Tertulia progresista se celebraban también reuniones agitadas, pues una buena parte de los socios empezaba a desprenderse de las aficiones monarquistas y no siempre se hablaba a gusto de los santones. La Tertulia era un centro bastante frecuentado por los diputados progresistas, que iban allí a cantar las glorias de Prim y de Sagasta y a criticar los discursos (que en el Congreso no se atrevían a contestar) de Figueras, Pi, Castelar, Eduardo Palanca, Moreno Rodríguez, Súñer y Capdevila, Díaz Quintero, Gil Berges, Sánchez Ruano y demás *demagogos*, según los santones progresistas. Eran éstos por demás injustos al hablar de los republicanos, que no lo eran menos cuando se burlaban de los progresistas y de su Tertulia. Decían los republicanos, con injusticia evidente, que en la biblioteca de la Tertulia no había lectores más que para un libro, y que «el libro», como decían los socios, el libro por antonomasia de los tertulianos progresistas, era la novela titulada *María o la hija de un jornalero*. No temo repetir que esto era una injusticia y una falsedad, pues en la Tertulia estaba la colec-

ción completa de la *Revue des deux mondes* y los empleados daban fe de que algunas veces la pedían don José Sansón y don Pascual Madoz, socios de número.

El 22 de junio del 69, tercer aniversario de la célebre jornada del 66 y primero que se podía celebrar después del triunfo de la revolución, acordaron simultáneamente los progresistas, los demócratas y los republicanos conmemorar la aciaga fecha con una solemne manifestación. Hubo la víspera discusiones muy acaloradas en el Casino republicano, en la Tertulia progresista y en los diversos clubs. En la Tertulia se propuso que pasara la manifestación por el cuartel de San Gil, a lo que se opusieron los santones. En los demás círculos fue aceptada con entusiasmo la idea. Castelar se presentó, con otros diputados, en el Casino de la calle Mayor, donde nos dijo que la manifestación era muy justa, pero que no debíamos pasar por el cuartel de San Gil, y que si no cambiábamos de itinerario él se oponía resueltamente a la proyectada manifestación. El auditorio parecía dispuesto a seguir el consejo del tribuno, para que un simple detalle no se tomara por provocación al cuerpo de artillería; pero Castelar, con una torpeza inconcebible, puso fin a su peroración con una amenaza contraproducente: declaró, en nombre de Prim, que seríamos ametrallados si pasábamos por el cuartel. Fue lo bastante para que se acordara la manifestación con músicas y banderas, recorriendo el trayecto convenido. Prim quedó mal, pues no se decidió a ametrallarnos; y siempre queda mal quien profiere amenazas no seguidas de la correspondiente ejecución. En cuanto a Castelar..., ¡todavía no he vuelto de mi asombro!... En el mismo sitio en que los sargentos del 22 de junio habían sido fusilados, y antes de disolverse la imponente manifestación, nos decía desde una tribuna improvisada:

«Alguien quería que desistiéramos de tributar este homenaje a los mártires de la libertad, amenazándonos con sus cañones; *pero yo me opuse*. Hemos pasado y pasaremos siempre, a despecho de todos los tiranos, por la senda que

nos trazan la gratitud de nuestros corazones, la conciencia de hombres libres y la soberana voluntad del pueblo.»

DIVISIÓN EN EL CAMPO REPUBLICANO

Pasó el verano del 69 entre noticiones alarmantes, anuncios de insurrección carlista, que tuvo efectivamente comienzos de ejecución en el levantamiento de partidas acaudilladas por curas, y manifestaciones federales en Aragón, Cataluña, Valencia y Andalucía. El célebre *pacto de Tortosa* fue el principio de un recrudecimiento de la agitación republicana.

En el partido federal se marcaban dos tendencias: la revolucionaria, más por el procedimiento que por el pensamiento, y la que todo lo fiaba a la legalidad.

Entre los diputados federales existía la misma división. Estaban por la rebelión y por la lucha armada, Orense, Joarizti, Súñer y Capdevila, Paúl y Angulo, Rafael Guillén y algunos más. Tenían confianza en el triunfo legal de las ideas, creyendo difícil la solución monárquica, Pi y Margall, Figueras, Castelar, Gil Berges, casi todos.

Figueras y Castelar andaban en inteligencias con Rivero, que también tenía confianza en llegar a la República, por la dificultad de hallar un príncipe simpático a la nación; en todo caso, respondía de que el monarca elegido no sería jamás el duque de Montpensier. Éste era, en efecto, el más antipático a los españoles, el más impopular de los candidatos discutidos.

Pero también Rivero había perdido su antigua y merecida popularidad desde que aceptó la solución monárquica. Y no solamente se le criticaban sus transacciones políticas, incomprensibles en un hombre de su elevado carácter, sino que además se le calumniaba despiadadamente por su gestión

en la alcaldía de Madrid. Fue, sin embargo, un buen alcalde, y su valor, sus genialidades, su prestigio no enteramente gastado, evitaron conflictos repetidos y salvaron al Gobierno de dificultades numerosas. Alguna vez ocurrió que sólo su presencia ocasionara un motín; pero más frecuentemente sucedía lo contrario: que dominara un tumulto con sólo su presencia.

En los tiempos normales es bien fácil hacer buena figura en ciertas posiciones; pero no todos son capaces de ocuparlas con honra y lucimiento en períodos revolucionarios. También es difícil ejercer autoridad y hacerse obedecer, usando y abusando de la fuerza, prescindiendo de la legalidad, sacando continuamente a la calle caballos y cañones.

En una de las primeras noches de septiembre, la del 4 al 5, si no estoy equivocado, se sublevó la guardia principal situada en el Ministerio de la Gobernación. Daba la guardia una sola compañía de la milicia nacional, pero se vio muy pronto reforzada por milicianos sueltos de su mismo batallón y por muchos paisanos amantes del motín. Rivero acudió al instante: arengó a los sublevados, les ofreció indulgencia, los amenazó, los insultó... Fue desoído. Uno de los rebeldes le apuntó con su fusil, diciéndole:

—Retírese usted, señor alcalde, o me daré el gusto de *reventar* a un traidor.

—¡Tira, mamarracho! —le contestó don Nicolás—. ¡A mí no me asustan los imbéciles!

—¡Váyase usted —le gritaron muchas voces— o le fusilamos aquí mismo!

—No soy de la madera de los fusilados —replicó don Nicolás—. ¡Yo soy de los que fusilan!

—¡Viva la República! —se gritó en un grupo de la Puerta del Sol, a espaldas de Rivero, tal vez para darles aliento a los sublevados.

Y Rivero, volviéndose a los del grupo, les gritó:

—¡Majaderos, no merecéis la República!

Al fin se retiró, y al amanecer ocupó las calles y edificios próximos con algunos batallones de milicia nacional. Aún entonces, cuando ya los rebeldes no podían hacer más que una defensa inútil, se acercó en persona, él solo, al edificio, apostrofó a los rebeldes y les intimó la rendición.

Algunos milicianos sublevados habían huido anticipadamente, pero quedaban otros y con ellos los paisanos que se habían introducido, entre los cuales había dos o tres de la Internacional; precisamente los primeros internacionalistas que se conocieron en España.

Después de parlamentar un rato, se rindieron. No hubo una gota de sangre. Derramándola a mares, el resultado no hubiera sido mejor; ¡y quién sabe si se habrían complicado los sucesos!

Al retirarse don Nicolás Rivero, después de su incruenta victoria, me vio en la esquina de la calle de Correos en un pacífico grupo de curiosos. Él me conocía de vista desde la noche del nuncio, y me preguntó severamente:

—¿Qué hace usted aquí?

—Aprendiendo, don Nicolás —le dije—, por si algún día llego a ser alcalde.

Me miró de arriba abajo, con aire indescriptible, y se fue.

En los grupos curiosos comentábase el suceso.

Alguien decía:

—Es vergonzoso; esto no sucede sino con gobiernos liberales.

Sin embargo, treinta y tres años antes, en 1836, gobernando el partido moderado, se sublevaron en el propio sitio cuatro compañías de Infantería del ejército con sus oficiales. Atacadas por la guarnición y la milicia, resistieron. Un sargento mató de un tiro al capitán general. Y no se rindieron a discreción: capitularon con los honores de la guerra. He conocido al sargento que mató al general Canterac; se llamaba...

Tente, pluma. No quiero desagradar a sus hijos, hombres de orden que, probablemente, no han matado a nadie.

INSURRECCIÓN REPUBLICANA

Don Tomás Roldán, un distinguido abogado y consecuente demócrata de Ciudad Rodrigo, me había prometido varias veces que cuando llegara la ocasión nos apoderaríamos de aquella plaza, en la que él tenía muchos prosélitos, buen núcleo republicano y compromisos adquiridos con algún elemento militar. Yo ignoraba si se refería a las tropas de la guarnición o a la fuerza de carabineros. Tal vez lo uno y lo otro, aunque en esto bien pudo hacerse ilusiones, como suelen hacérselas todos los paisanos que conspiran. Yo, a mi vez, le había ofrecido mi concurso personal, si se acordaba el alzamiento en masa del partido; pero de ninguna suerte para una intentona aislada.

Y llegó el momento de la insurrección republicana, de la única sublevación política, aparte la del año 61 en Loja, que

se producía por las masas populares sin el concurso de ninguna fuerza militar.

Con pretexto de un crimen cometido en Tarragona, dictó Sagasta su célebre circular del 25 de septiembre, que era un atentado a la Constitución, pues ponía limitaciones al ejercicio de los derechos constitucionales, incluso el de hablar y el de escribir.

A tal provocación contestaron los diputados de la minoría, de acuerdo con los representantes regionales que para consultarles habían llegado a Madrid, ordenando la revolución donde quiera que se contase con medios.

El partido republicano federal dio entonces hermosa muestra de virilidad y disciplina. Se levantaron en armas 45.000 hombres, no haciéndolo muchos más porque a la expresiva orden siguió la contraorden. Los que no recibieron esta última o la recibieron después de estar en armas, pagaron con su libertad o con su vida las vacilaciones de los ilustres jefes. Pienso que de todos modos se nos hubiera vencido; pero con la contraorden, el fracaso era evidente, inevitable, fatal. En la guerra son funestas las disposiciones vagas y las contradictorias. Acusan vacilación en el que manda, lo cual desanima al que obedece.

El mismo día que se acordó el alzamiento salí de Madrid con mi compañero Eduardo López Carrafa, dirigiéndonos a Ciudad Rodrigo. Roldán, muy conocido en el país, consideró imprudente ir con nosotros y aplazó su salida por cuarenta y ocho horas. Él pensaba ir directamente por Salamanca; nosotros habíamos de ir por Béjar para no seguir el mismo itinerario, y también para conferenciar en esta ciudad con Peco y Aniano Gómez.

Era Peco un antiguo coronel carlista, convertido hacía bastantes años al liberalismo y al libre pensamiento. Me dijo varias veces que se alegraba de haber sido carlista,

porque en seis años de guerra en las filas de don Carlos había aprendido a odiar a los frailes, a los curas, a los fanáticos y a los sacristanes.

Aniano Gómez era el caudillo popular de Béjar.

Carrafa y yo nos hospedamos en Béjar en una posada bastante concurrida, situada a un extremo de la población. Allí supimos que el gobernador de la provincia, don Baldomero Menéndez, conocido en la prensa por el seudónimo de *Capitán Bombarda*, se encontraba a la sazón en Béjar, y Aniano Gómez nos dijo que secundaría el movimiento de Ciudad Rodrigo, si lo realizábamos, cuando se hubiera marchado el gobernador.

Pero un joven entusiasta de la localidad, cuyo nombre no recuerdo, me dijo que él no secundaba a nadie, que quería ser el primero y que empezaría por apoderarse del gobernador. Supuse que lo decía en un raptó de entusiasmo y que Aniano lo disuadiría.

A LA CÁRCEL

A la mañana siguiente, que era si no me engaño la del 30 de septiembre, teníamos Carrafa y yo dispuestos los caballos para seguir nuestro viaje, cuando oímos en la calle un extraordinario vocerío. Antes de saber lo que pasaba, fui preso por un grupo de paisanos armados que invadió la posada tumultuosamente; eran, según creo, milicianos nacionales. Carrafa se escabulló como pudo.

He aquí lo que había pasado: el joven de la víspera, con otros entusiastas como él, había preso al gobernador de la provincia; pero inmediatamente se alborotó el vecindario, puso al gobernador en libertad y encerró a los autores del hecho. Todo esto sucedía muy lejos de la posada, por lo que nada supimos hasta que me prendieron.

Algún patriota había enardecido al pueblo, diciéndole que en la posada estaban dos forasteros recién llegados de Alcoy para quemar las fábricas de Béjar, y que no éramos republicanos, sino incendiarios, bandidos, ¡alcoyanos!

Entre bayonetas me llevaron a la cárcel, haciéndome recorrer una calle larga; a mí, a lo menos, me pareció larguísima. En todo el trayecto se amontonaba la gente, se me amenazaba con los puños y las mujeres gritaban llamándome ladrón. Desde algunos balcones clamaban los burgueses: «¡Matarlo!» Y no faltó quien quisiera atropellar a los ciudadanos que me custodiaban, para llegar hasta mí; pero aquellos milicianos me defendieron bien. Sólo un hombre que parecía furioso rompió la fila, se plantó a mi lado con un cuchillo en la mano, y me dijo: «Aquí estoy yo, mi capitán.» Lo conocí al momento; era el cabo Sánchez, del batallón cazadores de Antequera.

Sánchez no cesaba de gritarles a los alborotadores: «¡Al primero que se le acerque le saco las tripas!»

Antes de entrar en la cárcel me vio también, y se quedó asombrado, y se me ofreció resueltamente, mi antiguo asistente Facundo García del Río.

Durante el largo trayecto iba yo considerando la facilidad con que los charlatanes sugestionan a los pueblos, y me decía: «Un jurado popular que me juzgara hoy, me ahorcaba.»

Cuantos forasteros llegaron a Béjar aquel día fueron llevados a la cárcel, y así dejé de estar solo. Por la tarde éramos siete: Peco, Feito, Fonseca, Villarrubia, un teniente, hijo del Coronel Boussingault, a quien me he referido en otra parte, y el teniente Espatolero. Todos han muerto; sólo quedo yo para contarlo.

Mi amigo Roldán no se movió de Madrid, porque tuvo noticia de la contraorden. El último acuerdo de los directores impidió el alzamiento de Barcelona, donde apenas hubo cuatro tiros, y las sacudidas que se esperaban en Cartagena, Sevilla y Badajoz. Pero se luchó en Zaragoza, en La Bisbal, en Valencia, y hubo partidas federales en diferentes provincias.

Don Blas Pierrard, jefe militar del movimiento, había sido preso en Tarragona.

A LA CÁRCEL DE SALAMANCA

Salimos de Béjar para Salamanca dos o tres días después del acontecimiento referido, escoltados por una compañía de nacionales, cuya actitud, lo mismo que la del pueblo, había cambiado mucho. Se sabía ya quiénes éramos, y los mismos que nos conducían estaban inclinados a la revolución. Los oficiales de la compañía se portaron muy correctamente.

Íbamos todos a pie, conversando familiarmente con los nacionales; pero noticias políticas, o no las tenían o se las guardaron para ellos.

Uno de aquellos individuos me dijo, sin embargo, y me lo dijo en secreto, que todas las provincias estaban sublevadas.

Le pregunté si lo sabía de cierto, y me respondió sacando un periódico y leyéndome un parte que decía: «Tranquilidad completa en las provincias.»

—Pues si el periódico no dice más —le objeté—, no veo la sublevación...

Y me replicó muy convencido:

—Es que los diarios de Madrid hay que entenderlos al revés. ¿Quién le pregunta si hay tranquilidad? Cuando ellos lo dicen es que hay revolución.

Pernoctamos en la inmundicia cárcel de Guijuelo. Si en la de Argamasilla le pareció a Cervantes que «toda incomodidad tenía su asiento», ¿qué hubiera dicho en la de aquel lugar?

La de Guijuelo nos hacía envidiar todas las cárceles, mazmorras, baños berberiscos y calabozos inquisitoriales. No creo que haya nada parecido en país alguno civilizado ni bárbaro. Siete presos políticos pasamos la noche entera en tiempo de Prim y Sagasta, sin una silla, ni una banquetta, ni un poyo en que sentarnos, sin una mala tarima y sin espacio para revolvernos. Sentarse en el suelo era imposible, por ser de guijarros puntiagudos, y porque sentados no hubiéramos cabido; éramos siete allí donde apenas si había suficiente espacio para dos. Por el único agujero que ventilaba aquel nicho no entraba ni aire ni luz, sino el humo denso de una cocina primitiva. Cesó el humo, pero pasamos toda la noche en pie y desfallecidos de hambre. A fuerza de reclamar, y pagándolo a buen precio, pudimos al fin cenar un pedazo de pan duro.

Pero a lo menos tuvimos serenata. Serían las diez de la noche cuando un insolente guitarrista se puso a cantarnos coplas al pie de la ventana. Una de ellas era así:

*Crucificaron a Cristo
por meterse a redentor,
y ni por eso escarmientan
los señoritos de Alcoy.*

Pero estaba rabioso; bien que me llamaran alcoyano, ¡pero señorito!

La segunda noche, en Alba de Tormes, la pasamos grandemente, gracias a la cena y los colchones que nos ofrecieron los correligionarios.

En la tarde del tercer día entramos en Salamanca, sirviendo de espectáculo a sus moradores y seguidos por una caterva de muchachos. No observamos animosidad, sino más bien simpatía. La reina del Tormes es republicana.

Así debió de entenderlo el señor gobernador, pues nos puso dentro de la cárcel un piquete de la Guardia Civil, haciéndonos saber que si el pueblo intentaba libertarnos seríamos fusilados en la cárcel misma.

Era una advertencia inútil, de la que no hicimos caso, por ser inverosímil el supuesto. Los republicanos salmantinos, todos federales, se contentaron con obsequiarnos mucho, visitarnos con frecuencia y prestarnos ayuda generosa. El que más nos acompañaba era el joven abogado Pedro Martín Benitas, por quien, al fin, nos fuimos enterando del curso de los sucesos.

LOS REPUBLICANOS, SIN POSIBILIDADES

Continuaba la insurrección en pie. Súnier no acertaba a manejar los 2.000 ampurdanes que le habían seguido, pero Adolfo Joarizti daba mucho tormento a las columnas que contra él operaban. En La Bisbal se había luchado bien, y lo mismo en Zaragoza. Las partidas andaluzas de Paúl y Salvochea seguían escaramuzando. Los carabineros habían matado en la serranía de Ronda al joven diputado Rafael Guillén. Froilán Carvajal, que había levantado fuerzas en la región de Alicante, cayó prisionero de la columna Arrando y fue fusilado en Ibi. Es falso que no llegara el indulto por haber cortado él mismo las comunicaciones; cuento de monárquicos, disculpable en los momentos de lucha y recogido luego por historiadores que presumen de imparciales y

que, titulándose republicanos, han bebido en fuentes monárquicas y turbias. El indulto de Carvajal o no lo comunicó el Gobierno o fue interceptado por algún cacique. Yo lo sé por el mismo general Arrando.

Donde más se prolongó la resistencia de los republicanos fue en la ciudad de Valencia, que no se rindió hasta mediados de octubre. Las fuerzas que contra ella salieron de Madrid tuvieron antes que apoderarse de Alcira. En el ataque murió Pepe Losada, capitán de cazadores, cuya muerte me causó la pena más profunda. Ya no quedaba más que yo de los tres inseparables amigos de Toledo. Horodinsky había perecido el año 56; Losada llegó al 69. La entrañable amistad que a Losada-Bofarull y a mí nos unió desde el colegio no se entibió jamás, a pesar de la política; era una amistad a prueba de contusiones y heridas, que una vez nos pusimos negros a sablazos por una cuestioncilla y desde entonces nos quisimos más.

Cuando ya estaban disueltas las partidas catalanas y las andaluzas, vencida Zaragoza y próxima a sucumbir Valencia, llegó a Béjar el anciano Orense con Rispa y Guisasaola. Entonces fue cuando los bejaranos se decidieron a proclamar la República. ¡A buena hora! No sé si tomaron parte en aquella postrera convulsión los que nos llevaron a Guijuelo y nos mataron de hambre.

Acordándonos de la de Guijuelo, nos parecía la cárcel de Salamanca una residencia regia, un principesco palacio. Teníamos para todos una habitación tan amplia como clara, nos podíamos pasear durante algunas horas en el patio y los republicanos de aquella capital nos habían provisto de mullidas camas y nos llevaban libros o periódicos.

Aunque estábamos separados de los presos no políticos, entre los cuales había criminales de consideración, iba yo algunas veces a buscarlos, a conversar con ellos, a escuchar sus cuitas. Y aprendí bastante. Aquellos desgraciados eran

más agradecidos y mejores que algunos intachables caballeros desconocedores de la gratitud.

Uno de los más interesantes era un portugués, que llevaba allí más de seis años sin que le hubieran tomado ninguna declaración. Había sido preso por sospechas de complicidad en el asesinato de otro portugués. Y como el crimen se cometió en la frontera misma de España y Portugal se ignoraba *todavía* si el presunto reo había de ser juzgado en Portugal o en España.

Visitando todos los rincones de la cárcel, tuve ocasión de leer no pocas desvergüenzas y majaderías escritas por los presos. Pero algunas veces tropezaba con algo digno de recordación. Y ahora mismo acuden a mi memoria unos versos muy borrosos trazados con lápiz al dorso de una puerta; los que siguen:

*Hizo mal, pero muy mal,
en encarcelarme el juez,
porque encarcelado y solo
pienso mucho en su mujer.*

Triunfante Prim, vencidos los federales y pacificada la nación, nos volvieron a llevar a Béjar, de cárcel en cárcel, custodiados por la Guardia Civil. En Béjar se nos tomó declaración, y por insuficiencia de la cárcel o por otros motivos que yo ignoro, se nos condujo a Salamanca. A la ida y a la vuelta dormimos o velamos en la famosa cárcel de Guijuelo, reproduciéndose todo lo de la primera vez, excepto la serenata.

Los federales de Salamanca nos obsequiaron la Nochebuena con una cena opípara. Se abusó de los brindis aún más que de los licores, pues se habló en prosa y en verso y hasta en latín. Quién dijo que el cristianismo será eterno, gracias a la cena conmemorativa y al turrón de Navidad; quién se atrevió a encontrar analogías entre el pavo pascual

y el Redentor del mundo. Alguien sostuvo que la religión de Cristo ha fracasado, puesto que aún existe la cárcel de Guijuelo. Se afirmó que Cristo no pudo ser Hijo de Dios, pues no hay noticia de que Dios se haya casado. Feito se declaró dinástico de Espartero, lo que le valió apóstrofes inauditos que le arrancaron lágrimas de arrepentimiento y de alcohol. Entre tanto, Espatolero y Boussingault comían..., comían...

XVI. PERIODISMO EN LA PRISIÓN (1870)

Para entretener los ocios de la cárcel, fundó Feito un periódico político en el cual colaborábamos todos. Se titulaba *El Rayo*. Y llegó a tener bastantes suscriptores en Salamanca y aun en la provincia.

Los artículos de fondo los escribía Feito, excelente ciudadano capaz de todo lo bueno, excepto de una cosa: de escribir «con equidad y aseo». Los demás redactábamos sueltos, gacetillas, chirigotas, o abusábamos de las tijeras. Espatolero no hizo jamás una línea: «Bastante trabajo tengo, nos decía, con el de leerlos.» A decir verdad, yo creo que tampoco nos leía. Con gran sorpresa del alcaide y nuestra, un día desapareció de la cárcel no se sabe de qué modo; murió poco después.

Fonseca tampoco nos ayudaba en la labor periodística; se disculpaba con la falta de tiempo, allí donde el tiempo era lo único que le sobraba. Nos decía que lo necesitaba para redactar el diario de la prisión. En efecto, siempre tenía su lápiz en la mano, pero el famoso diario no nos lo leía. Boussingault se lo quitó una tarde a viva fuerza y nos divirtió con su lectura:

Miércoles.—Patatas guisadas.

Jueves.—Guisadas patatas.

Viernes.—Patatas guisadas.

Sábado.—Guijuelo.

Este sábado fue uno en que nos quedamos sin comer.

La monotonía de nuestra existencia carcelaria se reflejaba en el periódico tanto o más que en el diario de Fonseca. Sin embargo, *El Rayo* mereció más de una vez que se reprodujeran sus artículos en publicaciones importantes, como sucedió cuando lo encabezamos con una exposición al regente del reino, en la que le pedíamos que aceptara nuestras dimisiones, fundándolas en nuestra consecuencia federal, que no nos permitía seguir viviendo en un edificio del Estado.

Los federales que habían sobrevivido a la catástrofe y no estaban presos nos escribían alguna que otra vez desde los países en que se habían refugiado: Carrafa y Linacero en Lisboa, Lostau, Salvochea y otros en París, algunos en Gibraltar, en la Madera y en Londres. Por ellos supimos que Paúl y Angulo organizaba en París una peregrinación a Roma, para la cual estaba reclutando emigrados españoles, aventureros italianos y demagogos franceses. Proponíase disolver, no sé si a latigazos, el concilio ecuménico que a la sazón estaba celebrándose en la ciudad papal. Desistió Paúl de su aventurada empresa cuando ya tenía más de noventa afiliados, en virtud de una carta que le dirigió Mazzini (y que yo leí algunos meses después) rogándole que no intentara semejante cosa por ser una locura.

INTENTO DE FUGA

Iban pasando los meses; nos aburríamos, nos cansábamos de la prisión y resolvimos fugarnos. El empeño era difícil, porque la fuga de Epatolero algunos meses antes había producido un refinamiento de la vigilancia en el interior del edificio y en la guardia militar del exterior.

Examinados y discutidos todos los procedimientos, convinimos en que el único eficaz, el único posible, era salir a mano armada empleando la violencia. Para ello no había de faltarnos el auxilio exterior, pues había en Salamanca tres o cuatro correligionarios conocedores del plan y dispuestos, si era necesario, a pasar la frontera de Portugal con nosotros.

Los amigos de Salamanca nos llevaron ocultamente las armas que les pedimos, y preparamos el golpe.

Con sorpresa mía, cuando llegó la hora vacilaron dos o tres; comenzaron por proponer un breve aplazamiento y acabaron todos por desistir del plan.

¡Es increíble! Precisamente vacilaron los que concibieron la idea de la evasión, los que más valientes parecían. Ya lo ha dicho no sé quién: hay hombres cuyo valor está en razón directa del cuadrado de la distancia al peligro.

Desconcertado, fuera de mí, les dije que ellos eran dueños de quedarse, pero que yo me iba.

Mi única pena era haber estado siete meses dentro de la ciudad monumental y alejarme de ella, acaso para siempre, sin haber visto sus monumentos famosos.

Veinticuatro horas después de abandonado el proyecto de evadirnos juntos quise escaparme solo.

EVASIÓN DE LA CÁRCEL

Todas las ventanas de la cárcel tenían espesas rejas, menos las del alcaide en su habitación particular. Resuelto a descolgarme por alguna de ellas, y provisto de una cuerda suficientemente larga, aproveché la visita del alcaide a nuestra habitación para cerrarla por fuera. Antes que él advirtiera

que estaba preso como un republicano, me introduje en sus habitaciones, amarré la cuerda a una ventana y descendí por ella. Estaba oscureciendo; no me vieron ni la guardia exterior ni los vecinos. Pero alguna persona de la familia o de la servidumbre del alcaide empezó a gritar desaforadamente, al mismo tiempo que con unas tijeras o con un cuchillo cortaba la cuerda junto a la ventana cuando yo distaba todavía del suelo veinticinco pies o más.

Las ventanas del alcaide estaban a la altura de los terceros pisos.

Una caída brutal. Con todo, me levanté y corrí, saliendo al próximo campo. La cárcel está situada a un extremo de la población, o lo estaba en aquel tiempo. Todo mi afán era llegar a un sitio próximo, donde me esperaba una persona adicta con un buen caballo. No pude llegar; en la caída me había destrozado el pie derecho, de tal modo, que no sé cómo pude recorrer unos sesenta pasos. Vencido por el dolor, me detuve y me senté en el suelo. Casi en seguida llegaron los soldados de la guardia con bayoneta armada; uno de ellos, aunque me vio sentado, me apuntó a diez pasos para que me rindiera. Demasiado rendido estaba yo, que difícilmente pude volver andando hasta la cárcel, donde pasé la noche sin curarme, sin que me visitara médico y con el pie tan hinchado como dolorido.

A las seis de la mañana se presentó en la cárcel un alférez de la Guardia Civil para hacerse cargo de nosotros y llevarnos a Ciudad Rodrigo.

Mis compañeros, víctimas de mi vana tentativa de evasión, tuvieron que montar cada cual en un borrico y escoltado por una pareja de la Guardia Civil. A mí me cupo el honor de hacer el viaje en coche, con el alférez y rodeado por doce guardias de caballería.

BUENOS TRATOS

Es costumbre o moda en estos tiempos tratar con dureza o con desprecio al instituto de la Guardia Civil. No tengo yo la misión de defenderlo ni pongo en duda que a veces haya dado ocasión a críticas amargas. Pero si cada uno, como dice el refrán, habla de la feria según le va en ella, yo debo declarar que la Guardia Civil se portó con nosotros caballerosamente. El oficial, obedeciendo órdenes de la autoridad civil, esto es, de un gobernador demócrata *, mandó que nos ataran. El sargento Nogal, el cabo Cabrera y, por último, los guardias exponiéndose a un correctivo severo y a una multa, contestaron que no podían hacerlo por haberse olvidado de llevar las ligaduras o como se llamen. La verdad es que los guardias civiles no padecen nunca un olvido semejante, por lo cual sospeché, y sospecho todavía, que estaban seguros de la benevolencia del alférez, aunque no lo afirmo; lo que aseguro es que todos, hasta el último guardia, se mostraron deferentes, correctísimos y humanos.

Si los martirizados de Jerez y de Montjuich tienen perfecto derecho a poner en la picota a quien los maltratara, yo lo tengo a pregonar el buen comportamiento de los que nos condujeron a Ciudad Rodrigo. Y aun en Jerez y Montjuich tal vez se haya cebado la opinión en los miserables instrumentos dejando en protectora penumbra a los inquisidores militares o civiles, a los caciques odiosos, a los polizones repugnantes, a los mayores culpables de inicuos atropellos y de sangrientas equivocaciones.

Como para mí la gratitud es una religión, nunca más perdí de vista a los que tanto nos favorecieron. El cabo Cabrera murió hace muchos años. El sargento Nogal es capitán retirado. Desde esta página, que él no leerá probablemente, me honro presentándole las armas.

* No lo era ya el señor Menéndez... Se me ha olvidado el apellido del que lo sustituyó.

Hubiera llegado a Ciudad Rodrigo sin curarme el pie, que de hinchado no cabía en el coche, si la Guardia Civil no me hubiese hecho curar en uno de los pueblos por donde pasamos; creo que fue en Martín del Río. Por cierto que el cirujano, o lo que fuera, me examinaba el pie sano con admiración y murmurando: «¡Qué hermoso es!... ¡De infantería!»

PARÍS PROCLAMA LA REPÚBLICA

Al entrar en Ciudad Rodrigo era de noche; en la plaza estaba todo el pueblo y en actitud casi revolucionaria. Se oyeron vítores a la República y nos vitorearon a nosotros mismos. La caballería nos rodeaba, temiendo los entusiasmos de aquella multitud.

Los otros cinco fueron a la cárcel; a mí se me encerró en un cuartel. Pocas semanas después, para no aburrirme solo, pedí que me llevaran a la cárcel con mis compañeros y se me concedió.

Aquel año 70 fue señalado por importantes acontecimientos religiosos, políticos y militares; el concilio de Roma, que duró ocho meses; la elección baldía de un príncipe germánico para el trono que más tarde ocupó don Amadeo; la guerra francoprusiana, que derribó el imperio napoleónico, y, por último, la entrada en Roma de los piemonteses, que acabaron con el poder temporal del pontífice católico y establecieron al fin la unidad política de Italia.

Al declararse la guerra entre el imperio francés y la monarquía prusiana recibimos periódicos de Madrid con planos del teatro de la guerra, los cuales planos eran mapas de Alemania, en los que estaban perfectamente marcadas las líneas de invasión y el objetivo final, que era Berlín. Todo ello lo tomarían nuestros diarios de la prensa parisienne, que en la España de entonces había tal afán de

remedar lo francés, tal servilismo con todo lo imperial, tanta admiración para aquella Francia decadente, que no parecía sino que Francia era la dueña del mundo y Napoleón III un verdadero Napoleón. Nuestros militares mismos padecían la sugestión francesa, como hoy padecen con el mismo apasionado error la sugestión alemana.

Entonces publiqué varios artículos que hicieron reír a nuestros militares, excepto a Villamartín. Los paisanos que los leyeron también los juzgaron estrambóticos. Y la verdad es que me equivoqué en más de un detalle, pues si sostuve que el teatro de la guerra no sería Alemania, sino Francia, que los franceses no pasarían de la frontera y que sus ejércitos iban a ser aniquilados, también dije que París ni siquiera se defendería, que los prusianos lo tomarían sin esfuerzo y que impondrían la paz cuando lo creyeran oportuno.

Era natural que yo pensara así, aunque no fuera más que comparando a los generales de las dos naciones. Los cuerpos de ejército franceses los mandaban unos generales de los cuales no sabíamos sino que eran valientes; siendo nuestros vecinos y hablando una lengua que conocemos todos, no habíamos aprendido absolutamente nada de ninguno de ellos. En cambio, los cuerpos de ejército alemanes tenían por jefes a los autores de nuestros libros. El séptimo cuerpo, uno de los que sitiaron a París, lo mandaba el general Zastrow, esto es, el autor de un tratado de fortificación de todos conocido, resumen de las enseñanzas dadas por él mismo a varias promociones, en el cual sólo trataba del sitio de París. De suerte que sitiaba la gran capital francesa el mismo profesor que había discurrido sobre ese tema repetidos años. Los oficiales prusianos habían estudiado a fondo el ataque de París; los franceses no habían estudiado su defensa. Todo lo más conocían la manera de tomar barricadas en el arrabal Antonio y en Belleville.

Se rompieron las hostilidades, cayó el imperio francés, proclamóse la República, todo ello con una rapidez vertiginosa.

Una persona que probablemente no me conocería, que jamás se habría ocupado de mí ni yo de ella, me hizo saber en la noche del 4 de septiembre, comunicándolo confidencialmente a la estación telegráfica de Ciudad Rodrigo desde otra muy distante, que en París se había proclamado la República. Y rogaba al telegrafista que me lo avisara, como lo hizo al momento.

En el fondo de una cárcel, en plaza tan extraviada como Ciudad Rodrigo, tuve yo la gran noticia tal vez antes que el gobierno. La víspera no había en el mundo quien me avisara de nada; aun para mis amigos era yo un loco de atar, un utopista, un preso.

Fenómeno que yo no explicaré, porque está al alcance de todos los transeúntes.

PRIM DECRETA LA AMNISTÍA

Mi corresponsal desconocido no era el único en sentir el influjo de las circunstancias. Prim le había dicho a Figueras, en julio o en agosto, que nadie esperase la amnistía mientras no hubiese un rey para otorgarla; pero seguramente sería lo primero que firmase el rey futuro. Eso dijo, y pocos días después de caído el imperio nos amnistiaba a todos.

Hubo más: se trató en Consejo de Ministros de renunciar definitivamente a la busca y captura de un monarca, de modificar algún artículo de la Constitución, de establecer la República. Ninguno de los ministros sentía por ella el más mínimo entusiasmo, pero se resignaban a establecerla y a regirla. Ruiz Zorrilla fue el que más se opuso a la solución republicana.

Publicada la amnistía, se nos puso en libertad y levantamos el vuelo.

Yo estaba ansioso de saludar a los correligionarios salmantinos y de admirar las bellezas de la metrópoli universitaria, y a Salamanca fuimos todos juntos, con la alegría de quien al fin recobra su perdida libertad al cabo de once meses de prisión.

Los amigos nos recibieron con vítores, cohetes y agasajos.

Por mi parte, aunque estaba medio cojo desde mi fuga frustrada, visité rengueando los hermosos edificios y los alrededores. Más tiempo hubiera estado a no sentirme impaciente por llegar a mi casa de Madrid.

El resto del año lo pasé tranquilamente, sin que esto quiera decir que me salvara del febril contagio de aquella agitada situación. Al contrario, seguía con interés los sucesos que se desarrollaban en Francia y en Italia, y llevaba cuenta de los numerosos candidatos reales presentados sucesivamente al juicio público: nuestros gobernantes seguían buscando rey, y apenas si quedaba algún príncipe en Europa de quien no mendigaran servilmente que nos hiciera la merced de venir a ceñirse la corona. Prim se había propuesto —me parece a mí— que la opinión los discutiera y los desechara a todos, como había desechado a Montpensier, pues teniendo compromisos con la casa de Saboya desde antes de la revolución, no habló de don Amadeo hasta que todos estuvieron discutidos y gastados.

ENTREVISTA CON ORENSE

Una de mis primeras visitas en Madrid fue la que le hice al viejo Orense. Preocupábale mucho lo que pasaba en Francia, donde estaba su hijo —Orense el mozo— con 400

voluntarios españoles, que formaban parte de la legión garibaldina y se portaron con lucimiento en Dijón.

Me dijo Orense que aún no se explicaba el desastre de Sedán. Le expuse lo ocurrido en la histórica batalla, tal como yo lo entendía. Él me escuchó atentamente, y cuando acabé mi explicación hizo el resumen con la sencilla claridad característica de su elocuencia:

—De manera —me dijo— que se han rendido en campo abierto 90.000 soldados a 120.000... ¡Pues si en lugar de ser noventa mil hombres son noventa mil carneros se escapan la mitad!

Lo he contado muchas veces, porque el desastre de Sedán puede explicarse de una manera más técnica y más detallada, pero más gráficamente es imposible.

La causa del desastre, de todos los desastres del ejército francés, no fue otra que la inferioridad intelectual de sus generales y de sus oficiales, porque los soldados y los batallones se batieron bien, bastante mejor que los soldados y los regimientos alemanes.

AMADEO DE SABOYA, MANZANA DE DISCORDIA

El duque de Aosta, don Amadeo de Saboya, hijo del Rey de Italia, fue elegido Rey de España por las Cortes españolas en la sesión del 16 de noviembre. Le dieron sus votos 191 diputados, contra 60 para la República, 27 para Montpensier, ocho para Espartero, dos para el príncipe Alfonso y algunas abstenciones. Los cañonazos que anunciaron al pueblo de Madrid la elección de soberano me parecieron salvas funerarias de tristes ecos en el espacio y en los corazones. Si aquéllos fueron señal de regocijo, se perdieron en la indiferencia general. Si los españoles ya tenían rey, el nuevo

rey no podía gloriarse de tener adictos. Si Amadeo se granjeó más tarde simpatías o respetos por su fidelidad a la Constitución, al ser elegido no era más que un príncipe sin ventura, compadecido por unos, aborrecido por otros, fatalmente condenado a la impopularidad y la impotencia.

Desde que el rey fue elegido y proclamado, arreció la agitación política, se apasionó la prensa como nunca, fue más vehemente la opinión republicana y también la reaccionaria. Se ha hablado mucho de *El Combate*, célebre diario de Paúl y Angulo, que, en efecto, era procaz y rebasaba los límites de la conveniencia; pero no hacían menos algunos diarios borbónicos, ya carlistas francos, ya alfonsinos con careta. Los directores de la política republicana, todos los republicanos que habían recomendado la calma y la paciencia, prometiendo la instauración de la República por las vías legales, empezaban a perder su autoridad y prestigio. Lo que ellos perdían lo ganaban los hombres de *El Combate*, singularmente Paúl. Se conspiraba en diferentes provincias, y en Madrid mismo, preparando una sublevación; y habría tal vez estallado al desembarcar don Amadeo, sin el pánico y la indignación producidos por el asesinato del general Prim.

El día 27 de diciembre, cuando ya el rey con la comisión parlamentaria que había ido en su busca navegaba con rumbo a Cartagena, se reunieron algunos diputados republicanos —once o doce— en casa del señor Pi. Citados por éste y por el señor Figueras, asistimos también Carrafa y yo, que no éramos diputados. Faltaban muchos de los que lo eran, entre ellos Paúl y Angulo, sea que no quisieran concurrir o que no se los citara.

Se trató de lo que había de hacerse en aquella ocasión crítica. Dos o tres de los presentes sostenían la necesidad de una sublevación; alguno habló hasta de incendiar Madrid antes de consentir que entrara don Amadeo; Luis Blanc

decía que Aragón iba a levantarse en masa, quisiéramos o no. Los demás discurrían con menos ilusiones o con más prudencia.

Carrafa y yo, aunque interrogados por Figueras, comprendimos que el no ser diputados como los demás nos imponía cierta discreción, y nos limitamos a decir que cumpliríamos lo que se acordara.

La discusión fue larga y apasionada. Terminó con el acuerdo, casi unánime, de no hacer resistencia y de confiar en el fracaso de la nueva dinastía.

EL ASESINATO DE PRIM

Al separarnos era ya de noche.

Dos horas después, al salir de mi casa para ir al café Suizo, me contó un cochero el atentado que acababa de cometerse contra don Juan Prim; pero lo hizo con tantos pormenores y con tan fantásticos perfiles que no quise darle crédito. En el café me confirmaron el hecho, desmintiendo los detalles.

Otro que no fuera yo tal vez amenizaría estas áridas MEMORIAS describiendo en forma literaria aquel trágico suceso y aquella noche tan triste. Hacerlo yo sería perder el tiempo. La muerte de un hombre como Prim, cuando ocurre de una manera dramática, en ocasión solemne y con circunstancias misteriosas, queda grabada en la memoria de las gentes para no borrarse nunca. Por eso yo no he de abandonar aquí mi llaneza acostumbrada para hablar en tono épico de que la noche era lúgubre, de que nevaba a intervalos, de que los transeúntes, embozados o ateridos, llevaban el terror en los semblantes o lloraban con desesperación. Todo eso ya se ha dicho bastante mejor que yo pudiera hacerlo; por otra parte, confieso que no vi llorar a

nadie. Hablé con liberales y con republicanos que deploraban el hecho, y con montpensieristas y alfonsinos que no ocultaban su satisfacción; no vi a nadie que lo tomara con indiferencia.

Ni era extraño que el acontecimiento causara impresión vivísima: ¿pues no había de causarla? Prim era el alma de aquella situación, viviente clave de toda una política, mala sin duda, pero sin sustitución posible en aquel crítico instante. Era, además, la encarnación de una época, el brazo más potente de la Revolución, el feliz diplomático de Méjico, el soldado famoso de los Castillejos y Tetuán.

Yo mismo, que abominaba de su política, si no de su persona, cuando supe el atentado, y dos días después al hacerse público su fallecimiento, sentí como si hubiera perdido algo que me fuera propio. Recordé su confianza en la victoria cuando le hablé por última vez en Páddington, y no se apartaba de mi mente su marcial figura en su caballo negro de la guerra de África, ni la tarde en que lo conocí a la luz crepuscular entre los fogonazos de la fusilería.

Pero... ¿quién lo mató?

Nadie lo sabe. El proceso, al decir de los que lo conocen, descubrió el número de los asesinos sin descubrir sus nombres. Los indicios resultaron contradictorios y para todos los gustos. La opinión pública se equivocó, a mi juicio, lo mismo al acusar a Montpensier que al hacer insinuaciones péfidas contra el bondadoso general Serrano. Por aquello del *Cui prodest*, más bien se hubiera podido creer en una conjuración de cuatro despechados alfonsinos.

PAÚL ANGULO, INOCENTE

Muchas gentes culparon, entonces y después, a Paúl Angulo y a sus compañeros de *El Combate*. Sus compañeros se han justificado todos, lo cual no era preciso para quien los conociera: todos eran capaces de escribir artículos violentos y proclamas incendiarias; ninguno lo era ni de matar un mosquito.

En cuanto a Paúl, contra quien persistieron las sospechas, tengo para mí que fue tan inocente como los demás. Lo conocí bastante para creer que si él hubiera matado a Prim, sin duda se habría vanagloriado de ello; y afirmo que al encontrarme con él en Nueva York el año 79, y en Buenos Aires el 87, me negó de una manera categórica, rotunda y reiterada su participación en aquel crimen. Pero no podía quejarse de que se le atribuyera, pues antes del suceso había dicho y repetido con su habitual ligereza de lenguaje, refiriéndose a Prim: «Yo he de matar a ese hombre.» Esta frase no prueba que él lo matara, ni siquiera que hubiese tenido esa intención; sólo prueba que era un andaluz de los más expansivos y locuaces.

Hay hombres que son así. En Lisboa me dijo a mí un ciudadano: «Yo soy uno de los que mataron al general Prim.» Quise entonces averiguar la verdad, por puro interés histórico, y acabó aquel individuo por confesarme y *probarme* que a la muerte de Prim estaba en la isla de Cuba.

Algún día se sabrá de cierto si Paúl y Angulo fue culpable o no, como se sabe al fin quién mató al general Canterac en el reinado de Isabel II y quién dejó manco al general Eguía reinando Fernando VII.

No ya porque se hiciera justicia: para aclarar un hecho histórico de los más interesantes, han debido todos los que creen estar seguros acusar a Paúl, denunciarlo y probar su culpabilidad. Algunos escritores e *historiadores* lo han hecho bajo su firma cuando Paúl había muerto. ¿Por qué no lo hicieron antes?

Antes lo hizo, es verdad, el cura republicano Romero; Paúl lo desmintió y lo mató. Hoy ya se le puede injuriar impune y cobardemente, que Paúl y Angulo está enterrado en el cementerio de Bagneux y no ha de levantarse de su tumba.

He pasado varias veces por su solitaria sepultura y sólo he tenido un sentimiento de profunda conmiseración. Aquella fúnebre losa no ocultará quizá ningún secreto, pero sí los tormentos y las inquietudes de una existencia agitada, de un temperamento audaz y luchador. No alabo, no, a los historiadores que le acusen por venganza o por ruindad, alabaré al que publique la prueba fehaciente de su culpa.

XVII. AMADEO, EN MADRID (1871)

El 2 de enero entró el rey en Madrid; su actitud serena causó buena impresión. En el largo trayecto que recorrió a caballo prodigó al pueblo masónicos saludos, que le valieron algunas simpatías. De nada le sirvió. Durante su reinado la generalidad le manifestó despego; las familias aristocráticas una hostilidad visible. Sus propios ministros le dieron más disgustos que satisfacciones. Sin los consejos de Víctor Manuel, su padre, hubiera tardado menos tiempo en renunciar la corona. El Palacio Real fue para él una cárcel y toda España un destierro. Cuando volvió a su patria se acordaría de su fugaz realeza como de una pesadilla insoportable, no como de un bien perdido.

Su advenimiento produjo algunos cambios en la composición de los partidos políticos. El alfonsino creció, reforzado por los partidos del duque de Montpensier. El carlismo supo arrastrar a su bando a casi todos los isabelinos, a todas las beatas y a una multitud de idiotas haciéndoles saber que el bueno de Amadeo era un hombre excomulgado. En vano la comisión que fue a buscarlo a Italia había redactado el acta de aceptación de aquel príncipe con este encabezamiento:

«En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo...»

En vano, sí, que semejante hipocresía, más ridícula de lo que parece, no sirvió de nada. Los católicos sabían muy

bien que los diputados de la comisión habían empleado esa fórmula arcaica y sin sentido como una habilidad, como un señuelo. Sólo imponen respeto o merecen consideración las creencias efectivas, no las simuladas; y los constituyentes del 69 que elegían por rey a un enemigo del papa, no solamente incurrían en contradicción al hacer uso de formulismos rancios, sino que se hacían odiosos para unos, despreciables para otros, por su falsa *catolicería*, por su doblez manifiesta.

Los amadeístas pensarían, sin duda, que con la conciencia puede transigirse; por eso no vacilaron en exigir a todos los funcionarios el juramento de fidelidad al rey. Nunca fue garantía de fidelidad un juramento forzoso y colectivo; es, a lo más, una humillación inútil. Juraron casi todos, lo cual no les impidió seguir siendo cada uno tan republicano, tan librepensador, tan isabelino o tan carlista como fuera antes.

NOVALICHES PIERDE SU CARRERA. VILLAMARTÍN

Uno de los que no juraron, perdiendo, por lo tanto, su carrera, fue el capitán general marqués de Novaliches. Mi amigo y maestro el comandante Villamartín, que había sido ayudante del citado general, me leyó una carta en que éste le consultaba el caso del juramento. Y Villamartín le contestó, palabra más o menos:

«Hay tres españoles, sólo tres, que no pueden jurar: el preceptor del príncipe Alfonso, el vencido de Alcolea y el general Novaliches.»

Tres personas al parecer distintas y un solo injuramentado verdadero.

La carta de Novaliches fue ciertamente un acto de cortesía para con su ayudante; yo creo que él, en su trinidad política, estaba resuelto a no jurar.

Era Villamartín un militar de extraordinario talento y un escritor brillante. Capitán del ejército de Cuba, con el que fue a la campaña de Santo Domingo, la distancia y su natural modestia lo mantenían ignorado, siendo uno de tantos entre los desconocidos. Aun al volver a España, sus libros y sus méritos pasaron inadvertidos, y como era demócrata, amigo de la República, todo esto mucho antes de la Revolución, parecía destinado a no salir nunca de los grados inferiores y de la oscuridad. El general Novaliches tuvo conocimiento de su situación y de sus obras y le tendió la mano; por él obtuvo el empleo de comandante que tenía de sobra ganado y merecido.

Por diferencias, domésticas o políticas, surgidas en el Palacio Real, estaba Novaliches de cuartel cuando se sublevó el ejército de Andalucía, capitaneado por el general Serrano. El gobierno entonces reunió las fuerzas que pudo para hacer frente a aquella sublevación, y las puso a las órdenes de Novaliches. Éste llamó a Villamartín, que estaba de reemplazo, y lo nombró su ayudante. No pudo Villamartín negarse, ni lo pensó siquiera, aunque anhelaba el triunfo de la Revolución. Como militar y como caballero debió seguir y siguió a su general. Combatió a su lado en Alcolea, y allí terminó la carrera militar del pobre Villamartín. Prim lo halagó más tarde, le ofreció cuanto quisiera; no aceptó nada ni volvió a vestir el uniforme. Después de su muerte, la juventud militar ha honrado su memoria, honrándose a sí misma.

En 1871 fundó Villamartín un modesto semanario con el título de *La Fuerza Pública*; yo fui uno de sus colaboradores. La publicación no tuvo éxito, porque era demasiado militar para los milicianos y excesivamente *miliciano* para los militares. Pretendía nada menos que el servicio universal, y a

los militares de aquel tiempo no se les podía ni hablar de la abolición de quintas. Ahora han caído en el extremo opuesto: quieren hacer soldados a los raquíticos, a los enanos, a los sietemesinos, a los filósofos y a todo bicho viviente. No ganarán muchas batallas con tan lucida tropa.

No recuerdo en qué mes del año 71 se reunió en Madrid una Asamblea federal. Los republicanos de Salamanca me dieron a mí una de sus varias representaciones, y concurrir a la Asamblea con los otros dos representantes. Se discutió la conducta del directorio, que lo formaban Orense, Castelar, Pi y Margall, Figueras y Sorní, conducta que fue aprobada. Votamos en contra, sin embargo, los representantes de Salamanca, Bilbao, Cádiz y alguna otra provincia. Pero estuvimos unánimes en tributar un testimonio de admiración y simpatía a los que en París luchaban con tesón por las libertades comunales.

LA COMUNA DE PARÍS

Aquella insurrección del pueblo parisiense, tan mal juzgada porque fue vencida, merece figurar entre las más gloriosas rebeldías del siglo XIX. Dicen algunos que causó perjuicio a la idea republicana. Sí, porque entonces aprendieron los monárquicos de todas las naciones, y los de España particularmente, que cuando les convenga pueden fundar la República y seguir explotando al pueblo imbécil, como sucede en Francia. El sanguinario Thiers les enseñó que fusilando en masa a los republicanos (él fusiló 40.000), se puede establecer una república de nombre, orleanista, mesocrática. A los políticos de oficio, a todos los que en España caciquean, les importa poco la monarquía o la república. Su afán es el poder, su ensueño la explotación, su ideal la tiranía. En España, como en Francia, fundarían ellos mismos la República si no existieran los republicanos; tendrían así una hermosa República sin estorbos, y con un Panamá, también hermoso, al volver de cada esquina.

Pero dejémonos de digresiones.

También fui colaborador de Villamartín, de Vallecillo, del entonces joven Madariaga y de otros compañeros, en la fundación del Ateneo militar, que no dejó de contribuir a la cultura del ejército. En él dieron conferencias públicas algunas muy notables, desde el joven alférez Augusto Suárez de Figueroa hasta el capitán general marqués del Duero. Hablaron, igualmente con aplauso, los amigos Vidart, Carrafa, Navarrete, López Donato, Negrín, Cotarelo, Salas, Justiniano, Mariátegui y otros muchos.

En una de las sesiones privadas preparatorias de la fundación del Ateneo, hubo discusión acalorada a propósito del reglamento redactado en proyecto por una comisión. Habíamos presentado enmiendas Federico de Madariaga, Suárez de Figueroa, Vallecillo, Villamartín, López Carrafa y yo. Y recuerdo que Villamartín decía: «Donde quiera que se reúnan tres hombres aparecen tres tendencias; aquí también se dibujan... y más de tres. Yo creía que representaba la tendencia radical, la extrema izquierda; pero después de lo que ha dicho Estévanez me declaro godo.»

No sé lo que yo había dicho.

PIENSA EN CAMBIAR DE CARRERA

Estaba yo de reemplazo desde la amnistía. Me había propuesto seguir mientras pudiera en la misma situación, escarmentado en cabeza de Villamartín. En situación activa tal vez habría tenido que combatir a los republicanos; antes que eso hubiera solicitado mi retiro o mi licencia absoluta. El militar a quien sorprende un alzamiento popular, una conmoción cualquiera, tiene que cumplir como soldado. Los que han ofrecido tantas veces a Ruiz Zorrilla y a otros que no se sublevarían, eso no, pero que tampoco hostilizarían a los que se sublevaran, han mentido a sabiendas. Un militar

no tiene más remedio que batir a los sublevados o sublevarse él mismo. La neutralidad del militar es imposible cuando se rompe el fuego. Eso de las «culatas arriba» no lo he visto nunca.

En previsión de que me colocaran en activo y no teniendo fortuna personal, andaba yo cavilando cómo haría para cambiar de carrera. Le tenía puestos los ojos a un destino con el que he soñado desde la niñez y sueño todavía: el de torrero de un faro. Es una dicha vivir entre las olas y con los pies en tierra, y una gran ventura el no tener vecinos.

De pronto me avisan que se me va a destinar a un regimiento. Era un conflicto; me costaba trabajo el decidirme a abandonar mi carrera, después de tantos años de servicio y habiéndome arruinado. Para salir del paso pedí el traslado con mi propio empleo al ejército de Cuba; otros iban con ascenso, pero yo no quería tanto. Después de todo, me decía: en Cuba ascenderé si soy destinado a operaciones; y si no, lo mismo da.

Embarqué el día 15 del mes de octubre en Cádiz.

Hicimos escala en Puerto Rico; dos días después costeábamos la isla de Santo Domingo.

¡Con qué tristeza reconocí las montañas del Cibao, cuando navegábamos frente a Montecristi! Pensé en los compañeros, en aquellos soldados valerosos que habían sacrificado estérilmente la vida, que estaban allí, en dispersas e ignoradas sepulturas, y yo mismo no acertaba a precisar si el sentimiento que me inspiraba era de compasión o era de envidia. Seis años no más habían pasado desde que abandonamos la indomable isla, ¡y cuántas cosas habían ocurrido en ese tiempo!

Abstraído en la contemplación de la costa quisqueyana y barajando en mi mente sucesos y personas, muertos y vivos,

ni siquiera oí que llamaban a comer. Adolfo Covisa, uno de los compañeros de navegación, me arrancó de allí para llevarme a la mesa. Y me dijo con incredulidad:

—¿Melancolía tenemos?...

Otro compañero, un coronel, me miró muy fijamente; parecía reflexionar. Y, ya en la mesa, acabó por preguntarme:

—Capitán... ¿Qué es melancolía?

Procuré explicárselo a mi modo, y luego me dijo comiéndose una patata:

—¡Pues yo nunca he padecido *eso*!

Desembarqué en La Habana el día 2 de noviembre.

No estuve más que un mes en aquella capital, pero lo que allí me sucedió no cabe ya en este capítulo.

EN LA HABANA DE REEMPLAZO

En cuanto desembarqué hice mis presentaciones oficiales. Quedé en situación de reemplazo; es decir, con la única obligación de pasearme por la acera del Louvre, por la alameda de Paula o por los muelles. No me sorprendió el que no me dieran colocación activa ni en guarnición ni en campaña, porque en La Habana había una verdadera inundación de jefes y oficiales. Algunos llevaban años paseándose por Carlos III y murmurando de todo.

En La Habana se conocía bien poco, o no se conocía, que hubiera guerra. Los paseos animados, los cafés muy concurridos, los teatros llenos, los negocios en plena actividad y en el puerto multitud de barcos. Los periódicos mismos, si

hablaban de la guerra, era en una sección muy secundaria, como de cosa corriente y sin importancia alguna.

La alegría de la ciudad, claro es, no podía ser general. Había familias de luto, hogares en duelo y ojos llenos de lágrimas. Pero eso no se veía, no podíamos apreciarlo bien los que éramos extraños a la sociedad criolla.

Oí contar las tropelías cometidas por los voluntarios en años anteriores, y desde luego creí, no fueran en absoluto invenciones de los insurrectos, sino que se exageraban los excesos de un patriotismo exaltado.

Convencido de que tardarían meses y años en darme colocación activa, si acaso me la daban me dediqué a la lectura. En pocas semanas devoré más volúmenes que piñas.

Y así transcurrió el mes de noviembre, hasta que un día, creo que fue el 24, me dijeron que los voluntarios andaban algo revueltos con motivo de una broma de los estudiantes. Le di tan poca importancia a todo, así a la estudiantil calaverada, si por acaso era cierta, como a la calentura de los voluntarios, que no hice caso ninguno.

Al día siguiente supe que los estudiantes de medicina estaban presos, y alguien me anunció que iban a ser fusilados. Me eché a reír.

Pero la cosa era demasiado cierta, como luego se verá.

Sometidos los muchachos a un consejo de guerra y probada su inocencia, hubieran sido absueltos si los capitanes que constituían el tribunal militar no hubiesen tenido la debilidad de creer que se evitarían mayores males imponiéndoles algún castigo, y en consecuencia fueron sentenciados todos —eran cuarenta y cinco— a la pena de arresto mayor y multa.

Pero la sentencia, *por benigna*, exasperó a las fieras, a los voluntarios brutales y carnívoros, que se amotinaron en la Punta, donde está la cárcel. A mi barrio no llegaba el ruido porque yo vivía muy lejos.

Ignoraba, pues, que se había constituido nuevo consejo de guerra, compuesto en su mayoría de voluntarios, el cual dictó ocho sentencias de muerte. Sentencias ilegales, como el consejo mismo, cuya formación no debió consentir la autoridad.

Estaba ausente el capitán general, conde de Valmaseda, y había recaído el mando en otro general, que cedió cobardemente a la presión de una turba inconsciente, insubordinada y sanguinaria.

FUSILAMIENTOS DE ESTUDIANTES

El día 27 —creo que fue el 27— lo pasé en mi casa leyendo todo el día, sin que llegaran a mí ni noticias ni rumores. A la tarde salí tranquilamente con dirección al Louvre, y me llamó la atención que estuvieran solitarias las calzadas y silenciosa la calle de San Rafael. Todas las tardes a la misma hora estaba el café del Louvre, como los contiguos, rebosando gente, y me detuve a la puerta, muy sorprendido de que allí no hubiera casi nadie. En aquel momento llegó a mis oídos el ruido seco de una descarga cerrada.

—¿Qué ocurre...? —le pregunté a uno de los camareros.

—Que los están fusilando.

—¿A quién?

—A los estudiantes.

Nunca, ni antes ni después, en ninguno de los trances por los que he pasado en la vida, he perdido tan completamente la serenidad. Me descompuse, grité, pensé en mis hijos, creyendo que también los fusilaban; no sé lo que me pasó; ahora mismo no acabo de explicármelo. Dos camareros se apoderaron de mí encerrándome en un patinillo, sin lo cual es posible que a mí también me hubieran asesinado cuando las turbas aullando volvían del fusilamiento. Al poco rato se abrió la puerta del patio y entró uno de aquellos honrados camareros con otra persona para mí desconocida; era, sin duda, un cirujano, pues sin examinarme y sin hablarme siquiera me sangró. Después me llevaron a mi casa en coche.

Si por casualidad, o sin casualidad, viven aún aquellos camareros o el cirujano, y cayera en sus manos este libro, les agradecería que me escribieran; porque todavía no les he dado las gracias... ni he pagado el coche.

No dormí; formé el propósito de abandonar la isla, donde cualquier día podría tener la desgracia de formar parte de algún consejo de guerra, y yo no era capaz de condenar inocentes por ningún género de consideraciones. Aquella noche de insomnio y pesadillas la recuerdo ahora como un delirio confuso, como un tormento borroso por la distancia, como el martirio de un hombre a quien arrancan de cuajo, no los miembros, sino el alma, los más arraigados sentimientos y todas las ilusiones.

Yo no conocía más que a uno de los fusilados; no lo había conocido en Cuba, sino en Llanes, cuando él era muy niño; pero lo que agitaba mi conciencia y me perturbaba el ánimo no era solamente el crimen de esa humanidad, sino también el baldón eterno para España.

ABANDONO LA HABANA. PATRIOTISMO

Sí; la fría razón podrá decirnos que la patria es una convención, un artificio; que las fronteras no son inmutables; que así como se muere por casualidad en cualquier parte del mundo, también se nace en cualquiera por pura casualidad. Pero la razón no puede nada contra el sentimiento, y yo no podía renegar ni prescindir de una patria por la que siempre he sentido algo semejante a la veneración. ¿Es una insensatez? ¿Es un absurdo? Conforme; pero que me arranquen las entrañas, porque en ellas, y no en el raciocinio, está lo que tengo de patriota.

El patriotismo fue, precisamente, lo que me hizo abandonar la isla de Cuba. Yo no podía permanecer en ella. Si hubiese permanecido, seguramente hubiera acabado mal: antes que la patria están la humanidad y la justicia. Por otra parte, el ejército en La Habana carecía de fuerzas para resistir a los voluntarios, para desarmarlos, para disolverlos, para exterminarlos si era menester, en desagravio de España. Pero pudo a lo menos protestar de la conducta de los voluntarios, y no lo hizo; lo que hizo entonces, como antes y después, fue prodigarles inmerecidas lisonjas que constan en documentos públicos. Una vergüenza.

Pasarán los años y los siglos, y cuando nadie se acuerde, ni aun la Historia, de la existencia de los voluntarios, subsistirá el borrón, la mancha indeleble que echaron torpemente sobre España los cobardes asesinos. Y caerá también sobre el honrado ejército español, por no haber querido o no haber podido refrenar los desmanes de las fieras.

Los batallones de voluntarios de Cuba se componían de españoles y de cubanos adictos, gente en general tosca y grosera. En algunos pueblos prestaron buenos servicios a España y se batieron bien; pero en las ciudades grandes, y en La Habana particularmente, no hicieron más que perturbar con sus abusos, con sus exigencias, con sus crímenes. Tenían por toda excusa el patriotismo inconsciente, y bien dirigidos habrían podido ser útiles. Pero sus jefes, sus con-

sejeros, sus guías, los que los azuzaban a perpetrar todo género de enormidades, eran los viles negreros, piratas enriquecidos, y algunos abogados charlatanes y ciertos defraudadores del Estado, corruptores de los funcionarios, que se valían de las masas para sus fines políticos y para sus negocios. Hasta para delinquir invocaban el honor de España. Lo que el honor de España reclamaba no era sangre de inocentes, ni siquiera de culpables, sino justicia, humanidad y honradez. Hubiéralas habido, y no seríamos como lo seremos, execrados por la Historia.

El capitán general, que estaba en campaña dirigiendo las operaciones, volvió a La Habana precipitadamente; pero cuando llegó se habían consumado el crimen y la deshonra. Todavía era tiempo de evitar la última, castigando a los culpables, pero no lo hizo; creo que ni siquiera lo pensó.

... ..

¿Pero qué hacer para irme?

Consulté el caso con mi excelente amigo Zarraluqui, jefe de un negociado en la Inspección, y con mi compañero de colegio Manuel Ladoux, ayudante del general Valmaseda.

Los dos, así como un clérigo español amigo de Ladoux, convinieron, después de verme y oírme, en que yo no podía continuar en Cuba.

—¿A dónde quieres irte? —me preguntó Ladoux.

—A cualquier parte... ¡a los antípodas!

—¿Cuándo quieres embarcarte?

—Hoy mismo..., ahora.

No pudo ser. Yo estaba dispuesto a irme sin licencia ni requisito alguno, pero aquellos amigos me obligaron a pedir cuatro meses de licencia. Mi solicitud debía cursarse a España, lo cual suponía dos meses de tardanza para la concesión. Por consejo de Zarraluqui solicité del capitán general que me anticipara la licencia y me expidiera el indispensable pasaporte. Mis amigos se encargaron de que mi segunda instancia se despachara pronto y favorablemente. Lo hago constar, porque después se dijo que yo había salido sin licencia de La Habana, lo cual es completamente falso. Todavía conservo el pasaporte.

ABANDONO LA ISLA. PERIPECIAS

El cura y Ladoux, viéndome tan impaciente por marcharme de la isla, me tomaron pasaje en la goleta americana *Star*, que salía para Nueva Orleáns con un cargamento de maderas.

No recuerdo con certidumbre el apellido del cura que me favoreció con sus consejos; tengo una idea de que se llamaba Castro. Él y mi amigo Ladoux me acompañaron hasta la goleta; no puedo fijar el día: fue en la primera decena de diciembre.

En la goleta íbamos dos pasajeros: un chino y yo. El chino estaba embarcado cuando yo llegué.

El capitán o patrón de la goleta me recibió muy mal; era un yanqui de mala catadura, que no tenía ganas de conducir pasajeros. Me dijo, en mal español, que estaba a tiempo de desembarcarme, que el viaje sería penoso, que comería muy mal.

Yo me obstiné en quedarme a bordo y el capitán me volvió la espalda con mal gesto.

Salimos a la mar antes de ponerse el sol y me quedé sobre cubierta gozando de un crepúsculo admirable. Cerró la noche y continué contemplando el grandioso espectáculo, siempre el mismo y siempre nuevo de las noches tropicales. Estrellas resplandecientes y celajes luminosos daban al cielo un encanto indefinible. El mar estaba en calma. Aquella tranquilidad de la naturaleza contrastaba con la inquietud de mi espíritu y con la lucha de desbordadas pasiones que ensangrentaba la vecina tierra.

A medianoche sentí frío, excesivo tal vez para aquella latitud; me envolví en una manta y me dormí.

Todavía era de noche cuando me despertó un extraño ruido de voces y cadenas. Los marineros corrían de un lado para otro, haciendo unas maniobras que yo no comprendía. Tardé en entender que teníamos fuego a bordo, porque yo no vi ni humo ni llamas. Se echó el bote al agua, y en pocos segundos nos trasladamos a él cuantos íbamos a bordo, incluso un perro. También se transportaron al bote barriles de galleta, un bocoy lleno de agua y la brújula. El capitán me obligó a dejar mis dos maletas con toda mi ropa y cuanto yo tenía. Afortunadamente llevaba en mis bolsillos el dinero, el revólver y el pasaporte del capitán general.

Esperaba yo que se armaría una vela y tomaríamos el rumbo de La Habana, pero no sucedió así; proseguimos a remo la misma derrota que la goleta llevaba.

Empuñó su timón el capitán y nos puso a remar, al chino con un marinero, a mí con otro, quedando dos marineros de descanso. Buena precaución, porque el chino y yo remábamos torpemente, nos fatigábamos pronto y era justo relevarnos.

Pero debo confesar que no era el remo lo que me agobiaba, sino otra cosa que más abajo diré.

Nos habíamos alejado pocas brazas de la infeliz goleta cuando brotó de su seno como una explosión de llamas; el espectáculo era muy hermoso, y lo recordé un año después en presencia de otro parecido.

La goleta americana estuvo ardiendo hasta el día y hasta sumergirse la última pavesa.

Todos los indicios anteriores y posteriores al hecho me hacían pensar que aquél era un incendio provocado. Pero eso no me importaba a mí; lo que me inquietaba grandemente era la actitud de los dos marineros de reserva, pues no cesaban de hablarse y hablaban de mí, seguramente; sus miradas me lo descubrían. Además, se adivinaba en sus gestos que cambiaban señas con los otros marineros o con el capitán.

Ya había salido el sol y aún no me había quitado lo que sin impropiedad llamaré miedo; fue el de aquella madrugada el gran miedo de mi vida. Si hay algún hombre que no conozca el miedo será por no haberse visto en situación análoga. Al ver los cuchillos de los cuatro marineros, teniendo mis manos ocupadas en remar y el revólver metido en una funda, todo esto en alta mar y en plena noche, creí de veras que el chino y yo seríamos almorzados por los tiburones. Sí, porque hasta el perro nos aullaba.

Las ocho de la mañana serían cuando avistamos un vapor que venía del Noroeste; nos vio y nos recogió. Era un vapor mercante, americano también, que venía de Nueva Orleans y nos llevó a Cabo Haitiano. De allí me trasladé a Santomas en un vapor francés.

La ciudad de Santomas, vista desde el mar, es de las más pintorescas; su apariencia de cromo invita a desembarcar, pero la subida al consulado español, situado en la cúspide de una pirámide, me hizo ver y sentir lo que va de lo vivo a lo pintado.

SOLICITO LA LICENCIA ABSOLUTA

No encontré al señor Segundo, cónsul de España, pero sí a un dependiente o empleado, a quien entregué, en pliego cerrado para el cónsul, una exposición al rey; en ella solicitaba mi licencia absoluta.

Lo hice con pena; yo no tenía más carrera que la militar y contaba en el ejército con numerosos amigos; era capitán del 59 y tenía el grado de comandante, pero me había persuadido al fin y al cabo de que no se puede pertenecer a la milicia cuando se antepone la propia conciencia a todas las leyes, a todas las ordenanzas, a todos los prejuicios de profesión y de escuela.

Por otra parte, la milicia es buena para la gente moza; yo iba a cumplir treinta y cuatro años.

No me arrepentí jamás de lo que hice. De haber continuado la carrera hoy sería uno de tantos generales viejos, inútiles, fracasados. Ni en tiempo de la República accedí a los deseos de Figueras, de Nouvilas y de otros, que me instaban a reingresar en filas. Creo que hice bien. Que digan cuantas personas me conozcan si me conciben a mí con un casco prusiano, con el pecho cubierto de crucecitas y haciendo genuflexiones en los besamanos y en otras ceremonias. ¡Antes la muerte!

Pasé la Nochebuena en Santomas, donde vi que los rubios soldados dinamarqueses y los habitantes, nada rubios, celebraban la festividad con menos ruido, pero con más consumo de brandy que los españoles. Bebieron aquella noche para todo el año.

Se me acababa el dinero y hube de tomar pasaje de tercera clase en un vapor francés que regresaba a Europa. Era la primera vez que navegaba yo en tercera clase, pero no fue la última.

Entre mis compañeros de tercera clase venía un caballero polaco, gran jugador de ajedrez, que no dejó ni un día de explicarme por qué viajaba en tercera: simple capricho. La vanidad humana se alberga en cualquier parte; yo la vi en un mal camarote de tercera.

Y a mí se me figuraba aquella tercera clase un verdadero lujo: tres semanas antes remaba sin querer como los «forzados de Dragut», como los antiguos galeotes.

XVIII. DE SANTOMAS A LA BRETAÑA (1872)

En Santomas había tomado pasaje para Santander, donde el vapor debía de hacer escala; pero al llegar a proximidad de tierra acordó la junta de oficiales suprimir aquella escala, considerando, por el estado del mar, que no era posible tomar puerto.

Así sería, porque el Cantábrico estaba aquella tarde soberbio. No vi la tierra, cubierta como estaba por espesísima bruma. Los vaivenes del barco, mientras estuvimos cerca de la costa, eran de extremada, aunque desigual, violencia. Estar sobre cubierta resultaba incómodo, pero se gozaba de un espectáculo magnífico. Siempre es hermosa la Naturaleza, pero más que nunca en sus fenómenos irregulares; si la mar en calma inspira sentimientos melancólicos, las olas tempestuosas elevan el espíritu; si son gratos los céfiros y las brisas, mejor templan el alma los rugidos del ciclón o los truenos y relámpagos de la tormenta; no conmueven los campos apacibles como la volcánica erupción, ni nos encanta el lucero vespertino como el cometa de ignorada órbita. Por eso mismo los hombres y los pueblos no han admirado tanto a los sabios, a los poetas y a los bienhechores como a los monstruos que han tenido cierta semejanza con el relámpago o con el cometa, con el rayo y con la tempestad.

A mediados de enero desembarqué en Saint-Nazaire con mis pantalones blancos de La Habana, que, a decir verdad, habían perdido bastante de su blancura, sin que por eso dejaran de ser impropios de la estación y de la temperatura de Bretaña.

Con la misma ropa estuve en Nantes y pasé la frontera y llegué a Madrid antes de acabarse el mes de enero, vestido de verano.

Aunque mi ausencia no había sido larga, observé a mi vuelta algunas alteraciones. Al ausentarme dejé el partido republicano bastante quebrantado por el triunfo de los progresistas; al volver ya estaban estos últimos aún más descompuestos, más divididos que los republicanos. Dejé a los alfonsinos impotentes, desilusionados, con pocas esperanzas de derribar a Amadeo, y los encontré animados, organizándose, constituyendo un partido relativamente vigoroso y conspirando eficazmente. El ejército, casi en totalidad, estaba ganado por los alfonsinos; era fácil encontrar un general republicano y un coronel progresista, pero de capitán abajo era ya difícil encontrarse con alguno que no renegara de la revolución.

Porque la revolución estaba en la agonía; la había matado la insensatez de sus iniciadores. Al derribar un trono secular el año 68 pudieron y debieron instituir la República. El pueril temor de desagradar a las potencias, de disgustar al clero, de ofender a las clases privilegiadas y conservadoras les hizo optar por la monarquía y sentar en el trono a un príncipe extranjero, que había de ser necesariamente impopular.

Esta solución absurda había dado fuerzas al partido alfonsino y más aún al carlismo. Por su miedo o su odio a la República, los hombres de septiembre favorecieron en definitiva a los Borbones y resucitaron el muerto absolutismo. Es cierto que se llegó por fin a la República, más por el

accidente inesperado de la abdicación del rey que por la habilidad ni por la fuerza de los republicanos; pero se llegó cuando era tarde, porque la revolución estaba moribunda.

La República se proclamó sin esfuerzo cuando estaba la revolución en sus postrimerías, gastados o muertos ya sus principales caudillos y desvanecidos los entusiasmos de septiembre del 68.

LA REPÚBLICA PUDO HABERSE CONSOLIDADO

No cabe duda; si los afortunados vencedores de Alcolea hubiesen proclamado desde luego la República, ésta se habría consolidado. Acaso los errores de los hombres o las veleidades de los pueblos hubieran traído al cabo la restauración borbónica, pero mucho más tarde. La República hubiera dejado en ese caso más hondas raíces, mayores intereses y más larga historia. Cuando se la proclamó, en febrero del 73, hacía tiempo que estaba el carlismo en armas, el alfonsismo crecido, el ejército muy disgustado y minado por la reacción. Las clases neutrales y acomodaticias, de cuyo juicio tanto se preocupaban los políticos habilidosos, no esperaron hasta la proclamación de la República para desprenderse de su neutralidad; eran ya resueltamente alfonsinas el año 72.

Se ha dicho, y es verdad, que la República del 73 devoró seis gobiernos en un año; pero se olvida que la monarquía tuvo también seis ministerios el año 72. La República no tuvo más que una Asamblea; durante el efímero reinado que la procedió hubo no sé cuántas disoluciones de Cortes con las correspondientes elecciones generales, por cierto las más escandalosas que se recuerdan en España y en el mundo. Las diferencias que en tiempo de la República pudieron existir entre Figueras y Pi o entre Castelar y Salmerón, no fueron tantas ni tan hondas como las que hubo en plena monarquía entre Martos y Rivero, entre Zorrilla y Sagasta. Fueron éstos los que mataron la revolu-

ción, cuya hija, la República, fruto de un cadáver, nació muerta.

Los carlistas se sublevaron reinando don Amadeo y, no obstante las bien intencionadas transacciones que el general Serrano les propuso, no depusieron las armas sino al cabo de cuatro años de guerra. La guerra civil, esa calamidad abrumadora, fue uno de los legados que debió la República a la monarquía de Prim, de Zorrilla y de Sagasta.

ERRORES POLÍTICOS EN ULTRAMAR

En Cuba, Puerto Rico y Filipinas la política de los septembrinos fue desastrosa. Lejos de imponer soluciones liberales, se humillaron ante los negreros y reaccionarios de Cuba y ante los frailes indoctos de Manila. Una débil protesta contra el despotismo de los frailes, que surgió en Cavite el año 72, fue ahogada en sangre por los gobernantes de Amadeo, sembrando odios que nos han dado después abundante cosecha de desastres. Cuando vino la República era ya escasa la potencia de la revolución para llevar a las colonias útilmente una política liberal y humana. Así ha resultado luego que en las perdidas colonias se tenga a Cánovas y a Martínez Campos, no sin apariencia de razón, por más liberales y más justos que Topete, Sagasta y Ruiz Zorrilla.

A mi regreso a España estaban ya tan crecidos, y tan confiados los conspiradores alfonsinos, que en aquel mismo año 72 intentaron sublevar la guarnición de Madrid. Generales conocidos, todos sin mando, se comprometieron a ir a los cuarteles y sacar las tropas, aunque no contaban con los jefes; pero tenían a su devoción buen número de tenientes y de capitanes. Debía ponerse al frente de la insurrección el general Gasset; pero llegada la hora, un solo general acudió a su sitio de uniforme, el bravo y gigantesco Mendigacha. Por incumplimiento de los más, que no por la

vigilancia del gobierno y de sus delegados, no se anticipó en más de dos años la restauración borbónica.

REDACTOR DE *EL COMBATE*

Poco después de mi llegada a Madrid reapareció *El Combate*, dirigido por mi amigo Rispa y Perpiñá. Formé parte de su redacción con Vicente Galiana, Córdova y López, Ignacio Sastre, Juan Pedro Barcelona y otros que ya no recuerdo.

El nuevo *Combate* no era ya el mismo de la primera época ni fue tan leído como su predecesor. Usaba algunas violencias de lenguaje, pero no empleaba la injuria por sistema.

Siendo el señor Sagasta presidente del Consejo de Ministros, obtuvo del rey a fin de enero el decreto de disolución de Cortes y convocó las nuevas para abril. Entonces ocurrió el definitivo rompimiento de Zorrilla con Sagasta, pretendiendo cada uno que su personal agrupación era el auténtico, el verdadero partido progresista. Ambos tenían razón; los zorrillistas eran sucesores directos de los viejos progresistas del himno de Riego y de la tendencia liberal, como los sagastinos podían vanagloriarse de ser los herederos de los progresistas doctrinarios, cortesanos y fusiladores.

Concurrí como representante a la Asamblea federal republicana, que se reunió en Madrid poco después de la disolución, en la cual acordamos que el partido acudiera a la lucha electoral. Se acordó también entrar en la coalición con los demás partidos, idea que defendió Figueras con verdadero entusiasmo.

Los partidos coaligados, que eran todos los de oposición, constituyeron una junta mixta formada por los señores Nocedal, Canga-Argüelles, Vinader, Vildósola (carlistas);

Barzanallana, Castro, Heredia Spínola, Toreno (alfonsinos); Ruiz Zorrilla, Martos, Monteros Ríos (progresistas); Figueras, Castelar y García López (republicanos). ¡Bonita mezcla!

Seguramente hubiera sido el gobierno vencido en las elecciones si Sagasta no hubiera exagerado las mañas electorales en que siempre ha sido incomparable maestro. Por cierto que ha sacado inmejorables discípulos.

TRIUNFO ELECTORAL REPUBLICANO

Efectuáronse las elecciones el 2 de abril. Galiana y yo fuimos elegidos diputados por la Inclusa y La Latina, respectivamente. Era la primera vez que las candidaturas republicanas triunfaban en Madrid. Yo obtuve 6.000 votos más que mi adversario el candidato sagastino, siendo éste un hombre acaudalado, vecino del distrito, bien quisto en él y apoyado por el ministerio. Consigno estos detalles para que se vea con cuánta injusticia calumnian a las clases populares los que las acusan de vender sus votos. Los que a mí me los dieron en aquellas elecciones eran artesanos, jornaleros, personas que nada podían prometerse de mi triunfo, y a mí no me costó ni una peseta. No me dejaron pagar ni la impresión de los carteles y de los boletines.

Conste que no me apoyó la junta mixta, al contrario, y que yo no había solicitado la diputación.

Abriéronse las Cortes el 24 de abril, y en ellas sucumbió el ministerio Sagasta. No tuvo más larga vida el ministerio Topete, a quien sucedió Serrano, duque de la Torre. Éste presentó a su vez la dimisión en los comienzos de junio, y el rey entregó el poder a Ruiz Zorrilla.

¡Y que tales hombres hayan hablado tanto de las mudanzas políticas y cambios de gabinete del tiempo de la República!

Ruiz Zorrilla, naturalmente, disolvió aquellas Cortes sagastinas para proceder a nuevas elecciones. Quedaron disueltas el 28 de junio.

La gran figura parlamentaria de aquella legislatura fue el joven diputado republicano señor Moreno Rodríguez. Con una simple proposición y un discurso echó por tierra al ministerio Sagasta. «El discurso —me decía Figueras— es digno de Demóstenes.»

Moreno Rodríguez era uno de los hombres de más cultura y más entendimiento de la minoría republicana. Si aún vive, como deseo, vive apartado de las contiendas políticas. Y se comprende: para un hombre tan republicano como él no hay decorosa cabida en la restauración; para un individualista de tan firmes convicciones, tampoco puede haberla dentro de los rumbos socialistas de la democracia.

SE DEBILITA EL PARTIDO

El partido progresista había sido el nervio de la Revolución, y tuvo en ella predominio incontrastable mientras vivió don Juan Prim. Muerto el caudillo, las rivalidades y luchas de Ruiz Zorrilla y Sagasta, las inclinaciones republicanas de algunos, aunque pocos, elementos del partido y la impopularidad del desventurado rey, cambiaron completamente la situación de las cosas. El antiguo partido que un tiempo acaudillara Espartero y arrastraba al pueblo en pos de sí, era ya impotente para gobernar. Las tendencias autoritarias y conservadoras estaban mejor representadas en los unionistas (antiguos montpensieristas), reforzados por el grupo de Sagasta, que forzosamente habían de acabar en alfonsinos. Las ideas radicales no podía personalificarlas Ruiz Zorrilla, sospechoso a los republicanos por sus compromisos monárquicos y por sus aficiones centralistas, y aborrecido de los conservadores por su historia liberal.

Así, pues, el gobierno constituido en junio o julio por don Manuel Ruiz Zorrilla nació condenado a la esterilidad y a la impotencia y fue el último de los gabinetes saboyanos.

RUIZ ZORRILLA Y LOS REPUBLICANOS

Los republicanos de la derecha, y particularmente Castelar, predicaban la benevolencia para con Ruiz Zorrilla. Los de la izquierda pensábamos que la benevolencia le daría fuerza para sostener la monarquía, en vez de arrastrarlo insensiblemente a la República. Por mi parte sigo creyendo que los de la izquierda estábamos en lo cierto, pues Zorrilla no había de ser desleal, ni lo fue, a la monarquía de su predilección. La República no vino porque los republicanos se declararan *benévolos*, sino por el desencanto de Amadeo, que le hizo renunciar espontáneamente la corona.

Divididos los republicanos en benévolos e intransigentes, éramos impotentes para una y otra política. Figueras, Castelar y Pi y Margall apoyaban a Zorrilla no por creer que esa política los llevara al triunfo, sino porque se entendían secretamente con don Nicolás Rivero. Esta circunstancia nos era desconocida, e ignorándola nada podía esperar de benevolencias ni conjuras. Viendo, por otra parte, los progresos incesantes de los alfonsinos y la incapacidad del gobierno de Amadeo para sofocar la insurrección carlista, imaginábamos que únicamente la República, si lograba electrizar al pueblo, acabaría con la facción armada. Y no considerábamos posible llegar a la República sino sublevándonos como en el 69.

Cierto que el 69 nos venció el partido progresista, pero entonces el progresismo era fuerte, disponía del ejército, que el 72 se le iba de las manos, y tenía a su frente un general prestigioso, todo un Prim.

Se constituyó en aquellos meses el Directorio republicano federal, formándolo Figueras, Pi y Margall, Castelar, Sorní, el marqués de Santa Marta, el general Contreras y el autor de estos renglones. Contreras declaró desde los primeros días que él conspiraba, que disponía de varias guarniciones y que, si el Directorio no acordaba la revolución, la intentaría él solo con sus propios elementos. Yo secundé a Contreras en el Directorio, porque creía de necesidad un alzamiento para traer la República antes que el carlismo organizara un verdadero ejército; pero dije también que la insurrección debía ser acordada por el Directorio, porque intentándola uno solo de sus individuos y sin más partidarios que los intransigentes fracasaría de una manera lamentable.

El diputado García López había formado una o más juntas secretas que fomentaban la agitación revolucionaria en Madrid y en las provincias, y se entendía para todo con el general Contreras. Me habló repetidas veces, y le dije lo mismo que en el Directorio, esto es, que yo creía en la conveniencia, en la necesidad, en la eficacia de un levantamiento del partido, acordado por el Directorio, a quien secundarían poderosos elementos, pero que me parecía descabellada una sublevación hecha por un hombre, por un comité anónimo y por una fracción aislada del partido.

CASTELAR Y EL GENERAL CONTRERAS

Así las cosas, y después de algunos chispazos como el de El Ferrol, que revelaban mal contenida impaciencia, dijo Contreras en el Directorio que había llegado la hora de insurreccionarse. Pi y Margall le contestó de manera terminante que el Directorio no lo apoyaría; Figueras le arguyó con toda clase de razonamientos; Sorní lo trató mal; Castelar se llevaba las manos a la cabeza, y por fin le dirigió un discurso hábil que oyó Contreras sin pestañear y al que replicó sencillamente:

—Si a usted le dejan hablar, señor don Emilio, no lo ahorcan.

—Pero a usted lo fusilan, general.

—No sería la primera vez —le respondió Contreras.

Interrogado yo, insistí en lo que había dicho siempre: que deploraba la actitud del Directorio, pero que si éste no prestaba su apoyo y su autoridad al movimiento, lo que hiciera el general sería una intentona absolutamente ineficaz, baldía.

Entonces me dijo con cierta amargura el general Contreras:

—¡Usted también me abandona!... Pues lo siento mucho, pero no por eso dejaré de sublevarme.

Y le respondí en presencia de todos los demás:

—Si usted se subleva, mi general, yo seré uno de los sublevados; iré adonde usted me diga, haré lo que pueda y sepa con los elementos que usted me proporcione, pero no comprometo a mis amigos, y cuento con algunos, porque vamos a una derrota inevitable.

Por todo lo dicho, se ve que el Directorio conocía los planes de Contreras y mis compromisos con este general.

Desde aquel día dejé de concurrir a las sesiones y tareas del Directorio. Los señores Pi y Figueras me instaron a que volviera y me negué en absoluto. No me pareció decente oír lo que acordaran, que sería probablemente encaminado a dificultar la tentativa.

A mediados de noviembre me visitó Contreras y me dijo:

—Cuento con una parte de la guarnición de Badajoz, con otra parte de la de Sevilla, con las de Córdoba y Málaga, con muchos carabineros y con un regimiento de caballería. Están dispuestas las partidas que han de salir al campo en catorce provincias, pero la señal que ha de servir a todos para sublevarse es la aparición de una partida que corte las comunicaciones en Despeñaperros. La partida está dispuesta; sólo falta el jefe que ha de mandarla. ¿Quiere usted ir?

—Iré sin falta... ¿Debo marchar hoy mismo?

—No; usted iniciará el 23; los demás secundaremos hacia el 25. Sólo exijo de usted que se sostenga ocho días.

—Me sostendré ocho días.

En efecto, me sostuve no ocho días, sino treinta y ocho. Y el pobre general anduvo todo ese tiempo de provincia en provincia, de plaza en plaza, muy vigilado por todo género de espías, y recordando sus promesas a muchos militares y paisanos que no pudieron o no quisieron cumplirla.

Algunos, sin embargo, levantaron partidas en Murcia, en Extremadura y en Vizcaya, que apenas si pudieron mantenerse algunos días. El general don Simón de la Torre me decía un año después, hablando de dos amigos míos que se levantaron en Vizcaya: «Merecen la cruz laureada, porque es un arrojo, es una temeridad levantar la bandera republicana en tierra vizcaína. Para levantar una partida republicana donde ellos lo han hecho es preciso estar loco. Se metieron en Francia a los tres días, pero aunque lo hicieran a los cinco minutos, ¡son unos héroes!»

ESCAPA DE LA POLICÍA

Estaba yo tan seguro del mal éxito de la insurrección que no dije nada a mis mejores amigos, ni aun a Miguel Pérez.

Los que estuvieron conmigo no fue porque yo los arrastrara, sino por aviso que les diera García López.

La víspera del día señalado para sublevarme tomé por la mañana el tren de Andalucía. Juan de Murviedro, que me acompañaba, tomó distinto coche. Apenas me hube sentado en un vagón de segunda, llegó un ciudadano de aspecto inofensivo que llevaba unas cajas de cartón, abrió la portezuela de mi coche y me preguntó con aire de inocencia:

—¿Este tren es el que va a Sevilla?

A mi contestación afirmativa se metió en el coche, acomodó sus cajas y se reclinó muellemente en uno de los rincones.

Faltaban pocos minutos para arrancar el tren cuando se apareció don Toribio Castrovido, hombre ajeno a todos los trabajos de los intransigentes, porque él era benévolo. Después de buscarme coche por coche, acertó con el mío, y por señas me indicó que me apeara un instante.

En cuanto lo hice me dijo a media voz:

—El sujeto que va en el coche de usted es un inspector de policía; lleva la orden de hacerlo detener a usted por la Guardia Civil tan pronto como el tren salga de los límites de esta provincia. Lo llevarán a usted a la cárcel de Toledo o a la de Ciudad Real.

—Gracias —le dije.

Y me volví a mi coche sin cerrar la portezuela.

Cuando ya el tren arrancaba, me arrojé al andén. Sorprendido el polizonte, asomó el hocico por la ventana y yo le grité:

—¡Buen viaje, amigo!... ¡Y mucho ojo!

Salí de Madrid en la noche de aquel mismo día, pero no como un viajero, sino como una de tantas mercancías; tres horas antes de salir el tren ya estaba yo metido en una zafra de aceite (sin aceite) en un vagón precintado.

Era un tren carreta. Mi viaje hasta Vilches duró más de veinticuatro horas.

El gobernador de Ciudad Real, mi amigo y paisano Plácido Sansón, estuvo, por orden del gobierno, en una de las estaciones de la línea con la fuerza de la Guardia Civil que había de detenerme. Supongo que se alegraría de no encontrarme.

A las diez de la noche, antes de llegar a la estación de Vilches, paró el tren para que yo me apeara.

Y en aquel despoblado me encontré a Virgilio Llanos con la gran partida que iba a iniciar el movimiento: una docena de hombres, ocho de los cuales eran procedentes de Madrid.

Dos horas después ya no existía el puente de Vadollano.

Un tren de mercancías, después de abandonado por el personal, descarriló en el puente, cayó al río con estrépito, quedó en posición vertical y se incendió. El puente quedó envuelto en la columna de llamas. El tren llevaba un cargamento combustible: aguardiente. Las llamas, al reflejarse en el río, causaban un efecto de los más fantásticos.

Y quedaron cortadas para mucho tiempo las comunicaciones directas de Madrid con toda Andalucía.

LA EMOCIÓN DE LAS ARTES

Aquella cortadura del puente de Vadollano ha contribuido mucho a que me conmuevan poco ciertas obras de arte. La emoción artística se concibe que la sienta el que ve lo pintado, si no está al corriente de la realidad. Yo vi cómo entraba a todo vapor el tren en aquel angosto puente, y que un hombre solo, plantándose en la vía, gritaba con enérgica serenidad: «¡Alto el tren!» Hacer parar un tren en la estrechura de un puente, poniéndose delante con un mal fusil, es algo más atrevido que el ataque de don Quijote a los molinos de viento.

Un pintor que hubiera visto la escena pintaría un cuadro de épica hermosura, y yo me reiría del cuadro, porque sé que el héroe de la empresa estaba de acuerdo con el conductor del tren sin más objeto que salvar la responsabilidad del conductor. Me gusta la realidad en el arte, no el realismo. ¿Y cómo pintar la realidad del pensamiento, ni el secreto de las intenciones, ni la verdad *verdadera*?

En el museo de Versalles he visto a Napoleón pasando los Alpes en un brioso corcel que se encabrita en las abruptas montañas, pero no me produce el aplaudido cuadro ninguna emoción estética, porque Napoleón, según cuentan las crónicas, pasó los Alpes montado en una mula; en la mula más mansa que tenían los monjes de San Bernardo.

EN DESPEÑAPERROS. A LINARES

No temas, ¡oh lector!, que te describa mi campaña de Despeñaperros. No hay manera de describir sudores ni de pintar fatigas; no conté los lobos que nos aullaron ni los jabalíes que se pusieron a tiro, aunque les tiré creyéndolos monárquicos; no hubo allí ninguna batalla de Marengo, sino escaramuzas de poca intensidad; tampoco pasamos hambre verdadera, que no nos faltaron nunca los *suculentos* madroños.

Todo lo que haré para no perder la ilación de estos apuntes será una breve reseña de aquella campaña de treinta y ocho días.

En Madrid publicaban los intransigentes, en hojas extraordinarias, noticias estupendas, más ajustadas a su buen deseo que a la realidad. *Entrada de Estévanez en Linares con 4.000 hombres. Última victoria de la partida de Estévanez. Tropas del ejército unidas a la partida de Despeñaperros; toma del Viso.* Lo que tomé en el Viso no fue más que una buena taza de café en casa del antiguo guerrillero León Merino. En cuanto a las tropas que se incorporaron, y no fue mal refuerzo, eran el cabo de caballería Tomás Guzmán y cuatro soldados de su regimiento con muy buenos caballos; sospeché que serían los de los jefes.

En Despeñaperros, como en todas partes, puede cortarse o inutilizarse la vía férrea, pero no impedirse el paso de las tropas. Aquel desfiladero famoso no lo ha impedido nunca; por él pasaron los franceses en la guerra de la Independencia con suma facilidad, y existen, además, otros desfiladeros que permiten atravesar la sierra en un sentido y en otro. La fama legendaria de aquella garganta pintoresca, sin gran importancia militar, viene de que allí se han sublevado, con más o menos fortuna, el conde de las Navas, los hermanos Merino y otros guerrilleros.

Destruído el puente, me dirigí con mi *ejército* de doce hombres a la ciudad de Linares. Antes de entrar en ella despaché a un explorador para saber si ya se había sublevado, según lo prometido al general Contreras; volvió diciendo que todo estaba tranquilo, sin que se observara el menor indicio de sublevación. Con un segundo explorador que mandé vinieron al campo dos vecinos, los que se aseguraron que sólo se esperaba mi llegada para *dar el grito*.

—Pues vamos allá —les dije.

Y sucedió, en efecto, que el pueblo se levantó, con el señor Marín a la cabeza, al grito de viva la Federal, tan pronto como llegué con unos doce hombres cansados.

Aquí tenemos otra vez el delicioso contraste de lo aparente y lo cierto. Lo aparente es que no tomé con doce hombres una ciudad de 30.000 habitantes; lo cierto, que no tomé cosa alguna. El pueblo se sublevó porque quiso, de lo cual resulta que es enteramente falsa la supuesta rendición de cuarenta y dos guardias civiles a una docena de paisanos. Evacuaron la ciudad al ver la actitud del vecindario, no por mí ni por los doce hombres.

Desde Linares escribí a Contreras y oficié al Directorio dándoles cuenta de haberse proclamado la República.

Se hizo un alistamiento de voluntarios y se tomaron medidas de defensa. En las entradas del pueblo hicimos barricadas. Pero estuvimos parcos en proclamas, arengas y manifiestos.

El segundo día hubo una alarma; las campanas tocaban a rebato y los alistados acudieron a sus puestos. No participé del desasosiego que produjo el aviso de que llegaban tropas, y fue porque las vi desde la torre y comprendí que se trataba de un reconocimiento: era una escasa fuerza de caballería que no tardó en alejarse.

Calculé que seríamos atacados al cuarto día, por lo que abandoné la ciudad en la noche del tercero, llevándome 700 hombres. El armamento era muy desigual; en cuanto a municiones, el que más llevaba seis cartuchos.

ESCARAMUZAS. SOBRE LAS GUERRAS CIVILES

Al día siguiente, cerca de La Carolina, tropezamos con una pequeña fuerza de caballería y unas parejas de la Guardia

Civil de infantería. Cambiamos cuatro tiros y se produjo una desbandada general. Allí se disolvió mi columna, pero me quedaron unos ochenta hombres.

Dos días después decía la *Gaceta de Madrid*: «Ha sido dispersada la partida de Estévanez, pero se ha presentado otra en el Viso.»

No era otra; era la misma. Habíamos atravesado la sierra en pocas horas.

En el Viso recogimos algunos voluntarios de la Mancha; allí se me presentó el cabo Guzmán con sus cuatro soldados y los mejores caballos del ejército español.

Necesitando proveerme de municiones, traté de sorprender el destacamento del Visillo (Almuradiel). Lo componían veinticuatro cazadores del batallón de Las Navas, y lo mandaba el subteniente O'Donnell. Se alojaba esta fuerza en un solo edificio y con la debida vigilancia, por lo cual la sorpresa fracasó. Aun así, intimé la rendición al comandante del destacamento; la contestación fue una descarga. Se trabó el fuego, y al cabo de media hora dispuse la retirada hacia la venta de Malaventura. Amanecía.

El coronel Teruel, comandante general de Despeñaperros, que por casualidad se encontraba en el Visillo, salió de su casa al oír el fuego. Lo mató una bala del destacamento. Nuestros tiros no pudieron ser, pues venían por nuestra retaguardia. Sentí su muerte, como toda muerte inútil, y por ser el muerto un buen soldado.

Por mi parte no hubo más pérdida que un hombre herido de bayoneta en la cara, otro con un pie deshecho y las municiones consumidas.

Perseguido por diferentes columnas, tuve que maniobrar algunos días por las escabrosidades. Pero la verdad, ya que acostumbro a decirla, es que aquello no era persecución ni nada. Viendo aquel modo de guerrear, he comprendido

luego muchas cosas. Las guerras civiles han sido en España tan largas y sangrientas porque no se las ahoga al nacer, cuando es más fácil. Diríase que hay interés en que las facciones crezcan, se organicen, y en que los partidarios, fogueándose, lleguen a ser hombres aguerridos. Si hubieran querido los jefes de las columnas, hubiesen acabado con nosotros en menos de una semana. Pero pernoctaban en los pueblos, iban de un pueblo a otro por las carreteras —siempre de día— y no nos buscaban nunca. Varias veces pasaron las columnas a mi vista sin sospechar mi presencia. Yo no las hostilizaba, por no tener interés en provocar encuentros sin objeto. En la ermita de San Andrés esperé la columna de Borrero y le hice frente, no por mi gusto, sino por necesidad que ya tenía de dar fe de existencia. En aquella acción, que fue el 6 de diciembre, tuvo el coronel Borrero algunas bajas; por nuestra parte, no hubo más pérdida que un caballo herido. En su retirada al Viso, ya de noche, pude causarle a Borrero, a lo menos, alguna detención y nuevas bajas al pasar por la huerta de la Monja; eso querían los guerrilleros, y yo me opuse porque de nada nos podía servir que allí muriera algún infeliz soldado.

La columna de Borrero, en San Andrés, se componía de 25 caballos y dos compañías de cazadores de Ciudad Rodrigo. Yo tenía 37 hombres, casi todos armados de escopetas. Alguien dijo que yo había arengado desde mis posiciones a los soldados que las atacaban. No hice más que darle los buenos días, a gritos, a mi compañero y amigo Julio Segura, suponiendo que se encontraba allí por ser de Ciudad Rodrigo. Más tarde supe que no estaba presente.

Quien pronunció un discurso, montado en una peña, fue Virgilio Llanos. Sus gestos y sus frases me recordaban la arenga que pone Ercilla en los labios de Caupolicán:

*Esforzados varones, es venido
el momento de hacernos inmortales...*

A decir verdad, no me pareció la ocasión muy oportuna para hacer resonar la épica trompa.

La partida continuó menguando; los de Madrid se fueron marchando todos, no sin despedirse. Eran buenos para el fuego, pero se cansaban pronto de las jornadas largas, de las lluvias y de las privaciones. Alfredo Delofeu, que era valiente, resbalaba en los riscos y siempre se caía cuando pasábamos algún arroyo. Los más decididos y más duros, aparte de los pastores y serranos, eran Agustín Martínez, Francisco Lorencez, Ramón Aranda y el gran tirador Jesús Merino.

Comíamos perfectamente; el *menú*, aunque invariable, era sano; se componía de naranjas, madroños, exquisita miel y agua cristalina de los manantiales de la sierra.

El 20 de diciembre ya no me quedaban más de nueve hombres. El 21 entré solo en Bailén, dejando a mi gente en un cortijo próximo. Descansé tres días en casa de un amigo y correligionario; cuando regresé al cortijo se habían marchado tres. Se sorprendieron los restantes cuando vieron que volvía, pues habían imaginado que yo también me iba definitivamente.

PERROS ESCUCHAS

Una noche en un cortijo, orilla del Jándula y no lejos de Andújar, dormíamos sin vigilantes por la escasez de gente. El cortijero me decía que de nada servirían escuchas ni centinelas, porque los perros nos advertirían cualquier novedad. En efecto, él interpretaba los ladridos con una exactitud maravillosa. Cuando los perros ladraban, me decía: «Le ladran a una lechuza», «pasa un lobo», «está saliendo la luna», etc. De repente se oyó un ladrido ajeno, y el hombre se puso en pie gritándome asustado: «¡La Guardia Civil!»

Salimos precipitadamente, y a los pocos minutos vimos llegar un paisano, enteramente solo y sin armas a la vista; pidió un vaso de agua y prosiguió su camino; pero antes de marcharse nos manifestó que había servido seis años en la Guardia Civil. Llevaba la licencia en el bolsillo y conservaría el olor del instituto, puesto que los perros avisaron.

El 30 de diciembre, sin noticias del general Contreras ni de nadie, tomé el tren en la estación de Vilches y me volví a Madrid. Fui reconocido por más de dos viajeros, que no me denunciaron. Yo también los conocí, pero no los saludé.

Me tiré del tren antes de llegar a la estación de Atocha, me embocé en la capa y me dirigí a mi casa con el tardo paso de un burgués pacífico.

XIX. SE ACERCA LA REPÚBLICA (1873)

Encerrado en casa, privado por precaución de hacer visitas y de recibirlas, no estaba muy al corriente de las novedades en enero del 73. Llegó, sin embargo, un día, el 22, en que me convencí de que el advenimiento de la República se aproximaba.

Un inspector de policía, a quien «no tenía el honor de conocer», según su propia expresión, me mandó recado por medio de su señora haciéndome saber que tenía la orden de prenderme y suplicándome que me ausentara un par de horas para no encontrarme en casa. No me ausenté; él se presentó a la hora anunciada por él mismo, y le dije que no me había ocultado para tener ocasión de conocerlo y para darle un millón de gracias por su aviso.

—Y puesto que usted —añadí— no quería encontrarme en casa, dígle al gobernador que no me ha encontrado; el resultado es el mismo.

Y así fue.

Aquel funcionario tan servicial me pareció que había olfateado la República.

El rey don Amadeo estaba ya medio loco; se le iba acabando la paciencia. A la verdad, no le faltaba motivo: los carlistas sublevados; los amadeístas impotentes; intrigas de unos, chismes de otros, conspiraciones por uno y otro lado; Cataluña, excepto las ciudades, en poder de los carlistas;

los negreros amenazándole con la pérdida de las colonias si las Cortes votaban la abolición inmediata de la esclavitud; los artilleros faltando a la disciplina; groserías incesantes de personas y familias que, a lo menos, debían de tener educación; desaires de todo el mundo; apuros de la Hacienda... Fue un rey leal, pero su dignidad de hombre le imponía la abdicación; hubiera ganado mucho renunciando a la corona algunos meses antes.

No he de hacer la historia de los sucesos, pues no tuve en ellos ni en su desarrollo la menor intervención directa ni indirecta. Por otra parte, los preliminares de la abdicación, el hecho mismo y la proclamación de la República son cosas demasiado conocidas.

Quedó establecida la República el 11 de febrero. El rey salió de Madrid el 12. En la noche del 11 al 12 hubo tantas y tales iluminaciones, que yo estaba indignado. Mi casa fue la única sin iluminar en toda la calle de Hortaleza, en la que no había ni una ventana amadeísta ni un balcón alfonsino sin sus faroles grandes o pequeños. Iluminaron hasta los carlistas; pero los farolillos que más me repugnaban eran los de aquellos progresistas que habían sido cortesanos de don Amadeo.

Pocos días después de proclamada la República me escribió el señor Figueras, presidente del Poder ejecutivo:

«Contreras va a ser nombrado capitán general de Cataluña y quiere que vaya usted a la misma capital de gobernador civil. Navarrete y otros señores piden que vaya usted de gobernador a Cádiz. Yo creo que usted debe reintegrarse en el ejército. Dígame usted qué hacemos.»

Le contesté: «Aceptaré el cargo civil en que usted considere que puedo servir útilmente a la República; pero no me hable usted de volver al ejército, porque he renunciado para siempre a la milicia.»

Me quedé esperando su resolución y no resolvió nada.

Pero llegó la crisis del 24 de febrero, que fue la primera y la más grave de las de la República. Todos los ministros que lo habían sido de don Amadeo y lo eran de la República, excepto el de la Guerra (general Córdova), querían deshacerse de los ministros nuevos. Manejaban el asunto o dirigían la conjuración el señor Martos, presidente de la Asamblea legislativa; el marqués de Sardoal, alcalde de Madrid, y el ministro Becerra, con la aquiescencia de tres ministros más. Estaban despechados, aborrecían a Figueras y detestaban a Pi.

Contaban con el general Moriones en Vitoria, con el general Gaminde en Barcelona, con otros generales y con bastantes fuerzas para un movimiento militar. De los generales que tantearon, uno solamente les negó su ayuda: el general Pavía.

El presidente de la Asamblea, que se creía, no sin legal fundamento, jefe del Estado, hizo ocupar militarmente el Congreso y otros edificios públicos. La Guardia Civil obedecía sus órdenes. El alcalde dispuso que estuvieran prevenidos los batallones de la milicia nacional monárquica.

Planteada la crisis, quedaron excluidos los ministros monárquicos y sustituidos por republicanos; pero la conjuración estaba en pie, Gaminde debía sublevarse aquella misma noche en Barcelona contra el nuevo ministerio, y en Madrid se proponían secundarlo, como también en Vitoria y otros puntos.

GOBERNADOR CIVIL

Yo no sabía absolutamente nada de la crisis ni conocía la gravedad de aquella situación, cuando recibí un recado de Figueras para que fuese a verlo sin perder minuto. Como era la una y media de la noche, adiviné que algo muy serio

ocurría, porque Figueras, que se levantaba siempre a las seis de la mañana, era incapaz de estar levantado a aquella hora sin alguna razón extraordinaria.

Acudí en el acto al llamamiento de Figueras y me dijo:

—Ahora mismo, con ese mismo traje, vaya usted a tomar posesión del Gobierno Civil.

Un tanto sorprendido, quise exponerle alguna observación, pero agregó seguidamente:

—Si no quiere usted ser gobernador, dimita usted dentro de dos o tres días; pero en este momento no hay más remedio que aceptar. Es posible que dentro de una hora estén en la calle los realistas y mucho temo que lo estén ya en Barcelona. En seguida me hizo un resumen de la crisis y de las circunstancias y terminó diciéndome que mi nombramiento de gobernador, acordado en Consejo de Ministros, estaba ya en la redacción de la *Gaceta*.

No había resistencia decorosa ni discusión posible, por eso tomé posesión del Gobierno Civil a las dos y media de la madrugada, sin que se hubiera publicado aún mi nombramiento, presentándome solo y sin documento alguno en la Secretaría. No estaba el gobernador saliente y me dio posesión el secretario porque no quise esperar.

En Madrid no ocurrió nada, pero en Barcelona se intentó la contrarrevolución que se temía. No pasó de un intento porque la tropa se negó a obedecer a sus jefes. Así empezó la indisciplina militar del año 73, que tuvo consecuencias lamentables; pero su principio fue una insubordinación contra la insubordinación, una indisciplina contra la indisciplina. Si hoy, en plena monarquía, intentara un general insurreccionar las tropas, los soldados que le desobedecieran serían premiados. Los republicanos incurrieron en un doble error: primero, no premiar a los que salvaron la República rebelándose contra los rebeldes; segundo, no

castigar severamente a los que más adelante, acentuándose la indisciplina, cometieron asesinatos, cobardías y traiciones.

Pero no hubo indisciplina donde jefes y oficiales quisieron cumplir con su deber. La indisciplina militar no es cosa nueva en el mundo, y cuando ocurre, la obligación del oficial es refrenarla o morir. Fueron muchos los que faltaron a su más elemental deber, no por ignorancia y menos por cobardía, sino porque laboraban contra la República. Sabiéndolo o no, eran instrumento político de los alfonsinos y de otros, enemigos todos de la Revolución y de la Patria.

DOCILIDAD DEL SOLDADO ESPAÑOL

El deber militar de contener con la mayor energía cualquier indisciplina de la tropa es relativamente fácil en un país como el nuestro, cuyos soldados son los más dóciles del mundo. No citaré más que un ejemplo como testimonio de la docilidad, de la facilidad en la obediencia que no han desmentido casi nunca los soldados españoles.

Allá en los comienzos de mi vida militar aún existían en el ejército muchos veteranos que habían hecho la guerra del 33 al 40. Les oí contar incidentes muy curiosos y episodios muy interesantes, y alguno me refirió lo que voy a transcribir.

La penuria del Erario, los apuros de la guerra y la dificultad de comunicaciones dieron lugar a que se vieran en la mayor miseria y desnudez las guarniciones de África. Por no recibir nada, ni el correo.

A tal punto llegaron las privaciones, que un día se amotinó la guarnición de Ceuta pidiendo los atrasos. El comandante general, primera víctima del abandono del Gobierno, había reclamado varias veces, porque los pobres soldados de la guarnición, a más de estar hambrientos, ya no conservaban más prenda de uniforme que el corbatín de cuero entonces reglamentario. Fue un motín espantoso. Los soldados gri-

taban ferozmente, no ya pidiendo lo que se les debía, sino clamando por lo indispensable para no perecer de inanición. Al general le era imposible hacer frente a una situación tan extremada.

Pero en lo más intenso del motín recaló al puerto un falucho procedente de Cádiz, y el general consiguió calmar la efervescencia de la tropa diciendo que aquel barco tal vez llevara recursos.

En efecto, el falucho conducía buen número de cajas destinadas a la guarnición. Abiertas las cajas en el muelle mismo, se vio que el cargamento consistía en algunos centenares de corbatines de cuero.

El general, sin embargo, apaciguó el motín con este razonamiento:

«¡Soldados! Estos corbatines prueban que el Gobierno se acuerda de nosotros... Por algo se empieza; como hoy han venido corbatines, otro día vendrán camisas y dinero y pan de munición. ¡Viva la reina!»

Y los soldados se distribuyeron aquellos corbatines, ¡ellos que no tenían zapatos!, a los gritos de ¡viva el general!, ¡viva la reina! y ¡viva España!

Realmente, es algo difícil contener la indisciplina de soldados sin sueldo, que no cobran, que no comen, como en los motines célebres de Flandes; pero los soldados de la República española cobraban puntualmente, y era tan fácil reprimir sus desmanes, si se producían, como haber impedido que se produjeran. Hubiera bastado que los generales acataran el poder constituido y que los jefes hubieran dado ejemplo de disciplina y subordinación.

Ni siquiera podían poner en duda la legitimidad de aquel gobierno, pues precisamente era el primero legal que en España se constituía desde la caída de Carlos IV en 1808. Todos los demás, así los liberales como los reaccionarios,

habían tenido origen, durante sesenta años, en imposiciones extranjeras, motines de sargentos, pronunciamientos o revoluciones.

MADRID, CIUDAD MONÁRQUICA

Como gobernador civil de la provincia, estuve en condiciones de apreciar mejor que nunca el estado de la opinión de Madrid. Había, ciertamente, más republicanos que en el 68, pero continuaba siendo la población más monárquica de España. El vecindario, en aquel tiempo, nos era hostil. No sólo se conspiraba a todas horas, sino que conspiraba todo el mundo. Si yo tuve la suerte de que se me respetara y se me hiciera justicia, fue, sin duda, porque di bastantes pruebas —por qué no he de decirlo— de actividad, de vigilancia y de imparcialidad.

Esto no quiere decir que no me maltratara en los primeros días una parte de la prensa; periódico hubo que me llamó borracho, demente y ¡alfonsino! Por eso agradecí que *El Correo Militar* publicara un artículo, espontáneamente, en el que se me juzgaba con verdadero cariño. Y no quedé menos reconocido al brigadier Mogrovejo, mi coronel de África, militar de inclinaciones carlistas, cuya presencia en Madrid ni sospechaba yo, por haber dirigido un comunicado a aquel periódico, en el cual decía que siempre se me tuvo por republicano y que no se me molestaba nunca por ser un oficial de los mejores; opinión suya, no mía.

En todo tiempo, el Gobierno Civil de la capital de España debe dar mucho trabajo a los gobernadores; en mi época, mis desvelos excedieron a toda ponderación. En cuatro meses apenas si dormí; dormía con las botas puestas. No es que estuviéramos «sobre un volcán», según pregonaban nuestros enemigos, ni que hubiera conjuras demagógicas ni siquiera demagogos. Pero se agitaban los carlistas, los alfonsinos, los republicanos unitarios (antes progresistas)

y la casi totalidad de los generales de cuartel... y aun con mando de tropas.

Había, por otra parte, en las alturas del republicanismo, tales despechos, envidias y suspicacias, que yo estuve constantemente vigilado como un conspirador. Por todas partes me rodeaban espías, y se me seguían los pasos cual si se temiera que yo fuera capaz de hacer una traición a la República. En mis años de conspirador no se me seguía la huella con tanta persistencia como entonces. Conozco bien a los que me injuriaban con sus temores estúpidos, pero los he perdonado. Ya se habrán convencido, los que aún viven, de que soy más republicano y más federal que ellos, puesto que algunos han concluido en monárquicos o en demasiado benevolentes con la monarquía.

Tal vez por no haber hecho cosa de más importancia, todavía recuerdan los periódicos una verdadera tontería cuando se les antoja hablar del año 73 o de mi paso por el Gobierno Civil; me refiero al cartelito que hice poner a la puerta de mi despacho oficial. No están en lo justo si pretenden con semejante recuerdo zaherir a los republicanos, que no eran republicanos los que me agobiaban pidiéndome destinos, distritos electorales y aun dinero, tres cosas de que yo no disponía. Eran los eternos pretendientes, los mosquitos de todas las situaciones, los cesantes de oficio, pues hubo personaje que me pidió veinte veces un destino, se le dio al fin... y no pasó a recoger la credencial. Hay quien vive bien a título de cesante postergado. Para darle un destino a cualquier republicano había que sacarlo de su casa poco menos que a la fuerza, como Figueras me había sacado a mí.

EL EXTRAVAGANTE ORIHUELA

Don Fernando Velarde, poeta montañés, me había regalado en Puerto Rico una geografía de que era autor. En ella, y en el capítulo correspondiente a Canarias, decía:

«Patria del bachiller Sansón Carrasco y de Andrés Abelino de Orihuela.» Me quedé asombrado.

Reflexionando un poco, supuse que lo del cervantino bachiller sería una confusión, un error nemotécnico del señor Velarde, pues efectivamente existen en Canarias ambos apellidos. Pero yo no acertaba a explicarme el de Orihuela. Cuantos compatriotas consulté, convinieron conmigo en que jamás había existido en Canarias Orihuela alguno, a lo menos de notoriedad.

Por eso fue tan grande mi sorpresa cuando al cabo de ocho años recibí en el Gobierno Civil una carta muy discreta, en la que, a título de comprovinciano, se recomendaba a mí ¡don Andrés Abelino de Orihuela!

Sentí la impresión que debe sentir el sabio al resolver un problema considerado insoluble, y me apresuré a contestar a mi paisano suplicándole que pasara a verme.

No se hizo esperar mucho.

—¿Pero quién es usted? —le dije—. ¿De dónde sale usted?

—Yo soy de Gran Canaria —me contestó—; pero me fui a Cuba siendo todavía muchacho, sin recomendaciones, sin recursos y sin saber leer. En Cuba aprendí al mismo tiempo que trabajaba para sustentarme. Después seguí la carrera de abogado, y luego he sido escritor y algo poeta.

—¿Y cómo es que yo no había oído en parte alguna su nombre, siendo usted célebre, según el señor Velarde?

—Eso consiste en que, cuando yo empezaba a darme a conocer en la prensa cubana por mis artículos y por mis versos, tuve una inmensa desgracia: me tocó la lotería.

—¿Nada más que eso?

—Fue mi perdición, porque al ver en mis manos diez mil pesos, entendí que no debía desaprovecharlos, y, en consecuencia, decidí marcharme a Constantinopla.

—¿Desde Cuba?... ¿Y por qué a Constantinopla?

—Capricho de poeta... El caso es que, entre Constantinopla, Atenas y Venecia, me quedé sin nada. Me trasladé a París, desde Venecia, casi pidiendo limosna. Y en París he vivido muchos años ¡milagrosamente!...

Años después, en París, y siendo yo redactor de *El Correo de Ultramar*, se me ocurrió cierto día citar el nombre del ya difunto Orihuela. Mis compañeros de redacción se echaron a reír, pues Orihuela también había formado parte de aquella redacción, y me contaron por qué había salido de ella. Era en tiempos del imperio, y encargado por el director de reseñar un baile de las Tullerías, se permitió escribir:

«El primer rigodón lo bailaron S.M. el emperador con la baronesa de Wilson, y S.M. la emperatriz con don Andrés Abelino de Orihuela.»

Conmigo no cometió ninguna extravagancia mientras estuvo en mi secretaría particular; al contrario, me dejó el recuerdo de una excelente persona.

INFORMACIONES DE LA PRENSA EXTRANJERA

Pocos días después de haberse proclamado la República llegaron a Madrid algunos periodistas extranjeros. Uno de ellos, Víctor Cherbuliez, fue bastante imparcial en sus revistas, así como en un libro que publicó más adelante, y en el cual me hacía justicia. Pero otros hicieron lo contrario; alguno dijo que la República había caído en un desenfreno tal que *Castelar* se había visto obligado a nombrar gobernador de Madrid a un *monsieur Estévanez* que se lo exigió navaja en mano. Y añadía que este *monsieur*, muy conocido en las

tabernas, era un personaje que, según fama, no sabía leer ni escribir.

Como es consiguiente, no hice ningún caso de estos desahogos; al leerlos me hicieron sonreír.

Algo más me disgustó una crónica enviada, al parecer, de Madrid y publicada en París con la firma de un corresponsal francés, amigo del señor Chao. Éste le había preguntado si sería más veraz que los otros periodistas, y le contestó que diría la verdad entera.

Llegó su primera crónica, y decía:

«Madrid es una ciudad de la Edad Media, sin alumbrado público, salvo los faroles mortecinos que alumbran imágenes religiosas, esculturas en general de imponderable mérito; porque hay hornacinas, algunas muy artísticas, en todas las callejuelas.

Ayer pasó por la Puerta del Sol un batallón de nacionales, cuya banda de música, por cierto notabilísima, tocaba la Marsellesa. El público se descubría respetuosamente al pasar los gastadores vistiendo el hábito de San Francisco.»

Indignése Chao leyendo estos desatinos y se lo reprendió al corresponsal. Pero éste, deseoso de justificarse, le hizo leer una carta de su redactor en jefe en la que le decía, poco más o menos:

«Hemos tenido que inutilizar sus crónicas y hacerlas de nuevo aquí. No se le ha mandado a usted a la Península para que nos cuente que Madrid es un pequeño París y que no sucede nada de particular. Este público no acepta un Madrid sin toros por las calles, serenatas nocturnas y frailes capuchinos.»

Aprovechando la libertad absoluta que dejaba el Gobierno para telegrafiar, corrían por el mundo entero despachos telegráficos por el estilo del que va a continuación; lo he

visto yo mismo en la Biblioteca de Santa Genoveva, en una colección de diarios de aquel año:

«MADRID, 30.— SE VA RESTABLECIENDO LA TRANQUILIDAD. HOY NO HAN SIDO ASESINADOS MÁS QUE TRES GENERALES Y UN OBISPO. EN SEVILLA, APEDREADOS EXTRANJEROS. PI AMENAZÓ A CASTELAR CON REVÓLVER. CONSEJO DE MINISTROS. EX ALCALDE RIVERO SE NATURALIZA ALEMÁN.»

ELOGIA A LA REPÚBLICA

Como se ve, existía contra la República una conspiración universal. La exclaustación de unas monjas en Montilla y el asesinato vulgar de un acaparador se hicieron pasar ante el mundo atónito por cosas nunca vistas. Las cosas nunca vistas en España son mucho más recientes, muy posteriores a aquella República tan calumniada, que ni vendió colonias con sus habitantes inclusive ni perdió una pulgada del territorio nacional.

De aquella República sólo yo tengo derecho a quejarme; le debo uno de mis vicios, el de fumar. Tenía treinta y cinco años y no había fumado nunca. Hasta había publicado más de un artículo contra los fumadores y contra el tabaco. Pero un día se le ocurrió al general don Fernando Fernández de Córdova ofrecerme un habano de los que fumaba él, y por no desairarlo lo encendí; desde entonces no me quito el cigarro de la boca.

Tratándose de una República tan desacreditada, siquiera los gobiernos supieran la verdad, no es extraño que las naciones se negaran a reconocerla. Fue reconocida oficialmente por los Estados Unidos, por algunas repúblicas hispanoamericanas y creo que también por Suiza; pero las demás potencias, las europeas, hicieron más que negarle su reconocimiento: la hostilizaron. La *República francesa*, presidida por el monárquico y sanguinario Thiers, hizo gestiones

en las cancillerías para que nadie reconociera la República española, protegió descaradamente a los carlistas y puso en la frontera prefectos legitimistas para que las facciones se movieran a sus anchas. Castelar, que daba mucha importancia al reconocimiento casi inútil de las grandes potencias, estaba entristecido. Recuerdo que un día le llevó a Figueras, estando yo con éste, un despacho de don Patricio Escosura, ministro en Berlín, en el cual participaba que Bismarck le había hecho indicaciones acerca de la necesidad de restablecer el orden en España. Se sobreentendía el *¡porque si noooo!...* Esta amenaza impresionó hondamente a Castelar, tanto que, probablemente no secundaría el propósito de Figueras, quien le dijo que debía telegrafiar a Escosura en los términos siguientes:

«Haga usted saber al canciller imperial que en España no turban el orden más que los insensatos que aspiran a modelar nuestras instituciones a semejanza de las de este imperio anacrónico y tiránico.»

UN MOTÍN

Los republicanos de Madrid y los de toda España estaban disgustados con que no se renovaran gubernativamente los ayuntamientos y diputaciones; pero el gobierno quería cumplir fielmente lo convenido con los amadeístas al votarse en las Cortes la República. El general disgusto, y algún incidente que no recuerdo ahora, provocaron un motín en la calle de Santiago y a las puertas de la provincial Diputación. No puedo ahora precisar la fecha; se recuerdan otras con exactitud, como la del 23 de abril, que no tuvo gravedad, y se olvidan aquéllas en que no intervinieron famosos personajes. Para mí tuvo mayor importancia el motín de la Diputación.

Al saberse en el Gobierno Civil que los diputados provinciales habían cerrado las puertas y pedían auxilio, porque había miles de hombres en la plaza de la Diputación y

calles próximas dando vivas y muertas en actitud hostil, me avisaron por telégrafo (no había teléfono). Yo estaba en el Ministerio de la Gobernación para asuntos del servicio. Cuando llegué al Gobierno encontré a Miguel Pérez, oficial primero, y a Langarica, jefe de Orden Público, dispuestos a salir con la fuerza presente de Orden Público: una treintena de hombres. No quise llevar aquella fuerza, que era exigua para tanto amotinado, y la dejé en el Gobierno.

Acompañado solamente por Pérez y Langarica, me presenté en la plaza de la Diputación. Aun antes de llegar, llegaron a mí las voces y el estrépito. Bastó mi presencia y cuatro buenas razones para apaciguar aquel tumulto, y se dominó el conflicto sin sangre, sin prisiones y sin consecuencias.

Otros disturbios anunciados y no pocas tramas de los enemigos tuve la suerte de impedir o deshacer acudiendo al remedio con anticipación; algo más me satisface y me honra el haber podido evitar ciertos conflictos que si hubiera tenido la triste necesidad de reprimirlos usando de la fuerza.

UN PASTOR PROTESTANTE

Un día se me presentó en el Gobierno Civil un hombre de aspecto respetable, diciéndome que era pastor protestante y solicitando mi autorización para dar conferencias en la cárcel pública (en el Saladero).

Le negué el permiso de darlas en el patio, donde tendrían que oírlos los que quisieran y los que no quisieran; todo lo que hice fue concederle un local para que predicara a los que voluntariamente quisieran asistir.

Pasado un poco de tiempo díjome el alcaide que aquel predicador había ido una vez a predicar, pero que no había vuelto.

Un día me encontré en la calle al buen pastor. Me saludó cortésmente y me paré a preguntarle:

—¿Cómo es que no ha vuelto usted al Saladero? ¿No tuvo usted oyentes?

—Sí, señor —me dijo—; se llenó el local, me oyeron con respeto y atención; al final me aplaudieron. Sin embargo...

—¿Qué?

—Al llegar a mi casa me encontré sin petaca, sin pañuelo y sin reloj...

LOS ANARQUISTAS NO SON IMBÉCILES

Publicábase por aquel tiempo, con escándalo de las almas tímidas, el periódico *Los Descamisados*. Estaba, en general, muy bien escrito; sus redactores, todos reaccionarios, revelaban estar más habituados a manejar la pluma que el petróleo. Y se sabía muy bien quiénes eran aquellos personajes; pero sus lectores, unos por ignorancia y otros por malicia, atacaban al gobierno, que permitía publicar unas cosas tan *revolucionarias*.

Véase el programa:

«La anarquía es nuestra fórmula. Todo para todos. Paso libre a los descamisados. ¡Guerra a la familia, a la propiedad y a Dios!»

Conociendo bien a los autores, pasé entonces algunos buenos ratos leyendo el programa y las ocurrencias del periodiquito; pero hoy, pasados treinta años, ardo en ira cuando veo que falsos historiadores, republicanos por añadidura y que figuraron en aquellos tiempos, fingen creer que todo era obra de los anarquistas —¡como si los anarquistas fueran tan imbéciles!— y hacen responsable a la República de lo que era obra de monárquicos.

Pero, después de todo, no deben sorprenderme las jeremías tontas de algún publicista de tan mala fe que toma en serio y critica lo que visiblemente es una broma andaluza, como cierto manifiesto en que se ofrecía la abolición del Concilio de Trento. Hay celos y despechos que duran treinta años.

Ni en tiempo de la República, en el ardor de la lucha, vivas las pasiones, fuimos tan maltratados por los monárquicos de todos los matices como después por historiadores novelistas ¡republicanos! Alguno de éstos, en su odio al federalismo, dice que las masas federales no sabían lo que era la federación. Lo dice y lo repite hasta la saciedad. Tal vez no lo supieran; si lo sentían, no era preciso pedir más. A las masas católicas nadie les niega su catolicismo; sin embargo, no están compuestas de teólogos capaces de comprender y explicar sus dogmas y sus misterios, que ellas no entienden (ni tampoco yo).

A EL ESCORIAL PARA COMBATIR A UNOS CARLISTAS

Se levantó en los límites de la provincia de Ávila una pequeña partida, que se supuso carlista, compuesta, según los primeros partes, de ocho hombres, y según los últimos, de treinta, y se me participó que había penetrado en la provincia de Madrid, con rumbo a El Escorial, sin más fin que allegar gente. El mismo día salí para El Escorial con cien voluntarios del batallón de la Latina.

Aquí debo hacer una confesión, y la hago. Ni yo creí que iba a copar la partida ni que ella se acercara a El Escorial. Mi salida fue un pretexto de que me valí para descansar un poco, ya que en Madrid no tenía tiempo de hacerlo. Aun sin tanta fatiga como entonces, cuando estoy mucho tiempo en una ciudad cualquiera, siento la nostalgia de la libertad campestre y del oxígeno. Tengo algo o mucho de salvaje; necesito años para conocer una ciudad, para no extraviarme

en ella, para no desorientarme en cada esquina. Y en despoblado, en la montaña, en la selva, me oriento al primer día y ya no me pierdo nunca.

Aquella noche dormí perfectamente, lo mismo que los hombres, exceptuados los de un pequeño retén que establecí.

Por la mañana supe que la partida se había internado otra vez en la provincia de Ávila, donde poco después se disolvió.

Pero estaba escrito que ni en El Escorial había de tener sosiego. Mis latinos se habían engrescado unos con otros, delante del Monasterio, y hube de acudir para que no vinieran a las manos.

Como siempre, la realidad no era tan pavorosa, ni con mucho, cuanto el aviso que se me había dado.

Tratábase de una disputa, originada en la proposición de un voluntario que quería ver a Felipe II y aun sacarlo al fresco. Apoyábanlo muy pocos, se oponían la mayor parte, pero se discutía la cuestión a gritos.

No necesité esforzarme para convencer a la tumultuosa minoría de que Felipe II tiene perfecto derecho al panteón. «Nuestro interés —les dije— es que no salga... ¡por si acaso! Tened en cuenta que nuestros abuelos, siendo sus víctimas, lo respetaron en vida; nosotros debemos respetar su tumba. Chamuscó bastante gente, es verdad, pero aquella gente contemporánea suya era partidaria de la chamusquina. Si Felipe II resucita hoy probablemente sería voluntario federal.»

Por la tarde volvimos a Madrid.

REPÚBLICA UNITARIA

Los amadeístas que el 11 de febrero habían dado su voto a la República entendían que ésta debía ser unitaria. Unitaria

fue antes y después de reunirse la Asamblea federal, y así resulta ilógica toda la argumentación de los que combaten el federalismo por el mal éxito del ensayo del 73. El federalismo no pasó de una aspiración platónica de los que lo defendieron, y cabalmente por eso hubo tantas protestas y algunas rebeliones, como la cantonal.

Uno de los que más combatieron, prematuramente, la solución federal fue el señor Martos. Un ministerio compuesto de federales, de antiguos republicanos, aun siendo monárquicos los que hicieron la República, a Martos le parecía muy lógico y muy propio también de la ingratitud humana. «Pero esta vez —decía— la lógica y la ingratitud han aparecido demasiado pronto.»

Los republicanos madrileños hicieron algunas aunque tímidas demostraciones contra la Asamblea, demostraciones que exageraba a su gusto la prensa reaccionaria. El 8 de marzo había numerosos grupos desarmados y en actitud tranquila alrededor del Congreso, y el presidente Martos mandó que la Guardia Civil despejara aquellos alrededores sable en mano. Llegué en aquel momento por casualidad, y el teniente de la Guardia Civil me participó lo que iba a ejecutar. Yo le dije: «Está usted a las órdenes del presidente de la Cámara quien puede mandar lo que crea conveniente... dentro de la Cámara. En la calle soy yo el responsable del orden, y no habiéndose turbado, le prohíbo a usted cargar mientras no lo mande yo.»

Me pareció que los guardias y el teniente se alegraron mucho de mi oportuna llegada; el caso es que no hubo sablazos, ni víctimas, ni desorden. El presidente se quejó al señor Figueras de que yo desacataba su autoridad, pero Figueras lo convenció de que yo estaba en lo justo. Sin embargo, a ruego de Figueras, le dí a Martos franca explicación. Estuvo conmigo el señor Martos afectuoso y correc-

tísimo; seguro estoy de que él también se alegraba de lo que yo hice.

El descontento contra la Asamblea no se encerraba en Madrid. El 9 de marzo faltó poco para que se proclamara en Barcelona el Estado catalán. Acudió Figueras y aplacó hábilmente aquel conflicto.

Su prestigio en Barcelona era inmenso.

Para fijar la fecha de las elecciones hubo una votación en la Asamblea. El señor Martos, creyéndose derrotado por aquella votación, dimitió su cargo de presidente y fue sustituido por el diputado don Francisco Salmerón.

Suspendió sus sesiones la Asamblea, quedando en funciones, como permanente, una comisión nombrada por la misma. Esta comisión, como antes la Asamblea, no hacía más que suscitar embarazos al gobierno y conspirar sin descanso dentro y fuera de Madrid. Ella preparó la insurrección del 23 de abril, de la que diré lo que recuerdo.

El 22 me visitó una señora que me conocía desde mi niñez y a quien no había visto desde muchos años antes. Emparentada con algún político de altura, debía saber muchas cosas. Me habló al principio de asuntos sin importancia, y al fin, con lágrimas en los ojos, me dijo que quería llevarse mi familia, porque en aquella casa —vivíamos en el Gobierno— creía ella que no estaba muy segura. Me negué resueltamente; le dije que mi familia no corría ningún riesgo y que, en último caso, lo arrostraríamos todo. Le indiqué, además, que yo no temía sorpresas porque estaba prevenido.

EL GENERAL PAVÍA CONSPIRA

La gestión de aquella buena señora me hizo comprender que se acercaba una intentona seria. Se lo conté al señor Pi,

quien a su vez tenía confidencias de otro origen y datos más fundados. Convencidos de que el día siguiente era el señalado para una sublevación, tomamos las medidas más urgentes.

Contaban los conjurados con muchos generales, entre ellos el general Pavía, capitán general de Madrid, y, por consiguiente, con la guarnición. Creían contar con la Guardia Civil. Su mayor confianza estaba en la artillería, pues licenciados los oficiales facultativos del cuerpo, desde los últimos días de don Amadeo, mandaban los regimientos oficiales y jefes de las armas generales que temían de los republicanos una reorganización contraria a sus intereses. Todo hacía temer que la sacudida fuera grave.

Le dije a Pi:

—Yo le respondo a usted, aunque cuenten con todo lo que quieran, de que nos sostendremos treinta horas.

—¿Y de qué sirve que nos defendamos unas horas más o menos si somos derrotados?

—Seremos derrotados en Madrid, eso es infalible; pero en treinta horas pueden llegar todas las locomotoras y todos los vagones de todas las estaciones de España con sesenta mil federales de Castilla, de Aragón, de Valencia, de todas partes.

En efecto, aquella noche salieron dos comisiones con amplios poderes, que se situaron, una en Guadalajara, otra en Alcázar, desde donde, por delegación del Poder ejecutivo, hubieran comunicado órdenes a todas las provincias en cuanto les faltaran comunicaciones con Madrid o supieran que se habían roto las hostilidades.

Amaneció el 23.

Apenas era de día cuando recibí un oficio del alcalde señor Marina participándome que, como jefe de la milicia

popular, reunía para pasarles revista los batallones «del margen». Eran los amadeístas.

Le contesté acusándole recibo y diciéndole que yo también revistaría los batallones «del margen». Los republicanos.

Los batallones monárquicos se reunieron en la plaza de toros, no la actual, sino la que existía próxima a la puerta de Alcalá y al hotel del general Serrano.

Los republicanos se situaron en las Salesas, en las estaciones y en varios edificios; dos batallones quedaron de reserva en la plaza Mayor. La fuerza más comprometida era la situada en las Salesas, a las órdenes de Enrique Faura.

El señor Figueras permaneció en su casa, afligido por una desgracia íntima y reciente.

El señor Pi desplegó aquel día una actividad serena, aunque atendiendo más a provincias que a Madrid; no hice, por mi parte, más que cumplir sus órdenes.

La Comisión permanente celebraba sesión, declarada en abierta rebeldía. Estuve en el Congreso, y un diputado me dijo, entre veras y bromas:

—Los rebeldes no somos nosotros; lo es el gobierno. Si lo fuéramos nosotros, ahora mismo nos apoderaríamos de usted.

—Eso es lo que quisiera —le respondí—, porque hace diez minutos que hice testamento; no tardarían en venir 6.000 hombres a sacarme.

No me detuvieron. Me marché después de ofrecerme al presidente, por si quería una fuerza de la Guardia Civil para salvaguardia de la Cámara en previsión de contingencias posibles. No aceptó.

EL GENERAL HIDALGO. GENEROSIDAD

El Gobierno relevó del mando al general Pavía, sustituyéndolo por el general Hidalgo. Éste se puso al frente de las tropas y se dirigió con ellas hacia la plaza de toros. Los sublevados se dispersaron sin oponer resistencia. No hubo más.

Dispersos, ya de noche, los batallones del señor Marina, cundió la indignación entre los republicanos que no pertenecían a los batallones; los alistados se mantenían en sus puestos con el mayor orden. Varios grupos, en actitud hostil, rodearon el palacio del Congreso, donde la Asamblea seguía deliberando. Los diputados levantaron la sesión precipitadamente. Rivero y Becerra, por ser muy conocidos, se ocultaron en los sótanos, según supe después. Los demás fueron saliendo sin gran dificultad, acompañados unos por Nicolás Salmerón, otros por Castelar, algunos por mí y por mis amigos. Ninguno fue atropellado ni insultado; el que más, oyó algunos silbidos. Los que han hablado de turbas demagógicas, ebrias y soeces, vieron con vidrios de aumento o no sabían lo que les pasaba. Se condujeron *las turbas* con nobleza y generosidad. Ya sé que al decirlo borro yo mismo los aplausos que se me prodigaron en aquellos días, suponiendo que salvé la vida al marqués de Sardoal y a muchos otros. Con gusto lo hubiera hecho en caso necesario, pero nadie tuvo amenazada su vida. Aquello fue un tumulto de poquísima importancia. Agradecí, no obstante, las frases laudatorias que me dedicó el presidente, don Francisco Salmerón, en la protesta que dirigió al país por la disolución de la Asamblea que el gobierno decretó; como agradecí, aunque inmerecidos, los cumplimientos y felicitaciones de otras personas respetables.

Pero aunque nadie corrió un verdadero peligro ni hubo dificultades serias, hubo, sí, mucho celo, mucha actividad, mucho entusiasmo en los republicanos de Madrid, señalándose extraordinariamente Rubaudonadeu, Rodríguez Solís,

Castañé, García Marqués, Pérez, Balbona, el *Quito*... Corto la lista porque sería muy larga.

El brigadier Carmona se condujo, por su parte, con la corrección más exquisita.

Se habló mucho entonces y después del *Carbonerín* y de su gente. Leyenda pura. Negaría su existencia si no hubiera tenido ocasiones de conocerlo y tratarlo, porque nunca dio nada que hacer, jamás perturbó poco ni mucho. Felipe el *Carbonerín*, muerto hace años, era un entusiasta, pero muy hombre de bien. Hasta versos le han dedicado a título de demagogo feroz. No era sino un modesto industrial que abandonaba sus negocios por la cosa pública. Muchos como él le convendrían a España para salir de la putridez en que se ahoga.

LOS CONSPIRADORES CONTRA LA REPÚBLICA

Resultaron comprometidos en el complot del 23 de abril los generales alfonsinos conde de Valmaseda, Gasset, Gándara, Letona y Caballero de Rodas, así como los liberales duque de la Torre, López Domínguez, Ros de Olano, Bassols, Baldrich, Topete y algunos más. Don Manuel de la Concha, marqués del Duero, de quien se decía que estaba en la conjura, se lo negó en redondo a un buen amigo suyo. De los hombres civiles, el más bullidor fue el marqués de Sardoal. Ninguno fue perseguido ni molestado. Becerra únicamente, reconocido en la calle por un grupo de ciudadanos que habían sido *becerristas* antes del 68, fue llevado como preso al Gobierno Civil, pero inmediatamente se le puso en libertad. Si después emigraron casi todos fue por su gusto y para conspirar más libremente.

ELECCIONES. NEUTRALIDAD DEL GOBIERNO

Anunciadas las elecciones para el mes de mayo, el ministro de la Gobernación (Pi y Margall) dirigió una circular a los gobernadores recomendándonos la neutralidad más absoluta. No fue una vana fórmula, como es costumbre; el señor Pi no era capaz de consentir las injusticias, las ilegalidades y los fraudes que han tomado cartas de naturaleza entre nosotros. No hubo candidatos oficiales. El anhelo de Pi era perder las elecciones para dar un ejemplo nunca visto. Aun así, los monárquicos se retrajeron, con pocas excepciones. Sabían de sobra lo difícil que les era el triunfo sin el apoyo oficial, pues, descartando un par de docenas de distritos, los demás votan espontáneamente sin presión alguna en favor de todos los gobiernos.

La prueba de que es así la tuve yo el año 73. Un día se me presentaron dos señores de la provincia de Toledo y uno de ellos me dijo:

—Nosotros somos amigos particulares y políticos de don Cristino Martos; pero como es de oposición, no nos conviene ahora que sea nuestro diputado. Venimos, pues, a ofrecerle a usted que sostendremos su candidatura en el distrito de Orgaz.

Y yo les dije:

—¡Pues valientes amigos particulares y políticos tiene don Cristino Martos!... Agradezco mucho que hayan pensado en mí, pero no acepto. He sabido que piensan elegirme en el distrito de Baeza-Linares sin que yo lo haya pretendido.

A pesar de mi contestación, resulté elegido diputado a las Constituyentes por Baeza, *por Orgaz* y por Santa Cruz de Tenerife.

En Tenerife lo fui con mengua de la imparcialidad por Pi recomendada, pues mi candidatura, presentada ya no sé por quién, fue combatida por el gobernador; si triunfó,

debido fue a la juventud republicana, a los amigos políticos del marqués de la Florida y a los elementos neutros.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

La Asamblea Constituyente se reunió en Madrid el día 1 de junio, presidida por el venerable Orense. Al reunirse, era unánime federal, con la sola excepción de cuatro o seis monárquicos y el republicano García Ruiz.

Pero en breve surgió la división; cada personaje de renombre constituyó su grupito personal, y llegaron a ser incompatibles unos con otros. Los monárquicos de la Asamblea, Cánovas, Ríos Rosas, León y Castillo, Romero Robledo y el propio García Ruiz, que nos odiaba a todos, nada tuvieron que hacer y nada hicieron para ahondar las divisiones; bastaban para eso los jefes republicanos.

Sí, los jefes; porque la Asamblea era, en conjunto, inmejorable.

Ha habido otras de más altura intelectual; ninguna más patriótica ni mejor intencionada. Algunos periódicos decían que era un *tren de tercera*, aparte de que lo mismo se ha dicho de otras Cortes, el ser de tercera no era un demérito ni una desventaja. Una Asamblea en que cada diputado fuera un Castelar, un Cánovas, un Salmerón o un Pi sería una calamidad, y si hubiera en cada distrito un Salmerón, un Pi, un Castelar o un Cánovas, estos señores dejarían de ser notabilidades para convertirse en vulgo. Además, si las Cámaras de representantes no fueran «trenes de tercera», no serían verdadera representación de un país que también es de tercera, como todos los países. La civilización es todavía rudimentaria.

Trataré en los capítulos siguientes de la vida y muerte de la Asamblea federal.

LOS ESTADOS UNIDOS EN ESCENA

La Asamblea, constituida en breve sin que las actas dieran motivo a graves discusiones, confirmó sus poderes al gobierno. Por aquellos días, y aún antes de reunirse la Asamblea, el general americano Sickles, ministro de los Estados Unidos en España, andaba en conferencias con los señores Figueras y Castelar, pero mucho más con el primero que con el segundo. Y cuando el señor Figueras dimitió la presidencia del Poder ejecutivo, sustituyéndole don Francisco Pi y Margall, éste continuó las negociaciones entabladas por el señor Sickles.

Ofrecía el general, en nombre de su gobierno, todo género de seguridades en cuanto al porvenir de Puerto Rico y de Cuba, con tal de que estas islas se constituyeran en Estados autónomos de la República española. Reconocida España, en ese caso, como potencia americana (porque tendría en América dos de sus Estados federales), nada tenía que temer de la llamada «doctrina de Monroe», y aun podría invocarla en su provecho contra injerencias extrañas.

Hizo más el representante de los Estados Unidos: ofrecer a España un anticipo de 250 millones de dólares —1.200 millones de pesetas— con la garantía de las aduanas de Cuba. Esta última condición fue rechazada por el señor Pi, que consideraba depresiva la forma en que Sickles entendía la intervención en las aduanas.

Me habló de este asunto el propio general Sickles, si bien por mi parte decliné el honor de discutir con él un tema que no me competía.

Un día de los primeros de junio me preguntó Figueras si yo aceptaría el gobierno superior de Cuba. Le contesté que sí, con una condición: que se diera el mando militar al general que yo dijera y que lleváramos de la Península 20.000 hombres de ejército y voluntarios con los jefes que yo designaría.

—Con la guerra carlista —me contestó Figueras— no es fácil sacar de la Península 20.000 soldados.

—Si voy sin ellos —añadí— los voluntarios de La Habana me embarcarán como a Dulce; tal vez me hagan el honor de pasarme por las armas.

—¿Y con ellos?

—Con ellos, con 20.000 hombres aún no maleados, disolvería los voluntarios de La Habana, aunque se resistieran, y expulsaría de la isla hasta una docena de personas. Hecho esto, los insurrectos se someterían en un plazo relativamente corto, mediante una completa amnistía y otras garantías más eficaces. Mientras la isla esté gobernada por las turbas o por sus inspiradores, los insurrectos no depondrán las armas.

Figueras asintió.

FIGUERAS RENUNCIA LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Por causas no bien sabidas renunció Figueras la presidencia del Poder ejecutivo de la República, desapareciendo de Madrid, y aun de España, antes que la Asamblea le aceptara la renuncia.

Con tal motivo, el 11 de junio, apenas conocida su desaparición, intentaron perturbar el orden público los mismos personajes militares y civiles que hablan todavía de las perturbaciones del 73. ¡Y eran ellos mismos los perturbadores!

No ocurrieron cosas graves porque las fuerzas de la Guardia Civil y de Orden Público, mandadas estas últimas por Miguel Pérez, *madrugaron más*, como alguien dijo entonces, que los aspirantes a dictaduras caricaturescas.

Aceptada por la Asamblea con la renuncia de Figueras la dimisión del gabinete, se eligió, por votación directa, el ministerio de que formé parte. El señor Pi, después de elegido presidente, siguió desempeñando la cartera de Gobernación.

Debo advertir que Figueras me había preguntado quince días antes si quería encargarme del Ministerio de la Guerra, y le contesté rotundamente que no.

Antes de la votación me llevó Castelar a la biblioteca del Congreso:

—La Cámara —me dijo— está inclinada a confiarle a usted la cartera de Guerra; los amigos que me oyen son del mismo parecer; yo, sin embargo, no me decido a aconsejarles sin saber lo que usted hará en el ministerio...

—Pues mire usted —le dije—, como nunca he pensado ser ministro ni lo deseo; como por eso mismo no he formulado programa, lo probable será, si persisten en mi nombramiento, que yo no haga en el ministerio absolutamente nada.

—En ese caso —me contestó—, mis amigos y yo le votaremos a usted.

De manera que si yo le hubiera anunciado el propósito de intentar algo, por poquito que fuera, no se me hubiese elegido con tanta unanimidad.

INTRIGAS

El general don Fernando Pierrard, hermano del ya difunto don Blas, subsecretario o secretario general de Guerra, que en aquel momento era ministro interino, fue excitado por algunos subalternos suyos y por otras personas interesadas en crear conflictos para que no entregara el Ministerio. Él también era diputado y aspiraba a ser ministro. Circulaban

rumores de que no me entregaría la cartera y de que ya se había encastillado en Buenavista.

Como al Gobierno Civil, fui enteramente solo a tomar posesión del Ministerio. El general Pierrard había sido calumniado: me hizo entrega con la más cumplida corrección. Aceptada su dimisión, que me presentó seguidamente, nombré en su lugar a mi amigo el coronel Carrafa.

El general Socías, diputado a Cortes, explanó el 18, en la Asamblea, una interpelación acerca de los sucesos del día 11 de junio.

Su objeto era atacarme, porque siendo general y titulándose republicano, se creía con mejor derecho y con más capacidad que yo para ser en la República ministro de la Guerra. Derecho, en verdad, únicamente lo tenía el que fuera elegido por la Cámara, y ése era yo. Pronunció el general un discurso preñado de reticencias, en el cual daba a entender que yo era un ambicioso y que tenía malos antecedentes militares. Para probarlo dijo que yo había sido reprobado en unos exámenes cuando era cadete, que había pedido muchas licencias por ser un oficial enfermizo, que me había ausentado de la isla de Cuba en tiempo de guerra, y otras cosas que no eran como él las presentaba. Explicadas quedan, incluso las licencias temporales, en los capítulos correspondientes.

Una Asamblea compuesta de paisanos, al oír hablar de malos antecedentes creyó que mis notas serían desfavorables o que mi vida encerraba algún secreto. Y es todo lo contrario: mi existencia es pública; si alguien la desconoce es porque no le interesa. Mis notas de concepto eran de las más brillantes; mis jefes me habían juzgado y calificado mejor que merecía. En esto no cabe engaño, porque están las notas consignadas en mi hoja de servicios, y ésta archivada donde no se pierde. No he visto en ellas más que un error y es el referente a mi estatura: error de pocos centímetros.

La sorpresa de los diputados fue extraordinaria cuando al contestarle al general expuse que, en efecto, mi hoja de servicios no era buena, dadas las preocupaciones militares; que yo me sentía mal militar, por lo cual había dejado la carrera, como debieran hacerlo esos numerosos oficiales que no tienen vocación.

FRENTE AL GENERAL SOCÍAS

Y no era buena mi hoja de servicios porque en ella constaban y constan, además de los combates y batallas y cruces obtenidas, varios procesos, prisiones, sublevaciones, un consejo de guerra y las licencias temporales a que el general Socías había hecho referencia; todo lo cual está puntualmente consignado en el presente libro. Pero ninguna de esas cosas podía lastimar mi honor; y si no me daban derecho al título de perfecto militar, nadie me lo podía echar en cara desde que yo mismo, por mi propia voluntad, me había desceñido el uniforme.

En cuanto a mi salida de La Habana, dicho queda en anterior capítulo que la hice en toda regla, con licencia del capitán general y con el correspondiente pasaporte. Si en tiempo de guerra no debe concederse licencia a un oficial, que no me la hubieran concedido. Pero de todos modos, y con toda franqueza lo declaro, si no hubiera obtenido la licencia me habría marchado sin ella: mis sentimientos humanos, mi patriotismo, y ante todo mi conciencia, pesan más en mi ánimo que todas las leyes de este mundo. Afortunadamente, para salir de Cuba no me fue preciso violar ninguna ley. Si hubiera estado en campaña, si hubiera tenido mando de tropas, y si además hubiérame embarcado sin licencia, me calificaría yo mismo de desertor. Pero de serlo, me hubieran procesado y preso cuando llegué a la Península.

En la época de las rebeldías y guerras civiles de los conquistadores, en América, don Lope de Aguirre fue de-

clarado traidor en nombre de un rey que no era don Amadeo, sino Felipe II. Desde aquel instante firmó de esta manera todos sus escritos:

Lope de Aguirre, traidor.

Y yo también adoptaría el nombre o título de desertor si hubiera desertado.

Algunos compañeros de diputación me decían después, hablando del discurso de Socías, que cómo no le había contestado una insolencia. He aquí una de las cosas que más me desagradan del parlamentarismo. Las personas bien educadas no dicen insolencias, pero en el Parlamento, según parece, puede prescindirse de la educación. Allí se oyen a menudo palabras insolentes e interrupciones groseras. Yo entiendo que lo que debe hacerse es lo que dice: mandar los padrinos al orador reticente.

DESAFÍA AL GENERAL SOCÍAS

Sin culpa mía ni de mi adversario, los padrinos de ambos —por razones que ellos se sabrían— aplazaron la solución del lance. Y cuando llegó el momento, firmaron un acta que me daba cumplida satisfacción. Hizo más el general Socías: buscarme, después de mi salida del Ministerio y de firmada el acta, para decirme que lamentaba de veras haber sido instrumento de algunos hombres políticos, los cuales aprovecharon sus pasiones de momento para impulsarlo a atacarme.

Fueron mis padrinos en aquella ocasión Antonio Merino y Eduardo López Carrafa; los de Socías, el diputado Fantoni y el coronel Argüelles. No he hablado en este libro, por parecerme incorrecto, ni de lances personales ni de actas de padrinos. Si hago esta excepción, atribúyase a lo excepcional del caso.

En un concepto quedé justamente desacreditado: como orador. No tengo yo la culpa de no serlo, y es más, creo que aunque reuniera todas las condiciones necesarias tampoco lo sería; indudablemente me expresaría con desconfianza y temor, pues no había de tener la presunción de hacerlo mejor que los demás, y lo que dicen los demás suele hacerme un efecto desastroso. Todo lo que admiro a los buenos oradores detesto a los medianos, que son la mayoría. Delicadezas del gusto, ya que no refinamientos del arte, determinan en mí la repugnancia invencible con que oigo tantos discursos amanerados, vacíos o con sensibles incorrecciones de estilo y de lenguaje.

Hasta en letras de molde se dijo en aquel tiempo que unas palabras más enérgicas hubieran estado bien en mi oración. ¡Palabras enérgicas!... La energía está en los pensamientos, en las resoluciones, en el ánimo, de ninguna manera en los discursos. ¡Es tan fácil parecer enérgico diciendo groserías!

DE MINISTRO DE LA GUERRA

Es extraño y enojoso lo que me sucede: «el ministro de la Guerra de la República» dicen algunos para designarme. La gente nueva creará que yo fui ministro durante aquel período. No, caballeros. El año 73 hubo en España seis ministros de la Guerra, y yo lo fui menos tiempo que los otros: apenas tres semanas. Por eso a los que digan que en el Ministerio no hice nada, pudiera responderles:

1.^o Que así cumplí estrictamente el programa de la fracción más gubernamental de la Asamblea.

2.^o Que no tuve tiempo de hacer mucho, aunque hubiera abrigado ese propósito.

Y 3.^o Que en un Ministerio como el de la Guerra, donde está probado que pueden hacerse muchas cosas, me alegro infinito de no haber hecho ninguna.

Conste, pues, que no hice nada; bien se alegrarían algunos de poder decir lo mismo.

Sin embargo, en veinte días solamente, plazo corto para cosas grandes, hice algunas cosas chicas:

Disolví los cuerpos francos.

Nombré la Comisión reorganizadora del ejército.

Creé la medalla militar de Cuba.

Se dirá que los tiempos no eran los más indicados para medallitas.

Sí que lo eran. No doy ninguna importancia a las condecoraciones, y seguramente que no me habrá visto nadie con las mías. Pero en aquel momento la medalla de Cuba era una satisfacción debida a los militares, y diré por qué: los ministros de don Amadeo habían concedido una medalla a los voluntarios de la isla, desairando al ejército, y me pareció oportuno y justo conceder otra a los que peleaban.

En cuanto a la Comisión reorganizadora del ejército, no fue una de tantas comisiones que se crean en España para perder el tiempo. Aquella trabajó; cumplió su tarea en los tres meses de plazo que le señaló el decreto de 19 de junio, y dio a luz una *Memoria* que contiene dictámenes luminosos y discusiones muy interesantes, en 894 páginas impresas.

Faltó lo principal: la ejecución. Pero yo no era ministro al cabo de los tres meses. El coronel Cassola, uno de los vocales más activos de la Comisión, quiso realizar un empeño parecido cuando fue ministro de la Guerra, catorce años más tarde, y los políticos se lo impidieron.

Veamos ahora lo de los cuerpos francos.

El primer ministro de la República, formado en parte por los ministros de don Amadeo, los creó con el laudable fin de aumentar el número de combatientes contra los facciosos. Pero aquellos batallones, sobre ser caros, no tenían condiciones militares de ninguna especie. Poco hubiera importado la carencia de instrucción, porque la instrucción se adquiere; no importaba mucho el que fuera gente allegadiza, que en campaña se hubiera rápidamente operado la más práctica de las selecciones. Pero es el caso que preferían la guarnición a la guerra, y en las ciudades había llegado a temérseles por sus abusos. Decíase que no sería fácil disolverlos; decreté, sin embargo, su desarme y su disolución. Y me alegré muchísimo de que no se resistieran, porque de todos modos se les habría desarmado.

Me criticaron entonces el que la medida no fuera general. En efecto, hubo excepciones, porque también había batallones excepcionales y valientes. A los que se batían, no era político ni justo disolverlos. Uno de los cuerpos francos, el batallón Nouvilas, mandado por Villarino, estaba sitiado por los carlistas en Portugalete y defendiéndose con decisión. De disolverlo, por no hacer excepciones, habría resultado que los primeros en darles la noticia hubieran sido sus mismos sitiadores.

Cuando más adelante se rindió Portugalete, no estaban allí los francos; habían sido relevados por un batallón de cazadores.

No sé que de esto haya hablado ningún historiador de la República; todos cuentan los excesos de los batallones francos; ninguno —que yo sepa— dice nada de su disolución. Pero recuerdo bien que Castelar en las Cortes de la restauración, refiriéndose a los francos y a sus culpas, dijo que habían sido disueltos «por el más radical de los ministros posibles».

Después de mi salida del Ministerio se crearon otros batallones de la misma clase y procedencia, que dieron los mismos resultados. No me refiero a los de Cataluña, denominados *francos de la Diputación de Barcelona*, porque éstos cumplieron bien. Lucharon con los carlistas y no se indisciplinaron. Los mandaban El Xic, Lostau y otros que supieron cumplir con sus deberes.

La indisciplina del ejército, iniciada en Barcelona, como dejo dicho, se agravó cada vez más. Llegó al extremo de que un batallón en Sagunto asesinara a su jefe. Todo esto sucedió antes de mi entrada en el Ministerio de la Guerra; mientras lo desempeñé no ocurrió ningún caso de indisciplina verdaderamente grave. Consigno el hecho, no me atribuyo la gloria; sería casualidad. Posteriormente a mi salida hubo nuevas escenas deplorables.

Se ha hablado mucho también de gracias indebidas y de ascensos injustificados. No fueron tantos, ni con mucho, como en otros cambios políticos anteriores y posteriores al 73, pero es cierto que la República se excedió en las recompensas, ni justificadas ni agradecidas. No me asusta que de un cabo se haga un coronel o de un subteniente un capitán general; pero eso es cuando el cabo o el subteniente realizan actos heroicos o servicios muy excepcionales. Y en los agraciados no hubo nada de eso. Por mi parte, no concedí gracias ni ascensos por amistad ni por recomendación; las concedí por propuesta de los generales o por acciones de guerra. Tal vez, si se rebusca, se halla alguna irregular concesión hecha por mí, y ahora recuerdo que concedí el empleo de comandante a un capitán retirado: a Higinio García, el sargento famoso de La Granja, a quien España debió la Constitución del 37. En 1837 mereció ser fusilado; en 1873 no era ya el sargento sedicioso, era un anciano, figura histórica de otra generación casi extinguida, a quien debían su posición muchos hombres políticos y algunos generales que no se acordaban del que trajo las gallinas.

Recuerdo también que se dio un ascenso inmerecido, antes de mi entrada en el poder, a un jefe recomendado por mí; tal vez a más de uno; pero aquí me refiero a uno que me abstengo de nombrar, considerando que hace tiempo ha dejado de existir. El agraciado me escribió:

«Tú sabes que nunca he sido político, pero desde hoy seré republicano hasta el crimen.»

En efecto, lo fue hasta el crimen de Sagunto.

SALE DEL MINISTERIO

A fines de junio se me aceptó la dimisión que yo tenía anunciada desde el primer consejo de ministros. Y la había anunciado porque no se me autorizaba a restablecer la disciplina en el ejército de la única manera, a mi entender, posible: castigando con dureza, y no tanto a los soldados como a los oficiales.

Al mismo tiempo que yo salieron los demás, excepto Pi.

Mis pretensiones referentes al restablecimiento de la disciplina, conocidas por una parte del público, le sirvieron de pretexto al periódico de Roque Barcia —*La Justicia Federal*— para decir que yo quería la dictadura, que estaba reuniendo fuerzas para ahogar la libertad y que todas las mañanas en el Ministerio me hacía decir una misa para mí solo.

DIFICULTADES DE PI Y MARGALL PARA FORMAR UN MINISTERIO

Del primer ministerio que presidió Pi y Margall no quedó más que las leyes de Benot (ministro de Fomento), relativas al trabajo de las mujeres y de los menores; siempre

serán invocadas en honor de la República, y servirán de punto de partida en reformas justas y más amplias.

Para formar su segundo ministerio tuvo Pi no pocas dificultades. Habíale autorizado la Asamblea para que él nombrara los ministros, en lugar de elegirlos directamente la Cámara, como hizo con los del Ministerio precedente. No faltaron algunos candidatos espontáneos; desgraciadamente, no eran los que Pi quería. Trató de convencer a Díaz Quintero y a Ramón de Cala de que debían aceptar las carteras que les ofreció; empeño inútil. Díaz Quintero le manifestó que no era él de madera de ministro; Cala, a su vez, declaró que no se creía capaz de gobernar a nadie, mientras fueran instrumentos de gobierno caballos y cañones.

Eran dos demócratas por naturaleza, dos hombres de buena índole, dos santos.

Díaz Quintero, escritor de gran talento y exento de ambiciones, había sido la *bête noire* de los «españoles sin condiciones» —sin condiciones buenas— que alborotaban y fusilaban en Cuba. En La Habana le compusieron una multitud de coplas, pero no tuvo la suerte de que ninguna mereciera la inmortalidad:

*Por las calles de Madrí
se pasea un caballero.
llamado Díaz Quintero,
hablando muy mal de aquí;
y es un pillo, traidor, laborante,
cobarde, insurrecto, canalla, mambí.*

Todo esto, y algo más, por haber hablado y escrito con justa indignación del fusilamiento de Zenea, que fue un asesinato.

A los odios que inspiraba en Cuba el partido español —aquel partido que hizo tanto mal a España— se agregaban los que inspiró en la Península a la gente clerical. Se le

odiaba tanto como al inmortal Roberto Robert, digno precursor de Nakens, y como al propio Súñer y Capdevilla. No se olvidaba su discurso al debatirse la Constitución del 69, en el que dijo, defendiendo la libertad de cultos, que él no era católico, ni protestante, ni budista, ni judío, agregando: «No soy ni siquiera ateo, porque no quiero tener con las religiones positivas ni el contacto de la negación.»

Del bondadoso Cala hablaré en otro capítulo.

Y volviendo a Díaz Quintero, he de contar lo que le ocurrió con él a un gran amigo mío:

Fue este último a visitar a aquél, muy temprano, para un asunto urgente, y le dijeron que no estaba en casa; pero al mismo tiempo, el visitante oyó los ecos de la guitarra, verdadera pasión de Díaz Quintero. Éste la tocaba a todas horas, y la tocaba muy bien: sus momentos de ocio los consagraba a la música. Seguro el visitante de que Díaz Quintero estaba allí, se impuso al criado y se introdujo en las habitaciones. Guiado por la música, llegó hasta la alcoba del diputado por Huelva. Y era allí donde sonaban los mágicos arpegios; pero el que tocaba la guitarra, y la guitarra misma, estaban invisibles como arpa milagrosa. Por fin mi amigo se acercó a la cama, tiró de la colcha, y apareció Díaz Quintero entre las sábanas, en camisa, con gorro de dormir ¡y dormido! tocando la guitarra.

ELOGIO DE PI Y MARGALL

El segundo ministerio Pi, en el que Pi no tuvo compañeros muy leales (salvo excepciones), fue también de duración escasa. Una de las cosas que demuestran el valer inmenso de aquel hombre es la inmensidad del odio que inspiraba. No se ha combatido a nadie con la saña que se le combatió. En la Asamblea de la República se le hizo una guerra despiadada. Muerta la República, siguió siendo el blanco de

los tiros de republicanos y monárquicos. Hasta que lo han enterrado no se le ha hecho la justicia a que era acreedor.

Y, sin embargo, quien ha triunfado es él. Hace medio siglo se le consideraba soñador, iluso, perturbador de la democracia, porque levantaba la bandera socialista contra el individualismo de Rivero, de Castelar, de Orense mismo. Hoy son ya socialistas no solamente los republicanos, sino los monárquicos; hasta el papa lo es, según Benot.

En la época revolucionaria fue el más consecuente y firme campeón de la *utopía* federal. Pues ya son federales, sin saberlo, si no todos los republicanos, la inmensa mayoría de los monárquicos. No se llamarán federalistas, sino regionalistas, autonomistas, *descentralizadores*, comuneros y otras varias cosas; pero que todas trascienden a federalismo. Por propagar lo que hoy piden los más conservadores monárquicos nos hubieran fusilado, no hace mucho tiempo, esos mismos que lo piden.

Y en su postrera época, en vísperas de desaparecer en su honrada y modesta sepultura, señaló a toda España la senda que convenía seguir para evitar catástrofes horrendas. No se le creyó y vinieron las catástrofes, inmensas, terribles, sin atenuaciones. Hoy se reconoce que, entre los altos políticos, él sólo estaba en lo cierto. Si otros pensaban lo mismo no tuvieron el valor de pregonarlo.

Para los políticos que luchan por el poder, para el vulgo, que sólo aprecia los éxitos materiales, Pi y Margall fue un vencido. Para los que miden toda la alteza de los morales triunfos, Pi y Margall fue el triunfador del siglo XIX.

JUICIO SOBRE LOS CANTONALES. SALMERÓN.

La insurrección cantonal de Cartagena, secundada en varias provincias andaluzas, fue la causa determinante de la caída de Pi. En su lugar fue elegido Salmerón. Éste

combatió a los cantonales con la mayor energía, logrando, al fin, dejarlos reducidos a Cartagena y sus fuertes.

Pero allí se mantuvieron firmes hasta enero del siguiente año.

Los cantonales han cargado con las culpas de todos los federales y de todos los republicanos. Se les achacaba la muerte de la República, y no digo yo que la favorecieran; lo que afirmo es que muchos de nosotros vimos en aquella insurrección una consecuencia natural de la mansedumbre y la apatía de la Asamblea Constituyente, una Constituyente que nada constituyó. Se componía de hombres honrados, pero harto sometidos a la autoridad de los prohombres. No discutió siquiera la Constitución, obra de Castelar; su mismo autor y otros muchos, poniendo trabas a toda iniciativa, lograron enterrarla desde antes que naciera. Los diputados de la derecha decían que no era ocasión de discutir, sino de someter a los rebeldes; y éstos se habían rebelado porque la Asamblea no discutía el proyecto de Constitución: un verdadero círculo vicioso.

No querían los cantonales que muriera la República; viéndola muerta querían resucitarla.

Entre los sublevados, Gálvez Arce y otros muchos procedían de buena fe. Algunos, como Barcia, quizá obrarían a impulso del despecho. Pero, ¿cuándo no ha sucedido lo mismo? ¿Qué insurrección ha rechazado jamás el concurso del que se le ofrece ni ha escudriñado los móviles de sus auxiliares?

Si la insurrección de Cartagena perjudicó a la República, no se puede decir que la matara. En realidad, no fue otra cosa que la última convulsión de la moribunda revolución de septiembre.

Quejábanse muchos de la actitud rebelde, pero lógica, de los cantonales, y no de que las autoridades antillanas, auto-

ridades nombradas por la República, desacataran las órdenes del gobierno. Éste había mandado que no se ejecutara sentencia alguna de muerte sin consultar al poder metropolitico, y en Cuba se continuó fusilando.

CASTELAR, REACCIONARIO

A Salmerón le sucedió Castelar en la presidencia del Poder ejecutivo. El nuevo presidente consiguió que la Asamblea suspendiera sus sesiones. Y cuando, libre de las tareas del Parlamento, acentuaba su política de reacción y llamaba en su ayuda a los generales alfonsinos, se le rebeló el general Jovellar, a quien él había nombrado capitán general y gobernador de Cuba.

He aquí lo que pasó: capturado el *Virginus*, barco pirata, cayeron prisioneros Bernabé Varona, conocido por *Bembeta*; Jesús del Sol, y 160 más. El gobierno, por política, por humanidad y por evitar reclamaciones de los Estados Unidos, ordenó al capitán general que suspendiera las ejecuciones. Se le contestó fusilando 53 en dos días, entre ellos los dos nombrados. Poco faltó para que la imprevisión, la crueldad y la desobediencia de las autoridades provocara un conflicto pavoroso con la República norteamericana, primera nación del mundo que había reconocido la República española.

EL BRIGADIER MOGROVEJO

Un día me sorprendió la inesperada visita de mi coronel de África, el brigadier Mogrovejo. Me contó que un hijo suyo, oficial del ejército carlista, se encontraba herido en un lugar de Francia, que ardía en deseos de verlo y que no se atrevía a pedir una licencia por si se la negaban temiendo que él también se marchara a la facción. En suma, quería que yo le proporcionara un pasaporte sin que él lo solicitara.

Inmediatamente me dirigí en carta particular al general Sánchez Bregua, ministro a la sazón, y me envió un mes de licencia para Mogrovejo con un pasaporte para Francia.

Al despedirse me dijo el brigadier:

—Le empeño a usted mi palabra de honor de que volveré con el pasaporte, para que nunca se diga que usted o yo hemos procedido mal; pero después que me presente me iré a las filas de don Carlos.

—Pues lo sentiré, mi brigadier, será un sacrificio inútil, aparte de que su edad de usted es avanzada para trotar por esos vericuetos. Así, pues, deseo que haga usted lo que me dice, no por evitarme compromisos ni críticas ni responsabilidades, sino para ver si lo convengo a usted de que no se debe ir.

Cumplió como caballero. Volvió a Madrid, entregó su pasaporte, se despidió de mí (que no pude hacerle cambiar de resolución) y se fue a las provincias Vascongadas.

HIDALGO SE APODERA DEL PARQUE FEDERAL

Cuando desempeñaba el Ministerio de la Guerra, doté de municiones y completé el armamento de los voluntarios de la República; pero como los cartuchos no deben ponerse en manos pródigas, como el armamento supletorio que concedí era bueno, me opuse a que se hiciera la distribución individual mientras no fuera preciso.

En consecuencia, armas y cartuchos quedaron depositados en Caballerizas, cuyo jefe o director, funcionario nombrado por la República, era un excelente correligionario, Melitón Echevarría.

Fue una insigne torpeza, y pronto me arrepentí de aquella excesiva previsión. ¡Ojalá hubiera sido imprevisor!

Cuando menos lo esperaba, me parece que a fines de noviembre, el general Hidalgo, capitán general de Madrid, se apoderó del *parque federal* —así lo llamaban los amigos íntimos que conocían su existencia— y sin que nadie lo supiera ni yo mismo me enterase hasta pasados tres días, nos encontramos tan desarmados como antes de mi paso por el Ministerio. Todo ingresó en el parque del Estado.

Esta contrariedad, otras de orden político, ciertas ingratitudes con que no contaba (ahora ninguna me sorprende), la descomposición del partido federal, que se había dividido en cantonal y gubernamental, y, sobre todo, la mortificación que me causaba el estar constantemente vigilado por polizontes de la República, más que lo estuve jamás por los de la monarquía, me pusieron en un estado de ánimo parecido a la desesperación.

Así acabó para mí el año 73.

XXIV. LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL (1878)

Al inaugurarse el día 1 de mayo la Exposición Universal del año 78, no se había calmado totalmente la agitación política. Aún presidía la República el general Mac Mahon, y los monárquicos, batidos y anonadados en las elecciones, distaban mucho de darse por vencidos.

Seguían alerta los republicanos, por ser notorio que políticos y militares excitaban al presidente a intentar un esfuerzo decisivo; pero el presidente dimitió por fin, sometiéndose al sufragio público.

Hasta que así sucedió y nos dispersamos los comprometidos, vi con frecuencia a Bordone, en quien admiré una memoria sin par. Conocía por sus nombres a todos los italianos, y de los españoles que le presenté no olvidó nunca ni los nombres ni las fisonomías. Cualidad preciosa para un caudillo del pueblo y que han poseído pocos hombres. Se cuenta por caso excepcional que Mitrídates sabía cómo se llamaban todos los soldados de su ejército. Y en nuestros días tenemos otro ejemplo, que es también una excepción: Rubaudonadeu, que sabe los segundos apellidos de todos los españoles. Siendo diputado, ninguno como él para puntualizar las alusiones: *Castelar y Ripoll*, decía, o *Salmerón y Alonso*, o *Figueras y Moragas*, etc.

Bordone hablaba poco; pero en tantas entrevistas como celebramos y teniendo él tan excelente memoria, tuve ocasión

de oírle referir muy curiosas peripecias de sus campañas con Garibaldi y de sus aventuras de marino. De eso no hablaré, pero he de narrar un episodio del 4 de septiembre, fecha de la proclamación de la tercera República, pues me lo refirió más de una vez.

La situación de Francia era difícil. Todo perdido, la naciente República había de crearlo todo. Julio Favre, elegido ministro de Relaciones Exteriores, dedicó su atención desde el primer momento a la cuestión de alianzas. En cuanto se encargó del Ministerio, dirigió importantes despachos a las cancillerías, prometiéndose obtener, además de reconocimiento de la República, la alianza de Rusia o la mediación del zar. Desde entonces pensaban los franceses que Rusia había de ser su aliada.

Hacia ya algunas horas que se había proclamado la República y aún no había recibido Favre ningún despacho extranjero. Su impaciencia era muy grande, como puede concebirse. En esto se presenta un secretario llevándole dos telegramas con la mención «urgentes».

—¡A ver si son de Rusia! —pensó Favre.

Y nerviosamente leyó uno:

«El Comité republicano federal de Utrera felicita a Francia y ofrece a la República su más cordial simpatía.»

Para consolarse de aquel chasco, recorrió con la vista el contenido del segundo telegrama:

«El partido republicano de Pedrola..., etc.»

Afortunadamente llegó en aquel instante un nuevo parte del gobierno dirigido...

¡Era de los federales valencianos!

Bordone me aseguraba saberlo por Gambetta mismo: los tres primeros partes telegráficos recibidos por el gobierno de la República, eran de republicanos españoles.

Y de Rusia... ¡nada!

ESPAÑA, EN LA EXPOSICION DE PARÍS

No es ocasión, al cabo de tantos años, de reseñar la Exposición del año 78. Pero séame permitido recordar un detalle que me chocó de veras.

Casi todas las naciones hicieron ostentación de riqueza y variedad en lo relativo a máquinas. Los progresos de la industria y la mecánica pudieron apreciarse en aquella Exposición. En la sección de Francia, el simple catálogo de la maquinaria expuesta era un libro muy voluminoso. Inglaterra no le iba en zaga ni por la calidad ni por el número; Bélgica, tampoco. Los Estados Unidos, a pesar de la distancia, expusieron muchas máquinas desconocidas, inventos admirables, verdaderas maravillas, según los inteligentes. Muchos visitantes, sin embargo, se irían sin ver estas cosas, porque verlo todo era difícil; pero puede asegurarse que pocos de los que entraron en la Exposición se quedarían sin ver *la máquina* de España. Era una sola, pero valía por todas las demás. Tan grande era, tan gigantesca, tan enorme que fue preciso levantar el techo en el local que se le destinó, a fin de que cupiera y funcionara. Jamás se vio en París una máquina tan grande. Es posible que alguien no la viera, pero que no la oyera... ¡es imposible! Hacía trescientas veces más ruido que todas las máquinas de Europa multiplicadas por todas las de América. Puede afirmarse que España, con una sola máquina, hizo mucho ruido en aquella Exposición.

DON JOSÉ SEGUNDO FLÓREZ

Vivía en París, y lo conocí desde el 78, don José Segundo Flórez, extremeño ilustre y antiguo fraile agustino, que colgó los hábitos en 1836. El señor Menéndez Pelayo, al escribir sus *Heterodoxos españoles*, ya lo daba por muerto; pero ha vivido hasta el final del siglo XIX. Cultivé su trato durante muchos años y aprendí de él muchas cosas: era un archivo de nombres y sucesos. Ignoraba todo lo moderno, pero conocía con sus menores detalles la historia política de España y Francia desde 1830 hasta el sitio de París. Varias veces me dijo que yo heredaría su correspondencia, en la que había preciosas cartas del coronel Rengifo, del general Rodil, del general Maroto, de Espartero, de Orense, de Donoso Cortés, de Martínez de la Rosa, de Abdón Terradas, del infante don Enrique, de muchos políticos hispanoamericanos, de Emilio Girardin, de Prim, de Garibaldi, de Pi y Margall, de Augusto Comte y de otros positivistas, entre ellos Congreve, no el de los cohetes, sino el filósofo inglés que se pasó la vida predicando en desierto, pues en todos sus folletos aconsejaba a Inglaterra la devolución de Gibraltar a España. Flórez murió sin testar cuando yo estaba en Madrid y no he sabido a qué manos han ido sus papeles.

Me habló muchas veces de don Laureano Figuerola, a quien consideraba su discípulo, y a lo mejor me preguntaba:

—¿Qué ha sido de Olózaga?

—Murió hace muchos años.

—¡Pobre chico! Mendizábal se murió también... ¿Conoce usted a los dos hermanos Asquerino?

—Se murieron.

—¡Pobres muchachos!... ¿Vive Ferraz?

—No, señor.

—¡Pobre Valentín!

El señor Flórez había publicado muchos libros, pero todos, a mi juicio, valían menos que su conversación. Tuvo un periódico en París y lo sostuvo más de veinte años; se titulaba *El Eco Hispano-Americano*, y en él escribió mucho don Francisco Pi y Margall durante su emigración.

Cuando conocí a Flórez, no vi en él sino al ex fraile, y al principio lo tuve por escéptico; pero pronto pude persuadirme de que era un creyente, un convencido: tenía fe en el progreso y en la revolución, pero afirmando que el socialismo es un retroceso, una desgracia. «Eso pasará —me dijo más de una vez—, como pasarán la homeopatía, el espiritismo y los sombreros de copa.» Yo no discutía con él; eso me parecía tan inútil como si resucitando don Pelayo le habláramos de balística o de pirotecnia.

Flórez creía firmemente en su religión: la de la humanidad. Veneraba la memoria de su maestro, Augusto Comte, de quien fue discípulo predilecto y uno de los testamentarios. De los trece ya no queda más que uno: Mr. Lafitte. Pero he conocido a algunos de ellos, todos seguros del cercano triunfo del positivismo filosófico.

Murió Flórez de ochenta y ocho años; en los últimos de su existencia ya no salía de su casa, postrado por la edad y los achaques. Así me sorprendió una mañana el descubrirlo entre la multitud, con el sombrero en la mano, al inaugurarse la estatua de Dantón. Sus canas, como la blanca nieve de las cumbres, se destacaban en la mancha negra de las cabezas que se descubrían a los pies del coloso.

Y en verdad que no debí sorprenderme, pues no hacía mucho tiempo que me había comisionado para retar en su nombre y concertar un lance con un periodista que había injuriado a Comte. Me costó buen trabajo hacerlo desistir.

Su cuerpo yace en el cementerio civil de Montparnasse, en sepultura propia.

BODA DE UN ESPAÑOL EN PARÍS

En el año a que me voy refiriendo se casó en París uno de los emigrados. Era de esos españoles que censuran todo lo francés y no encuentran nada bueno en cuanto salen de su habitual rutina. Las costumbres de Francia le parecían odiosas, la cocina detestable y falsos los caracteres. Esto último lo demostraba, o intentaba demostrarlo, contando las cosas que a él le sucedían, cosas que no le sucedían a nadie más que a él... y a todos los demás, y no sólo en Francia, sino en toda la redondez del mundo; pero como estaba en Francia le parecían «cosas de Francia».

Y me acuerdo ahora de una de las cosas que le sucedieron. Cuando se fijó en la alcaldía de su barrio el anuncio de su boda, como la ley previene, recibió la inesperada visita de un francés bien peinado y bien oliente que llevaba en la mano un botiquín: iba a ofrecerle sus servicios.

—¿Qué servicios? —le preguntó el emigrado.

—Soy callista, señor —dijo el francés.

—Pues muchas gracias, señor, no tengo callos.

—Cuando un hombre se casa —le dijo amablemente el callista— siempre necesita que le extirpen algo, que le limen alguna cosa... ¿Quién no desea la atenuación de un vicio, la purificación de los humores, la..., la..., la...?

—Señor mío, yo no tengo nada que extirpar ni quiero atenuaciones.

—Pero tendrá usted algún callito.

—No los he tenido nunca.

—Pura ilusión, señor... ¿Quién no tiene callosidades en los pies o en la cabeza?

—Yo no tengo ninguna. ¡Basta!

—Perdón, caballero. Se ve que usted es, en efecto, un verdadero español; se conoce en la tenacidad... Todo el mundo tiene callos ignorados, ojos de gallo hipócritas, durezas impertinentes, alifafes que estorban...

—Es usted quien me estorba y me molesta... ¡Hágame el favor de retirarse!

—Obedezco, señor... Y es una lástima. La ortopedia es la ciencia de las ciencias. Desdeñar su auxilio es privarse voluntariamente de la hermosura, de la higiene, del apetito, de la regularidad en las funciones...

—¡Se me acaba la paciencia!...

—Perdón, mil veces perdón... Yo operaría gratuitamente, nada más que por el gusto de hacerle ver al señor la existencia de sus callos... ¡Si los estoy viendo!... A usted se le conocen en la fisonomía. Los profesionales vemos a través de las botas lo que no ven ni conciben los profanos. Y luego, señor, en las bodas generalmente se baila con exceso, el novio estrena zapatos muy ajustados y los callos más ocultos se irritan, se... se... Juro por Dios (el dios de los callistas) que operaré de balde y le daré al señor una receta eficaz infalible como el papa, milagrosa como el agua de Lourdes... Ahora mismo está usted sintiendo un hormigueo penoso en la planta del pie izquierdo... ¿No es verdad, señor?... Es un callo incipiente.

Y mi amigo, cuyos nervios hacían que le hormigueara no el pie, sino todo el cuerpo, concluyó por dejarse descalzar para que le extirpara dos callos y cinco duros.

En aquellos tiempos el operado creía que todo francés nace callista, perfumado y charlatán. Quince años después hizo un viaje a su país y volvió diciendo que es inhabitable: «Ha de buscar uno mismo todo lo que ha menester, mientras en Francia vienen a buscarlo a uno, en su propia casa, el

fotógrafo, el callista y el que vende billetes españoles de la gran lotería de Navidad.»

HAY QUE REFORMAR LAS CONCIENCIAS COMO LAS CALLES

En el sitio más céntrico y más populoso de París aún existía el año 77 un viejo barrio formado por caserones vetustos en callejones estrechos, pendientes y tortuosos. El 31 de octubre quedó desalojado y empezó el derribo. Desapareció el antiguo barrio, *Buttes del Moulins*, y a los cinco meses, en la primavera del 78, estaba concluida la espléndida avenida de la Ópera, inaugurada al mismo tiempo que la Exposición Universal.

Aquella transformación, que presencié, me dio una idea de lo que sería París antes de abrirse las anchas vías de la época de Haussman. Y pensé también que la civilización exige algo más que derribar casas viejas, ensanchar calles angostas y hacer penetrar la luz en oscuros arrabales. Sí, también las conciencias necesitan luz y aire; las almas, amplitud, y los pueblos, horizonte. Esas razas estacionarias y tenidas por abúlicas, esos pueblos sumergidos en un mar de recuerdos mitológicos, esas hordas resignadas a lo que creen fatalidad del destino, serán aplastados o barridos por la avalancha invasora de las razas nuevas, si ellos mismos no se regeneran, se transforman, se emancipan, sacudiendo el triple yugo de la ignorancia, de la indiferencia y de la inmoralidad.

Las naciones que viven estancadas, como el imperio marroquí y algunas otras, de las cuales se dice que no quieren mejorar, que prefieren la muerte a la renovación y que son incapaces de progreso, puede tenerse por cierto que son torpemente calumniadas. La responsabilidad, toda la culpa de las catástrofes que sobrevengan, será exclusivamente de las clases directoras. No son los pueblos tan apáticos, tan ruines, tan suicidas como intentan presentarlos el egoísmo,

la ruindad o la pereza de los que pudieran darles nuevos rumbos. Las masas populares podrán ser ignorantes o impotentes, pero no son egoístas. En Marruecos mismo darían vivos ejemplos de actividad salvadora, si los «intelectuales» no las mantuvieran por sistema en deprimente inacción, fingiendo temores a lo desconocido. Muévanse en buen sentido las clases ilustradas y serán seguidas por la masa inculta.

La plebe es guiada siempre, sin sentirlo, por las clases ilustradas. Al fondo social no llegan el pensamiento del filósofo ni las tareas del sabio, pero penetran insensiblemente en lo más hondo los cantos del poeta, las obras del artista. En España, por ejemplo, es tan decisivo como desastroso el influjo del teatro. Al pueblo se le hace amar precisamente lo que debe ser aborrecido, se le recuerda lo que es para olvidado, se le ofrece embellecido por los retoques del arte y por el embeleso de la música lo viejo, lo caduco, lo nocivo, lo soez.

No aludo al *género chico*. El arte es independiente de las dimensiones. Pero es que, en todos los géneros, los artistas españoles prefieren halagar las pasiones, los instintos, las malas costumbres condenadas por la razón, por el progreso y por el buen sentido. Yo no niego que el artista pueda encontrar bellezas en costumbres que fueron y en tiempos que pasaron; vístalas, pues, con el ropaje del arte: los muertos no resucitan. Pero no es lícito embellecer costumbres y pasiones detestables que aún existen, que seguirán existiendo mientras las eleve al arte y las enaltezca la literatura.

La gran masa iletrada va por donde se la lleva. Y a este propósito voy a citar un caso que se dio en el Puerto de Santa María. En la época revolucionaria iba todas las noches un ciudadano entusiasta a perorar en un club y a aplaudir a los más ardientes oradores. Disuelto el club cuando vino la Restauración, aquel individuo concurría con un cirio en la mano a todas las procesiones. Lo vio un amigo mío, que

lo conocía de haberlo visto y oído en otros tiempos, y le dijo:

—¡Hola! ¿Ya no va usted por el club?

Y el interrogado le contestó muy serio:

—¿Cómo que no? Ahora mismo voy allá... ¿Dónde está el club?

—Ya sabe usted que no existe...

—Pues por eso no voy... Y como yo he de ir a alguna parte, aquí me tiene usted.

Ni los hombres, ni los pueblos se dejan consumir voluntariamente en la inacción. Hay que llevarlos por algún camino. Y si no se les muestra la senda luminosa de lo porvenir se perderán de nuevo en la lóbreguez de lo pasado.

LA PAZ DE ZANJÓN. ELOGIO DE MARTÍNEZ CAMPOS

No por vivir fuera de España me eran indiferentes ni me lo han sido nunca los sucesos capitales de la política y de la vida española. Por eso registraré, en el año de 78, la paz del Zanjón, que puso término a la primera insurrección de Cuba.

Los insurrectos no depusieron las armas por el cansancio que en realidad sentían, ni porque los recursos efectivamente se les agotaran, ni siquiera por la llegada de todo un ejército peninsular capitaneado por Martínez Campos; las depusieron por la política discreta, liberal y humana de tan ilustre caudillo.

Mis correligionarios no fueron nunca admiradores de aquel excelente capitán, de aquel afortunado pacificador. Yo mismo, si él viviera, no le dedicaría en estos apuntes ni

una sola línea. Pero muerto ya, y tratándose de un hombre que en vida y muerte ha sido mal juzgado por sus propios amigos y calumniado por unos y por otros, no he de negarle un recuerdo como testimonio de la simpatía de un consecuente adversario.

Era uno de los más activos y de los mejores oficiales del ejército español. Siendo un oficial oscuro y desconocido trabajó como pocos y sin ningún lucimiento, primero en Cuba, después en Cataluña, por último en Navarra, sin que nadie lo viera ni lo agradeciera, salvo la República, a la que debió en los días de Figueras su ascenso a general. Su notoriedad fue repentina y empezó con el atentado de Sagunto, precisamente cuando se puso fuera de la ley, cuando rompió airadamente la disciplina de que antes fuera incansable campeón. Pero aun entonces pudo alegar circunstancias atenuantes: se sublevó contra un gobierno ilegítimo, contra un poder dictatorial y faccioso, hijo también de la traición y de la rebeldía.

No atribuyo demasiado mérito a su pacificación de la Península; hubiera sido gloriosa cuando el carlismo todavía estaba pujante; pero abandonado éste por los elementos alfonsinos, esquilmas las provincias teatro de la guerra y ansioso el país de los beneficios de la paz, cualquiera —el último de los generales— hubiera conseguido la pacificación.

Tampoco es extraordinario que pacificara a Cuba con los medios y las condiciones que lo hizo. Pero él afrontó la impopularidad, ya que los españoles de la isla no querían la paz, sino el exterminio de los insurrectos. Procedió entonces con el coraje de siempre, con el ánimo entero que en la guerra no le faltó nunca; pero después tuvo la debilidad de no exigir que por parte de España se cumpliera todo lo pactado.

El pacto del Zanjón quedó en gran parte incumplido; aunque él no fue personalmente culpable de su incumplimiento cometió la falta de no imponerse con todo su pres-

tigio a los que pusieron trabas a su obra. La honra de España y la suya estaban interesadas en que el pacto se cumpliera.

Los políticos y los negociantes de La Habana y Madrid criticaron vivamente el afortunado pacto del Zanjón; después lo mistificaron. Hubiérase cumplido sin discusiones y sin regateos y acaso la isla de Cuba no se hubiera perdido para España. La informalidad, por no decir deslealtad, con que se procedió en lo concerniente al pacto produjo dieciocho años después la postrera insurrección.

Y volvió Martínez Campos a Cuba, y acaso hubiera vuelto a pacificar la isla sin las dificultades que allende y aquende el mar se opusieron de nuevo a su política. Martínez Campos era popular entre los elementos españoles de La Habana a título de monárquico y de restaurador, impopularísimo por lo que tenía de liberal y honrado.

Fracasó; había llegado el eclipse de su estrella. Tornó vencido.

El pueblo de Madrid, que lo había recibido con arcos triunfales y con alfombras de flores a la vuelta de Sagunto, es decir, cuando mereció que se le ahorcara, lo silbó cuando volvía de intentar en Cuba una política liberal y salvadora, esto es, cuando era acreedor al aplauso de la gratitud.

¡Contrastes de la vida, inconsecuencias de las pasiones humanas, sarcasmo de la suerte!

EL CEMENTERIO DE PÈRE LACHAISE

De mi primera visita al *Père Lachaise*, el más notable de los cementerios de París, he conservado una impresión indeleble. Desde que se entra por aquellas anchas calles de árboles y tumbas, empiezan a tropezar los ojos con nombres conocidos, unos inscritos en modestas lápidas, otros en

monumentales mausoleos. Recorriendo aquellas avenidas nadie se cree vivir en tierra extraña, porque yacen allí los personajes de celebridad universal cuyos nombres nos son tan familiares como si fueran compatriotas nuestros. Allí están sepultados los héroes de la Historia, los maestros de la literatura, los más grandes poetas, los artistas cuyos nombres inmortalizó la fama, los caudillos de la Revolución y del Imperio, los novelistas que nos encantaron en la monotonía de las navegaciones. Saludamos aquí la tumba de Abelardo, más allá la de Sué, después la del trágico Racine, la de Thiers, no menos trágico; la de Hugo, el general, padre de Víctor Hugo, y la de Ney, fusilado por la Restauración. Sucesivamente vamos pasando por innumerables monumentos fúnebres y leyendo los epitafios de Sieyes y de Aragó, de Monge y de Cuvier, del poeta Musset y del pintor David; el de Ledru Rollin nos recuerda el sufragio universal, por el que tanto luchó hasta conseguirlo, como el de Raspail la consecuencia política y la austeridad republicana. Y luego La Fontaine, y Molière, y La Harpe, y Cherubini...

De pronto alcanzo a ver un monumento blanco, perdido entre tumbas y entre flores, sobre el cual se amontonan revoloteando legiones de pajarillos. ¡Cómo! —exclamé—, ¿todos los pájaros del vasto cementerio se dan cita en la misma sepultura...?

Y los pájaros cantaban, y yo me acerqué a la verja de la tumba: era la de Michelet, el cantor de la Naturaleza, el poeta de los pájaros.

¡Ay! —pensé—, yo soy canario, y cuando me sepulten no acudirán mis congéneres a tributarme su delicada música...

Porque nadie se acordará de echar sobre mi losa unos puñados de alpiste.

Dando vueltas por el cementerio en distintas direcciones, divisé un monumento sepulcral en el que de lejos se leía:

NAPOLÉON III

Como Napoleón III no había muerto en Francia, la curiosidad se apoderó de mí y quise leer de cerca el epitafio.

He aquí la traducción:

Sepultura perpetua.
AQUÍ YACE MONSIEUR L... S...
Carnicero
Proveedor de S. M. el emperador
NAPOLÉON III
y de la imperial familia.

VILLERGAS EN PARÍS Y DE PASO PARA CUBA

Un día se apareció en el café con toda su familia el célebre y celebrado Villergas, de paso para Cuba. Mientras estuvo en París no faltó ninguna tarde, y nos encantaba con su conversación y con sus agudezas. Pero le rogamos que no nos hablara de política, ya que disentíamos en tantas cosas. Y él nos contestó:

—Si soy republicano, ¿que más quieren ustedes? Bastante hago, siendo de Castilla. En Castilla la Vieja no ha habido más que un liberal, y lo ahorcaron sus mismos compatriotas.

Lo decía por el Empecinado.

Alguno de los nuestros le preguntó una tarde:

—¿Por qué no se queda usted con nosotros en París?

—¡Ay, no! —le contestó el satírico genial—. He vivido aquí sobrado tiempo; he sido con Urrabieta redactor de *El Correo de Ultramar*, y me aburre esta vida monótona, esta existencia de regularidad inaguantable. Todos los meses, el día primero sin falta, le pagan a usted su sueldo con una exactitud abrumadora y, naturalmente, hay que trabajar todos los días y concurrir puntualmente a la redacción como van los chicos a la escuela. Con los editores, exacta-

mente lo mismo: pagan al contado. Esa puntualidad para pagar, para cobrar, para todo, era uno de mis tormentos de París; me faltaba siempre el goce de lo imprevisto, el que en España más se saborea cuando alguna vez se cobra. Me acuerdo de un editor de Madrid, que ya había vendido la primera edición de un libro mío y que para pagarme se estaba haciendo el sueco, so pretexto de no estar en fondos, a quien le dije que me quedaba de huésped en su casa hasta el saldo de mi cuentecita. Y me pagó en el acto, no en dinero, eso no, pero me dio un caballo tuerto. Así pude pasearme en pelo por las calles de Madrid hasta que vendí el caballo.

Hablábamos un día de poetas españoles, y de Villergas nos dijo con mucha seriedad que el gran poeta de España en el siglo XIX era Garnacho.

Todos nos echamos a reír y él se enfadó:

—Señores —dijo—, lo afirmo formalmente: Garnacho es el único poeta *de veras* que hemos tenido en los últimos doscientos años. No se le conoce, porque era un hombre modesto; pero yo le conocí en Zamora y aseguro que valía más que Zorrilla, Espronceda, Campoamor y todos juntos.

Intrigado —como dicen los franceses— por tan singular revelación, escribí a España, y me contestaron, después de laboriosas investigaciones, que efectivamente, había existido un teniente de carabineros, Garnacho de apellido más amigo de las musas que de perseguir el contrabando. Pero no conseguí que me enviaran ni una sola muestra de su ingenio.

A MADRID Y ANDALUCÍA, Y VUELTA A PARÍS

A fines del año hice un viaje a Madrid y Andalucía, volviendo a París el 30 de diciembre. Si hago mención de un viaje más, y viaje sin importancia alguna es porque me acuerdo ahora del encuentro que tuve en la estación de

Menjíbar con un compañero antiguo, oficial retirado del ejército.

Me lo encontré en la estación facturando el equipaje, consistente en un piano y un baúl. Me reconoció al momento y me contó sus cuitas. Había solicitado su retiro en el año 68 por no servir a la Revolución. No había reingresado en el ejército, porque él era isabelino; don Alfonso le parecía poco menos que un usurpador. Pero había solicitado mejora de retiro, siquiera por su fidelidad, ya que habían vuelto los suyos. Se la negaron, y no contestó a sus cartas ningún personaje del moderantismo ni de la Restauración.

—Dejémonos de política —le dije— y explícame a dónde vas con esa impedimenta. ¿Desde cuándo eres músico?

—Te explicaré —me respondió—; como el retiro es corto, necesito ayudarme para poder vivir, y doy lecciones de piano a las señoritas de los pueblos.

—¿En qué pueblo vives?

—Tres meses en cada uno; del 68 acá he vivido en treinta y cinco pueblos de once provincias.

—Explícate mejor...

—Es muy sencillo... Mira, yo no sé música, pero toco de oído tres o cuatro vales, la marcha real, los toques de guerrilla y una jota. En casi todos los pueblos hay algunas jóvenes deseosas de aprender el piano, pero no hay maestro. Así es que a mi llegada es difícil que no encuentre dos o tres o más discípulas; verbigracia, la hija de algún ricachón, o la mujer del alcalde, o la sobrina del cura.

—¿Y en tres meses las enseñas?

—No, bobo; es que a los tres meses ya se han convencido de que conmigo no aprenderán nunca.

—Y te vas con la música a otra parte...

—Eso... Me pronuncio en retirada por escalones con el piano a cuestras... Y no creas, algunas de mis discípulas han aprendido algo. En un pueblo de los pinares de Cuenca hubo una alcaldesa que ya tocaba fajina con un dedo solo.

Al terminar esta primera parte de MIS MEMORIAS, sin saber cuándo publicaré la segunda ni siquiera si se publicará, ruego al lector que me disculpe las digresiones injustificadas y las cosas demasiado viejas.

Las digresiones han sido necesarias, como relleno, para completar un libro. Si me hubiera contentado con hablar de mí mismo, con relatar los hechos políticos en que tuve alguna participación, me habría bastado un folleto de bien pocas páginas.

Y las antiguallas que en este volumen resucito no deben extrañarse, ya que soy contemporáneo de las guardabrisas y las despabiladeras.

Ni creo pecar de apegado a lo vetusto como tantos otros viejos, pero es más fácil para mis cansados ojos recorrer los campos del pasado que penetrar útilmente en el misterioso porvenir.

Lo intentaré, sin embargo, en la segunda parte de esta obra. Y en ella demostraré, siquiera por la intención, que si alguna vez reniego de mis antepasados, mis descendientes no tendrán derecho a renegar de mí. Han de pasar por el mundo bastantes generaciones antes que venga la que me deje atrás en su concepción de la sociedad humana, de la dignidad del hombre y del fin racional de la existencia.

N. del E.: Como se ha dicho, la segunda parte de sus *Memorias* no llegó a publicarse.

Nicolás Estévez y Murphy, nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1838 y murió en París, en 1914. Su labor literaria fue prolífica y variada, escribió sobre una gran diversidad de temas. Podemos destacar las siguientes: *La Milicia. Tipos y costumbres militares* (1867), *Romances y Cantares* (1881), *Episodios Africanos* (1897), *Musa Canaria* (1901), *Fragmentos de mis Memorias* (1903) y *Rastros de la Vida. Artículos y remembranzas* (1913). Nació en Las Palmas porque su padre —militar de profesión— estaba destinado en dicha Plaza. La madre de Estévez era de Tenerife y pronto consiguieron trasladarse a dicha isla, donde transcurren los años de su infancia y adolescencia. Estévez se instalará en Toledo (1852), para iniciar sus estudios de militar. En política fue revolucionario, formando en las filas del Partido Republicano Federal desde su fundación; abandona de forma consecuente con sus ideas, el ejército español. El anarquismo se encuentra presente en su pensamiento y sus ideas evolucionarán hacia un mayor radicalismo con la edad.

Nicolás Reyes González. Santa Cruz de Tenerife, 1945. En la actualidad es profesor de Geografía e Historia en el Instituto de Bachillerato «Poeta Viana» de su ciudad natal. Se ha ocupado también de la investigación histórica, presentando ponencias, en 1982, 1984, 1986 y 1988 en los *Coloquios de Historia Canario-Americana*. En 1985 y 1987 en las *Jornadas de Estudio sobre Fuerteventura y Lanzarote*. Ha publicado también en las siguientes revistas y periódicos: *Revista de Historia Canaria*, *Revista de Bachillerato*, *Tebeo I*, *Cuaderno de Arte*. *Menstrua Alba*, *ROA (Revista del Oeste de A'frica)*, *La Tarde*, *El Día* y *Jornada Deportiva*. Acaba de finalizar su Tesis Doctoral sobre el tema: *Nicolás Estévez y Murphy (1838-1914)*, que ha realizado en la Universidad Autónoma de Madrid, bajo la dirección del Profesor Dr. D. Manuel Pérez Ledesma.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La Lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa* (Antología).
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida (Obra poética)*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor (Obra poética)*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia (Obra poética 1964-1988)*.

43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra (Obra poética 1961-1975)*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 12 de mayo de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

«Me explico bien que en España quieran remedar a Europa los imperialistas y los sastre; lo que no me cabe en la cabeza es que persigan lo propio hasra los partidarios de la paz y de la fraternidad. Me asombro al ver que los demócratas, los republicanos, los socialistas y aun los anarquistas desean europeizarse; ¿por ventura hay en Europa democracias, ni repúblicas, ni justicia para los proletarios, ni otra cosa que Bancos, plutócratas y bandidos?

¡Ojalá tuviera el Bidasoa quinientas leguas de anchura y el Pirineo la altura del Himalaya!»



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem